AUTORA DE *ALAS DE SANGRE*

REBECCA YARROS

MÁS QUE UNA POSIBILIDAD

¿Se puede tener una segunda oportunidad si nunca has tenido una primera?

Cuando Isabeau Astor, Izzy, se sube a un avión para regresar después de sus vacaciones, no espera gran cosa. Hasta que conoce a su compañero de asiento, Nate Phelan. Él es todo lo opuesto a lo ordinario, con su cabello oscuro, sus increíbles ojos azules y ese encanto deliciosamente rudo, Izzy no podrá resistirse. La conexión será inmediata. Izzy nunca había creído en el destino, ahora sí.

Apenas noventa segundos después de despegar, el avión cae al río Missouri. Sus vidas cambian. Ellos cambian. Nate sigue su carrera en el ejército mientras Izzy encuentra su camino en la política.

Después de varios encuentros a lo largo de los años, nunca parece el momento adecuado. Entonces Izzy se ve obligada a ir a Afganistán para una reunión de alto riesgo, y su escolta será Nate. Sus destinos se vuelven a unir. Nate hará cualquier cosa para mantenerla a salvo. Y todo lo posible para recuperar su corazón.

Rebecca Yarros

Más que una posibilidad

ePub r1.0
Kelsier 01.02.2025

Título original: *In the Likely Event*
Rebecca Yarros, 2023
Traducción: Leila Gamba

Editor digital: Kelsier
ePub base r3.0 (ePub 3)

Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.

MÁS QUE UNA POSIBILIDAD

REBECCA YARROS

Traducción de
Leila Gamba

epublibre

CAPÍTULO 1

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Aquello no era las Maldivas.

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia el sol abrasador de la tarde. Con la brisa, casi podía imaginar que las gotas que me bajaban por el cuello y empapaban mi camisa eran por un reciente chapuzón y no mi sudor. Casi.

Pero estaba parado en una pista de Kabul preguntándome cómo no se derretían mis botas sobre el asfalto con esa temperatura. Tal vez perder el viaje era una respuesta del karma por pretender irme sin ella.

—Se suponía que estabas de permiso —dijo a mi derecha una voz familiar.

—Shhh. Así es. ¿No lo ves? —Abrí un ojo solo lo necesario para ver a Torres de pie junto a mí con sus gruesas cejas cubiertas por su gorra de camuflaje.

—¿Ver qué? ¿A ti parado en la pista con la cabeza hacia atrás como si estuvieras en un anuncio de Coppertone?

Mis comisuras se elevaron.

—No es la pista. Es un pequeño bungalow sobre el agua en las Maldivas. ¿No oyes las olas?

El sonido rítmico de unos motores distantes llenaba el aire.

—Te oigo volviéndote loco —musitó—. Parece que ya han llegado.

Reticente, abrí los ojos y busqué en el horizonte una aeronave acercándose;

la encontré en cuestión de segundos.

«Ahí vamos de nuevo». Por mucho que me gustara la acción que implicaba mi trabajo, tenía que admitir que estaba envejeciendo: la paz me parecía mucho mejor que la guerra permanente.

—¿Cómo demonios acabaste enredado en esto? Creí que le habían asignado esta misión a Jenkins —preguntó Torres.

—Anoche Jenkins contrajo alguna clase de virus y no quería pedirle a Ward que regresara de su permiso. Tiene hijos. —Coloqué la correa del rifle en el hombro justo cuando el C-130 tocaba la pista—. Así que ahora seré la niñera del asistente de la senadora Lauren.

—Bueno, estoy contigo. Como siempre.

—Te lo agradezco.

Mi mejor amigo no se había apartado de mi lado desde que habíamos sido seleccionados para las Fuerzas Especiales. ¡Dios, qué digo!, desde antes que eso.

—Con suerte, la semana que viene Jenkins se habrá recuperado y yo estaré de camino a las Maldivas antes de que llegue el senador. —Casi podía saborear esas bebidas afrutadas con sombrillitas… Oh, un momento. Eso era el gusto metálico del combustible de avión. Cierto.

—La mayoría de los tipos que conozco usan su permiso para volver a casa y ver a sus familias. —Torres miró a sus espaldas, donde el resto del equipo caminaba hacia nosotros recolocándose los uniformes, como si fuera posible dejarlos en condiciones después de cuatro meses en este país.

—Bueno, la mayoría de ellos no tiene mi familia. —Me encogí de hombros. Mamá había muerto hacía cinco años y la única razón por la que hubiese estado dispuesto a ver a mi padre habría sido para enterrarlo.

El resto del equipo llegó hasta nosotros y formó una fila mirando hacia la aeronave. Graham ocupó el lugar a mi otro lado.

—¿Quieres que conduzca?

—Sí. —Ya había elegido a los chicos que quería conmigo hasta que Jenkins regresara. Parker y Elston estaban esperando en la embajada.

—¿Ya estáis todos aquí? —preguntó el mayor Webb cuando llegó hasta nosotros rascándose la barbilla.

—¡Mierda! No recuerdo la última vez que vi tu cara. —Graham sonrió a nuestro comandante y sus dientes brillantes contrastaron con su piel oscura.

Webb musitó algo sobre los políticos mientras el avión obedecía las indicaciones de los controladores de tráfico.

Formar parte de las Fuerzas Especiales de elite tenía algunos beneficios. Definitivamente, la camaradería informal y no tener que afeitarse eran dos de ellos. Que te arruinaran el permiso para hacer de guardaespaldas de la avanzada de un senador no lo era. Esa mañana le había dedicado una hora a

repasar la carpeta de Greg Newcastle. Mi misión era el jefe de despacho de treinta y tres años de la senadora Lauren y tenía el aspecto de un muchacho refinado que había pasado directamente de la Facultad de Derecho de Harvard a Washington. El equipo venía en lo que llamaban una «misión de reconocimiento» para informar sobre la situación de los estadounidenses. Por algún motivo dudaba que fuera a gustarles lo que iban a encontrar…

—Hagamos un repaso… —dijo Webb, tomando un papel doblado de su mochila y mirando a los líderes de los equipos de seguridad—. Maroon, tu equipo tiene a Baker, de la oficina del congresista García —comenzó, usando los nombres asignados para uso público en esta misión—. Gold, tienes a Turner, del congresista Murphy. White, tienes a Holt, de la oficina del senador Lui. Green, eres responsable de Astor, de la oficina de la senadora Lauren…

—Me dieron la carpeta de Greg Newcastle —interrumpí.

Webb bajó la vista hacia el papel.

—Parece que hicieron un cambio en el último minuto. Ahora tienes a Astor. La misión sigue siendo la misma. Esa es la oficina que se ocupa de las provincias del sur. La encargada de llevar al equipo femenino de ajedrez a los Estados Unidos.

«Astor». Mi estómago dio un vuelco. No era posible. De ninguna manera.

—Relájate —susurró Torres—. Es un apellido común.

Cierto. Además, la última vez que había oído hablar de ella, estaba trabajando en un bufete de Nueva York. Aunque de eso hacía tres años.

«La lluvia había empapado mi abrigo…».

Reprimí mis incontrolables pensamientos mientras el avión se detenía frente a nosotros guiado por la tripulación de tierra. El calor irradiaba del asfalto en oleadas sofocantes que distorsionaron mi visión cuando la puerta trasera se abrió y los pilotos apagaron los motores.

Unos aviadores uniformados fueron los primeros en bajar del C-130. Guiaban a un grupo de civiles que, asumí, eran los asistentes de los congresistas; hasta tuvieron que ayudar a un hombre de traje a bajar por la rampa. Alcé las cejas. «¿Este tipo no puede bajar una rampa solo, pero le pareció que sería una buena idea venir a Afganistán?».

—¿Es en serio? —dijo por lo bajo Kellman (o el sargento White para esta misión)—. Por favor, dime que ese no es el mío.

—Allá vamos —murmuró Torres a mi lado.

Respiré hondo y conté hasta diez esperando que la paciencia apareciera milagrosamente para cuando terminara de contar, pero fue una pérdida de tiempo.

Los aviadores caminaron hacia nosotros muy sonrientes, ocultando de nuestra vista al grupo que caminaba a sus espaldas. Claro que estaban felices: venían a dejar a los entrajados. Dudaba mucho que hubieran sonreído tanto si

hubiesen tenido que escoltar a esa panda de civiles despistados y engreídos a las bases de operaciones como si fueran destinos turísticos y no zonas de combate activo.

El mayor Webb avanzó y los aviadores guiaron a los políticos al frente de su pequeña comitiva. Eran seis en total…

Mierda. Mi corazón… se detuvo.

Pestañeé despacio una vez y luego otra cuando el brillo de calor se disipó gracias a una corriente de aire. No había forma de que me estuviera confundiendo. Ese cabello color miel y esa sonrisa resplandeciente… Habría apostado la vida a que, detrás de esas enormes gafas de sol, había unos ojos de un profundo color café enmarcados por unas pestañas espesas. Mis manos se movieron como si aún pudieran sentir las curvas de su cuerpo tantos años después.

Era ella.

—¿Estás bien? —preguntó Torres por lo bajo—. Parece que estés a punto de vomitar el desayuno.

No, no estaba bien. Estaba tan lejos de estar bien como Nueva York lo está de Afganistán. Ni siquiera podía hablar. Habían pasado diez años del día en que nos habíamos conocido en una pista muy diferente y verla me seguía dejando sin aliento.

Le ofreció la mano derecha a Webb para saludarlo y con la izquierda se acomodó la tira de una conocida mochila con estampado verde militar ¿Todavía tenía esa cosa? Los rayos del sol tocaron sus dedos y rebotaron con más intensidad que si hubieran pegado contra un espejo de señales.

«¿Qué… cojones?». Mi corazón volvió a la vida latiendo con una negación tan fuerte que me dolía.

La única mujer que había querido de verdad estaba allí (en una jodida zona de guerra) y llevaba puesto el anillo de otro hombre. Iba a ser la esposa de otro hombre. Ni siquiera conocía al cretino y ya lo odiaba, ya sabía que no era bueno para ella. Tampoco es que yo lo fuera. Ese siempre había sido el problema entre nosotros.

Se giró hacia mí. Su sonrisa se desvaneció mientras abría la boca. Sus dedos temblaron mientras se subía las gafas de sol a la cabeza dejando ver un par de ojos marrones que parecían tan sorprendidos como yo.

Un tornillo se me clavó en el pecho.

Con mi visión periférica vi a Webb avanzar por la fila presentando a los políticos y a los encargados de su seguridad, y viniendo hacia nosotros como la cuenta atrás de una bomba nuclear mientras nos mirábamos fijamente. Nos separaban unos veinte metros, tal vez menos, y la distancia de algún modo era al mismo tiempo demasiado grande y demasiado corta.

Ella avanzó y se estremeció, luego se agarró el cabello cuando el viento

arremetió cubriendo cada superficie con arena y polvo, incluida la blusa blanca que llevaba arremangada en los antebrazos. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Ese no era su sitio; su sitio era una oficina en algún lugar confortable donde nada pudiera dañarla… en especial yo.

—Señorita Astor, le presento a… —comenzó Webb.

—Nathaniel Phelan —terminó ella, escrutando mi rostro como si hubiese creído que no iba a verlo nunca más, como si estuviera catalogando cada cambio, cada cicatriz que había ganado en los últimos tres años.

—Izzy —fue todo lo que me permitió decir ese pedrusco de mil millones de quilates que brillaba directo a mis ojos como una señal de advertencia. ¿A quién narices le había dado el sí?

—¿Se conocen? —Webb alzó las cejas mientras su mirada rebotaba entre nosotros.

—Sí —dije.

—Ya no —respondió ella al mismo tiempo.

«Mierda».

—¿Cómo…? —La mirada de Webb siguió rebotando, acusando recibo de lo incómodo del momento—. ¿Esto va a ser un problema?

«Sí. Un problema gigante».

Un millón de palabras no dichas llenaron el aire que nos separaba, tan espesas e inclementes como la arena que avanzaba por la pista.

—A ver, puedo reasignar… —comenzó Webb.

—No —disparé. Había cero posibilidades de que fuera a dejar su seguridad en manos de otra persona. Estaba conmigo, le gustara o no.

Webb pestañeó, la primera expresión de sorpresa que le había visto, y miró a Izzy.

—¿Señorita Astor?

—Está bien. Por favor, no se moleste —respondió con una calma entrenada y una sonrisa falsa que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Muy bien —dijo Webb despacio, luego avanzó hacia mí y murmuró un «buena suerte» antes de continuar su camino.

Izzy y yo nos quedamos mirándonos mientras luchaba por evitar que todas esas emociones que había enterrado hacía tantos años emergieran a la superficie y reabrieran heridas que nunca habían llegado a cicatrizar. Quién iba a imaginarse que volveríamos a vernos así. Aunque teníamos el hábito de cruzarnos en el peor momento en los lugares más inconvenientes, así que casi me pareció lógico que esta vez fuera en un campo de batalla.

—Pensaba que estabas en Nueva York —conseguí decir al fin. La voz salió como si la hubieran rallado contra el pavimento diez veces. «Donde nadie intentara activamente volarte por los aires».

—¿Sí? —Arqueó una ceja y se recolocó la mochila en el hombro—. Qué

gracioso, porque yo pensaba que estabas muerto. Supongo que ambos estábamos equivocados.

CAPÍTULO 2

IZZY

Saint Louis
Noviembre de 2011

Quince A, quince A —musité escaneando los números de asiento mientras me abría paso por el pasillo repleto del avión de pasajeros; mi equipaje de cabina se deslizaba de mis manos sudorosas a cada paso. Encontré mi fila, suspiré aliviada porque el compartimento superior seguía vacío, pero maldije cuando me di cuenta de que el asiento A estaba junto a la ventana.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿En serio me había reservado un lugar junto a la ventana? ¿Para ver cualquier potencial desastre que viniera en nuestra dirección?

Un momento. Ya había un tipo sentado en el asiento de la ventana, con la cabeza gacha, solo podía ver el escudo de Saint Louis Blues de su gorra. Tal vez había leído mal mi billete.

Llegué hasta mi fila, me puse de puntillas, alcé mi maleta con los brazos tan estirados como pude apuntando al compartimento superior. Tocó el borde, pero la única opción de que fuera a entrar implicaba que me subiera al asiento… o creciera unos quince centímetros.

Mis manos se deslizaron y la maleta púrpura se desplomó hacia mi rostro. Antes de que llegara a reaccionar, una mano enorme capturó mi equipaje indomable y lo detuvo a pocos centímetros de mi nariz.

«Santo cielo».

—Eso ha estado cerca —comentó la voz detrás de mi maleta—. ¿Te ayudo?

—Sí, por favor —respondí, luchando por sostenerla en el aire.

Solo vi la gorra de los Blues cuando el tipo se las ingenió para doblar su cuerpo, ponerse de pie, salir al pasillo y sujetar mi maleta, todo en un solo movimiento. «Impresionante».

—Ya está. —Deslizó la maleta en el compartimento sin dificultad.

—Gracias. Por un segundo creí que me iba a noquear. —Sonreí y torcí un poco la cabeza para mirar arriba (y más arriba) hacia su rostro.

Uf. Era… sexi. Y me refiero a tan sexi que habría que haber llamado a los bomberos. Una fina capa de barba cubría su mandíbula cuadrada. Ni siquiera la herida abierta y púrpura en su labio inferior lograba alejarme de su rostro porque su mirada… guau. Simplemente… guau. Esos ojos cristalinos y celestes borraron todas las palabras de mi mente.

Y ahora lo estaba mirando, y no de ese modo adorable y seductor en que lo hubiese mirado Serena mientras sin vergüenza le pedía su número y lo conseguía. No, esta era una mirada incómoda, de boca abierta, y no era capaz de detenerme.

«¡Cierra la boca!».

Nada, seguía mirándolo. Mirándolo. Mirándolo.

—Yo también —dijo alzando apenas la comisura.

Pestañeé.

—¿Yo también? —«¿Qué?»—. ¿Perdona?

Juntó las cejas confundido.

—Yo también —repitió— creí que esa cosa te iba a dar de lleno en la cara.

—Claro. —Fui a ponerme el cabello detrás de las orejas, pero entonces recordé que lo había atado en un moño desprolijo y entonces no había nada que recolocar y eso solo incrementó lo incómodo del momento. Fantástico. Ahora mi rostro estaba en llamas, lo que significaba que probablemente tuviera cien tonos diferentes de rojo.

Volvió a su asiento y me di cuenta de que nuestro intercambio había bloqueado el embarque de los demás pasajeros.

—Lo siento —musité al siguiente pasajero y me coloqué en el quince B—. Es extraño porque juraría que mi billete decía que me tocaba la ventana. —Me pasé la correa del bolso por la cabeza, desabroché mi abrigo y me lo quité moviéndome lo mínimo indispensable. Por cómo venían las cosas, no hubiese sido extraño que apuñalara a Ojos Azules en las costillas con mi codo y quedara aún peor parada.

—Oh, mierda. —Giró la cabeza hacia mí y frunció el rostro—. Cambié mi asiento con la mujer del siete A para que pudiera sentarse con su hijo. Creo que tomé el tuyo por accidente. —Agarró una mochila verde militar de debajo del asiento frente a él, tenía los hombros tan anchos que me acariciaron la

rodilla cuando se inclinó hacia delante—. Cambiemos.

—¡No! —disparé.

Se quedó quieto y luego giró la cabeza despacio para mirarme.

—¿No?

—O sea, odio la ventana. La verdad es que me da mucho miedo volar, así que es mejor así. —Mierda, estaba balbuceando—. A menos que tú prefieras el pasillo, claro. —Contuve la respiración deseando que no fuese así.

Se volvió a sentar y sacudió la cabeza.

—No, estoy bien aquí. ¿Así que te da miedo volar, eh? —No había burla en su tono.

—Sip. —El alivio se apoderó de mis hombros, doblé el abrigo y lo apretujé debajo del asiento frente a mí junto con el bolso.

—¿Por qué? —preguntó—. Si no te molesta que te lo pregunte.

La temperatura de mis mejillas subió unos grados.

—Siempre me ha dado miedo volar. Es algo que sencillamente… —Sacudí la cabeza—. O sea, estadísticamente estamos bien. El índice de accidentes del año pasado fue de uno entre 1,3 millones; más alto que el del año anterior, que fue de uno entre 1,5 millones. Pero cuando piensas en la cantidad de vuelos que hay, supongo que no es tan arriesgado como conducir, ya que las posibilidades de estrellarte son una entre 103. En cualquier caso, el año pasado murieron 828 personas, y no quisiera ser una de esas 828. —«Estás parloteando de nuevo». Apreté los labios entre los dientes y le rogué a mi cerebro que se detuviera.

—Ah. —Aparecieron dos líneas entre sus cejas—. Jamás lo había visto así.

—Apuesto a que a ti no te da miedo volar, ¿no? —Parecía un tipo al que nada en el mundo podía asustarlo.

—No lo sé. No he volado nunca antes, pero ahora que has repasado las estadísticas me lo estoy cuestionando.

—Oh, por Dios, lo siento mucho. —Mis manos se dispararon hacia mi boca—. Cuando me pongo nerviosa, comienzo a parlotear. Y tengo TDAH. Y esta mañana no he tomado la medicación porque la había dejado en la encimera junto a mi zumo de naranja, pero luego Serena se ha bebido el zumo y luego me he distraído y no he puesto más y es probable que esa pastilla siga allí.

—No te preocupes. Entonces, ¿por qué te subes a un avión a pesar de todo? —reguló el ventilador sobre su cabeza y subió las mangas negras de la camiseta por sus brazos bronceados. El tipo estaba en forma. Si sus antebrazos lucían así, no podía evitar imaginarme el resto de su cuerpo.

—Acción de Gracias. —Me encogí de hombros—. Mis padres se fueron a uno de esos cruceros que dan la vuelta al mundo después de dejarme para el primer año de universidad, y mi hermana mayor, Serena, está en tercero aquí,

en la universidad de Washington… Está estudiando periodismo. Como voy hasta Siracusa, volar era lo que más sentido tenía si queríamos pasar las fiestas juntas. ¿Y tú?

—Me dirijo al entrenamiento básico en Fort Benning. Por cierto, soy Nathaniel Phelan. Mis amigos me llaman Nate. —El flujo de pasajeros por el pasillo se redujo a unos pocos rezagados.

—Hola, Nate. Soy Izzy. —Estiré mi mano y él la tomó—. Izzy Astor. —No estoy segura de cómo me las arreglé para decir mi nombre completo cuando cada gramo de mi concentración se disparó hacia la sensación de su mano callosa envolviendo la mía y en el revoloteo que estalló en mi vientre ante el calor de su contacto.

No era de esas personas que creen en las descargas de electricidad frente al primer contacto como en las novelas románticas, pero allí estaba, sacudida hasta los huesos. Sus ojos se cerraron ligeramente, como si él también lo hubiera sentido. No fue una descarga tanto como una efervescente e indescriptible sensación de reconocimiento… como el satisfactorio clic de la pieza final del rompecabezas.

Serena lo hubiera llamado destino, pero ella era una romántica empedernida.

Yo lo llame atracción.

—Encantado de conocerte, Izzy. —Sacudió mi mano despacio y luego la soltó todavía más despacio, sus dedos despertaron cada nervio que terminaba en mi palma cuando se alejaron—. ¿Supongo que es abreviatura de Isabelle?

—En realidad es Isabeau. —Me ocupé de abrochar y ajustar el cinturón en mi cintura.

—Isabeau —repitió mientras abrochaba el suyo.

—Sip. Mi madre tenía algo con Lady Halcón. —El pasillo por fin quedó vacío. Parece que estaban todos a bordo.

—¿Quién es Lady Halcón? —preguntó Nate frunciendo apenas las cejas.

—Es una película de los ochenta en la que una pareja hace enfadar a un malvado arzobispo medieval porque se quieren demasiado. El arzobispo quiere a la chica, pero ella está enamorada de Navarre, así que les lanza una maldición. Navarre se convierte en lobo por las noches y ella en halcón durante el día, entonces solo llegan a verse cuando el sol sale y se pone. Isabeau es la chica… el halcón. —«¡Deja de parlotear!». Dios, ¿por qué era así?

—Eso suena… trágico.

—Damas y caballeros, bienvenidos al vuelo 826 de Transcontinental Airlines —dijo la azafata por el altavoz.

—No del todo. Rompen la maldición, así que tiene un final feliz. —Me incliné hacia delante y logré agarrar mi teléfono sin sacar todo el bolso.

Dos mensajes de Serena aparecieron en la pantalla.

Serena: Escríbeme cuando embarques.

Serena: ¡No es broma!

Los mensajes tenían quince minutos de diferencia.

—Si no lo han hecho ya, coloquen su equipaje en los compartimentos superiores o debajo del asiento frente a ustedes. Por favor, tomen asiento y abróchense los cinturones —continuó la azafata con un tono alegre pero profesional.

Le escribí un mensaje a mi hermana.

Isabeau: Embarcada.

Serena: Me tenías preocupada.

Sonriendo, sacudí la cabeza. Yo era la única razón por la que Serena se preocupaba.

Isabeau: ¿Preocupada? ¿Temías que fuera a perderme entre el control de seguridad y la puerta?

Serena: Contigo nunca se sabe.

Tampoco era para tanto.

Isabeau: Te quiero. Gracias por esta semana.

Serena: Te quiero más. Avísame cuando aterrices.

El anuncio continuó.

—Si está sentado junto a una salida de emergencia, por favor, lea la tarjeta con instrucciones especiales situada en el respaldo del asiento frente a usted. Si no quiere cumplir las funciones descritas en caso de emergencia, por favor, pídale a una azafata que lo recoloque.

Alcé la vista.

—Somos nosotros —le dije a Nate—. Estamos en la fila de la salida.

Miró a las marcas en la puerta, se estiró para coger la tarjeta de seguridad mientras la azafata informaba a los pasajeros que no se podía fumar durante el vuelo. Debía admitir que eso solo lo volvía más adorable.

Nate leyó mientras la azafata terminaba su anuncio y cerraba la puerta. Mis pulsaciones se aceleraron, la ansiedad llegó justo a tiempo. Jugueteé con el teléfono, revisé Instagram y Twitter, luego lo puse en modo avión y lo metí en el bolsillo delantero de mi chaleco y cerré el bolsillo. Cuando se me cerró la garganta, subí al máximo el ventilador sobre mí.

Nate volvió a guardar la tarjeta de seguridad frente a él y se acomodó para mirar lo que estaba sucediendo en la pista. Era una mañana de niebla densa

que ya nos había retrasado veinte minutos.

—No te olvides del teléfono —dije justo antes de que la azafata dijera lo mismo por el altavoz—. Tiene que estar en modo avión.

—No tengo teléfono, así que todo bien. —Me regaló una sonrisa, luego guiñó un ojo y se pasó la lengua por la herida del labio.

—¿Qué te ha pasado aquí? —Señalé mi propio labio—. Si no te molesta que sea yo quien pregunte esta vez.

Su sonrisa se borró.

—Tuve un pequeño malentendido con alguien. Es una larga historia. —Se estiró hacia el asiento frente a él y tomó un libro del bolsillo: Mal de altura, de Jon Krakauer.

¿Era lector? Ese tipo era cada vez más sexi.

Entendí la indirecta, tomé mi libro del bolso y busqué la marca que había dejado en mitad del capítulo once de Mestiza de Jennifer Armentrout.

—Tripulación, por favor, prepárense para el cierre de puertas —dijo por el altavoz una voz más grave.

—¿Es bueno? —preguntó Nate mientras el avión se despegaba de la manga.

—Me encanta. Pero parece que tú eres más de no ficción. —Señalé con la cabeza su elección de lectura—. ¿Qué tal ese? —Parecía que iba casi por la mitad.

El avión giró hacia la derecha y avanzó; yo inhalé por la nariz y exhalé por la boca.

—Está bien. Muy bien. Lo encontré en una lista de los cien libros que debes leer antes de cumplir treinta o algo de eso. Voy avanzando con esa guía. —Me miró y juntó las cejas—. ¿Te encuentras bien?

—Sip —respondí mientras se me estrujaba el estómago—. ¿Sabías que los momentos más peligrosos de un vuelo son los tres minutos posteriores al despegue y los ocho minutos previos al aterrizaje?

—No lo sabía.

Tragué. Me costó.

—Solía tomar calmantes. Indicados por el médico, por supuesto. No hago cosas ilegales. No es que me parezca mal si tú lo haces, claro. —Me estremecí por mis propias palabras. ¿Por qué demonios mi cerebro era mi peor enemigo?

—No es lo mío. ¿Por qué ya no tomas calmantes? —Cerró su libro.

—Me dejaban rendida y una vez casi pierdo una conexión en Filadelfia. La azafata tuvo que sacudirme para despertarme y luego tuve que correr hasta la puerta. Ya estaba cerrada y todo, pero me dejaron pasar. Así que no más calmantes.

El avión giró hacia una fila con más aviones listos para despegar. «Deja de mirar por la ventana. Sabes que es peor».

—Tiene sentido. —Se aclaró la garganta—. ¿Y qué estás estudiando en

Siracusa? —Su evidente intento por distraerme hizo que mi boca se curvara en una sonrisa.

—Relaciones Públicas. —Contuve una carcajada—. Suelo ser bastante buena con la gente hasta que me metes en un avión.

—Creo que lo estás haciendo bien. —Sonrió y, Dios mío, apareció un hoyuelo en su mejilla derecha.

—¿Qué hay de ti? ¿Por qué el ejército? ¿Por qué no ir a la universidad? —Cerré mi libro y lo dejé sobre mi regazo.

—No era una opción. Mis calificaciones eran buenas, pero no lo suficiente como para conseguir una beca, y no nos alcanza el dinero ni para la televisión de cable, así que imagínate para la universidad. Honestamente, son mis padres los que necesitan mi ayuda. Tienen una pequeña granja en las afueras de Shipman, Illinois. —Alejó la vista—. En realidad, es la granja de mi madre. Se la dejó su padre. En cualquier caso, el ejército pagará mi educación, así que allí voy.

Asentí, pero no era tan tonta como para creer que lo entendía. Era el polo opuesto al modo en que yo había crecido, donde la pregunta había sido dónde iba a estudiar y no si iba a hacerlo. En broma, mamá y papá llamaban a mi matrícula unisociedad, ya que eran ellos quienes pagaban por mi educación. Nunca había tenido que tomar una decisión como la de Nate.

—¿Y qué quieres hacer cuando te gradúes?

Juntó las cejas.

—Todavía no he llegado tan lejos. Tal vez enseñar. Me gusta el inglés; algo con literatura. Pero tal vez me guste el ejército. Las Fuerzas Especiales también suenan bastante asombrosas.

—Damas y caballeros, les habla su capitán. Antes que nada, quiero darles la bienvenida al vuelo 826 con destino a Atlanta. Tal vez ya lo hayan notado, pero hay una densa capa de niebla que lo está ralentizando todo desde la mañana y parece que estamos en el puesto veintidós en la fila para despegar, lo que significa que faltan cuarenta minutos o más para el despegue.

Un quejido colectivo sonó a nuestro alrededor, incluido el mío. Cuarenta minutos no me hacían perder la conexión a Siracusa, pero ajustaban los tiempos.

—La buena noticia es que, cuando atravesemos la niebla, el clima es bueno, así que vamos a intentar compensar el retraso en el aire. Gracias por su paciencia y por volar con nosotros.

Se oyó una serie de sonidos porque la gente presionaba sus botones de llamada, sin duda preocupados por sus enlaces.

—¿Tienes conexión en Atlanta? —le pregunté a Nate.

—Sí, a Columbus, pero tengo un par de horas de margen. —Pasó el pulgar por la herida de su labio y se movió en el asiento.

—Tengo un ungüento antibiótico en el bolso —ofrecí—. Y también Tylenol, si te duele.

Alzó las cejas.

—¿Llevas un botiquín de primeros auxilios en el bolso?

Mis mejillas volvieron a calentarse.

—Solo lo esencial. Nunca sabes cuándo te quedarás atrapada en una pista con un extraño que tiene una herida en el labio con una larga historia. —Sonreí con discreción.

Su risa fue suave, apenas perceptible.

—Estaré bien. Las he tenido peores.

—Eso no resulta nada tranquilizador. —Tenía un ligero bulto en la nariz y no pude evitar preguntarme si se la habría roto en algún momento.

Se rio más fuerte esta vez.

—Confía en mí. Estaré bien.

—Menudo malentendido debió ser…

—Siempre es así. —Se quedó callado y sentí una opresión en el pecho cuando me di cuenta de que me había metido donde no debía. Otra vez.

—¿Y qué más has leído de esa lista de cien libros? —pregunté.

—Mmm. —Levantó la vista como si estuviera pensando—. Rebeldes, de…

—S. E. Hinton —terminé. Mierda, lo había interrumpido—. Quién lo hubiera dicho… Estoy bastante segura de que se lo dan a todos los chicos con potencial conflictivo en el primer año de secundaria. —No pude contener la sonrisa.

—Ey… —Hizo un gesto como si lo hubiese ofendido—. ¿Qué parte de esto —señaló su cuerpo— te dice que soy un chico malo? ¡He crecido en una granja!

Me reí y olvidé que estábamos avanzando directo hacia el despegue.

—¿Ese cuerpo? ¿Ese rostro? ¿Ese corte en el labio? ¿Esos nudillos raspados? —Lo miré donde la manga se encontraba con el brazo y alcancé a ver unos trazos de tinta negra—. Ah, ¿y tatuajes? ¡Sin duda eres un ejemplar de chico malo! Apuesto que habrás dejado una plétora de corazones rotos a tu paso.

—¿Quién usa plétora en una conversación cualquiera? —Su sonrisa solo hizo crecer la mía. Chico malo o no, sabía que la sonrisa de Nate debía haber hecho caer una buena cantidad de bragas, porque de no haber estado en este avión yo hubiera considerado mi primera aventura de una noche—. Te diré quién: las niñas buenas de universidad.

—Me declaro culpable. —Alcé las cejas—. Tienes incluso un aspecto de lector tórrido y melancólico. Muy Jess Mariano de tu parte.

—¿Jess qué? —Pestañeó confundido.

—Jess Mariano —dije. Esos ojos me iban a matar. El color me recordó a los

lagos congelados de Silverton, aunque no porque fueran glaciares sino más bien acuosos—. Ya sabes, de Las chicas de Gilmore.

—No la he visto. —Sacudió la cabeza.

—Bueno, si lo haces, recuerda que te pareces mucho a Jess, solo que… más alto y sexi. —Me pegué los labios.

—¿Así que más sexi? —se burló con una mirada pícara que hizo subir la temperatura de mi cuerpo uno o dos grados.

—Olvida que he dicho eso. —Alejé mi mirada mortificada de la suya y me desabroché el chaleco. Cuánto calor hacía aquí ¿no?—. ¿Qué más hay en tu lista de lectura?

Entrecerró los ojos solo un poco, pero aceptó el cambio de tema.

—Ya he leído Fahrenheit 451, El señor de las moscas, El último mohicano…

—Esa sí que es una buena película. —Suspiré—. ¿Recuerdas la forma en que dice que va a encontrarse con ella justo antes de saltar la cascada? Maravilloso. Cien por cien romance.

—¡Ver la película no cuenta! —Sacudió la cabeza y se rio—. Y no es un romance. Es una aventura mezclada con una pequeña historia de amor, pero no un romance.

—¿Cómo puedes decir que no es un romance?

—Porque el libro es un poco diferente a la película. —Se encogió de hombros.

—¿Diferente en qué sentido?

—¿En serio quieres saberlo?

—¡Sí! —Me encantaba esa película. Era mi primera opción para una sesión de helado y corazón roto.

—Cora muere.

Me quedé boquiabierta.

Nate frunció el rostro.

—Lo siento, yo… Tú has querido saberlo.

—Bueno, ahora sí que estoy segura de que jamás lo leeré. —Musité mientras avanzábamos en la fila. Mirar por la ventana tampoco ayudaba. La visibilidad era una porquería.

Los minutos pasaron mientras compartíamos otros de los libros de su lista. Algunos, como El gran Gatsby, los había leído en secundaria, pero otros, como Hermanos de sangre, no.

—Bueno, ¿y qué habría en tu lista de cien libros? —preguntó.

—Buena pregunta. —Torcí la cabeza en un gesto pensativo mientras continuábamos avanzando—. Al este del Edén…

—Oh, no, me harté de Steinbeck después de Las uvas de la ira.

—Al este del Edén es mucho mejor. —Asentí como si mi opinión lo

convirtiera en un hecho—. ¿Qué más? El cuento de la criada y La vida inmortal de Henrietta Lacks también son muy buenos… Ah, ¿has leído Los juegos del hambre? La tercera parte salió el año pasado y es maravillosa.

—No. Antes de este terminé Las aventuras de Huckleberry Finn. —Bajó la vista a su libro—. Tal vez debería buscar una lista más moderna.

—Ey, Huck Finn es asombroso. No hay nada como navegar por el Mississippi.

—Está bien —coincidió—. No tendré tiempo para leer mientras esté en entrenamiento, pero me he llevado algunos libros por si acaso —musitó por lo bajo—. Un amigo que fue el año pasado me dijo que te quitan casi todo cuando llegas, así que, ante la duda, puse mi iPod en una bolsa rotulada.

—¿Cuántos años…? —Apreté los labios antes de que pudiera salir el resto de esa pregunta. Su edad no era asunto mío, pero parecía de la mía.

—¿Cuántos años tengo? —terminó.

Asentí.

—Cumplí diecinueve el mes pasado. ¿Y tú?

—Dieciocho hasta marzo. Estoy en primer año. —Pasé el pulgar por el lomo del libro para hacer algo con las manos—. ¿No estás… nervioso?

—¿Por volar? —Frunció apenas las cejas.

—No, por alistarte. Hay algunas guerras en curso. —Margo (mi compañera de dormitorio) había perdido a su hermano en Irak unos años atrás, pero no iba a decírselo.

Rociaron las alas con un aerosol cuando llegamos al proceso antihielo.

—Sí, algo he oído. —De nuevo con el hoyuelo. Respiró hondo y miró hacia delante como si estuviera considerando la respuesta—. Te mentiría si dijera que no he pensado en todo el tema de matar y morir. Pero, en mi opinión, hay toda clase de guerras. Algunas son más visibles que otras. No será la primera vez que alguien me haga daño, pero al menos ahora estaré armado. Además, me parece que el riesgo vale la pena. Piénsalo así: si no hubieses tomado este avión, jamás nos hubiésemos conocido. Riesgo y recompensa, ¿no? —Miró hacia mí, nuestros ojos se encontraron y conectaron.

De pronto, mi deseo de bajarme de este avión dejó de relacionarse con el miedo a volar y comenzó a tener que ver con Nathaniel. Si nos hubiéramos conocido en el campus o en casa, en Denver, esta conversación no hubiera terminado en un par de horas al aterrizar.

Pero, al mismo tiempo, si hubiéramos estado en el campus o en Denver, quién sabe si hubiese comenzado. No tenía la costumbre de hablar con chicos guapos; eso se lo dejaba a Margo. Mi tipo solían ser los tranquilos y accesibles.

—Podría enviarte libros —ofrecí por lo bajo—. En caso de que te permitan leer y no tengas suficientes.

—¿Lo harías? —Abrió mucho los ojos, sorprendido.

Asentí y me respondió con una sonrisa que elevó por los aires mi ritmo cardíaco.

—Tripulación, prepárense para el despegue —dijo el piloto por el altavoz. Parece que era nuestro turno.

La azafata que estaba más cerca le dijo a una persona unas filas más adelante que plegara la mesa abatible, luego se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón.

Me sujeté de los dos apoyabrazos mientras los motores aceleraron y nos impulsaron hacia delante, lo que me pegó al asiento. La niebla se había disipado lo suficiente como para ver el final de la pista mientras pasábamos a toda velocidad. Cerré los ojos con fuerza y respiré para calmarme antes de volverlos a abrir.

Nate me miró, estiró la mano y me la ofreció con la palma hacia arriba.

—Estoy bien —dije con los dientes apretados intentando recordar que debía inhalar por la nariz y exhalar por la boca.

—Tómala. No muerdo.

«A la mierda».

Sujeté su mano y él entrelazó nuestros dedos; el calor invadió mi piel sudorosa y fría como el hielo.

—Tal vez te arrepientas.

—Apriétala. No me vas a romper.

—No puedo prometerlo. —Apreté su mano con todas mis fuerzas con la respiración cada vez más agitada mientras avanzábamos hacia el despegue.

—Lo dudo mucho. —Acarició mi mano con el pulgar—. Tres minutos. ¿Cierto? ¿Los primeros tres minutos después del despegue?

—Sip.

Cruzó su muñeca sobre nuestras manos entrelazadas y tocó algunos botones en su reloj digital.

—Listo. Cuando llegue a los tres minutos, puedes relajarte hasta que aterricemos.

—Eres muy dulce, en serio. —Las cubiertas rugieron y el avión comenzó a elevarse debajo de nosotros mientras acelerábamos. Le apreté la mano con tanta fuerza que debí interrumpirle el flujo sanguíneo, pero estaba demasiado ocupada intentando respirar como para sentir un nivel razonable de vergüenza.

—Me han llamado de muchas formas, pero nunca dulce —respondió con un apretón mientras despegamos.

—Pregúntame algo —lancé mientras los peores escenarios pasaban por mi mente—. Lo que sea. —Mi pulso se aceleró.

—Bueno. —Frunció el ceño pensativo—. ¿Has notado que los pinos se balancean?

—¿Qué?

—Los pinos. —Miró su reloj—. La gente siempre habla del balanceo de las palmeras, pero los pinos también lo hacen. Es de las cosas más relajantes que he visto en mi vida.

—Pinos —musité—. No me había dado cuenta.

—Sip. ¿Cuál es tu película favorita?

—Titanic —respondí automáticamente.

El avión se elevó y mi estómago dio un tumbo cuando doblamos con una inclinación pronunciada.

—¿En serio?

—En serio. —Asentí rápido—. O sea, está claro que había sitio en esa puerta, pero el resto me encantó.

Se rio despacio y sacudió la cabeza.

—Quedan dos minutos.

—Dos minutos —repetí ansiosa por que mi respiración se aplacara y se deshiciera el nudo de mi garganta. Las probabilidades de sufrir un accidente eras minúsculas y, sin embargo, ahí estaba, aferrada a un precioso extraño que probablemente creía que me faltaban algunos tornillos.

—¿Cuál es tu momento favorito del día? —preguntó—. Ey, solo quiero distraerte.

—El atardecer —dije—. ¿Y el tuyo?

—El amanecer. Me gustan las posibilidades que ofrece el día que comienza.

Miró hacia el océano gris que invadía la ventana y yo me incliné hacia delante para espiar. Podía ver el borde del ala a través de la niebla espesa, pero todo lo demás estaba cubierto. Tal vez no era tan malo si no podía ver el suelo.

Los motores sonaron más agudos.

—Qué dem… —comenzó Nate.

El sonido de metal contra metal me paró el corazón.

El ala explotó en una bola de fuego.

CAPÍTULO 3

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Parece que ha ido bien —dijo la voz de Torres llena de sarcasmo mientras miraba alejarse a Izzy con el resto de la comitiva. Ella no me había pisoteado ni atacado y ni siquiera me había lanzado una mirada asesina antes de seguir a Webb hacia los coches blindados al final de la pista. Sencillamente, me había ignorado como si no hubiera una década de historia entre nosotros.

Tosí, pero no hubo forma de evitar que mis comisuras se alzaran al mirarla. «Bien jugado».

—Es ella, ¿no? —preguntó Torres mientras seguíamos a los políticos—. Mierda, apenas la he reconocido.

Políticos. Ella odiaba a los políticos… al menos así era antes. Había sido tajante con la idea de trabajar en organizaciones sin fines de lucro y de no dejarse llevar por la presión que ejercían sus padres para que siguiera por el camino que imaginaban para ella y, sin embargo, ahí estaba.

Después de todo, sí que había tomado una decisión aquel día.

A la hora de la verdad, era una Astor.

La furia apareció, repentina y encendida, pero la hice a un lado. Siempre había sabido que escogería a sus padres, pero ver el resultado de su elección me dolía como el corte de un cuchillo desafilado.

—Sargento Green. —Graham apareció a mi lado—. ¿Vas a contarme qué

ha sido eso?

—No hay nada que contar —murmuré, despegando la mirada del movimiento del cabello de Izzy para barrer el perímetro. Me bajé los Wiley X y cubrí mis ojos del sol.

Mierda, ¿cómo diablos estaba allí?

—Claro. Porque no ha sido como si te hubieses encontrado con una ex en la pista ni nada por el estilo. —Su tono estaba salpicado de sarcasmo.

—No es mi ex. —Nunca llegamos a ese punto—. Y bórrate esa sonrisa del rostro.

—Es peor que tu ex —balbuceó Torres—. Es tu «qué hubiera pasado si…».

—Conmovedor. —La sonrisa de Graham se borró—. No puedo creer que hayan rechazado el Chinook.

Gruñí porque estaba de acuerdo. Más temprano ese día me había importado un rábano que los políticos hubieran preferido no usar el Chinook blindado (o, como lo llamábamos, la Embajada Aérea) para ir desde el aeropuerto hasta la embajada de Estados Unidos. Los siete kilómetros de ruta eran bastante seguros… por ahora. Pero eso había sido antes de saber que Izzy sería parte de los trasladados. Quería que todo a su alrededor fuera antibalas. Joder, quería que se fuera de allí y punto.

Llegamos a los vehículos y los políticos se dividieron entre las dos camionetas centrales de la caravana de cuatro. Holt (el secretario del que era responsable Kellman) se subió al fondo del segundo vehículo e Izzy lo siguió.

La mochila se le deslizó del hombro y la atajé por la tira antes de que llegara al suelo. La clásica tela verde oliva estaba suave y gastada, y el relleno, aplastado por los años de evidente uso, pero no había forma de confundir la quemadura cerca de la cremallera.

El aire se escapó de mis pulmones y una sonrisa tímida me curvó los labios mientras levantaba la bolsa y mis ojos buscaban los suyos, ambos ocultos detrás de unas gafas de sol, que hacían mucho más difícil leerla. Su lenguaje corporal se concentraba en conservar la calma y coger la mochila, pero sus ojos siempre habían sido la mejor forma de saber lo que estaba pensando. ¿Estaba tan conmocionada como yo o esos tres años de silencio realmente la habían vuelto apática?

—Su bolsa, señorita Astor —dije por lo bajo mientras una brisa de aire acondicionado sopló en mi rostro.

Despegó los labios y tragó antes de tomarla de mis manos y acomodarla sobre su regazo.

—Gracias.

—¿Puede subir el aire? —le preguntó Holt al conductor aflojándose la corbata mientras el sudor chorreaba por su cuello rojo.

Graham miró sobre su hombro desde detrás del volante y se rio despacio.

—Lo siento. Ya está al máximo. Así de infernal es el calor aquí.

Holt se recostó en el asiento como si alguien acabara de dispararle a su cachorro.

—Por el amor de Dios —musitó Kellman yendo hacia los asientos tácticos de la última fila.

Con una mirada rápida entendí que el equipaje ya estaba cargado en el último vehículo y que toda la comitiva había sido asegurada. Volví a mirar el perímetro, aunque había otros seis operadores haciendo lo mismo, y vi el gesto de Webb antes de que se metiera en el coche que lideraba la comitiva.

Hora de irse.

—Abróchate el cinturón —le dije a Izzy y cerré su puerta antes de que pudiera responder.

Estaba detrás del material más antibalas que había a disposición.

Ocupé el asiento del copiloto y cerré la puerta.

—Vamos. —Señalé el primer coche que ya estaba rodando cuando la compuerta de salida se abrió frente a nosotros.

El dulce aroma a limones y a Chanel número 5 llegó a mi nariz. El tornillo que tenía en el pecho se ajustó otra vuelta dolorosa mientras luchaba por contener el bombardeo de recuerdos para el que no tenía tiempo. A pesar de ese anillo en su dedo, algunas cosas no habían cambiado: todavía olía a largas noches de verano.

Graham encendió el automóvil y los siguió, llevándonos por Kabul. Mis sentidos se pusieron en alerta procesando cada detalle de la ruta y quienes conducían junto a nosotros, buscando cualquier posible amenaza.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la embajada? —preguntó Holt, frotándose el cuello.

Kellman tenía el cielo ganado con este tipo. Iba a ser un grano en el culo la próxima semana. Aunque tampoco es que yo lo tuviera fácil. Detrás de mí estaba la mismísima Isabeau Astor, por primera vez a unos metros de distancia desde aquella noche de lluvia en Nueva York en la que todo había salido tan mal. ¿Cuándo había renunciado a ese bufete? ¿Cuándo había decidido trabajar para una senadora? Apuesto a que sus padres estaban encantados; siempre hablaban de la cuestión del estatus. ¿Qué más había cambiado en los últimos años?

«Concéntrate».

—Depende del tráfico y de si su llegada se ha filtrado o no entre los tipos a los que les gusta hacer movilizaciones políticas —respondió Graham con su marcado acento sureño.

Sentí el calor en mi nuca y supe que, si me daba la vuelta, iba a encontrar la mirada de Izzy sobre mí del mismo modo en que la mía estaría sobre ella si nuestros lugares estuvieran cambiados. Pero mantuve la atención en nuestro

entorno mientras pasábamos la marca de un kilómetro y el tráfico se volvía más denso. Pronto llegaríamos a la zona protegida.

—Entonces, unos… ¿cinco minutos? ¿O diez? —preguntó Holt retorciéndose para quitarse la americana.

Tuve que usar la fuerza de todos mis músculos para no poner los ojos en blanco.

—Ya estaríamos allí si hubiésemos ido en helicóptero —comentó Kellman desde el fondo.

—Se decidió que eso daría un mensaje equivocado sobre nuestra confianza en la seguridad durante el procedimiento de reconocimiento —afirmó Izzy acomodando la mochila en su regazo.

—¿Quién narices decidió que el mensaje era el factor más importante en una zona de guerra? —Miré hacia atrás sobre mi hombro y su mentón se elevó varios centímetros.

—El senador Liu —respondió Holt.

—Quién iba a decirlo, los mismos tipos que viajarán en helicópteros blindados cuando lleguen la semana próxima son quienes les dicen a ustedes que vayan por tierra —intervino Graham conduciendo a una distancia adecuada del automóvil de delante—. Cómo no amar a los políticos.

Pasamos la marca de los dos kilómetros; íbamos bien de tiempo.

—Es importante el modo en el que se perciba la visita —discutió Izzy.

«¡¿Qué?!». Todos mis instintos querían que se subiera al primer avión que la llevara fuera de allí, ¿y a ella le preocupaba la percepción?

—El hecho de que ustedes valoren la percepción sobre la seguridad es exactamente el motivo por el que no deberían estar aquí —disparé sobre mi hombro con las cejas en alto para que supiera que le estaba hablando directamente a ella.

Se quedó boquiabierta y alejó la mirada. «Presta atención».

—Solo estamos haciendo nuestro trabajo… —comenzó Holt.

—Tú no eres quién para decirme dónde debería o no estar —me respondió ella con los ojos entrecerrados en una mirada fulminante.

Las cejas de Graham tocaron el techo, pero mantuvo la atención en la carretera.

—¿Quieres hacer esto aquí? —Tal vez era lo mejor, ya que dentro del automóvil no iba a poder ponerle las manos encima; aunque no sabía bien si quería sacudirla para hacerla entrar en razón o besarla hasta que se le cayera ese puto anillo.

¿Quién era él? ¿Algún niño rico que su padre aprobaba? ¿Alguien con conexiones políticas y el linaje que siempre habían querido para ella?

—Quería hacer esto hace tres años —me desafió inclinándose hacia delante contra el cinturón hasta que escuché el clic de su mecanismo de bloqueo.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Holt por lo bajo mientras se desabrochaba el primer botón de la camisa.

—¡No! —disparó ella.

—Sí —respondí al mismo tiempo.

—Mmm. —Holt nos miró, pero, sabiamente, cerró la boca.

—He estado en batallas con menos tensión —musitó Graham.

—Cállate. —Apreté la mandíbula. Tenía razón y eso solo me fastidiaba más.

Pasamos los siguientes cuatro kilómetros en silencio mientras entrábamos en la zona protegida, pero la tensión solo se redujo un poco cuando llegamos al área relativamente segura de la embajada. Las ventanas decorativas con un patrón en zigzag solo eran eso: decorativas. El muro de hormigón que tenían detrás había sido construido para soportar una bomba. Aunque no estaba seguro de que fuera a soportarnos a Izzy y a mí bajo el mismo techo.

Graham aparcó el automóvil y salí ajustándome el arma antes de abrir la puerta de Izzy y encontrármela luchando con su cinturón de seguridad.

—Esta estúpida cosa… —Tiró del cinturón y metió el pulgar en el botón para liberarlo.

Verla enfrió las ardientes oleadas de frustración y, para mi sorpresa, tuve que contener la sonrisa. Eran tan… Izzy. Si seguía así de nerviosa, no solo iba a crecer su torpeza, también comenzaría a parlotear.

Dios, cómo extrañaba su parloteo incontenible.

—Déjame ayudarte. —Me acerqué.

—Ya puedo sola. —Se puso las gafas de sol sobre la cabeza y me disparó una mirada que no necesitaba palabras.

Alcé las manos y retrocedí mientras ella tiraba furiosamente de la correa. Luego volví a mirar el perímetro y me quité las gafas porque ahora estábamos en la sombra.

Webb ya había bajado del coche líder.

—«No deberíais estar aquí». —Hervía con cada tirón, burlándose de mis palabras.

—Es cierto. Es el último lugar del mundo al que perteneces, Iz. —¿Quería morirse?

—Me alegra ver que sigues siendo un imbécil. —Cada vez que tiraba, el automóvil se aferraba más al cinturón y lo volvía mucho más corto—. ¿¡Qué demonios le pasa a esta cosa!?

Intervine sin permiso y presioné el botón con un apretón fuerte y rápido que liberó el cinturón de seguridad. Alejó las manos enseguida y su anillo me raspó la palma.

—Al menos este imbécil puede desabrochar el cinturón.

Nuestras miradas se chocaron y la corta distancia que nos separaba se llenó

del voltaje suficiente para apagar el órgano de cuatro ventrículos conocido como mi corazón. «Demasiado cerca».

Retrocedí, salí del coche y respiré una gran bocanada de desdicha para darle (y darme) espacio.

—Perdón, ese cinturón se atasca —gritó Graham desde el asiento del conductor.

—No me digas… —murmuró Izzy con las mejillas sonrojadas.

—¿Todo bien, Isa? —preguntó Holt a mis espaldas mientras los enviados caminaban hacia la custodiada puerta de la embajada.

—¿Isa? —Giré la cabeza mientras Izzy se bajaba del coche y se colgaba la mochila del hombro.

—Soy yo —respondió Izzy caminando junto a mí sin volverse.

—Se llama Isab… —comenzó Holt.

—Sé su nombre —lo interrumpí.

Webb se quedó a un lado mientras el equipo entraba con sus protegidos y miraba el intercambio con un gesto de la cabeza que indicaba que íbamos a hablar de ello en unos cinco minutos. Ya era bastante malo que Izzy supiera mi verdadero nombre (algo de lo que iba a tener que hablar con ella), pero me estaba comportando como un tonto y lo sabía. Y lo peor era que parecía que no podía parar.

—Siempre has sido Izzy. —La seguí junto a la fila de árboles que marcaba el frente de la embajada y hacia la puerta.

Ella se puso rígida y luego se giró hacia mí, justo frente a Webb.

—Izzy es el nombre de una chica de dieciocho años a la que hay que sujetarle la mano. Ya no soy esa chica y, si tienes algún problema con que esté aquí, entonces asígname a otra persona, porque tengo cosas más importantes para hacer que pasar las próximas dos semanas demostrándote nada a ti. —Me apuntó con el dedo sin hacer contacto con mi pecho antes de girar sobre sus talones y caminar hacia la embajada.

—¿Entonces sigue enfadada? —preguntó Torres.

Lo ignoré a él y al creciente dolor en mi pecho soltando una exhalación larga y exasperada.

—Te lo voy a preguntar una vez más, Green. —Webb caminó junto a mí mientras los seguíamos hacia dentro—. ¿Vamos a tener un problema? Porque nunca te había visto así de distraído. Jamás.

Eso era porque nada me distraía como Isabeau Astor. Ella no era un mero pasatiempo resplandeciente. Esa mujer era un meteoro, una estrella fugaz capaz de conceder deseos imposibles o destruir la vida tal como la conocía.

Y en este momento estaba saludando al embajador detrás de la pared vidriada de la sala de reuniones justo frente a mí con esa calma entrenada que hablaba de una experiencia de la que yo no sabía nada. Tal vez tenía razón y ya

no era mi Izzy… Aunque tampoco era que lo hubiera sido alguna vez. No realmente.

—Tenemos… historia —admití. De todos modos, historia ni se acercaba; estábamos unidos de formas que jamás entendería.

—No me digas, Sherlock. ¿Va a ser un lastre? Porque tu reemplazo va a llegar en pocos días y luego puedes irte a las Maldivas si quieres.

—Lo estoy pensando. —Ni siquiera había vuelto a pensar en mi pequeño bungalow sobre el agua desde que Izzy había puesto un pie en la pista.

Miré a Torres.

—¿Por qué me miras como si tuviera que decirte algo que no supieras ya? —Torció la cabeza hacia un lado.

Apreté la mandíbula mientras Izzy estrechaba la mano del embajador.

—Avísame esta noche —ordenó Webb y luego se fue hacia la sala de reuniones—. Añadieron dos paradas al itinerario, así que este espectáculo comienza mañana por la mañana —gritó sobre su hombro.

Me escabullí en un pasillo vacío para recuperar el control.

—¿Se la vas a pasar a Jenkins? —preguntó Torres apoyándose en la pared junto a mí.

—Mi instinto me dice que no —dije por lo bajo—. Pero al menos él la trataría como una enviada cualquiera.

—Una misión cualquiera. —Torres asintió—. Es un buen argumento.

Jenkins no perdería un segundo en sus ojos, su sonrisa, sus curvas. Estaría cien por cien concentrado.

—Conmigo estará más segura.

—¿Porque estás enamorado de ella? —me interrogó Torres.

Sacudí la cabeza.

—Porque Jenkins no está dispuesto a morir por ella.

—¿Alguna vez se te ha pasado por la cabeza que tal vez morir por alguien podría no ser tan increíble como parece?

—Todos los días. —El remordimiento me retorció el estómago.

—No me refería a eso. Un día tendrás que soltar esa culpa.

—Pero hoy no es el día.

Suspiró y se masajeó el puente de la nariz.

—Mira, hablar de esta mierda conmigo no te ayudará. Ambos sabemos lo que vas a hacer.

Asentí. Llevaba demasiado tiempo protegiendo a Izzy como para detenerme ahora solo porque resultaba incómodo.

Graham pasó por el pasillo y miró dos veces.

—Ey, jefe, aquí estás. —Agitó un trozo de papel—. Nuevo itinerario.

Torres y yo nos despegamos de la pared y tomé la actualización que traía Graham.

—¿Kunduz? —leyó Torres sobre mi hombro.

—Ha añadido dos provincias del norte —dijo Graham—. Creí que la senadora Lauren se concentraba en el sur, por el equipo de ajedrez femenino, ¿no?

—Sí —dije, mirando los cambios que obviamente había hecho Izzy.

Algo ocurría.

CAPÍTULO 4

IZZY

Saint Louis
Noviembre de 2011

Mi estómago se desplomó mientras caímos de lado con el fuego en el ala saliendo del motor como la cola de plumas de un fénix macabro. El motor se quedó en silencio dentro de una nube de humo, pero otros sonidos ocuparon su lugar.

Aullidos, tanto de humanos como de metal. Mecánicos. El quejido agudo del otro motor que luchaba por soportar la carga.

No podía respirar, no podía pensar, solo podía escuchar el grito de los pasajeros mientras nuestro giro se convertía en caída en picado hacia la izquierda. El apoyabrazos se me clavó en las costillas; los compartimentos superiores se abrieron y comenzó a llover equipaje. Algo duro me golpeó el hombro. Más gritos.

Mi mano estrujó la de Nathaniel.

—Hemos perdido un motor. —Me sujetó con más fuerza—. Pero deberíamos poder…

El motor derecho chisporroteó y falló.

Los gritos se desataron a nuestro alrededor.

¿Cómo era posible que pasara aquello? ¿Cómo podía ser real? Habíamos perdido los dos motores.

Mi lado lógico lo comprendió: caer, íbamos a caer.

Debí decir (o gritar) las palabras en voz alta porque Nate se abalanzó hacia mí agarrando una de mis mejillas y se inclinó como si de algún modo pudiera cubrirnos del mundo exterior.

—Mírame —ordenó.

Despegué la mirada del apocalipsis de afuera y sus ojos azules se clavaron en mí, consumiendo mi campo de visión hasta que fueron lo único que podía ver.

—Todo va a ir bien. —Estaba tan tranquilo, tan seguro. Tan jodidamente loco.

—¡Nada va bien! —Mi voz era un susurro estrangulado mientras caíamos en picado. Nuestro ángulo solo disminuía ligeramente a medida que nos estabilizábamos horizontalmente, pero no verticalmente.

—¡Mantengan la calma! —gritó una azafata mientras el avión se sacudía y el metal vibraba a nuestro alrededor como si fuera a desmoronarse en cualquier momento.

Me tragué el grito y me concentré en Nate.

—Les habla el capitán —dijo una voz tensa por el altavoz—. Prepárense para el impacto.

«Vamos a morir».

Mi pulso latió con tanta fuerza que se volvió un rugido mezclado con los llantos acongojados de los otros pasajeros.

Los ojos de Nate se abrieron como platos y soltó mi mejilla, pero no dejó mi mano mientras nos movíamos siguiendo instrucciones.

—¡Inclínense y protéjanse la cabeza! ¡Inclínense y protéjanse la cabeza!

Doblé mi cuerpo por la mitad, metí la cabeza entre las piernas y la cubrí con la mano derecha. La izquierda quedó firmemente aferrada a la de Nate mientras caíamos del cielo.

—Todo irá bien —prometió, imitando mi postura lo mejor que podía mientras las azafatas repetían las órdenes—. Sigue mirándome. No estás sola.

—No estoy sola —repetí. Nos sujetábamos con tanta fuerza que nuestros cuerpos podrían haberse fundido.

—¡Inclínense y protéjanse la cabeza! ¡Inclínense y protéjanse la cabeza!

No me pasó la vida frente a los ojos. Ni lloré por no haber conseguido nada en mis dieciocho años en este planeta. No tuve ninguna de las revelaciones de las que hablaba la gente que había vivido experiencias cercanas a la muerte, porque aquello no era una experiencia cercana a la muerte. Era la muerte y punto.

«Serena…».

—¡Inclínense y protéjanse la cabeza! ¡Inclínense y protéjanse la cabeza!

Golpeamos contra un muro de ladrillo y me convertí en un proyectil. El cinturón golpeó contra mi estómago y mis pulmones se vaciaron, impulsados

hacia delante contra su voluntad.

Nos precipitamos hacia la izquierda y sentí una explosión de dolor en el costado. Luego flotamos durante un segundo, antes de volver a rebotar contra el suelo como una piedra chata arrojada a un lago.

Se me aflojaron todos los huesos. Mi cabeza rebotó contra la mesa abatible. Algo pesado me presionó la espalda mientras nos arrastrábamos hacia delante por el terreno irregular con el sonido de fondo de gritos y metales chirriando. El suelo debajo rugió y todo se puso negro.

Nos… detuvimos.

Tenía la vista nublada cuando alcé la cabeza, casi no podía distinguir el asiento frente a mí en la espesura de la oscuridad.

¿Qué era eso? ¿Era la muerte? No había cantos de ángeles ni ondas energéticas… solo… ¿eso? ¿Qué era eso? Sentí como si me mecieran para dormir, subiendo y bajando un poco con cada respiración.

Unas luces verdes parpadearon e iluminaron la cabina justo cuando la oscuridad se disipó de las ventanas.

Parpadeé intentando forzar mis ojos a enfocar.

Una mujer al otro lado del pasillo abrió la boca, pero el pitido de mis oídos eclipsaba cualquier sonido que intentara emitir. Tenía un bebé en brazos que también parecía atrapado en un grito mudo.

El calor invadió el lado de mi rostro mientras giraba la cabeza.

Nathaniel.

Estaba vivo… y yo también.

Abrió y cerró la boca, sus ojos buscaron los míos y un río de sangre corría por su rostro desde algún lugar sobre su ojo izquierdo.

—¿Qué tratas de decime? —grité—. ¡Estás herido! —Llevé una mano temblorosa hacia su rostro.

Su boca volvió a moverse y, de pronto, otro sonido compitió con el pitido agudo en mis oídos. ¿El altavoz?

—¡Tenemos que movernos! —gritó Nate y su voz logró llegar a mí—. ¡Izzy! ¡Tenemos que movernos!

A pesar de que alguien había apretado «silencio» en el control remoto de mi mente, podía oír los llantos y gritos de pánico.

—¡Evacúen! ¡Evacúen! —La voz llegó por el altavoz.

De alguna forma habíamos logrado sobrevivir, ¿pero por cuánto tiempo?

—¿Estás bien? —pregunté.

—¡Tengo que abrir la puerta! —Nate le dio un apretón a mi mano, soltó nuestros dedos, desabrochó mi cinturón y luego el suyo—. ¿Puedes con la tuya? —gritó hacia el otro lado del pasillo.

—¡Estoy en ello! —respondió una voz.

Nate se puso de pie y su enorme espalda no me dejaba ver la puerta de

emergencia mientras trabajaba en ella. Algo frío como el hielo irrumpió en el suelo y me enfrió los pies inmediatamente.

—Oh, Dios, estamos sobre el agua —me dije. El río.

La gente se amontonó en los pasillos en un frenesí de movimiento.

Nate destrabó la puerta y la arrojó hacia afuera con las dos manos.

—¡Evacúen! ¡Evacúen!

Busqué debajo de mi asiento y luego en el suyo para tomar los chalecos salvavidas. Los metí dentro de mi chaleco y cerré la cremallera. Ya habría tiempo para eso.

El bebé lloraba mientras el hombre al otro lado del pasillo maldecía forcejeando con su puerta.

—¡Izzy! —Nate se estiró hacia atrás y tomó mi mano para ponerme de pie mientras el agua subía por mis tobillos y pantorrillas.

Alguien se colgó de mis hombros y el pánico generalizado se volvió más agudo.

Nate salió por la puerta de emergencia y, sin soltar nunca mi mano, me cubrió con su cuerpo mientras atravesábamos la puerta hacia el ala helada.

Estábamos en el medio del rio Missouri.

—¡Ponte al otro lado! —le grité mientras el agua subía por la punta del ala.

Apretó la mandíbula y comenzó a sacudir la cabeza, pero dejó que mi mano se soltara de la suya y nos colocamos a ambos lados de la puerta.

—¡Deme la mano! —Me estiré hacia la mujer que intentaba salir por la puerta con las manos en alto. Nate y yo tomamos una cada uno y la alzamos sobre el ala.

—¡Dejen las malditas maletas! —gritó Nate dentro de la cabina antes de ayudar al siguiente tipo.

—Acaban de abrir la otra puerta —gritó una mujer; mientras salía, su pie se deslizó por el hielo del ala.

—¡Cuidado! —grité y la estabilicé.

Una y otra vez, ayudamos pasajero tras pasajero.

—¡Deme el bebé! —Me estiré hacia una criatura enroscada en el cuerpo de otra mujer y sostuve contra mi pecho al pequeño bulto llorón y enfadado mientras Nate sacaba a la madre.

—¡Gracias! —Tomó a la niña y liberó el paso.

El agua subía por el ala y me moví hacia un lado para mirar la parte delantera del avión mientras Nate ayudaba a salir a otro pasajero. Las puertas de emergencias delanteras estaban abiertas y los botes salvavidas desplegados. Las azafatas ayudaban a los pasajeros a salir hacia el agua… que entraba por las puertas y le llegaba hasta las rodillas a un hombre que saltaba hacia una balsa que se llenaba de gente rápidamente.

—Nos estamos hundiendo.

Nate asintió.

¿Cuántos pasajeros quedaban? ¿Cuánto tiempo teníamos hasta que el agua llenara el fuselaje?

Un hombre. Una mujer. Otro hombre. Un niño asustado. Los sacamos de la cabina hasta que el ala estuvo llena y ya nadie gritaba pidiendo auxilio.

—¿Hay alguien más? —gritó Nate dentro de la cabina.

No respondió nadie, el agua ya llegaba hasta los asientos.

Un chapoteo me hizo girar la cabeza, vi algunos pasajeros saltando al río. Estábamos a cincuenta metros de la orilla.

Nate cruzó la puerta y tomó mi mano.

—Tenemos que nadar —dije con tanta calma como pude. No iba a haber un bonito rescate como el del Hudson para nosotros.

—Sí.

—¡No sé nadar! —gritó un niño junto a mí y enterró el rostro en el abrigo de su padre.

«Los chalecos salvavidas».

—Toma. —Busqué en mi chaleco y cogí una bolsa de plástico, que desgarré con los dientes y se la pasé al padre.

Sus ojos confundidos se encontraron con los míos.

—No he cogido los nuestros.

—Tenga el mío. No se preocupe. —Le sonreí para darle seguridad y asentí antes de coger el otro paquete de mi chaleco—. También traje el tuyo —le dije a Nate empujando el paquete contra su pecho.

Bajó la vista hacia el chaleco y sacudió la cabeza.

—Póntelo.

—No lo necesito —le aseguré—. Seis años en el equipo de natación.

Me miró y luego al chaleco varias veces y luego se volvió hacia los pasajeros.

—¿Dónde está la madre con el bebé? —gritó.

Ella levantó la mano desde su sitio en el centro del ala.

—Déselo a ella —le ordenó Nate al padre junto a nosotros y él lo pasó por la fila hasta que lo recibió la mujer.

Las manchas amarillas llenaron mi visión periférica cuando otros pasajeros se colocaron los chalecos y comenzaron a inflarlos.

El agua cubrió los bordes de las alas y todos retrocedimos; aunque tampoco era que nuestro peso fuera a balancear la aeronave ni evitar que se hundiera en el lecho del río.

El avión se inclinó y un grito de pánico simultáneo se apoderó de las alas repletas mientas dos pasajeros se arrojaban al agua.

—Mírame —exigió Nate y alzó mi mentón con su pulgar e índice. ¿Siempre estaba así de borroso?

—Mierda, tienes las pupilas enormes —murmuró, apoyando sus dedos sobre mi frente con un gesto de preocupación—. Y ese es un tremendo chichón. ¿Pitido en los oídos? ¿Visión borrosa?

—Ambos.

—Tienes una contusión. —Miró sobre mi cabeza, luego se dio la vuelta para mirar la nariz del avión que se hundía mientras el agua engullía el vidrio de la cabina del piloto y entraba por la puerta—. Todo el mundo está fuera, no hay nada más que podamos hacer y estaremos bajo el agua en cuestión de minutos. Tendremos que nadar hacia la orilla. ¿Puedes hacerlo?

Sentí un dolor en el costado, sutil pero punzante.

—Puedo hacerlo.

Asintió y apretó mi mano con más fuerza.

—Iremos juntos. El agua está a unos diez grados bajo cero en esta época del año.

Escuché otro chapoteo, pero esta vez provenía del otro lado de la aeronave.

—Y ni siquiera tenemos una puerta para flotar. Bueno, no hay nada como vivir tu película favorita, ¿no? —Forcé una sonrisa temblorosa.

—No has perdido el sentido del humor. Bien.

El avión avanzó con la nariz hacia abajo y mis pies se resbalaron mientras la gente a nuestro alrededor gritaba al arrojarse al agua.

«¡Mierda!». La mano de Nate se apretó a la mía como un tornillo mientras me deslizaba hacia el borde, y él tiró de mí hacia atrás, envolviendo su brazo alrededor de mi cintura. El dolor estalló detrás de mis costillas y grité porque me invadía, crudo y agudo.

—¡Te tengo! ¡Bajemos de esta cosa! —Nos acercó hacia la parte trasera del ala, que se elevó abruptamente mientras el avión se sumergía en el agua y el fuselaje rugía como un hombre agonizante mientras el agua devoraba las puertas delanteras y avanzaba por las ventanas—. Vamos a saltar —dijo sosteniendo mi mano entre nosotros y apuntando hacia la orilla—. ¿Lista?

—Lista —tragué para prepararme para la helada bienvenida del agua.

—A la de tres. —Me miró y luego a nuestro punto de aterrizaje—. Uno.

—Dos —seguí.

El avión lanzó un suspiro hondo y se sacudió mientras se hundía a mayor velocidad.

—Tres —se apuró Nate.

Saltamos.

CAPÍTULO 5

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Tenía que ser la altitud, ¿no? Por eso parecía que no podía respirar hondo, inhalar aire suficiente para aliviar la ardiente sensación que crece en mi pecho. No tenía nada que ver con él.

«Mentirosa».

A pesar de los mil millones de escenarios que me había imaginado a lo largo de los años sobre el momento en el que volviera a ver a Nate, nunca había pensado en algo así. Me había figurado que aparecería en mi puerta una noche de lluvia o hasta que vendría a mi oficina de DC para decirme que no podía casarme con Jeremy. Vale, ese escenario era descabellado, pero eso no había impedido que se cruzara por mi mente una o dos veces.

Giré el llamativo y pesado anillo que llevaba en el dedo con mi pulgar y caminé alrededor de mi habitación.

Nate estaba allí. El hombre que solía considerar mi alma gemela estaba en la misma ciudad; en el mismo edificio. Mi pulso se aceleró y contuve todos los instintos que me decían que lo persiguiera para gritarle por lo que me había hecho pasar o para abrazarlo con tanta fuerza que ninguno pudiera respirar. Tal vez las dos opciones.

—¿Me estás escuchando siquiera?

«Jeremy». Mierda, seguía al teléfono.

—Estoy aquí. —Sacudí la cabeza y miré por la ventana hacia los jardines de la embajada esperando ver a Nate… si es que aún seguía ahí.

Me había mostrado mi habitación con una brusquedad que indicaba que quería estar tan lejos de mí como fuera posible; y no me sorprendía considerando los últimos tres años.

—Mira, ya dije que lo sentía…

Mis pensamientos silenciaron el resto de las excusas de Jeremy. Había algunas cosas que las disculpas no podían arreglar.

—Te dije que necesitaba algo de tiempo. —Me hundí en el gran sillón que flanqueaba la sala de estar.

—¡No me dijiste que te ibas a la otra punta del mundo por Lauren! ¡Los dos sabemos que era Newcastle quien tenía que estar en ese vuelo! —disparó —. Mira, si necesitabas tiempo para… —tragó con un sonido audible—… tomar una decisión, podrías haberlo hecho desde DC o ir a casa de Serena…

«Serena». Una nueva oleada de nauseas me invadió, tan espesa que podía saborear la amargura que me cubría la lengua.

—Mira, Jer, que haya venido aquí no tiene nada que ver contigo ni con tus elecciones, sino conmigo y las mías. Si hubieras prestado un mínimo de atención a lo que te estuve diciendo las últimas seis semanas… —Masajeé mi entrecejo y solté una risa llena de autodesprecio—. Pero has estado con varias cosas entre manos, ¿no? —Busqué un reloj a mi alrededor. Ocho y dieciséis de la noche; el desfase horario me estaba pateando el trasero. A mi cuerpo no le importaba qué hora fuera mientras lo dejara dormir, pero mi cerebro sabía que necesitaba acostumbrarme lo antes posible e irme a la cama temprano no iba a ayudar.

—Mira, los dos hemos estado ocupados con el trabajo, Isa. Solo… hablemos como adultos maduros. —Su tono condescendiente me puso en tensión.

—No estoy lista para hablarlo. —Sonaron tres golpes—. Espera, ha llegado alguien. —Me levanté y caminé hacia la puerta.

—Déjame adivinar. ¿Ben Holt está allí para apaciguar tu angustia? —devolvió Jeremy—. Esta conversación no ha terminado.

—Por supuesto que ha terminado. —Alcé la voz y abrí la puerta de golpe con la gracia de una llama ebria. Golpeó contra el tope y rebotó. Una enorme mano la detuvo antes de que pudiera golpearme la cadera… una mano unida a un antebrazo tatuado que conocía muy bien.

Nathaniel frente en mi puerta, vestido de pies a cabeza con un equipo de combate negro, que incluía un chaleco antibalas y una cosita en el oído que probablemente lo mantenía conectado con los otros ninjas que nos habían escoltado hacia la embajada.

¿Primero una barba desaliñada y un uniforme sin ninguna marca y ahora

eso? Parecía que Nate había estado ocupado los últimos tres años.

—Tenemos que hablar. —Señaló con la cabeza la habitación a mis espaldas —. Dentro.

El ardor en mi pecho se convirtió en una llama enardecida que amenazaba con incinerarme de adentro hacia afuera. Esos ojos siempre serían mi perdición, tan azules que merecían una nueva categoría de color, pero la calidez de la que siempre había dependido se había enfriado y el hombre frente a mí parecía más desconocido que la mañana en que habíamos saltado al río Missouri.

Mi ira vaciló ante su mirada glaciar.

Por supuesto, él se veía como la próxima estrella de acción de Hollywood y yo no llevaba ni siquiera el escudo de una máscara de pestañas decente.

—¡… así no son las relaciones! —gritó Jeremy en mi oído como el final de una frase que en verdad no había escuchado—. Déjame que vaya a buscarte. Usaré el avión de mi familia. Puedo estar allí por la mañana.

—Ahora —susurró Nate, trabando un músculo de su mandíbula.

—Tengo que irme —le dije a Jeremy y colgué antes de que pudiera responder.

Retrocedí un paso y Nate me rozó al entrar en mi habitación, el aroma a tierra y hierbabuena me hizo cosquillas en la nariz. Seguía oliendo igual. ¿Esa fragancia de ven-y-fóllame sencillamente emanaba de sus poros o la envasaban en algún lugar?

No se detuvo ni dijo nada mientras revisaba mi habitación mirando detrás de las cortinas y entró en mi dormitorio como si fuera suyo.

Este en particular no lo era.

—No oculto a nadie en la ducha, Nathaniel —grité detrás de él mientras apoyaba el trasero contra el escritorio y dejaba encima el teléfono.

—Muy graciosa —gritó Nate desde el dormitorio.

Mis músculos se tensionaron, listos para pelear contra esa versión no-deberías-estar-aquí de Nate, pero había una parte de mi alma que parecía apaciguarse y tranquilizarse solo porque ese imbécil estuviera en la misma habitación que yo.

—Solo quería asegurarme de que no hubiera ningún asesino oculto detrás de tus cortinas. —Regresó con ese paso confiado y eficiente, fue hacia la ventana, asintió a lo que fuera que hubiera visto en el jardín y se giró para enfrentarme.

—Nadie quiere asesinarme. —No podía decir lo mismo de mi jefa, pero ella llegaría la semana próxima y, de cualquier forma, su inminente visita no era pública.

—Sí —dijo, mirándome desde la otra punta de la habitación con una expresión muy seria—, quieren asesinarte. ¿Qué demonios estás haciendo

aquí, Izzy?

Izzy. Tan pocas personas seguían llamándome así… En el momento en que había llegado a la oficina de la senadora Lauren me había convertido en Isa, simple y llanamente.

—Podría preguntarte lo mismo —respondí cruzando los brazos sobre mi pecho. El calor subió por mis mejillas mientras sentía la capucha de mi jersey de Georgetown detrás de mi brazo. Estaba vestida para ir a la cama: pies descalzos y pantalones de pijama; no era el atuendo adecuado para volver a ver a Nate.

Nate. Después de tres años, ¿así era como sucedería? ¿No regresaría para disculparse por haber desaparecido de la faz de la tierra, sino que, una vez más, demostraríamos ser los imanes con los que el destino no podía dejar de jugar?

Menuda mierda.

—Bonito auricular, por cierto —continué—, al menos alguien aquí sabe cómo ponerse en contacto contigo. —Luché contra el nudo en mi garganta. Había muchas emociones queriendo apoderarse de mí y cada una de ellas ahogaba a la otra hasta que ganaba el dolor que me provocaba todo y mis palabras se volvían amargas y agudas.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Apretó la mandíbula una vez. Dos veces.

—Dilo. Lo que sea que hayas estado reprimiendo toda la noche, dilo. —Cruzó los brazos sobre su pecho imitando mi postura, pero a él le quedaba mucho mejor. Tenía todo ese aire de «mercenario oscuro», aunque sabía que, si estaba a cargo de nuestra seguridad, no dejaba de ser un empleado estatal.

—Me abandonaste. —Las palabras se me escaparon.

Arqueó las cejas.

—¿En serio? ¿Yo te abandoné? ¿Así es como lo recuerdas? Tergiversando los hechos. Vaya, parece que ahora eres una política de verdad, justo como papi quería.

—¡Desapareciste! —Me despegué del escritorio con el impulso de años de furia—. ¡Ni una carta! ¡Un correo electrónico! ¿Y tus redes sociales? Las borraste. ¿Tu teléfono? ¡Desconectado! —Mi ira me hizo atravesar la habitación hasta que mis pies descalzos quedaron contra sus botas, contemplando el rostro que me había atormentado en sueños y largas pesadillas—. ¡Te evaporaste! —Los años de no saber, de preguntarme si estaría bien o herido (o peor) brotaron en cada palabra—. ¿Tienes idea de lo mucho que te he buscado? Fui a Perú como habíamos planeado. También a Borneo. Al año siguiente entendí la indirecta…

Un rastro de algo (¿arrepentimiento?) atravesó su rostro, pero desapareció

en un segundo.

—Esto no va a llevarnos a ninguna parte. —Dio un paso al lado y se alejó hacia la puerta principal—. Ni siquiera has echado el puto cerrojo. —Lo hizo y se apoyó contra la puerta—. Se suponía que estabas en un elegante bufete en Nueva York, así que preguntaré otra vez: ¿qué haces aquí?

—Cambiar las cosas. Creo que eso fue lo que alguien me sugirió. —Caminé sobre la suave alfombra hacia la cocina y tomé dos botellas de agua—. ¿Quieres una? —Aunque estaba fastidiada, mi primer instinto era cuidarlo. Dios, qué patética.

—Claro. Gracias —respondió con la voz más suave—. Y esto… —señaló la habitación—. No es lo que tenía en mente cuando hice ese comentario. —Atrapó la botella que le arrojé—. Pero definitivamente era lo que querían tus padres, ¿no?

Me encogí de hombros y abrí el agua.

—Aquí es donde he terminado. —Tomé un sorbo con la intención de que arrastrara el nudo de mi garganta—. ¿Qué te molesta más, Nate? ¿Que no esté donde me dejaste? ¿O el hecho de que esté conociendo esta versión tuya que no querías que viera?

—No es seguro para ti estar aquí. —Giró la botella entre sus manos claramente ignorando la pregunta—. Este país es inestable como la mierda.

Torcí la cabeza.

—Pero ese es el motivo por el que tú estás aquí, ¿no? Para que la gente como yo esté a salvo. ¿Eso es lo que haces ahora? ¿Dónde has estado los últimos tres años?

Su mandíbula latió.

—No puedo decirte dónde he estado los últimos tres años. No han cambiado las reglas del juego… solo se han vuelto más restrictivas. —Abrió la botella y se bebió la mitad.

Todos esos años y seguía sin compartir nada. Supongo que su discurso no había cambiado mucho, pero el mío sí.

—Bien, si no estás aquí para explicarme lo que ocurrió en Nueva York, y yo no voy a tomar tu sugerencia de irme, ¿entonces por qué has venido a mi habitación exactamente?

—No debería estar aquí.

—No me digas. Dudo mucho de que el escolta de Holt esté en su habitación bebiendo de su minibar.

—No me refiero a eso. —Las comisuras de Nate se alzaron, pero no llegó a ser una sonrisa, así que al menos no tenía que lidiar con la aparición de su hoyuelo.

Nada podía restarme tantos puntos de coeficiente intelectual como ver ese hoyuelo.

—Por favor, deja de hablarme en código militar. —Entrecerré un poco los ojos—. ¿Sigues siendo militar? —Nos dijeron que las Fuerzas Especiales se ocuparían de nuestra seguridad, pero había una cinta con un nombre en su brazo izquierdo que decía Green y no Phelan.

Sin importar qué nombre usara, se veía tan jodidamente bien… Alguien no había dejado el gimnasio.

«Basta».

¿Por qué estar en la misma habitación que Nathaniel Phelan era como volver a los dieciocho?

—Sí, sigo en el ejército. Solo que en la parte de la que nadie habla —respondió despacio alzando las cejas—. Y, en cuanto a mi teléfono, mi correo electrónico, mis redes sociales… todo fue depurado.

—Claro. —Una pequeña semilla de algo parecido a la esperanza echó raíces en mi estómago ante aquella pequeña pero sincera explicación—. Y por eso ya no… existes. —Los días y los meses posteriores a su desaparición habían sido enloquecedores, pero una parte de mí siempre había sabido por qué se lo había tragado la tierra. Ese era su sueño.

Y que lo abandonara se había convertido en el mío.

Asintió.

—¿Y lo de Green? —Miré su etiqueta—. ¿Es un nombre en clave o algo por el estilo?

—No. Esto —señaló el nombre— es para vosotros, no para nosotros. Así tienes que llamarme… si me quedo. Ya te he dicho que no debería estar aquí. —Miró hacia la ventana y luego a mí, como si mirarme a los ojos le resultara… doloroso.

—¿Dónde deberías estar? —¿Había alguien más en su vida? ¿Alguien que tenía derecho a enterarse si regresaba a casa? ¿Alguien lo esperaba? Un retorcijón nauseabundo de celos se clavó en las profundidades de mi interior y me amargó el estómago.

—De vacaciones en las Maldivas. —Tuvo la decencia de mostrarse un poco culpable.

Pestañeé.

—¿Ibas a ir a las Maldivas? —La indignación me hirvió la sangre—. Qué gracioso, creí que eso era algo de octubre. —¿Nuestro pacto no significaba absolutamente nada para él? «Por supuesto que no». Me lo había mostrado descaradamente durante los últimos tres años.

—Sí, iba a ir. —Se encogió de hombros—. Pero el sargento Brown se enfermó, así que tuve que reemplazarlo.

—Déjame adivinar: sargento Brown tampoco es un nombre real.

—Limítate a seguir la corriente, por favor. —Se terminó el agua y volvió a tapar la botella—. El caso es que acabas de bajar de ese avión.

—¿Y? —Se encogió de hombros y forzó una sonrisa falsa—. Todavía puedes ir a las Maldivas, basta con que me asignes a otra persona. —Sonó falso y vacío porque así era. No importaba cuán enfadada estuviera con Nate ni cuán mal hubieran salido las cosas la última vez que habíamos estado en la misma habitación; no podía soportar la idea de que volviera a alejarse. No de nuevo. No así.

—Sí, bueno. —Lanzó una risa llena de autodesprecio y me miró fijo—. Como si fuera tan fácil.

Mi corazón dio un traspié en los siguientes latidos. El aire se espesó y se cargó mientras nos quedamos ahí parados, con los ojos clavados en el otro a través del campo minado en el que se había convertido la distancia que nos separaba. Un paso en falso y los dos terminaríamos desangrados.

—Lo sé —admití despacio—. No es sencillo. Nunca lo fue.

Asintió secamente y alejó la mirada para romper el hechizo.

Inhalé profundamente.

—No lo entiendo. Estás a punto de pasar dos semanas en uno de los sitios más inhóspitos conocidos por el hombre, saltando de provincia en provincia, ¿para qué? ¿Para regodearte en lo inestable que es este país y llamarlo reconocimiento?

Mi piel se erizó de golpe.

—Vinimos a escribir nuestras observaciones sobre cómo están las tropas y lo sabes.

—¿De verdad no vas a irte a casa? —Sus ojos se encontraron con los míos en una súplica evidente.

—No. —Me tragué la verdad que tenía en la punta de la lengua. Si supiera el verdadero motivo por el que estaba allí, ¿me ayudaría? ¿O me echaría más rápido?—. Cumpliré el itinerario que pidió la senadora Lauren y luego me encontraré con ella cuando llegue la próxima semana. Y se supone que nadie debe saber…

—Que estás aquí. Sí, me lo dicen mucho. —Se pasó la mano por el cabello grueso y oscuro y dejó escapar una exhalación lenta.

Sentí su suspiro en cada hueso de mi cuerpo hasta que se convirtió en mío.

—Bien. Entonces esto es lo que vamos a hacer. —Empujó la puerta y arrojó la botella al cesto con excelente puntería—. Para ti, soy el sargento Green. No Nate. Nunca puedes llamarme Nate. Ni allí fuera. Ni aquí. Ni en ninguna parte. ¿Entendido?

—Si insistes. —Tuve que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual mientras él se acercaba… no sé si fue porque yo estaba descalza y él tenía botas o por los tres años que habíamos pasado separados, pero el tipo parecía enorme junto a mí.

—Insisto. El anonimato es un requisito en este tipo de trabajos. Aquí

puedes ser tan beligerante y… —le costó encontrar la palabra— Izzy como quieras, pero allí fuera… —Señaló hacia la puerta—. Allí fuera escucharás lo que te diga y harás lo que te pida cuando te lo pida.

—Nate… —Me estremecí. Mierda, nunca iba a poder con esto.

Arqueó una ceja.

—En el momento en que te lo pida, ¿lo has entendido?

—¿Siempre has sido un grano en el culo? —arrojé.

—Muy gracioso viniendo de ti.

Volteé los ojos y crucé los brazos sobre mi pecho.

Bajó la mirada, hizo una mueca y cambió el foco hacia algo sobre mi cabeza mientras respiraba hondo.

—Estaré en tus reuniones y tus comidas y seré quien se quede fuera de la puerta cuando orines.

—Qué gráfico.

—Si me necesitas, estaré al otro lado del pasillo esta noche y todas las noches que pases en Afganistán. Si tu vida corre peligro, presiona este botón. —Me puso en la mano un control remoto del tamaño de mi pulgar con el cordel para el cuello colgando—. Y aquí estaré.

Bajé la mirada al dispositivo y dejé escapar una risa sarcástica.

—¿Así que esto es lo que hace falta para conseguir tu teléfono? ¿Hacía falta meterse en una zona de guerra?

—Izzy —susurró retrocediendo y aumentando unos metros la distancia entre nosotros.

—Oh, no. —Me guardé el control remoto mágico en el bolsillo—. Si yo no puedo llamarte Nate, entonces tú no puedes llamarme Izzy. Lo justo es justo.

—Bueno, no voy a llamarte Isa, eso te lo aseguro —disparó—. No soy tu padre.

Mi padre. Porque él sabía que ese era el apodo que usaba mi padre. Sabía muchas cosas que no debía porque él era Nate y yo era Izzy, los hechos son hechos. La historia es la historia.

—Señorita Astor está bien.

—Pues que tenga una excelente noche, señorita Astor. —Me hizo un saludo militar burlón y se dirigió hacia la puerta—. Estaré aquí a primera hora para llevarla a nuestro primer destino.

Después de todo ese tiempo, ¿eso éramos? Ni extraños, ni enemigos, sino… desabridos ¿qué? ¿Conocidos?

—¿Entonces vas a seguir siendo mi custodio? —Mi voz se agudizó y él lo oyó porque se detuvo a mitad de camino y se giró hacia mí.

—No te irás, lo que significa que yo tampoco lo haré. Física para principiantes. —Entrecerró los ojos—. Pero tú tampoco deberías estar aquí, ¿verdad? Se suponía que Greg Newcastle iba a estar en esta habitación.

Sentí la sangre abandonar mi rostro.

—Puedes asignarme a otra persona —volví a ofrecer rápido.

Me ignoró.

—¿Por qué te subiste tú al avión? ¿Newcastle también se puso enfermo?

Tragué saliva.

—Vaya… Entonces no estaba enfermo. Fue tu elección. —Torcí la cabeza —. ¿Por qué has añadido Kunduz y Samangan al itinerario? No estaban en la lista antes de que te subieras al avión… —Miró hacia delante.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Todos tus amiguitos se quedarán en el este y Newcastle estaba concentrado en Kandahar por algo sobre un equipo de ajedrez femenino que la senadora Lauren quería sacar del país.

—Ey, en realidad ese proyecto es mío. Yo soy la que ha estado coordinándolo todo. Newcastle solo quería quedarse con el mérito.

Se detuvo justo frente a mí mirándome fijo, como si pudiera ver a través de mí si lo quisiera.

—Y, sin embargo, has añadido dos provincias del norte.

—Nate —susurré. Ya estaba rompiendo las reglas.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Yo… —Sacudí la cabeza y cerré los ojos. A cualquier otra persona podría haberle mentido, pero no a él.

—Ni se te ocurra mentirme. —Su pulgar e índice elevaron mi mentón con dulzura—. ¿Qué sucede?

Abrí los ojos y mi corazón se contrajo. Debajo de toda esta armadura… era Nate. Mi Nate. Me iba a ayudar, sabía que lo haría… siempre y cuando no me pusiera en peligro. Ahí marcaba el límite. Y si ya le parecía que estaba en peligro solo por estar allí, había muchas probabilidades de que me atara al asiento del próximo avión si le decía la verdad.

—¿Qué hay al norte, Isabeau? —Mi nombre no fue más que un susurro.

—Serena.

CAPÍTULO 6

NATHANIEL

Saint Louis
Noviembre de 2011

El agua estaba congelada y detuvo el aire de mis pulmones cuando comenzamos a nadar frenéticamente hacia la orilla; o al menos hacia donde me parecía que estaba la orilla. La niebla no ayudaba demasiado y menos aún la corriente que nos arrastraba junto al resto de los pasajeros mientras luchábamos por llegar a tierra firme.

Las reacciones a nuestro alrededor iban del estoicismo a la histeria pura y dura, y yo hice lo que siempre me daba resultado cuando las cosas se complicaban: reduje mi atención a un solo objetivo, que en ese momento era mantener con vida a Isabeau.

—¿Estás bien? —le pregunté a Izzy. Por momentos la perdía de vista entre las olas del río Missouri mientras el avión terminaba de hundirse por completo a nuestras espaldas y el aire escapaba del fuselaje en forma de burbuja.

«Mierda, esto ha pasado de verdad».

—Nunca había nadado con zapatos —respondió mientras sus dientes temblaban y me regalaba algo más parecido a una mueca que a una sonrisa.

—Es un buen día para primeras experiencias. —Nadé hacia ella con el corazón acelerado mientras luchábamos contra la corriente por cada metro.

A la distancia oí a alguien pedir ayuda y otro pasajero respondió. Ojalá las balsas pudieran soportar más personas, en especial a aquellos que no podían

nadar, pero me alegraba ver que la gente a nuestro alrededor estuviera avanzando.

Algo de mi pánico se aplacó cuando la costa llena de árboles apareció en el horizonte entre la niebla.

—Ya no queda nada —le dije a Izzy; le seguía el paso brazada a brazada.

—Gracias a Dios. —Su rostro se transformó y suspiró, pero siguió avanzando.

—¿Qué ocurre? —Sentí una opresión en el pecho y la visión de mi ojo izquierdo se volvió roja y borrosa. «Sensacional».

—¿Además de todo lo del accidente aéreo? —Forzó una sonrisa sarcástica entre los escalofríos—. Estoy bien, solo un poco de dolor en las costillas. Estoy segura de que no es nada. Tú eres el que está sangrando.

Y ella era la que tenía las pupilas dilatadas. Me habían golpeado suficiente como para poder reconocer una contusión.

—Es probable que la sangre no sea nada. Vamos a la orilla. —Mi estómago se retorció y tuve la sensación que a veces me invadía, esa que me decía que debía prestar atención, que en todas las situaciones había más de lo que se veía a simple vista. Siempre había tenido buenos instintos, por eso había sobrevivido diecinueve años bajo el mismo techo que mi padre.

Más adelante, algunos pasajeros arrastraban a otros hacia la costa para ponerlos a salvo. El padre y el hijo estaban avanzando, casi llegaban, pero no podía ver a la madre con el bebé.

«Concéntrate solo en Izzy».

Mis pies se encontraron con el suelo rocoso e inmediatamente pasé un brazo por la espalda de Izzy para acercarla hacia mí hasta que ella también pudiera hacer pie. Fue un milagro que encontráramos una parte del río con un banco de arena. A decir verdad, todo el día estaba resultando milagroso.

Siendo muy cuidadoso con sus costillas, nos llevé hacia la playa y subí unos metros hacia la arboleda. ¿Dónde diablos estábamos?

—¡Ayuda! —gritó un niño a nuestras espaldas.

Miré sobre mi hombro y vi a una mujer corriendo desde la orilla para sacar a un niño con un chaleco salvavidas amarillo.

—Gracias. —Izzy me regaló una sonrisa nostálgica mientras la sentaba en la base del árbol más cercano—. Puedo ayudar —dijo sujetándose el lado izquierdo de la caja torácica con una mano.

Me arrodillé detrás de ella rezando porque el tono azulado de sus labios solo fuera por frío.

—¿Me dejas ver? —pregunté tomándola del chaleco.

Asintió y las gotas de agua rodaron por su rostro mientras apoyaba la cabeza contra el árbol.

Con los dedos adormecidos, de algún modo me las ingenié para

desabrocharle el chaleco y subir el lateral de su camiseta. Entonces maldecí entre dientes.

—No hay sangre, pero es un golpe de espanto. No me sorprendería si te dijeran que te has roto las costillas.

—Eso explica el dolor. Creo que también me he hecho daño en el hombro. —Pasó la mano por mi frente y mi cabello—. Tienes un corte muy feo justo donde comienza el cuero cabelludo.

—Está bien. Solo me hará más atractivo. A las chicas les gustan las cicatrices, ¿sabes? —Miré sus pupilas dilatadas, que estaban invadiendo demasiado esos hermosos ojos color café.

—¡Ayuda! —gritó otra persona.

Izzy se movió hacia delante.

—Nop. Tú te quedas aquí. —La miré con severidad—. Lo digo en serio. Justo aquí. Enseguida regreso.

—Pero… No te mueras. —Volvió a desplomarse contra el árbol.

—No está en mis planes. —Bajé hacia el agua y comencé a ayudar a sacar gente. No pude evitar suspirar completamente aliviado cuando la mamá y el bebé llegaron a la orilla. Nos tomó diez minutos completos sacar a todos del agua excepto a los de las balsas, que habían sido arrastrados por la corriente.

Cuando pude abrirme camino a trompicones entre la multitud llorosa de pasajeros y regresar a Izzy, mis músculos temblaban por el frío y el efecto residual de la adrenalina.

—¿Ves? —Levantó la mano derecha y me regaló una sonrisa pálida y temblorosa—. Sigo donde me dejaste.

—Muy bien. No estoy en condiciones de perseguirte. —Me senté detrás de ella y la cubrí con un brazo para recostar su lado herido contra mí. La visibilidad estaba mejorando y podía ver casi hasta el centro del río—. Vamos a calentarte.

—Hemos sobrevivido a un accidente aéreo. —Recostó su cabeza justo sobre mi corazón.

Mi ritmo cardíaco cambió, se ralentizó, se calmó.

—Hemos sobrevivido a un accidente aéreo —repetí, tomando su rostro con una mano y acercándome a ella—. Ahora solo tenemos que esperar a que nos rescaten.

—No podemos estar muy lejos del aeropuerto. Llegarán pronto.

—Sí. —Otros pasajeros se sentaron cerca, todos en distintos niveles de conmoción que iban desde llorar despacio, pasando por llorar a gritos, hasta… no llorar y quedarse mirando un punto fijo.

—Piénsalo. Si esto fuese un libro, estaríamos en el medio de la tundra alasqueña o seríamos los únicos supervivientes forzados a compartir una cabaña.

Una carcajada brotó de mi pecho a pesar… bueno, a pesar de todo.

—Convenientemente provista con todo lo que necesitemos, no te olvides de eso.

¿Qué diablos me pasaba? Acababa de subirme por primera vez a un avión, había sobrevivido a un accidente aéreo y allí estaba, bromeando con una mujer que acababa de conocer, acurrucados como si nos conociéramos de hacía años.

Roncó cuando se rio y eso me hizo sonreír, pero luego se puso tensa y mi sonrisa desapareció.

—Yo no… No me siento bien.

Bajé la mano de su rostro a su cuello para buscar su pulso y fruncí el ceño. Iba a cien por hora. Tampoco es que supiera qué hacer con esa información, pero me imaginé que no era una buena señal sumado a la palidez, la contusión y los problemas generales del accidente.

—Solo quédate quieta. Llegarán en cualquier momento. —Sonaron unas sirenas en la distancia—. ¿Lo ves? Apuesto a que son ellos. Esperemos que haya una carretera cerca.

—¿Estás cansado? —preguntó, hundiéndose en mí—. Yo estoy muy cansada.

—Tienes que quedarte despierta. —El temor recorrió mi columna vertebral, más frío que mi ropa empapada. ¿Qué otra de esas preguntas para romper el hielo podía hacerle?—. Si tuvieras que elegir entre palomitas de maíz y M&M's, ¿qué escogerías?

—¿Qué?

—¿Palomitas de maíz o M&M's? —repetí.

—Ambos.

Interesante.

—Si pudieras vivir en cualquier estado, ¿cuál sería?

Se le cayó la cabeza.

—Izzy. ¿Qué estado?

—Maine.

—¿Maine? —Busqué el origen de las sirenas, pero no tuve suerte.

—Ninguno de mis familiares vive allí —balbuceó—. No hay expectativas.

Miré sobre mi hombro y entre los árboles mientras las sirenas se aproximaban.

—Nos han encontrado.

Un coche de policía se detuvo y el oficial saltó del vehículo hablando por la radio.

—¡Ya está llegando la ayuda, amigos! ¡La ambulancia está a cuatro minutos!

El padre del niño se acercó corriendo al policía porque el brazo de su hijo estaba doblado en un ángulo extraño y varios lo imitaron.

Entonces volvió esa sensación de un ancla sobre mi pecho.

—Izzy, ¿cuál es tu grupo sanguíneo?

—Cero positivo —balbuceó—. ¿Esa es la idea que se te ocurre para conquistarme? —arrastró las palabras.

—Ojalá —susurré. Tampoco es que un tipo como yo tuviera alguna oportunidad con una chica como ella. Hasta su balbuceo exudaba elegancia—. ¿Qué hay de alergias?

—¿Qué?

—¿A qué eres alérgica?

Más sirenas sonaron como si se estuvieran acercando.

—Al marisco. ¿Y tú?

—No soy alérgico a nada —respondí—. ¿Eso es todo? ¿Solo al marisco?

—Eh, mmm. Y a la penicilina. —Echó la cabeza hacia atrás y me miró con ojos vidriosos—. ¿Quieres mi historial médico también?

—Sí —asentí y mi corazón se aceleró a medida que las sirenas se acercaban.

Me miró como si fuera yo el que arrastraba las palabras.

—Me rompí el brazo cuando tenía siete. Pero fue una cosa con un trampolín, y Serena… —Sus ojos se cerraron.

—¡Izzy! —La sacudí con cuidado—. Despiértate.

Volvió a abrirlos.

—Cuéntame más sobre Serena. —Me puse de pie obligando a mis piernas a funcionar y tomé a Izzy en brazos cuando llegaron las dos primeras ambulancias—. ¿Cómo es?

—Perfecta. —Suspiró y desplomó su cabeza contra mi pecho—. Es hermosa, e inteligente, y siempre sabe qué decir.

—Debe ser algo de familia. —Ni me molesté en acercarme a la primera ambulancia que ya estaba acaparada y fui directo hacia la segunda.

—¿Nate?

—¿Mmm? —Me paré en el centro de una especie de sendero para obligar a la ambulancia a detenerse.

—No me dejes, ¿vale? —me pidió con la voz en un susurro entre las sirenas.

—No lo haré. —Los paramédicos apagaron las sirenas y se bajaron de los vehículos; intercambié miradas con una de ellos—. ¡Necesito que la ayuden!

Se desvaneció en mis brazos y sus ojos se cerraron.

—¡Tráela por aquí! —La paramédica corrió hacia la parte de atrás de la ambulancia mientras las puertas se abrían y alguien bajaba una camilla.

—Ponla aquí —ordenó la paramédica y yo recosté a Izzy sobre las sábanas blancas—. ¿Qué tiene? —Me alejó para comenzar los chequeos.

—Ha dicho que le dolían las costillas. —Me pasé los dedos por el cabello

—. Tiene un moratón enorme, y tiene el pulso…

—Mierda —murmuró la paramédica tomándole el pulso mientras otro le colocaba un tensiómetro.

—… acelerado —terminé—. Empezó a arrastrar las palabras, y… —Mierda, ¿qué más había dicho?—. Le dolía el hombro. El hombro izquierdo.

—Está hipotensa —comentó uno de los paramédicos y los dos compartieron una mirada que en ninguna circunstancia podría ser considerada buena—. Tenemos que irnos.

—¿Cómo se llama? —preguntó uno mientras los dos ataban a Izzy a la camilla y la subían a la ambulancia.

—Izzy —respondí conteniendo las ganas de empujar a alguien para subir con ella—. Isabeau… —¿Cómo era? ¿Cómo demonios era?—. ¡Astor! Es alérgica a la penicilina y su grupo sanguíneo es cero positivo.

El conductor me rodeó a toda velocidad para regresar a su puesto.

—Solo familiares —dijo el paramédico de atrás mientras le inyectaba algo —. Asumo que eres su… —Alzó la vista.

«No me dejes».

—Marido. —Avancé al escalón de la ambulancia—. Soy su marido.

Bazo roto. Eso me habían dicho hacía cuatro horas.

Cuatro horas muy largas, en las que solo me había puesto una bata seca, había llamado a mi madre para decirle que estaba bien y me había sentado en esa sala de espera a alternar entre mirar la cobertura mediática del accidente y el segundero del reloj que estaba sobre la puerta.

Ah, también ignoré por completo el formulario que tenía frente a mí porque: ¿cómo se suponía que iba a saber cuál era su seguro médico?

«Porque dijiste que eras su marido».

Se suponía que la cirugía solo iba a durar noventa minutos, así que hacía dos horas que me estaba meciendo en la silla más incómoda del mundo.

¿Y si había empeorado las cosas al llevarla en brazos? ¿O cuando había tirado de ella para sacarla del río?

—¿Seguro que no necesitas nada más? —preguntó un representante de la aerolínea con preocupación y pánico en los ojos. Supongo que todos estábamos en territorio desconocido. Había anotado nuestros nombres al llegar (yo le había dado el de Izzy) y desde entonces había estado revoloteando entre la docena de pasajeros que habían enviado allí. Según las noticias, había pasajeros en tres de los hospitales locales.

—Estoy bien —le aseguré. No había mucho más que hacer por mí que los once puntos que tenía en la frente.

—Bueno. —Su sonrisa fue un intento de darme seguridad—. Ah, un representante del ejército dijo que enviarían a alguien de la zona para buscarte, pero eso fue hace algunas horas.

Me puse tenso. Le había prometido que no iba a dejarla.

—Tú eres… —Miró su portapapeles—. Nathaniel Phelan, ¿no? ¿El que iba al entrenamiento básico?

Asentí, moviendo con la mano mi billetera mojada.

—Estoy seguro de que todos deben estar muy ocupados.

Me dio un golpecito incómodo en el hombro, avanzó al siguiente pasajero y yo me quedé mirando el reloj durante otros diez minutos.

—Es él —dijo una enfermera y me señaló. Alcé las cejas deseando que hubiera un médico junto a ella, pero no fue así.

La mujer era un poco más alta que Izzy con cabello castaño claro y unos ojos color café muy preocupados. El parecido era innegable.

—¿Tú eres el marido de Izzy? —dijo avanzando hacia mí como un toro al que acaban de mostrarle una capa roja.

Me puse de pie.

—Tú debes ser su hermana. Serena, ¿no?

Asintió mientras se limpiaba una lágrima del rostro.

—Lo siento —susurré—. Solo soy el tipo que estaba sentado a su lado. No estamos casados.

—Obviamente —susurró también—. Creo que me enteraría si mi hermana pequeña estuviera casada.

—Mentí porque le prometí que no iba a dejarla sola y luego tal vez… mentí en el documento para autorizar la cirugía.

Abrió muchos los ojos.

—¿Cirugía? Cuando he llegado al punto de reunión solo me han dicho que estaba aquí. He tardado casi una hora en darme cuenta de que se trataba de su vuelo y desde entonces no he parado de correr para todos lados. —Cerró los ojos, tomó una bocanada de aire entrecortada y los volvió a abrir cuando pareció haber recobrado un poco la calma—. ¿De qué cirugía se trata?

Hice un gesto hacia el asiento junto a mí y los dos nos sentamos.

—En el accidente se ha roto el bazo y dos costillas y se ha hecho una contusión. Tenía una hemorragia interna.

Asintió, procesando la información con una tranquilidad admirable.

—Bien. ¿Y tú has autorizado la cirugía?

—No sabía qué hacer. —Le pasé el formulario—. Espero que sepas esto.

—Yo me ocupo. —Miró el formulario como si estuviera escrito en un idioma extraño—. ¿Crees que estará bien?

—Eso espero. Estaba consciente hasta que se la he entregado a los paramédicos. —Seguí jugueteando con mi billetera y mirando el reloj.

—Oh, por Dios, es alérgica a la…

—Penicilina —terminé por ella—. Me lo ha dicho. Ya lo saben.

Volvió a apoyarse en la silla y se quedó mirando a la puerta por la que los

cirujanos habían entrado y salido durante la última hora.

—Qué suerte que estuviera sentada a tu lado.

—No sé si hoy ha habido algo parecido a la suerte más allá del hecho de que hemos sobrevivido.

—No podíais haber tenido más suerte…

La puerta de la izquierda se abrió y entraron dos hombres con uniformes de camuflaje. Mi estómago se desplomó al suelo.

—¿Nathaniel Phelan? —preguntó uno de ellos mirando la habitación.

—Soy yo. —Estiré una mano y me puse de pie.

—Vaya día, chico. ¿Tienes autorización médica para irte? —preguntó el otro.

Asentí.

—Solo necesitaba unos puntos.

—Muy bien. Vamos a sacarte de aquí. —Avanzó hacia la puerta.

Junté la bolsa transparente con mis elementos personales y caminé hacia ellos.

—¿Hay forma de que podamos esperar un poco? La mujer que estaba sentada junto a mí está en cirugía.

Intercambiaron una mirada y supe que no iba a conseguir salirme con la mía.

—¿Es tu esposa?

—No. —Sacudí la cabeza.

—¿Madre, hermana, hija? —preguntó el otro.

—No, solo estoy preocupado por ella.

La compasión lo hizo juntar las cejas.

—Lo siento, pero nos han ordenado venir a buscarte y, si no es un familiar o alguien cercano, de verdad tenemos que irnos. Las órdenes son órdenes.

Mi pecho se cerró y asentí.

—Un segundo. —Serena seguía llenando formularios cuando me acerqué —. Tengo que irme.

Alzó la vista hacia mí; tenía los ojos apenas más claros que Izzy.

—Gracias por cuidarla.

—Solo… —Sacudí la cabeza. Qué mierda era mi vida, ni siquiera podía pedirle que me llamara para decirme si estaba bien—. Solo dile que no quería irme, pero las órdenes son órdenes.

—Lo haré. Gracias. —Extendió la mano, tomó la mía y la apretó—. Gracias por lo que has hecho, nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—No hay nada que agradecer. —Respiré hondo, caminé hacia los soldados y los seguí hacia afuera.

Isabeau iba a ponerse bien. Tenía que ser así. Me negaba a creer que el destino o Dios o la energía cósmica del universo fuera a hacerla pasar por todo

eso para que no saliera viva.

Pero jamás lo sabría.

—Podemos conseguirte otro vuelo o un autobús si no… ya sabes… si no te sientes cómodo volando por ahora. O seguro que pueden darte un permiso para posponer el básico —dijo uno de los soldados mientras avanzábamos por el hospital.

—No. —Me aferré a mi bolsa con más fuerza. Todas mis pertenencias estaban allí y no tenía absolutamente nada por lo que regresar a casa—. No, estoy listo.

CAPÍTULO 7

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Cambia de idea —le ordené a Izzy cuando abrió la puerta la mañana siguiente. Bueno, tal vez fue más un ruego que una orden. Hacía años que no tenía problemas de sueño, pero había dado vueltas toda la noche después de que me dijera el verdadero motivo por el que estaba ahí.

Si buscaba a su hermana, iba a terminar muerta. Cada paso que Izzy diera fuera de la embajada era un riesgo calculado y habíamos preparado la seguridad para su itinerario concreto, no para buscar una aguja en un pajar. Los fotoperiodistas americanos eran una excelente propaganda para nuestros enemigos y, con el país tan desestabilizado, las probabilidades de encontrar a Serena durante la visita de Izzy eran escasas.

—Buenos días para ti también. —Izzy alzó una ceja y abrió la puerta para que pudiera pasar—. Dame tres minutos y estaré lista.

—¿Lista para cambiar de idea? —Mierda, olía muy bien. Ese aroma estaba sacado directamente de cada puto sueño que había tenido durante la última década.

—No. —Cerró hasta el cuello los botones de lo que parecía ser una chaqueta de lino y metió en su bolsa de tela un pañuelo de cuello y un par de auriculares de diadema—. Lista para subirme al helicóptero. ¿Mayhew está listo?

—Ya está abajo. —Era mucho más fácil lidiar con el asistente júnior que con Izzy, pero nunca había estado enamorado de él; así que, probablemente, eso influía en mi opinión.

—Veo que vuelves a ir vestido para un funeral. —Miró mi uniforme de combate completamente negro.

—Mientras no sea el tuyo… Dime algo: ¿cuál era exactamente tu plan al venir aquí? —Me apoyé contra la puerta.

Bajó la vista a mi M4.

—¿De verdad tienes que llevar eso a todas partes?

—Sí. —Ni me molesté en contarle nada sobre la otra arma que tenía atada al cuerpo—. ¿Cuál era tu plan, Isabeau? ¿Venir y ponerte a gritar el nombre de Serena?

Un rubor rosado apareció en sus mejillas mientras se colgaba el bolso al hombro y me enfrentaba con ese mentón testarudo en alto:

—Algo así…

Dejé caer la cabeza contra la puerta durante un segundo.

—Siempre supe que eras capaz de hacer cualquier cosa por ella; ambas haríais lo que fuera por la otra; pero esto es ridículo. ¿Cuánto tiempo hace que está en el país?

—Cinco meses. Le dieron la oportunidad de terminar antes su misión cuando la relativamente abrupta —se estremeció— toma de Bagram indicaba que… —Izzy buscó las palabras correctas.

—¿Todo iba a irse a la mierda? —sugerí—. Porque eso es lo que está sucediendo.

—En ningún momento se esperó que la retirada fuera agradable. —Alzó la barbilla varios centímetros—. Pero no pensé que Serena fuera tan testaruda como para quedarse, en especial después de que en abril redujeran el personal de la embajada. Pero ella es… —Izzy se encogió de hombros.

—Serena.

Izzy asintió.

—Si logro encontrarla, podría hacerla entrar en razón para que vuelva.

—¿Los miembros de tu comitiva saben de tus planes?

—No. —Se aferró a las tiras de su bolso con tanta fuerza que casi esperaba que comenzara a gritar—. Y sé que tú tampoco vas a decirles nada.

Empujé la puerta y el calor invadió la habitación.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Alejó la mirada y su garganta se movió antes de que arrastrara la mirada hacia mí.

—Me debes una.

—¿Yo… te… debo una? —Alcé las cejas. Aparentemente, su recuerdo de Nueva York era diferente del mío.

—Después de dejarme en… —Cerró los ojos y exhaló despacio entre esos labios hinchados que reclamaban cada gramo de mi atención.

Mi estómago se retorció al recordar lo suaves que se sentían contra los míos, contra mi piel.

—Me debes una —dijo, enderezando los hombros con nuestras miradas conectadas—. Además, ya he hecho averiguaciones en el diario y lo he reducido a esas provincias sin, ya sabes, decirles que iba a estar en una delegación del Congreso. Es fotoperiodista en el Times. No puede desaparecer así como así, Nate. —Hizo una mueca—. Quiero decir, sargento Green.

—Aquí la gente desaparece todo el tiempo.

—Bueno, pero no Serena. —Se encogió de hombros como si lo que acababa de decir de algún modo fuera a darle a su hermana mayor una capa protectora que sencillamente ahí no existía.

—¿Y estás dispuesta a arriesgar tu vida por eso? —Yo no. Por mucho que me importase Serena y todo lo que significaba para Izzy, mis prioridades eran claras como el día.

—No habrá que llegar a eso. —Izzy sacudió la cabeza—. Los dos sabemos que, por mucho que hagamos para que esta misión de reconocimiento sea secreta, no lo es. Serena sabrá que estoy aquí. Va a encontrarnos, la subiremos al helicóptero y la llevaré a casa conmigo.

La desconfianza mezclada con una gruesa capa de furia corrió por mis venas y di un paso hacia atrás.

—¿Te estás usando como cebo?

Entrecerró los ojos.

—Por favor, no finjas que te preocupa mi bienestar.

—¡Hace diez putos años que me importa tu bienestar! —estallé e inmediatamente me arrepentí del exabrupto. Mierda, esa mujer me llevaba al límite como nadie más en el planeta.

El silencio entre nosotros se estiró mientras yo luchaba por controlar mi cabeza.

—Vamos. —Me di la vuelta, caminé hacia la puerta y la sostuve para que ella pudiera pasar primero.

La tensión se instaló entre nosotros mientras bajábamos los escalones que llevaban al vestíbulo.

—¡Isa! —Kacey Pierce, una de las jóvenes asistentes de la senadora Laurence, corrió desde una de las salas de reuniones vidriadas con un cuaderno en mano—. ¿Necesitas que haga algo más mientras estás fuera?

Izzy se acomodó la bolsa y miró la lista que le pasaba Kacey.

—Creo que esto es todo.

Me acerqué con los labios peligrosamente cerca de su oreja.

—Pídele que busque las últimas publicaciones de todos los periodistas

estadounidenses con las respectivas fotografías, y que lo tenga impreso para cuando regresemos.

Izzy giró la cabeza y me clavó la mirada tan rápido que tuve un milisegundo para retroceder o todo el vestíbulo hubiera presenciado el fuego cruzado.

—¿Estás ayudando?

—Solo es una sugerencia. —Me retiré descaradamente y esperé junto a la puerta mientras Izzy le daba instrucciones a la asistente. Tenía que admitir que el liderazgo le sentaba muy bien.

Avanzamos hacia la caravana donde mi equipo ya nos estaba esperando. Se quejó cuando le quité el bolso, lo arrojé al suelo del vehículo blindado y tomé un chaleco antibalas.

—Brazos arriba.

—Esto es ridículo. —Alzó los brazos y le pasé el chaleco por la cabeza y por la práctica trenza de espiga con la que había atado sus mechones rubios esa mañana.

—También es ridículo que estés aquí, pero al menos esto detendrá las balas. —Pasé las tiras de la espalda del chaleco por debajo de sus brazos y las sujeté en el frente con tanto profesionalismo como pude.

—Pesa mucho.

—Un disparo es peor. —Me metí en el vehículo y tomé un casco militar.

Me miró.

—¿En serio?

—¡No están tan mal! —gritó desde adentro Mayhew, el otro asistente.

—No hay trato preferencial. —Me encogí de hombros—. O te lo pones o te quedas. —No iban a dispararle en la cabeza estando bajo mi cuidado.

Se lo puso, se sentó junto a Mayhew y yo me acomodé en el asiento del copiloto, igual que el día anterior, mientras llegaba el resto del equipo.

En cuestión de segundos, cruzamos las puertas de la embajada hacia el campo al final del camino donde estaban esperando los helicópteros.

Atravesamos una puerta de alambre de púas para entrar al campo donde seis Blackhawks estaban en distintas instancias de preparación. Llevarla hacia el peligro evidente iba en contra de todos mis instintos, pero sabía que, si me negaba, iba a ir sin mí, así que salí del coche y le abrí la puerta. Esta vez pudo sola con el cinturón de seguridad.

—¿Esto es un… campo de fútbol? —preguntó Izzy cuando salió del automóvil.

—Sip —respondí mientras Graham le daba la vuelta al automóvil seguido de cerca por Torres.

—¿Cuál es el nuestro? —preguntó Izzy.

—Usaremos los dos de delante.

—¿Dos? —Me miró confundida.

—Sí. —Asentí—. Dos por si sucede algo como que nos derriben.

Sus ojos refulgieron.

—Black, Rose y cuatro tipos más ya están en la segunda aeronave —dijo Graham alejándose del camino cuando Holt salió del automóvil detrás de Mayhew.

—Este maldito calor —musitó Holt girando el cuello mientras Kellman ponía los ojos en blanco a sus espaldas.

—Está bien. Usaremos el primero —le dije a Graham antes de girarme hacia Kellman—. Buena suerte con este hoy. —Sonreí mientras Holt se limpiaba el sudor de la nuca.

—Lo mismo digo. —Le disparó una mirada irónica a Izzy, que estaba de pie mirando a los Blackhawks con los ojos bien abiertos con las gafas caídas sobre el rostro—. Parece que te ha tocado una torpe.

Mierda, mierda, mierda. ¿En qué estaba pensando?

Caminé hacia ella, el polvo cubría mis botas, la tomé del hombro y me acerqué para que pudiera oírme por encima del sonido agudo de los motores.

—Supongo que nunca superaste tu miedo a volar.

—Estoy bien. —Alejó el hombro de mi mano—. Voy a estar… bien.

—No son aviones grandes y mullidos en los que puedes ponerte los auriculares y fingir que estás en otra parte —le advertí mientras íbamos hacia el primer helicóptero.

—Me las arreglaré —gritó mirándome sobre su hombro mientras subía a la nave a la que la había conducido.

—Esto va a ser divertido —dijo Torres con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco y subí.

El Blackhawk estaba pensado para llevar tropas y tomé asiento justo detrás del respaldo de uno de los pilotos, de cara a Izzy. El piloto se giró en su asiento para pasarme unos auriculares. Asentí en señal de agradecimiento, los coloqué alrededor de mi casco y los encendí, pero mantuve el micrófono silenciado.

Izzy se acomodó con una destreza sorprendente y tomó los auriculares de diadema de su bolsa (que seguro costaba más de lo que yo ganaba en un mes) y los miró consternada.

Sí, no le iban a entrar con el casco, y hacerle pasar un vuelo sin música era… impensable para mí. Una tortura que no estaba dispuesto a infringirle.

Volvió a meter los auriculares en la bolsa y se quedó mirando por la ventana como si no pasara nada, pero tenía la espalda muy derecha, los labios apretados entre los dientes y se aferraba al asiento con todas sus fuerzas mientras despegábamos.

Su mirada se cruzó con la mía cuando nos separamos del suelo, y entonces ya no estábamos en el Blackhawk: nos estábamos mirando a los ojos con las

manos entrelazadas mientras el vuelo 826 caía en picado hacia el rio Missouri.

Cerró los ojos con fuerza y yo me desabroché el cinturón, me acomodé el rifle y tomé los auriculares inalámbricos del bolsillo de mi chaleco antibalas. Luego me moví y me arrodillé frente a ella.

El roce en su rodilla hizo que sus ojos se abrieran de golpe y se clavaran en los míos. Se me estrujó el pecho al contemplar el miedo en ellos. Pestañeó rápido, intentando ocultarlo, pero nunca había podido esconderme nada. Me estiré para deslizar mis auriculares en sus orejas y luego volví a mi asiento, consciente de que, mientras se los ajustaba, su mirada seguía todos mis movimientos.

La aeronave estaba casi llena, pero cuando cogí mi teléfono fue como si estuviéramos solos. No había red, pero podía usar la música que tenía descargada, así que recorrí mi biblioteca.

Elegí Nothern Downpour y nuestros ojos se trabaron mientras el helicóptero se elevaba sobre Kabul hacia Jalalabad.

Separó los labios, y el modo en que me miró… Mierda, podría haber sido 2011 o 2014 o cualquier otro de los años en los que el destino nos había unido. Era una de sus canciones favoritas, una de las cosas que teníamos en común. Su respiración temblorosa y el pecho agitándose casi me desarmaron.

Estar sentado ahí, mirándola sin tocarla, sin exigir saber de quién era el anillo que tenía en el dedo, era un infierno que no sabía si podría tolerar y, sin embargo, iba a cruzarlo sin dudar si ese era el precio por verla una última vez.

Después de todo, era… Isabeau.

Movió la boca con la letra, luego alejó la mirada y la clavó en sus rodillas.

Me estiré y le entregué mi teléfono para que eligiera qué quería escuchar, luego me senté, tomé el ejemplar de El color púrpura que llevaba hacía semanas en el bolsillo de mi pantalón y me puse a leer.

La embajada rebosaba de tensión y algo de caos cuando regresamos esa noche.

La reunión de Izzy con los altos mandos de Jalalabad solo había durado una hora, o tal vez menos, pero lo que le habían dicho no había aliviado su preocupación ni la mía. Había una atmósfera de desesperación, pero al mismo tiempo de resolución, y esperaba que lo segundo ganara a lo primero.

Las noticias que habíamos recibido al regresar al helicóptero unas horas atrás solo habían confirmado lo que todos sabíamos: el país estaba cada vez más inestable. Zaranj, al norte de la provincia de Nimruz, acababa de caer en manos de los talibanes.

Era previsible, pero, de todos modos, desolador.

—Y estos son los últimos artículos de periodistas estadounidenses en el país —dijo Kacey después de poner al día a Izzy y le alargó una carpeta mientras subíamos las escaleras hacia su habitación.

—Perfecto. Gracias. Me voy a dar una ducha para quitarme el polvo y

luego bajaré a cenar —dijo Izzy, dejó a Kacey fuera de su habitación y cerró la puerta.

Le hice un gesto con la cabeza a Kacey y luego le di la espalda a la puerta de Izzy, como si estuviera montando guardia.

Treinta segundos después, bajé la manilla y la puerta se abrió.

—Maldita sea, Izzy, ¿no puedes cerrar bien? —estallé antes de cerrarla a mis espaldas y echar el pestillo.

—Sabía que me ibas a seguir —dijo desde su dormitorio mientras se quitaba los zapatos apoyada contra el marco de la puerta—. La carpeta está sobre la mesa.

La cogí y hojeé los últimos artículos.

—No deberían estar aquí —musité, buscando el nombre de Serena entre las firmas—. Hace meses que se advierte a los estadounidenses que tienen que largarse.

—Ya conoces a Serena —dijo Izzy mientras se quitaba la chaqueta y la arrojaba sobre la cama. No podía culparla por querer deshacerse de ella; habíamos pasado un calor infernal allí fuera. Se me acercó solo con sus pantalones de vestir y una blusa de encaje.

Nop, no iba a mirar la forma en que sus pechos rozaban la tela.

Ese era el camino de la locura.

—Sí, conozco a Serena. —Sacudí la cabeza cuando llegué al último artículo —. Y no ha firmado nada hoy, ni lo hizo ayer. Y la semana pasada no dio ninguna ubicación precisa. Tendremos que fijarnos todos los días hasta ver su nombre.

Izzy abrió mucho los ojos y luego torció los labios de un modo que hizo que mi pulso se acelerara.

—En serio vas a ayudarme, ¿verdad, Nate?

Dios, esa sonrisa, esos ojos…

—Sí. Quiero que te vayas de aquí lo más rápido posible —dije y luego señalé su anillo—: Y apuesto a que él también.

Su fuerte inhalación me indicó que había cruzado un límite, pero no me importó. Eso éramos: un gran límite cruzado y ninguno de los dos pertenecía al lado del otro.

Dejé la carpeta sobre la mesa y me largué.

CAPÍTULO 8

IZZY

Saint Louis
Noviembre de 2011

Bueno, conseguí Twix, Buttefingers y media bolsa de patatas fritas —dijo Serena mientras entraba a mi lúgubre habitación de hospital con su botín—. La máquina expendedora de afuera no tiene mucha variedad. —Miró la televisión y tomó el mando a distancia que estaba sobre mi cama—. No te va a ayudar seguir mirando eso.

Me estiré hacia el mando e hizo una mueca mientras lo alejaba de mi alcance.

—Mierda. —Me volví a desplomar en la cama y respiré para atravesar el dolor que invadió todo mi lado izquierdo.

—Joder, lo siento, Iz. —Serena frunció el ceño y me volvió a dar el control remoto, luego se sentó en el sillón junto a mi cama; ese que había ocupado desde que me había despertado la noche anterior. Dos costillas y un bazo roto habían arruinado mis reservas de sangre, pero después de unas transfusiones… bueno, por lo menos no estaba muerta.

Gracias a él.

Nadie había muerto en el accidente, lo que era un milagro si se tenían en cuenta las imágenes.

—Quiero ver si mirar las imágenes me refresca la memoria —le dije, acomodándome para enderezarme un poco, aunque enseguida me arrepentí

de la decisión—. Dios, cómo duele.

—Entonces, aprieta el botoncito. —Se acercó y puso en mi mano el dispensador de analgésicos—. Te operaron ayer… Ah, y también estuviste en un accidente aéreo. Ten un poco de piedad de ti misma y apriétalo.

—Eso no me va a ayudar. Solo me va a nublar más el juicio y hacerme dormir. —Volví a mirar el video casero del accidente que había filmado un pescador que estaba en el Missouri. Era… espantoso.

Salíamos de la nada, como un misil rugiendo a través de la neblina, esquivamos a duras penas el bote de ese hombre y nos estrellamos contra el agua.

—¿Estás segura de que quieres recordarlo todo? —preguntó Serena, despacio, mientras me pasaba un Twix, mi favorito.

Abrí el paquete e hinqué los dientes en ese paraíso de caramelo, pensando mientras masticaba y tragaba.

—Sobre todo me falta la parte después de salir del río. Recuerdo el despegue, el momento en el que entendimos que íbamos a estrellarnos y hasta el frenesí de salir del avión. El agua estaba tan fría… —Sacudí la cabeza—. Pero no puedo recordar su nombre.

Todo lo demás estaba allí: la preocupación en sus ojos, la sensación de sus manos llevándome hacia la orilla. Me había hecho seguir respirando y riendo, y luego, por lo que me habían contado las enfermeras, me había llevado a la ambulancia.

Si no lo hubiese hecho, me podría haber desangrado por dentro debajo de ese árbol.

—Lo siento. —Suspiró Serena hurgando en la bolsa de patatas—. Me gustaría poder ayudarte, pero estaba tan asustada que no presté atención. —Su mirada recorrió mi rostro mientras miraba la cobertura de nuestro rescate, aunque hacía rato que yo me había ido cuando llegaron los canales de noticias —. Pero era muy sexi, eso sí lo recuerdo.

—Lo sé, yo también recuerdo su aspecto. —Puse los ojos en blanco. Y recordaba lo que estaba leyendo, y que había crecido en una granja y que iba a alistarse en el ejército porque no tenía dinero para la universidad. Era solo su nombre lo que se me escapaba y casi todo lo que había ocurrido después de sentarme contra ese árbol.

—Y que se preocupó tanto por ti que les dijo a todos que era tu marido. Hasta firmó la autorización de tu cirugía. —Una mirada burlona la hizo torcer las comisuras—. Milagrosamente, sabía tu grupo sanguíneo y a qué eres alérgica, lo que significa que debiste estar consciente el tiempo suficiente para decírselo. Y ahora te lo digo en serio —me miró muy seria—, el doctor dijo que no deberías mirar la televisión con una contusión.

El suspiro subió desde la punta de los dedos de mis pies, pero toqué el

botón de apagar justo cuando entraba la enfermera para volver a controlar mis signos vitales. Por suerte dejó la luz tenue, porque sentía que mi cabeza tenía kilos de dinamita a punto de explotar.

—¿Puedo ayudarte con algo más? —preguntó mientras escribía unos números en el formulario que colgaba al pie de mi cama.

«¡El formulario!».

—No, estoy bien, gracias. —Le sonreí y salió de la habitación antes de cerrar la puerta a sus espaldas—. Serena, pásame el formulario.

Aparecieron dos líneas en el entrecejo de mi hermana.

—¿Qué?

—El formulario. —Señalé con la mano el pie de la cama—. Si autorizó la cirugía, su nombre debe estar allí.

—¡Bien visto! —Salió disparada de la silla y dejó lo que estaba comiendo en la mesa auxiliar—. Cualquiera creería que tú eres la que estudia periodismo.

Estudiar. Mierda, iba a tener que regresar a Siracusa, pero la idea de volver a subirme a un avión era… inconcebible. No bastaría con sedarme, iban a tener que dejarme completamente inconsciente y escoltada e, incluso así, no estaba segura de que fuera a poder cruzar la puerta de embarque.

—¿Cómo voy a regresar a la universidad? —La pregunta retórica salió en un susurro.

Serena bajó la baranda lateral de mi cama y se sentó en el borde, lo que hizo que el colchón se hundiera mientras me pasaba la historia clínica.

—Ya veremos. Que te den de alta mañana no quiere decir que debas regresar a Nueva York, Iz. No hay prisa. Estoy segura de que mamá y papá entenderán que quieras tomarte un tiempo. Y si quieres regresar, me perderé algunas clases y conduciremos. —Se encogió de hombros—. No es para tanto. Estoy segura de que mamá y papá estarán aquí en pocos días, pueden llevarte en coche a Colorado si lo prefieres.

—Gracias. —Tomé la historia clínica y la apoyé sobre mi regazo—. Es solo que no sé cómo lo haré para subirme a un avión de nuevo.

¿Habría podido hacerlo él? El día anterior, cuando se había ido con los soldados, ¿lo habrían subido al siguiente avión hacia Fort Benning? Claro, a mí me daba miedo volar, pero al menos aquella no había sido mi primera vez en un avión.

—Lo solucionaremos —dijo y el sonido del teléfono junto a nosotras nos sobresaltó.

Me estiré, pero no conseguí alcanzarlo y los puntos en mi costado protestaron tanto como pudieron. O tal vez eran las costillas rotas, o el bazo. ¿Cómo saberlo? Todo mi cuerpo estaba bastante enfadado conmigo.

Serena dio la vuelta a la cama y respondió el teléfono, apartando a un lado su largo cabello. Incluso después de haber pasado veinticuatro horas en el

hospital seguía estando… perfecta. Si no la hubiese querido tanto, me habría muerto de envidia.

—¿Hola? —respondió y al otro lado le habló una voz apagada. Sus ojos marrones se abrieron de golpe—. Oh, gracias a Dios. Envié un mensaje a la empresa de cruceros, pero no sabía cuánto tardaría en llegaros. ¿Cuándo venís? —«Mamá y papá», moduló mientras escuchaba lo que le decían—. Está bien. Le darán de alta mañana. Una rotura de bazo que ya ha sido reparada, contusión, costillas rotas, golpes y moratones, pero ya pasó lo peor. Está aquí si quieres… —Frunció el ceño.

Estiré mi mano libre.

—¿En serio? —Su rostro se tensó—. Bueno, podéis decírselo vosotros mismos. —Cerró los ojos y tragó saliva, luego me pasó el teléfono.

El temor retorció mi estómago nauseabundo.

—¿Hola?

—¡Isa! —respondió papá—. Oh, cariño. Lamento tanto que hayas tenido que pasar por esto.

Sentí el calor en mis ojos, pero me tragué las lágrimas. Lo mismo me había pasado al ver a Serena junto a mi cama. Era como si las emociones no me entraran en el cuerpo.

—Estoy bien —pude decir.

—Eso dice Serena —agregó mamá y los imaginé compartiendo el teléfono, acercando las cabezas para poder estar ambos en la conversación—. Me alegra tanto que esté allí para cuidarte un par de días más.

—¿Y entonces volveréis? —Sostuve el teléfono entre el hombro derecho y la oreja y comencé a recorrer la historia clínica.

—Bueno. —Mamá suspiró—. Cariño, ya sabes cuánto hemos esperado este viaje, así que, si no estás en peligro de morir o perder alguna extremidad, no veo razón para regresar, ¿no?

Pestañeé y mis manos se quedaron paralizadas.

Serena se volvió a poner al lado de mi cama y me midió con una mirada que no pude devolverle.

—O sea, te veremos en Navidad. Solo faltan cuatro semanas, y estoy segura de que no quieres perderte ninguna clase; eso es lo único que conseguiríamos si regresamos —continuó mamá.

—¿No vais a volver? —Tenía que decirlo, tenía que estar segura de que eso era lo que de verdad los había oído decir. Mis padres eran hábiles con las palabras en todos los sentidos posibles.

Serena se estiró para cogerme la mano y la apretó.

—Si te darán de alta mañana debe ser porque estás mejor —dijo papá y su tono cambió al soberbio que usaba en la oficina—. Y sé que esto ha sido una conmoción, Isa, pero es una gran oportunidad para enfrentarte al desafío y

mostrar de qué estás hecha.

¿Una oportunidad?

—No ha sido una conmoción —respondí mientras mi corazón se doblaba sobre sí mismo—. Fue un accidente aéreo. Mi avión se estrelló. Tuve que salir por la salida de emergencia hacia el ala y luego nadar hacia la orilla con una hemorragia interna. —Y, sin embargo, no iban a regresar.

—¡Y estamos tan orgullosos de ti! —Mamá sonaba como si acabara de ganar un trofeo—. Parece que todos esos años en el equipo de natación dieron sus frutos.

Como si hubiesen ido a alguna reunión…

—Sabemos que te estrellaste, Isa —intervino papá—. Y por eso tienes total acceso a mi tarjeta de crédito para reservar otro vuelo a Siracusa, desde ya. No te preocupes por nada… nosotros lo pagamos.

«No te preocupes por nada, pero no iremos. Entendido».

—No sé qué decir.

—No tienes que agradecernos nada. Por supuesto, cubriremos los costes de tu viaje. —Papá se rio—. Y estamos ansiosos por ver la lista del decano cuando regresemos.

«Tiene que ser broma».

—Y por supuesto regresaremos si realmente nos necesitas, Isabeau —dijo mamá suavizando el tono—. Seguro que podremos conseguir un reembolso por lo que queda del viaje y siempre habrá otra oportunidad para terminarlo, ¿verdad?

—No la trates como a un bebé, Rose. Serena ha dicho que le darán el alta, lo que significa que está bien. Es una Astor. ¿No es así, Isa? —inquirió papá—. Los Astor hacen lo que hay que hacer.

Realmente esperaban que saliera de esa como de todo lo demás… de manera brillante. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer? ¿Pedirles que regresaran de las únicas vacaciones que papá se había tomado en los últimos diez años sin estar en contacto permanente con su oficina?

Alcé la vista hacia Serena y la encontré mirándome con compasión y una sonrisa comprensiva.

—Lo resolveremos juntas —susurró—. Como siempre.

Asentí y me aclaré la garganta para alejar el nudo que amenazaba con cerrarla.

—Estoy bien. Serena me llevará a la universidad.

—Claro que lo hará —dijo papá con la voz llena de orgullo—. Y te veremos en Navidad. Y sé que esto ha sido horrible, pero me alegra que hayamos podido hablar contigo. Te queremos.

—¡Te queremos! —gritó mamá—. Y vamos a comprarte algo especial en el próximo puerto.

«Dime que demuestras el amor con regalos sin decírmelo…».

—Genial. Yo también os quiero.

Serena y yo nos despedimos y colgó el teléfono.

—Lo siento tanto, Iz. En serio creía… —Suspiró y se desplomó en el sillón.

—No, no es cierto. —Suavicé la voz—. No vamos a mentirnos entre nosotras. —Las prioridades en la vida de mamá y papá eran la empresa de papá y ellos mismos. Serena y yo siempre habíamos sido adornos que tenían que brillar y que mostraban para demostrar estatus. Y, sin embargo, me dolieron los pulmones cuando volví a respirar.

—Me tienes a mí. —Se acercó—. Siempre me tendrás.

—Lo sé. —Me aferré a su mano unos segundos y luego respiré entrecortadamente. Llorar no iba a ayudar, así que me concentré en la historia clínica que tenía en mi regazo, pasando las páginas hasta encontrar los primeros documentos—. ¡Ahí está!

Serena se puso de pie y se acercó a la cama.

—¿Estás segura de que el tipo no era médico? Porque tiene una letra de mierda.

—Nathaniel —susurré pasando los dedos sobre su firma, pero no entendía el resto.

—¿Cómo demonios entendiste Nathaniel en ese garabato? —Sacudió la cabeza—. Solo veo una N y… lo que sea eso.

—Nate. —Mis labios se curvaron en una gran sonrisa, la primera desde que me había despertado—. Sus amigos lo llaman Nate. —Eso era todo lo que recordaba y probablemente todo lo que iba a saber, pero al menos tenía un nombre para ponerle al rostro del hombre que me había salvado la vida.

Dos meses más tarde, me ajusté el bolso en el hombro y me sacudí la nieve de las botas en la alfombrilla de la residencia universitaria. En Colorado nevaba, así que esa cosa blanca no era completamente extraña para mí, pero en Siracusa nevaba, sobre todo en enero.

Afuera la nieve me llegaba hasta la cintura.

Caminé hasta la sala de correspondencia y puse el código de mi buzón mientras los estudiantes conversaban a mi alrededor. Alcé las cejas al ver el papel anaranjado que significaba que tenía un paquete para recoger.

Mamá y papá no eran de mandarme paquetes y además los había visto la semana antes de regresar a Nueva York después de las vacaciones, así que no había ninguna posibilidad de que fuera suyo. ¿Tal vez Serena?

Cerré mi buzón, arrojé a la basura la revista de ofertas semanales de la tarjeta de crédito y me puse en la fila de la ventana para ver qué me habían enviado. Solo había dos personas delante de mí.

—¡Ey, Izzy! —gritó Margo con su marcado acento sureño desde la recepción mientras avanzaba hacia mí dejando huellas de lodo a su paso. Era

mi compañera de habitación.

—Hola —respondí—. ¿Cómo te ha ido en Psiquiatría?

—Normal. —Se encogió de hombros mientras avanzábamos en la fila y se sacudía la nieve de su cabello negro azabache—. Estamos estudiando el trastorno de estrés postraumático. —Me miró con intención—. ¿Has pensado un poco más sobre… tratar el tuyo con un terapeuta?

Muy agradable y sutil.

—No tengo ningún trastorno de estrés postraumático. Tengo miedo de los aviones. —Por eso Serena y yo habíamos conducido un coche de alquiler desde Colorado después de las vacaciones, a pesar de que mi padre me dijera que no podía permitir que el miedo a volar me detuviera.

—Provocado por una experiencia traumática como un jodido accidente aéreo —recitó y la fila volvió a avanzar.

—Antes del accidente ya tenía miedo de volar.

—¿Siguiente? —llamó la empleada y le entregué mi aviso. Desapareció dentro del depósito.

—Solo digo que a mí me ayudó mucho cuando perdí a mi hermano —dijo despacio y no pude evitar mirarla.

Pensar en perder a Serena era algo imposible de procesar.

—Tal vez a ti también pueda ayudarte hablar —sugirió—. Vivo contigo. Sé que no duermes como lo hacías antes del accidente. No te hará daño y, por lo que estoy estudiando, cuando antes hables con un profesional, mejor.

Tal vez tenía razón. En tal caso, un terapeuta podría decirme que estaba perfectamente bien y tal vez sugerirme algunos medios de transporte alternativos.

—Lo miraré

—¡Genial! —Me abrazó de lado.

—¿Astor? —dijo la empleada deslizando una caja sobre el mostrador. La caja marrón medía medio metro de ancho y unos treinta centímetros de largo.

—Soy yo. —Tomé el formulario que me pasó y firmé mi nombre al pie.

—¿De quién es? —preguntó Margo.

—No estoy segura. —Cuando lo cogí del mostrador noté que era muy ligero y leí la etiqueta que tenía pegada—. Aerolíneas Transcontinentales. —Se me cerró el pecho.

—¿Es un cheque jugoso por tu dolor y sufrimiento?

—No tengo ni idea. —¿Qué me podía haber enviado la aerolínea? ¿Una almohada para que durmiera mejor? ¿Miles de vales para viajar que nunca iba a usar?

Tomamos el ascensor hacia el tercer piso y Margo usó su llave para abrir porque yo tenía las manos ocupadas. Nuestros muebles eran sencillos (camas, escritorios y pequeñas cómodas, todo a juego), pero la decoración era de

Margo. Todo era fucsia y verde lima, como si la habitación acabara de salir de un anuncio de Lilly Pulitzer.

Dejé la caja sobre mi escritorio, la abrí y cogí la carta que estaba encima de una bolsa de plástico azul oscuro.

> Srta. Astor:
>
> Habiendo finalizado la investigación inicial sobre el desafortunado incidente del vuelo 826, le devolvemos las pertenencias que hemos encontrado debajo del asiento delantero. Aunque el agua arruinó muchos papeles que no pudieron salvarse debido al hundimiento del avión, queríamos devolverle lo que pudiéramos.
>
> Nos disculpamos por los inconvenientes que haya podido ocasionarle este tiempo sin sus pertenencias.
>
> Aerolíneas Transcontinentales

Lancé una carcajada y le leí la última frase a Margo.

—Se disculpan por los inconvenientes por haber perdido mi equipaje.

—¿Y la pérdida del bazo? —Espió sobre mi hombro.

—¡Ey, tal vez sea mi bolso! —Alcé la bolsa sellada. Seguro que estaba destrozada después de semanas en el río Missouri, pero yo también lo estaba bastante, así que íbamos a combinar. Abrí el cierre de plástico con los pulgares y la bolsa se abrió dejando ver una mochila verde militar.

Mi corazón se detuvo y tuve que respirar muy hondo para que volviera a funcionar.

—Eso no parece tu bolso —dijo Margo divertida.

—No lo es. —La apoyé en el espacio libre de mi escritorio—. Es suyo.

Alzó las cejas y se acomodó a mi lado.

—¿Con suyo te refieres a… el tipo soñado que te salvó la vida en el río como una especie de príncipe encantador salido de Los vigilantes de la playa?

Obviamente había pasado bastante tiempo hablando sobre Nate y demasiado pensando en él: preguntándome qué estaría haciendo, deseando tener forma de contactarlo. Se merecía mucho más que un simple agradecimiento y, además, me había comprometido a enviarle libros si le permitían tenerlos durante el entrenamiento.

Si es que aún seguía en entrenamiento. Sabía tan poco sobre el ejército que no tenía ni la más remota idea de cuánto duraba.

—Sí. —Obviamente habían lavado la mochila y se veía igual a cuando Nate la había movido para cambiar su asiento con el mío—. Estaba sentado en mi asiento.

—Ábrela. —Se acercó.

Abrí la mochila y encontré una sudadera de los Saint Louis Blues suave y gastada y un iPod protegido por una bolsa de zip. Se encendió cuando apreté el

botón a través de la bolsa. Panic! at the Disco apareció en la pantalla.

—Supongo que todo lo demás debía estar destrozado.

—Lamento que no sea tu bolso —dijo Margo mientras se dirigía a su lado de la habitación.

—Yo no —susurré. ¿Cómo era posible sentirme tan… conectada con alguien con quien solo había estado unas pocas horas? No era solo porque me hubiera sacado del río ni porque me hubiese llevado a la ambulancia. Me había sostenido la mano todo el tiempo y nunca había apartado la mirada.

Volví a meter la sudadera en la mochila e inhalé hondo. Allí, en la etiqueta justo debajo del asa de la mochila, escrito con rotulador permanente, decía N. Phelan.

Mi sonrisa se extendió hasta las mejillas. Sabía su nombre. Donde fuera que estuviera y sin importar qué estuviera haciendo, sabía su nombre. Podía encontrarlo, aunque solo fuera para devolverle la mochila.

Nathaniel Phelan.

CAPÍTULO 9

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Sargento Green —dije al día siguiente. Llevaba una pila de carpetas de cartulina en un delicado equilibrio entre mis manos, con el teléfono móvil encima, mientras caminaba hacia el lugar en el que Nate montaba guardia en la puerta de la sala de reuniones que nuestro equipo había elegido como espacio de trabajo en la embajada. Supongo que no era tan extraño usar un nombre diferente para dirigirme a él considerando que parecía una persona completamente diferente.

Pero el día anterior había puesto esos auriculares en mis oídos y había hecho sonar Nothern Downpour para distraerme durante el despegue del helicóptero. ¿Qué diablos debía hacer con eso? Era un destello de lo que habíamos sido en medio de ese paisaje polvoriento y desolado en que nos habíamos convertido.

—Señorita Astor. —Nate hizo un gesto con la cabeza y mantuvo la vista fija adelante.

—¡Isa!

Ben Holt apareció corriendo por el vestíbulo detrás de mí, esquivando la creciente multitud de estadounidenses que buscaban asistencia y casi esperaba que diera un patinazo cómico, pero de alguna manera logró detenerse antes de embestirme.

—¿Se está incendiando algo? —pregunté enderezando las carpetas.

—¿Le enviaste el informe a la senadora Lauren cuando regresaste anoche? —La preocupación lo hizo juntar las cejas y suspiré porque ya me imaginaba por dónde iba.

—Sip, le envié mi impresión inicial sobre el viaje cuando regresamos. —Era tarde y estaba bastante agotada emocionalmente después de apretar todos los músculos de mi cuerpo durante los dos vuelos, pero el trabajo era el trabajo —. Kacey está preparando la versión bonita aquí. —Señalé con la cabeza hacia la sala de reuniones.

—Mierda —murmuró, dejando caer la cabeza—. ¿Siempre tienes que adelantarte a todo? —Había un rastro de burla en sus ojos marrones—. Podrías ayudar un poco al resto de vez en cuando.

—No me adelanto —le recordé, mientras mi teléfono vibraba con una llamada entrante—. Si yo no entrego mi informe, lo asistentes no pueden comenzar los suyos. —Mi teléfono se movía sobre las carpetas con cada vibración.

El nombre y la fotografía de Jeremy aparecieron en la pantalla.

«Mierda». Era la tercera vez que me llamaba ese día.

—Déjame ayudarte —dijo Ben y se estiró para agarrar el teléfono, pero era demasiado tarde: resbaló de la pila de carpetas y se estrelló contra el suelo brillante rebotando por el golpe.

Ben era muy lento, pero Nate tenía los reflejos de un jodido gato y agarró el teléfono en el aire antes de que volviera a golpearse.

Me estremecí ante el roce del cuerpo de Nate contra el mío y, de no haber estado mirando fijamente a su cara buscando cualquier reacción posible, me hubiera perdido cómo frunció el ceño un segundo cuando vio la pantalla.

—Rechaza la llamada —dije despacio con el corazón acelerado al pensar que podía llegar a responder.

No estaba preparada para la conversación que Jeremy quería ni para la que necesitaba yo (que era muy diferente) y, aun menos, para que le hablara Nate. Nop. Aquello no iba a suceder.

Puede que Nate no conociera a Jeremy, pero Jeremy definitivamente sabía quién era Nate. Y no podía culparlo por odiarlo. A mí tampoco me hubiese gustado tener que pelear con un fantasma por la atención de mi prometido.

Aunque Nate ya no era un fantasma. Era de carne y hueso junto a mí y olía a ese chicle de hierbabuena que tanto le gustaba.

Lo que significaba que sabía exactamente a qué sabía en este preciso momento.

—¿Estás segura? —Con el dedo sobre el botón de rechazar la llamada, Nate alzó sus ojos celestes para encontrar los míos.

—Absolutamente —asentí; nunca había estado tan segura de algo en mi

vida.

—Tío, sí que eres rápido —comentó Ben mirando mi teléfono través de la pila de carpetas—. Jeremy, ¿no?

Nate miró el teléfono un segundo más y supe que estaba memorizando cada detalle de Jeremy como solía hacerlo, guardando la información para más tarde. Luego rechazó la llamada y, en lugar de poner el teléfono de nuevo sobre la pila, lo deslizó en el bolsillo lateral de mis pantalones negros.

No me tocó con sus manos, pero, joder, fue como si lo hubiera hecho.

—Oye, ¿qué tal va lo vuestro? —preguntó Ben como si Nate no estuviera allí.

—Es… —Tragué saliva, con dificultad, y no pude evitar mirar a Nate, pero ya había retrocedido de vuelta hacia su eterna posición en la puerta. Las carpetas me pesaban más a cada segundo que él pasaba allí—. Es lo que es.

—Hay rumores, ¿sabes? —Ben se masajeó la nuca y me miró con esa lástima a la que me había acostumbrado las últimas seis semanas—. Pero como no dijiste nada no quise insistir…

—Y lo valoro —dije para interrumpirlo—. Prefiero concentrarme en el trabajo que tenemos aquí y dejar Washington en Washington. —La decisión que tenía que tomar no era materia de opinión pública, en especial no en la marea de chismes que era la política de DC.

—Lo entiendo. —Suavizó el tono—. Pero en caso de que necesites hablar con alguien. —Me agarró el hombro—. Aquí estoy. —Con un gesto empático, pasó a mi lado y entró a la sala de reuniones.

—Dame eso. —Nate se acercó y cogió las carpetas de mis brazos sin esperar a que respondiera y casi suspiré por el alivio físico—. No sé qué quiere que compartas con él, pero no lo hagas.

—¿En serio? —pregunté y me giré para mirarlo.

—Está… —Nate frunció el ceño, lo que quería decir que estaba buscando las palabras correctas—. Está muy desesperado por la información. Es solo un presentimiento.

—Sí. —Contuve la sonrisa porque había dado justo en el clavo—. Me invitó a salir durante nuestra primera semana trabajando juntos y no estoy segura de que haya aceptado del todo ese no.

Nate frunció el ceño mientras miraba la sala de reuniones a través del cristal.

—Los tipos que esperan que una mujer toque fondo para mover ficha son unos mierdas.

—Tomo nota. —Me mordí los labios para no sonreír.

—¿Qué?

—Siempre has tenido la capacidad de juzgar el carácter de alguien a los pocos minutos de conocerlo, y nunca he visto que te equivocaras. —Me encogí

de hombros y alejé rápidamente la mirada—. Sabes que no necesitamos un guardia en la puerta, ¿no? Estamos en la embajada.

—Ya te dije que durante las próximas dos semanas no estaré a más de una habitación de distancia de ti hasta que estés a salvo en un avión sin escalas hacia casa. —Pasó rápido la mirada por las carpetas.

—Pero tú te quedarás aquí, ¿no? —susurré con el estómago retorcido. Que yo me subiera a un avión solo garantizaría mi seguridad, no la suya. Nunca la suya.

—Estos nombres no están en nuestro itinerario. —Alzó una ceja.

—Son formularios de VEI —dije—. Visados Especiales para Inmigrantes.

—Para empleados nuestros —dijo—. Sé lo que son los VEI. ¿Pero por qué traes esta pila?

—Me explicaron cómo acelerarlas y me pareció que podía ayudar entre reuniones. —Miré sobre mi hombro a la sala de espera repleta—. No queda ni una silla en recepción. Están sobrepasados.

—Es cierto —coincidí—. Me alegra ver que hay cosas que no han cambiado —dijo y se giró para entrar a la sala de reuniones—. Sigues queriendo salvar a todo el mundo menos a ti.

El agua helada me empapó los pies, el pánico se apoderó de mis músculos y mis dedos adormecidos se volvieron inservibles mientras luchaba con el cinturón de seguridad. Íbamos a caer y no había nada que pudiera hacer más que quedarme sentada y esperar a ahogarme. Los gritos a mi alrededor llenaron mis oídos mientras me enredaba más y más en el cinturón. El agua llegó a mis rodillas e intenté gritar para pedir ayuda, pero no me salió la voz.

El silencio repentino me hizo mirar alrededor, a los otros pasajeros, pero no quedaba nadie, todos se habían ido por la salida de emergencia que estaba al otro lado del pasillo.

Estaba sola.

Todos me habían abandonado.

Conseguí gritar, el sonido brotó mientras el agua subía por mis muslos y la iluminación del suelo falló. No había aire ni tiempo suficiente. Iba a morir allí. El fuselaje se hundió más y más, el agua subía por mi pecho, pero el estúpido cinturón seguía atascado.

Miré a la izquierda, vi la salida de emergencia abierta, pero no podía llegar.

No podía ser. No podía abandonarme.

Nunca me había abandonado. No hasta que…

—¡Izzy! —Nate saltó por la puerta aterrizando en el agua helada, desabrochó mi cinturón de un solo movimiento, pero se veía diferente. Más musculoso. Más viejo. Más sólido. El nombre en su chaleco antibalas decía «Green».

Era un sueño.

Con un jadeo, me sobresalté en la cama con la camiseta empapada de sudor, mi corazón latía con fuerza mientras intentaba calmar mi respiración. Se me clavaron las costillas como tornillos, pero conseguí meter algo de aire en mis pulmones. Eso era todo lo que había que hacer para escapar de una pesadilla. Pero antes tenía que darme cuenta de que era una pesadilla.

Me caí de la cama y la alfombra se clavó en mi piel desnuda.

Esto sí era real.

—Mi nombre… es… Isabeau Astor —pude decir por el pequeño hueco que se había abierto en mi garganta—. Estuve en el vuelo 826. —Ahí vamos. Una frase completa—. Nos estrellamos contra el agua. Conseguí salir. —Las palabras se me habían quedado fijadas con los años de terapia, aunque siempre tomaban formas diferentes según la pesadilla—. Nadé hasta ponerme a salvo. Sobreviví. —Cuando terminé, mi garganta se había abierto lo suficiente como para tomar una bocanada de aire. Luego otra—. Sobrevivimos.

Miré el reloj. Eran las cuatro de la madrugada.

Aire fresco. Necesitaba aire fresco.

Un sonido me indicó que alguien había abierto la puerta y luego se cerró de golpe, pero la escasa luz de luna que se colaba por la ventana no me permitía ver mucho.

—¿Izzy?

—Aquí. —Mis hombros se desplomaron de alivio. Esa voz solo podía ser de una persona.

—Gritaste. —Su sombra llenó la puerta y llegué a ver el contorno de su arma desenfundada.

—Solo estoy yo —le aseguré abrazándome el abdomen.

Caminó junto a mí revisando a su paso el baño y el área junto a la ventana antes de encender la luz de la mesita de noche detrás de mí.

—Joder.

Esa palabra fue la única advertencia que me dio antes de guardar el arma. Luego me tomó en sus brazos y me abrazó con fuerza contra su pecho.

—Estoy bien —prometí, pero eso no me impidió derretirme en su conocido abrazo. Ya no estaba engalanado en su chaleco antibalas, aunque no esperaba que fuera así a las cuatro de la mañana. Ahora contra mi mejilla había un suave algodón negro y el latido de su corazón.

—Sí, ya lo veo. —Nos llevó por la sala de estar hacia el sofá, donde se sentó, me acomodó sobre su regazo y encendió la lámpara junto a nosotros—. Mierda, estás empapada.

Debería haberme movido hacia la otra punta del sofá, pero en lugar de eso levanté las piernas y me acurruqué contra él por la sencilla razón de que no había sitio más seguro en el mundo.

—Solo ha sido una pesadilla. —Me estremecí y mi piel se erizó bajo las

gotas de sudor.

Nate se estiró hacia atrás y puso la manta que estaba en el respaldo del sofá sobre mis hombros y me envolvió con un brazo. Su otra mano subió y bajó por mi brazo con un movimiento repetitivo y relajante.

—¿Un baño caliente ayudaría?

—Nada de agua. —Sacudí la cabeza y apenas pude contener las ganas de hundir la cabeza en su cuello. Debería ser ilegal oler así de bien, a jabón y hierbabuena.

—El avión —adivinó, apoyando su mentón sobre mi cabeza.

—El avión.

Pasamos minutos en silencio mientras mi ritmo cardíaco descendía hasta igualar el suyo. Esa era una de las cosas que me gustaba de estar con Nate: no teníamos que llenar con palabras cada segundo vacío.

—¿A ti te pasa? —pregunté sabiendo que debería bajarme de su regazo y salir de sus brazos, pero sin poder hacerlo.

—Ya no. —Siguió con las caricias lentas pero firmes en mi brazo.

—¿Qué cambió?

—Se convirtió en una de las cosas menos traumáticas que he visto —dijo despacio—. Pero, si llega a ocurrir, suelo soñar que no puedo sacarte o que te lleva la corriente. Nunca lo superaré. Siempre estaré intentando llevarte a la orilla. —Su mano se detuvo y apretó mi hombro—. ¿Y a ti? ¿Cada cuánto te sucede?

—Depende. Generalmente, cuando estoy en medio de algo muy estresante o algo que no puedo controlar. —«Como esto»—. Y me hace sentir que todos esos años de terapia no han servido de nada —intenté bromear.

—Si te sucede menos que antes, ha valido la pena.

Dudaba que él lo hubiera llevado a la práctica durante los últimos tres años teniendo en cuenta lo reticente que había sido en el pasado en relación con ese tema.

Pasaron unos segundos y entonces lo inapropiado de la escena me dio de lleno en el pecho.

—¿Así consuelas a todas las personas que custodias?

—No siempre —dijo sacudiendo la cabeza y supe que, si alzaba la vista, vería una sonrisa en sus labios; esa que siempre me hacía querer besarlo.

No podía quedarme allí, enroscada en él como si no fuera la prometida de otra persona.

¿Pero lo era?

Moví un poco la cabeza y sentí un bulto bajo mi mejilla; me alejé para mirarlo.

—Me estaba vistiendo cuando te oí —dijo mientras sacaba de dentro de su camiseta lo que parecía una placa de identificación, pero envuelta en cinta

negra.

Si la memoria no me fallaba, la cinta era para que no hiciera ruido cuando se movía.

—Eso explica por qué estás descalzo —dije mientras me bajaba de su regazo y me llevaba la manta. Era extraño que llevara una chapa cuando ni siquiera tenía permitido que lo llamaran por su nombre. En estos años había profundizado más en la misma vida, mientras que yo había cambiado por completo la mía.

Se aclaró la garganta y se movió a la otra punta del sofá, por lo que solo mis pies quedaron en la tierra de nadie en la que se había convertido el centro.

—¿Qué hacías despierto a las cuatro de la madrugada? —pregunté, hundiéndome más en la manta para ocultar el hecho de que no usaba sujetador para dormir. Aunque tampoco era que no hubiera visto cada centímetro de mi cuerpo desnudo en el pasado…

—Regresaba del gimnasio.

Bajé la vista hacia su cadera, donde tenía el arma.

—¿Y lo primero que haces cuando sales de la ducha es calzarte?

—Mírate. —Sonrió y apareció ese hoyuelo que me estrujaba el corazón—. Calzarte.

Dios, me sentía más segura contra su pecho, cuando no estaba mirando directamente esos ojos. Habían pasado diez años y seguían teniendo el mismo efecto en mi entrepierna. Estaba segura de que podría haberme corrido solo mirándolo fijamente. Me aferré al borde de la manta. Frunció el ceño.

—No llevas el anillo.

El calor subió por mis mejillas y escondí la mano bajo la manta.

—No lo uso para dormir —expliqué. Era incómodo y se enganchaba en las sábanas, y quizás solo necesitaba un puto descanso de usar el símbolo de que le pertenecía a Jeremy—. No es… cómodo —terminé con un tono tan poco convincente que ni yo me lo creí.

—Me imagino que una piedra de ese tamaño puede ser… pesada. —Alejó la mirada y apretó la mandíbula.

La culpa se instaló como una roca en mi estómago y las miles de cosas que quería decirle treparon hasta la punta de mi lengua. Luego recordé su espalda empapada por la lluvia alejándose por el pasillo de mi casa en Nueva York, negándose a darse la vuelta, aunque lo llamé una y otra vez con una opresión en el pecho.

—¿Cómo se supone que vamos a hacer esto?

—¿Hacer qué? —Se acercó y apoyó los codos en sus rodillas.

—Estar tan cerca durante dos semanas e ignorar… todo —dije en un susurro.

Volvió a meterse las chapas dentro de la camiseta.

—Son solo doce días —respondió despacio—. Es lo que hay que hacer.

—Nate. —Me moví para acercarme, pero me fulminó con una mirada que me hizo parar en seco.

—No, Izzy. —Sacudió la cabeza—. Tengo una sola debilidad en todo el planeta y está a menos de un metro de distancia cuando se suponía que debía estar en la otra punta del planeta. —Se cayó esa máscara que usaba como una armadura y vi en sus ojos tanto dolor que suspiré hondo—. Así que, por favor, ten piedad de mí por una vez en tu vida y solo… —Cerró los ojos—. Solo ignóralo.

Estudié las líneas de su rostro, el tatuaje que se movió en su antebrazo cuando apretó los puños. Cada una de sus líneas estaba tensa, como si se estuviera preparando para una batalla que yo no podía ver. Esto no era justo para él. Yo estaba allí por elección y él se estaba quedando por mí.

—Bueno —dije—. Puedo ignorarlo.

—Gracias. —Su postura se relajó y miró fijamente a la mesa de café frente a nosotros—. ¿Qué es esto? —Señaló las carpetas.

—Las últimas fotos de periodistas estadounidenses —respondí—. Kacey debió dejarlas en la mesa después de que me fuera a dormir. Me acosté temprano.

—¿Tiene llave?

—Sí. Es mi asistente. No es una amenaza, Nate. —Puse los ojos en blanco.

—Tienes que echar el pestillo —murmuró mientras cogía una carpeta.

—De haberlo hecho, tú tampoco hubieras podido entrar, ¿me equivoco? —lo desafié sentándome sobre mis piernas mientras me pasaba la carpeta.

Resopló.

—Como si un trozo de metal pudiera detenerme después de escucharte gritar.

No me molesté en señalar que, si él podía forzar un pestillo, cualquiera podía hacerlo. En cambio, me puse a mirar los artículos. Se me cortó la respiración al ver su firma.

—Nate —susurré, mostrándole el artículo impreso—. No está en la fotografía, pero es un artículo de Serena.

«Apuesto que, si miro mi teléfono en este momento, tengo un aviso de Google en la bandeja de entrada».

Miró el artículo, estudió la fotografía y suspiró.

—Está en Mez.

—¿Qué? —Aunque sabía que no debía, me acerqué para mirar y mi hombro acarició su brazo.

—Ese edificio. Es el Santuario de Alí, también conocido como la Mezquita Azul. —Señaló el edificio que se veía a lo lejos en la fotografía—. Está en Mazar-e Sarif o estuvo allí hace poco.

No pude evitar sonreír porque, según el horario de la publicación, lo había enviado hacía unas horas.

—Pero está viva.

—Está viva.

Y ahora sabíamos dónde estaba.

CAPÍTULO 10

NATHANIEL

Isla Tybee, Georgia
Junio de 2014

Bola siete a la esquina —grité girando la gorra hacia atrás antes de inclinarme sobre la mesa de billar para hacer mi tercer tiro seguido.

—Maldito seas, Phelan —musitó Rowell echando la cabeza hacia atrás mientras nuestros amigos me alentaban con gritos, aplausos y botellas en alto —. ¿Hacía falta humillarme así?

—Ey, has sido tú quien ha insistido para que jugara. —Una sonrisa maliciosa se dibujó en mis comisuras mientras miraba la mesa de la esquina que habíamos reservado en nuestro bar de playa favorito en la isla Tybee. Había otras tres mesas cerca, una pista de baile que siempre tenía arena y una barra que daba hacia la brisa del océano, un alivio al implacable verano de Georgia, incluso a las diez de la noche—. Bola tres al lateral. —Tiré justo cuando cambiaba el ritmo en los altavoces exageradamente ruidosos a mis espaldas y, por los gritos agudos, me imaginé que un grupo de mujeres se había apoderado de la pista.

Pero no tenía quejas respecto de la elección musical: Miss Jackson no era mi canción favorita de Panic! at the Disco, pero casi.

¿La favorita? Nothern Downpour, que además era la última canción que había escuchado antes de embarcar en el vuelo 826.

Mierda, ¿por qué estaba pensando en eso? Imágenes de unos hermosos

ojos marrones se apoderaron de mi memoria como lo habían hecho de mis sueños durante dos años y medio. Isabeau.

—Ahí van otros veinte. —Rowell se apoyó contra la pared resignándose al hecho de que su billetera quedaría más ligera después de ese juego.

—¿No tendrás nada de piedad? —preguntó Torres pasándose la mano por su cabello oscuro casi rapado mientras yo analizaba la mesa. Tras dos años en el mismo pelotón y uno en entrenamiento, era lo más parecido a un mejor amigo que había tenido jamás.

—¿Por qué diablos haría una cosa así? —Preparé otro tiro—. Bola seis a la esquina. —Y ahí fueron otros veinte de Rowell—. ¿Te gustaría haber apostado un poco menos? —le pregunté a Rowell sobre mi hombro.

—Creí que eras un granjero de Illinois. —Miró al resto del pelotón que había venido—. ¿Alguien más sabía que era un tiburón del billar? —Todos sacudieron las cabezas.

—En serio eres una caja de sorpresas. —Torres se rio y le dio otro sorbo a su cerveza.

—Joder —comentó Fitz inclinando hacia un lado su lánguido cuerpo para mirar a través de mí mientras yo analizaba la mesa. Golpeé demasiado girado y me dejé un ángulo de mierda para la siguiente bola—. Creo que una sororidad entera acaba de apoderarse de la pista.

Casi todas las cabezas de mi pelotón se dieron la vuelta, pero eso no me sorprendió. Esa noche solo habíamos salido los solteros. La mayoría de los casados habían preferido pasar la última noche antes de partir con sus familias.

—Es una despedida de soltera —dijo Torres y, lentamente, una sonrisa apareció en su rostro mientras yo daba la vuelta a la mesa para aprovechar el mejor ángulo. Un grupo de mujeres apareció bailando en mi campo visual, un cúmulo de tops fucsia rodeaba a uno blanco con velo.

Sí, era una despedida de soltera, no había duda.

—Hubiese sido de ayuda que apartaras alguna de tus bolas del camino, Rowell —dije, inclinándome para concentrarme.

Rowell gruñó como respuesta.

Alcé la vista justo cuando la mujer que estaba más cerca giró con los brazos en alto y su cabello rubio voló en el aire mientras bailaba el estribillo.

Fue solo un vistazo, pero mi corazón se detuvo y se me aflojaron las manos, lo que me hizo perder por completo el tiro. La punta del palo se deslizó por el fieltro verde y me sobresalté.

—Supongo que en algún momento tenía que acabarse tu suerte. —Rowell se rio mientras yo me incorporaba mirando la pista con un único pensamiento en mente.

No era ella. Otra rubia cruzaba la pista. ¿O era la misma rubia? ¿Mi mente

me estaba engañando? ¿Era la música? ¿Era por el efecto que había tenido en mi memoria?

No era posible que fuera ella.

Pero la inyección de adrenalina en mis venas gritaba que sí lo era. Le pasé mi palo a la persona que estaba más cerca y avancé.

—¡Phelan! —gritó Fitz, pero yo ya estaba en el centro de la pista antes de poder pensar en responder.

Las luces estroboscópicas se movieron cuando cambió la canción y solo vi rostros borrosos cuando miré a izquierda y derecha, analizando los rasgos de todas las mujeres de top fucsia que bailaban cerca en los intermitentes momentos de luz. Eran seis… no, siete.

Y ninguna era ella.

Mierda. ¿Me estaba volviendo loco? Había visto cosas espantosas en el ejército y no podía decir que el accidente aéreo no hubiera tenido efectos en mi mente, aunque intentaba no indagar, ¿pero alucinaciones? No estaba tan jodido, ¿no?

—¿Estás bien? —preguntó Torres, que apareció a mi izquierda en medio de la vibrante pista.

—Me ha parecido ver a alguien.

Esa mujer era castaña. Esa otra era pelirroja. Rubia, pero de sonrisa diferente. No eran sus ojos.

—Ya me lo he imaginado. Te has largado como si te ardiera el culo.

—¿Tienes miedo que te machaque ahora que es mi turno? —preguntó Rowell a mi derecha. Había un gesto de preocupación en su entrecejo a pesar de su tono burlón.

Como un acto del destino o de otra fuerza igual de poderosa, la multitud se abrió por un segundo, y eso fue todo lo que necesité.

De pie en la barra estaba la mismísima Isabeau Astor. Se acomodó el cabello detrás de la oreja, me dejó ver todo su perfil y el corazón me subió a la garganta.

—Tengo mejores cosas que hacer —le dije a Rowell casi sin mirarlo antes de avanzar entre la multitud.

—¿Mejores que ganar ciento sesenta dólares? —gritó sobre la música.

—¡Abandono! —grité sobre mi hombro—. ¡El dinero es tuyo!

La multitud se volvió a juntar, todos saltaban al ritmo de la música mientras yo me abría paso entre los bailarines hasta llegar al otro lado.

La novia se había unido a Izzy en la esquina de la barra y me invadió una ola de emociones mientras contemplaba su rostro. Abrí la boca una vez, dos veces, pero no se me ocurría qué decir.

Teniendo en cuenta que había tenido una contusión cerebral, era muy probable que no me recordara. Y por más que pensara y soñara con ella muy

seguido, ni una sola vez me había imaginado volver a verla ni qué le diría si lo hiciera.

Izzy estaba muy distraída mirando hacia el otro lado, intentando llamar la atención del camarero, pero la novia miró en mi dirección y alzó las cejas cuando se dio cuenta de que estaba mirando a su amiga.

Tenía que hablar antes de que la novia me acusara de raro; era suficiente con lo potencialmente incómoda que podía ser la situación sin eso.

—Debo haber soñado contigo un millón de veces —dije alto, como para que me oyera sobre la música. «Sutil, Nate. Muy sutil».

Izzy puso los ojos en blanco sin siquiera mirar en mi dirección.

—No está interesada. —La novia se interpuso en mi línea de visión bloqueando a Izzy y sacudió la cabeza—. Créeme, acaba de terminar una relación de mierda; a ti tampoco te interesa.

—Créeme, sí lo está. —Sonreí. Me gustaban los amigos leales.

Izzy resopló y giró aún más la cabeza, ignorándome a propósito. Era tan hermosa (o tal vez más) como la recordaba y estaba en un bar lleno de universitarios de vacaciones de verano y soldados que se preparaban para enrolarse. No podía ni empezar a imaginar cuántas veces se le habrían insinuado esta noche.

—¿Cómo puedes saber qué le interesa? —La novia me miró con unos ojos ligeramente vidriosos—. Es una noche de chicas, así que vuelve al… —señaló la camiseta negra lisa que se estiraba en mi torso— …gimnasio del que saliste.

—Me caes bien —le dije a la novia y luego me incliné más sobre la barra para poder ver a Izzy—. Y sé que le gusta leer y odia volar.

Izzy se enderezó y movió la cabeza, pero seguía sin mirarme.

—Cualquiera podría adivinarlo —resopló la novia cruzándose de brazos.

—Sé que es alérgica al marisco y a la penicilina —continué. Izzy abrió mucho los ojos y comenzó a girar despacio en mi dirección—. Y que lleva antibióticos y analgésicos en su bolso.

La mirada de Izzy se clavó en la mía, con sus hermosos ojos color café encendidos y la boca abierta. Se veía tan sorprendida como yo me sentía.

—Ah, y su grupo sanguíneo es cero positivo. —Sonreí aún más—. ¿Me dejo algo?

Esquivó a la novia y mi respiración se detuvo mientras se acercaba hasta que solo nos separaron unos centímetros.

—¿Nathaniel Phelan?

—Hola, Isabeau Astor.

Gritó y saltó hacia mí envolviendo mi cuello con sus brazos. La atrapé sin dificultad, abrí mi mano en su espalda y la abracé con fuerza. No fue para nada incómodo. Era como volver a casa.

La última vez que había sentido tanto alivio, que me había sentido así de

completo, había sido al llegar a la orilla después del accidente.

—Tengo tu mochila —dijo cuando nos separamos, estudiando mi rostro como si estuviera buscando la cicatriz que ocultaba bajo la gorra.

—¿Qué? —La apoyé en el suelo y obligué a mis manos a soltarla.

—Tu mochila —sonrió y se me estrujó el pecho sobre el corazón. Mierda, no me imaginaba que siguiera allí esa conexión instantánea que había sentido con ella en el avión—. Me la mandó la aerolínea porque tú estabas sentado en mi asiento.

—No puede ser. —Mis cejas subieron hasta el techo.

Asintió con una sonrisa tan grande como la mía.

—También tengo tu sudadera y tu iPod. No puedo creer que lo metieras en una bolsa, pero funcionó. Casi se me cae la mandíbula al suelo cuando se encendió. No los tengo aquí, claro. Está todo en mi apartamento en DC, aunque no sé bien en qué caja, porque todavía no he tenido ni tiempo para desembalar nada, entre la graduación, la mudanza y ahora la despedida de soltera de Margo —parloteó gritando para que la escuchara sobre la música.

Todavía parloteaba y no había nada mejor en todo el mundo.

—Mierda, ¿es el Chico Avión? —preguntó la novia (Margo), mirándome como si fuera un fantasma.

—¡Sí! —asintió Izzy—. ¿Te lo puedes creer? Nate, ella es Margo. Margo, él es Nate. —Pasó un brazo sobre el hombro de Margo—. Estaba conmigo cuando recibí la mochila.

—Hola, Margo. —Conseguí despegar la vista de Izzy el tiempo suficiente para hacerle un gesto con la cabeza a la novia.

—¡Hola, Chico Avión! —Le plantó un beso en la mejilla a Izzy—. ¡Si me necesitas, estoy en la pista! —Con los brazos en alto salió corriendo hacia el resto del grupo.

Izzy y yo nos quedamos parados, mirándonos, con la música sonando a nuestro alrededor.

—¿Quieres pedir una copa? —pregunté cuando recordé de pronto que por algo estaba allí.

Asintió y nos giramos hacia la barra, nuestros brazos se rozaron cuando alcé la mano derecha para llamar al camarero. Joder, era como volver a tener dieciséis años: así de rápido me atravesó esa inocente caricia.

—¿Tú tampoco bebes? —preguntó después de que yo pagara nuestros refrescos.

—Ya he bebido bastante. —Me encogí de hombros. No había forma de que fuera a olvidarme de un solo segundo de nuestro reencuentro—. ¿Buscamos una mesa fuera?

—Sí.

Logramos abrirnos paso entre la multitud y salimos hacia el patio con

vistas a la playa y ocupamos una de las mesas altas de la punta.

Luego volvimos a mirarnos, pero esta vez en el relativo silencio del patio.

—Qué bonito es esto —dijo.

—Te ves bien —dije al mismo tiempo.

—Gracias, pero probablemente solo sea porque no tengo una hemorragia interna. —Se encogió de hombros juguetona.

—Bueno, solo estuviste un poco pálida durante un rato. —Sonreí y le di un sorbo a mi Coca-Cola.

—No recuerdo nada después de llegar a la orilla —dijo despacio mientras limpiaba la condensación de su vaso.

—Pero… —Fruncí el ceño—. Me juraste amor y devoción eterna. Hasta me prometiste que íbamos a tener tres hijos. —Mierda, era difícil mantenerme serio.

Ella ni lo intentó, sus ojos bailaron en la tenue luz del exterior.

—Muy gracioso.

Respiré hondo, repasando mis recuerdos de ese día. Todo era increíblemente irreal.

—Encontramos un árbol para que te sentaras —comencé, y luego le conté todo lo que recordaba.

—Me salvaste la vida —dijo cuando llegué a la parte de la ambulancia.

—Nah. Técnicamente fueron los paramédicos.

—¡Ahí estás! —gritó Fitz entrando al patio—. Te habías esfumado. —Miró la camiseta de Izzy—. Con una integrante de la despedida de soltera, por lo que veo.

—Izzy, él es Fitz. —Tomé un sorbo.

Izzy estiró su mano y Fitz la sacudió.

—Hola, Fitz. Soy Isabeau Astor. La esposa de Nate.

Me llevé la mano a la boca para evitar escupir la Coca-Cola sobre la mesa.

—¿Su esposa? —Fitz me miró y alzó las cejas—. ¿Lo saben Justin y Julian, ya que parece que son sus mejores amigos?

Rowell y Torres definitivamente no sabían que había mentido para subirme a una ambulancia con una mujer.

—Eso dice mi historia clínica —dijo Izzy con una risa que despertó todas las emociones de mi cuerpo, incluso esas que me había esforzado por apagar cuando estaba de servicio.

De alguna forma logré tragar sin quedar como un idiota.

—Creí que no recordabas nada.

—Me lo contó mi hermana. —Se recostó en su asiento.

—¿Te tuvo que contar tu hermana que estabas casada? —preguntó Fitz apoyando los codos sobre la mesa—. Por favor, continúa. Este Phelan no cuenta casi nada de su vida.

—Mentí a los paramédicos para poder subirme a la ambulancia con ella —expliqué.

—Después del accidente —terminó Izzy—. Estábamos sentados juntos cuando el avión se cayó.

Fitz giró la cabeza hacia mí.

—¿Estuviste en un puto accidente aéreo?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo pensaste que se había hecho…? —Izzy se inclinó sobre la mesa, se estiró hacia mi gorra y yo bajé la cabeza para que pudiera quitármela. Me quitó la gorra con una mano y subió los cortos mechones de mi cabello con la otra para mostrarle a Fitz la cicatriz que había visto muchas veces en estos dos años—. ¿…Eso? ¡Sabía que tenías una cicatriz!

—Once puntos —le dije.

—¿Te hiciste esa cicatriz en un accidente aéreo?

—Sip —dijo Izzy y me volvió a poner la gorra antes de sentarse.

—¡Pensaba que éramos amigos! —Se puso una mano en el pecho.

—Lo somos —le aseguré.

—Los amigos se cuentan que estuvieron en un accidente aéreo —me sermoneó.

—Torres lo sabe. —Volví a encogerme de hombros.

—Eso ha dolido. —Se puso melodramático e hizo gestos como que lo había herido—. ¿Se lo contaste a Torres, pero no al resto?

—Quizás me estaba guardando la anécdota.

—¿Para qué? ¿Para esta misión en lugar de la anterior?

—¿Esta misión? —preguntó Izzy y la preocupación de sus ojos me oprimió el pecho. Nadie más que mi madre se preocupaba por mí.

El humor cambió de inmediato.

—Sí. —Asentí—. Nos iremos pronto.

—¿Cuándo? —Aparecieron dos pequeñas arrugas entre sus cejas.

—Muy pronto. —Pasado mañana, pero esa información no era pública.

Fitz se aclaró la garganta.

—Bueno, vuelvo dentro para poder ver cómo Torres le da una paliza a Rowell en la mesa. Un placer conocerla, señora Phelan.

—En realidad, él es el señor Astor —lo corrigió con una sonrisa que no llegó hasta sus ojos.

—No me sorprende. Mi amigo es un buen tipo. Siempre ha sido un verdadero feminista. —Fitz me palmeó el hombro y volvió hacia dentro.

Por un momento, el sonido de las olas ganó a la música que llegaba desde el bar.

—¿Puedes decirme a dónde vas? —preguntó.

—A Afganistán. —Estaba en todos los medios, así que tampoco estaba

violando un secreto de estado.

Su rostro se transformó.

—¿Y ya has estado allí antes?

Asentí.

—Regresamos hace un poco menos de un año, pero me sumé tarde a la unidad y me fui antes, así que no estuve todo el tiempo. —Un explosivo casero había acabado esa misión un mes antes de lo previsto para mí, pero al menos estaba vivo.

—¿Y ya vuelves? —Abrió mucho los ojos—. ¿Te parece justo?

—La palabra justo no tiene lugar en la vida militar. —Cambié el peso a la otra pierna.

—Entonces eso es lo que estás haciendo aquí, ¿no? —Señaló el bar—. ¿Divirtiéndote antes de partir?

—Sí. Nuestra base está en Hunter. Queda a media hora de aquí. —Usé el atajo obvio para cambiar de tema—. ¿Y tú vives en DC, y has venido a una despedida de soltera?

—Acabo de mudarme a DC para estudiar Derecho.

Hice cuentas y no me cuadraron los números.

—¿No deberías terminar el año que viene?

—Me gradué un año antes. —Se encogió de hombros como si no fuera para tanto, pero luego alejó la mirada, miró su refresco un rato largo y supe que sí era para tanto, pero no en el buen sentido—. El caso es que Margo es de Savannah y quería hacer la despedida de soltera cerca de sus hermanas porque la boda será el mes que viene en Siracusa. Nos vamos mañana por la mañana.

—Y resulta que estamos en el mismo lugar en el mismo momento durante doce horas enteras. —No podía dejar de mirarla, ponía atención en recordar cada detalle de su hermoso rostro. Había algunos cambios sutiles, el resultado del paso de dos años y medio, pero en general se veía exactamente como la recordaba—. Vaya coincidencia…

—Serendipia —dijo con una sonrisa que fue directa a mi entrepierna. En cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, la hubiera invitado a salir. Pero ella vivía a más de ochocientos kilómetros y yo iba a irme.

—No quería dejarte. —Las palabras se me escaparon.

Abrió los ojos como platos.

—En el hospital —aclaré—. Quería quedarme hasta que te despertaras para saber si estabas bien, pero vinieron a buscarme los reclutadores.

—Ya me lo dijo Serena. —Suspiró—. No podía recordar tu nombre. Todo resultaba borroso por la contusión. Distinguí el «Nathaniel» gracias a la historia clínica (vamos a dejar lo de tu caligrafía para otro día) y luego apareció tu mochila, y en la etiqueta estaba escrito «N. Phelan». La aerolínea no me dio tu información de contacto y tú… no existes en internet. No tienes

redes sociales. Nada. Lo miré.

—No me encanta que cualquiera pueda ver un resumen de los momentos destacados de mi vida. —Me había buscado. A mí. A un tipo que no merecía ni que sus padres asistieran a las graduaciones de la escuela militar, aunque sabía que no era culpa de mamá.

—¿Te compraste un teléfono al menos? —Alzó una ceja.

Me moví a un lado, cogí el teléfono de mi bolsillo trasero y lo deslicé sobre la mesa como prueba.

Lo tomó, sonrió y tocó el botón de inicio. El teléfono iluminó su sonrisa mientras hacía algo.

—Ya está. —Me lo devolvió—. Me he enviado un mensaje; así al menos puedo pedirte la dirección para devolverte las cosas. ¿Y ahora podemos hablar de tus gustos musicales?

—Quédatelo todo. ¿Tienes algún problema con Panic! at the Disco? —pregunté y volví a guardar el teléfono en mi bolsillo.

—La verdad es que no. Esa es la única banda con la que me has convencido, ¿pero Radiohead? ¿Pearl Jam? ¿Eres de los noventa o qué? —se burló.

—Ey, la mitad de la música en ese iPod es de este siglo. O eso creo. —Fruncí el ceño—. Mierda, no me acuerdo.

—Yo sí. Puedo nombrar cada una de las canciones. —Le dio un sorbo a su bebida.

—¿Ah, sí? ¿Puedes hacerlo ahora? —Mierda, era estupendo sonreír con una sonrisa real y sincera. Esto era lo único que había olvidado de ella: lo sencillo que había sido conversar durante esos minutos antes del despegue.

Alzó un dedo para comenzar a enumerar.

—Nothern Downpour, de Panic! at the Disco. —Alzó el segundo dedo—. Creep, de Radiohead —continuó, y luego me dejó completamente sorprendido cuando nombró todas las canciones.

—¿Y cuál te gustó más?

—Nothern Downpour. —Sonrió—. También recuerdo eso, que me hacías preguntas para distraerme.

—Tal vez solo intentaba conocerte mejor.

—Bueno. Sirve para ambas cosas. ¿Cuál es tu favorita?

—La misma. Nothern Downpour.

Pasamos toda una hora ahí fuera, hablando de música y de libros. Me contó cómo le había ido en la universidad y yo le hablé de las clases que había cursado durante el año de entrenamiento.

Evité todas las preguntas sobre la misión, no porque no mereciera reciprocidad después de haberme compartido los detalles de su vida, sino porque no quería que ese año de mierda me robara ni un solo segundo del

tiempo que podía pasar con ella.

Las horas pasaron en un suspiro y, cuando todos estaban listos para irse (todos excepto nosotros), de alguna forma logramos despedirnos.

La abracé con fuerza. Era la chica con la que había sobrevivido a lo imposible; la chica a quien habría dado mi brazo derecho por tener una oportunidad con ella.

—Buen viaje mañana. Cuídate, porque no estaré allí para sacarte por la salida de emergencias.

—Lo intentaré. —Suspiró y me devolvió el abrazo, ajustándose a mí con el tipo de perfección que no existía en mi mundo—. No te mueras, por favor.

—Lo intentaré. —Apoyé el mentón sobre su cabeza y cerré los ojos respirando el aroma a sal, limón y un perfume que no pude identificar, pero jamás olvidaría.

Cuando se alejó con sus amigas hacia el apartamento alquilado que me había mencionado antes, sentí como si volviera a llevarse esa parte de mí que había recuperado al verla esa noche.

Estaba casi fuera de mi vista cuando Torres y Rowell por fin salieron del bar después de pagar sus cuentas.

—¡TíosTíos! —exclamó Fitz—. ¡Os habéis perdido a la Chica del Accidente Aéreo!

—¿Qué? —Torres me miró y luego siguió el rumbo de mi mirada.

—Era Izzy. —Miré hasta que dobló la esquina.

—No me jodas. —Torres abrió los ojos como platos—. ¿Me he perdido conocer a la mismísima Isabeau? Te he visto en la terraza, pero no quería interrumpir tu coqueteo… —Sacudió la cabeza—. ¿De verdad era ella?

—De verdad —asentí.

—¿De qué maldito accidente aéreo habláis? —preguntó Rowell y nos dirigimos hacia el automóvil.

Les conté la historia mientras conducía, cumpliendo con mis deberes como conductor designado, llevando a la mitad hacia la base, mientras Fitz se ocupaba del resto.

Esa noche tardé horas en dormirme y, cuando lo conseguí, soñé con ella. Ni avión. Ni río. Ni ambulancia. Solo ella.

A la mañana siguiente, mi teléfono sonó mientras terminaba de correr y, aunque no reconocí el código de área, respondí, agitado por los quince kilómetros que había recorrido.

—¿Sí, diga?

—¿Nate?

La sonrisa en mi rostro fue instantánea.

—¿Izzy?

—Sí. —Se rio nerviosa—. Oye, no te vas hoy, ¿o sí?

—No. —Miré a la pila de cajas en mi dormitorio del cuartel, listas para partir—. ¿Por qué? ¿Todo bien? —Haciendo malabares con el teléfono, me saqué la camiseta y la arrojé sobre la última pila de ropa sucia que iba a lavar por la noche.

—No me he subido al avión.

CAPÍTULO 11

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Acababa de pasarme el chaleco antibalas por la cabeza y ajustar el velcro cuando sonaron tres golpes en la puerta de mi dormitorio. La abrí y encontré una mujer más que furiosa esperándome al otro lado.

—¿Qué diablos significa eso de que te vas sin mí? —me gritó Izzy con las manos apretadas en sus caderas. Estaba vestida como para ir a la oficina, con pantalones de lino negro y una blusa que dejaba ver sus clavículas, pero los tacones me hicieron sonreír. ¿Y ese perfume? Juro por Dios que Izzy era la única mujer que podía usar Chanel en una puta zona de guerra.

—¿Cómo sabes que me voy a alguna parte? —pregunté sujetándome con una mano del marco de la puerta y con la otra de la manilla.

Me miró con los ojos clavados en mi equipo de combate y luego alzó una ceja.

—Porque Orange o Blue o como sea que se llame me dijo que él iba a custodiar la puerta de la sala de reuniones mientras trabajábamos y tengo muy claro que no cambiarías nuestra niñera si no fuera porque te vas —disparó con fuego en los ojos.

—Primero, era el sargento Black. Segundo, no vamos a discutir en el pasillo como un par de universitarios dramáticos.

—Ningún problema. —Se escurrió bajo mi brazo y entró en mi dormitorio

cruzando los brazos sobre su pecho mientras contemplaba el espacio. No era una suite como la suya, solo una habitación individual con un baño privado; algo que, en el ejército, era lo mejor que se podía conseguir fuera de Estados Unidos. En materia de hospedaje, era el Ritz Carlton de Afganistán.

Un suspiro se escapó de mis labios cuando entendí que no habría forma de sacar a Izzy de mi habitación sin hacer una escena aún más grande, así que cerré la puerta para darnos privacidad.

—Pensaba que querías recuperar a Serena. He movido un millón de contactos para conseguir un vuelo y voy a ver si sigue allí; por eso le he pedido al sargento Black que te vigilara, ya que tu comitiva no tiene reuniones hoy.

Se suponía que íbamos a regresar a la carretera (o al cielo) al día siguiente, pero dada la situación en que se encontraba el país, esperaba convencerla de tomar un avión de regreso ese mismo día si traía a Serena de vuelta.

—Voy contigo. —Alzó el mentón.

—No hay ninguna razón para que vengas conmigo. —Sacudí la cabeza—. Ninguna.

—¡Tú no eres quién para decirme a dónde ir!

Avancé hasta que la punta de mis botas tocó las de sus tacones.

—Como jefe de tu seguridad, ese es exactamente mi trabajo. Recuerda que tú accediste a obedecer todas las órdenes allí fuera —dije señalando la puerta —. Solo puedes patalear aquí dentro.

Se quedó boquiabierta.

—No estoy pataleando, Nathaniel Phelan.

—Sí, estás pataleando. —Alcé una comisura—. Te guste o no, Isabeau, eres una funcionaria de alto rango, y eso significa que, a menos que exista un motivo para ponerte en riesgo, no vas a desfilar frente al enemigo como un apetecible objetivo.

—¿Y si tengo un motivo?

—No lo tienes. He cambiado tu itinerario esta mañana, apenas me he enterado de que hoy caería Kunduz. —Unas horas atrás la tenía enroscada sobre mi regazo, algo que quería olvidar con desesperación. Había sido un desliz de mi parte, pero al verla arrodillada en el suelo temblando como una hoja, fui presa de mi instinto, como siempre que se trataba de ella—. No vas a poder estar en esa reunión.

Tragó y asintió.

—Te lo agradezco, por mucho que me cabree. —Se masajeó el tabique de la nariz con los ojos cerrados.

—De hecho, me sentiría mucho mejor si todos metierais vuestros relucientes traseros en un avión y abandonarais este lugar. No insistas en algo que no tiene sentido, Izzy —le rogué descaradamente.

—Tenemos trabajo que hacer —replicó—. La senadora Lauren vendrá la

semana próxima…

—Lo cual es un error. —Retrocedí para descansar del efecto que provocaba la dulzura de su perfume invadiendo mis pulmones—. Este país estallará mucho más rápido de lo que dicen los medios.

—Los informes dicen que tenemos entre seis y doce meses —discutió, pero sus labios apretados sabían que no la estaba engañando.

—Sí, bueno, creo más en lo que veo yo en un lugar que conozco bastante bien antes que en los análisis de «en el mejor de los casos» de alguien que está en la otra punta del mundo. Y lo que está sucediendo ahí fuera —señalé mi ventana— no es el mejor de los casos.

—No soy estúpida, Nate. Ya lo sé. —El pánico le hizo abrir los ojos—. Pero ahí fuera está Serena.

—Y yo conozco a Serena. Ya tengo gente barriendo la zona, así que espero que, cuando llegue, alguien ya la haya localizado. Regresaré antes de la cena.

—Tal vez no te reconozca —disparó.

—Oh, vamos, ¿no tienes un argumento mejor? —Alcé una ceja y ella bajó la mirada. Pero su gesto no quería decir «has ganado» ni «está bien, me rindo». No… lo que había detrás de sus ojos era culpa—. ¿Qué has hecho, Isabeau?

Tragó saliva.

—Mazar-e Sarif sigue siendo seguro…

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—No lo puedes estar diciendo en serio. Shebergan cayó en manos de los talibanes ayer. Los servicios de inteligencia dicen que no solo está en peligro la provincia de Kunduz sino también Sar-e Pol y Takhar. ¿Y qué tienen en común, Izzy?

—No voy a quedarme aquí sentada esperando a ver si puedes encontrarla. Tal vez tú no puedas convencerla de que abandone el país, pero yo sí. Encontrarla no sirve de nada si no podemos subirla al helicóptero —discutió, pero ese tono… No me lo estaba diciendo todo.

—Todas esas provincias están en el norte —dije, ignorando sus razonamientos. Tal vez era un imbécil por eso, pero no estaba cerrado a la idea de cargar a Serena sobre mi hombro y meterla en el helicóptero a la fuerza si eso era lo que hacía falta para que Izzy se fuera de ese maldito país—. Si cae Samangan, entonces la provincia de Balj (Mazar-e Sarif) queda aislada. ¿Entiendes?

—Entiendo que cada día que pasa allí aumenta el riesgo de que no pueda salir, así que he hecho lo que tenía que hacer.

Había cambiado el itinerario. Lo vi en sus ojos frustrantemente hermosos. Mi estómago se desplomó justo cuando oí a Webb hablar por la radio en mi oído.

—Sargento Green.

Presioné el botón para hablar.

—Retrasamos su partida para que la comitiva tenga tiempo de prepararse dado que acaban de cambiar el itinerario y van a reunirse con un grupo de estadounidenses instalados en Mez por la noche.

No despegué los ojos de Izzy.

—¿Y eso es seguro, señor?

—Es una orden directa de la oficina de la senadora Lauren. Parece que en ese grupo hay algunos de sus electores y vamos a evacuarlos.

—Entendido. —¡De puta madre! Apagué la radio y avancé en el espacio de Izzy—. Has actuado a mis espaldas.

—Sí —susurró pasando la lengua por su labio inferior, nerviosa—. Pero nos ahorramos…

—No —disparé—. No hay excusas. Has vuelto a actuar a mis espaldas y ya me he cansado. —Se estaba poniendo directamente en peligro y eso me corroía las venas como el ácido. Serena hubiera hecho lo mismo por ella, pero yo no estaba perdidamente enamorado de Serena. Solo de Izzy. Siempre de Izzy—. Si no confías en mí, esto no va a funcionar.

Quise guardarme las palabras apenas salieron de mi boca, porque exactamente ese era el motivo por el que las cosas entre nosotros no funcionaban, si es que alguna vez existió un nosotros. Lo que Izzy y yo teníamos era imposible de definir.

—Yo solo… —comenzó.

—Confías en mí o no funciona —repetí.

Asintió.

—Lo siento.

—Te conviene ir a cambiarte los tacones. —Abrí la puerta y señalé hacia el pasillo.

Dos horas más tarde nos subimos en uno de los cuatro Blackhawks con destino a Mez, acompañados por un Chinook.

—¿No nos va a retrasar el Chinook? —gritó Holt sobre el ruido de los motores.

—Son más rápidos que nosotros —respondió Kellman también gritando y revisó su cinturón de municiones. Obviamente, los otros tres enviados decidieron venir a la «misión de reconocimiento» cuando se anunció el viaje. Parecía que a los políticos no les importaba exponer a sus subordinados a situaciones a las que no se expondrían ellos.

Izzy tomó asiento frente a mí con movimientos precisos, sin rastro de su miedo a volar. La mujer segura y determinada que tenía frente a mí no se parecía en nada a la devastada que había levantado del suelo esa misma mañana. Esta mujer era una profesional hecha y derecha, vestida con lo opuesto a un pijama; pero luego apretó el asiento con todas sus fuerzas y vi las

fisuras en su fachada.

Me incliné hacia delante y volví a deslizar mis auriculares inalámbricos en sus orejas.

Su mirada se clavó en la mía y mentiría si dijera que mi pulso no se aceleró, porque esa mirada, la misma que tenía cuando nos habíamos agarrado las manos en ese accidente diez años atrás (asustada y confiada al mismo tiempo), me hizo volver a sentir que era mía. Pero ese anillo que brillaba con el sol era el desgarrador recuerdo de que no era así. Si la forma en que había reaccionado a esa llamada telefónica el día anterior era señal de algo, le pertenecía a un tipo llamado Jeremy. Aparentemente Jeremy era lo suficientemente bueno para ella, lo suficientemente estable. También tenía suficiente dinero como para aplacar a sus padres, a juzgar por el tamaño del pedrusco.

Agregué «Jeremy» a la lista mental de nombres de idiota de hermandad junto con Chad y Blake. Pero, idiota o no, era a él a quien ella había elegido. Yo solo era el que estaba dispuesto a volar a una zona de guerra por ella. No importaba cuánto tiempo pasara; no podía superarla. No era culpa suya que siguiera amándola. Era mía.

Le pasé mi teléfono para que pudiera escoger qué escuchar.

«Elige tú», moduló y me lo devolvió, recordándome demasiado esos días bañados por el sol en Savannah. Sentí una presión que se instaló en mi pecho mientras recorría mi lista de reproducción para escoger una canción acorde.

El helicóptero despegó justo cuando puse a reproducir la versión acústica de This is Gospel y ella abrió mucho los ojos. Alejó la mirada justo cuando debía comenzar el estribillo y escuché en mi cabeza esa letra que rogaba que lo dejara ir tan claro como si tuviera puesto uno de los auriculares: así de bien conocía la canción. Era otra de sus favoritas.

Y yo era el que tenía que dejarla ir.

—Solo podemos esperar diez minutos más —le dije a Izzy mientras miraba la sala del aeropuerto de Mazar-e Sarif que ya se estaba vaciando. El dolor en su mirada y la expectativa en su rostro hicieron que se me cerrara el pecho.

—Diez minutos tal vez sea demasiado —murmuró Torres mientras se acercaba.

No iba a arriesgarme a llevarla a la ciudad ni iba a darle mucho más que un vistazo rápido desde los helicópteros.

Los estadounidenses y aquellos que calificaban para los VEI habían estado reunidos durante tres horas, hablando de las necesidades para la evacuación mientras los representantes de los líderes locales les daban sus informes a los enviados del congreso.

Los pocos que ya tenían visados y querían ser evacuados de inmediato se habían subido al Chinook y solo quedaban unos pocos rezagados juntando el papeleo que Izzy y los demás habían traído para ayudar a acelerar el proceso

de los visados.

—¿Y no me dejarás salir a mirar? —Volvió a preguntar Izzy con un destello de esperanza en los ojos.

—Salir a gritar el nombre de Serena por los tejados no va a tener el resultado que quieres. —Al mismo tiempo odiaba y agradecía su ingenuidad. Significaba que había hecho bien mi trabajo de mantenerla alejada del horror… hasta que había venido a buscarlo—. Según los contactos que tenemos aquí, sabe que hay alguien que quiere verla.

—¿Pero no le dijiste que era yo? —La mirada de Izzy salió disparada de la espalda de los civiles a los que acababa de ayudar hacia mí.

—¿Me estás preguntando si he dicho que una enviada del congreso de Estados Unidos está buscando una aguja en un pajar? No, no lo he hecho. Porque te quiero viva.

Se puso de pie y me miró, su silla chirrió contra el suelo de linóleo, lo que sobresaltó a las personas que no eran parte de su equipo o el mío. Solo quedaban unos pocos y estaban yendo hacia la puerta porque Graham había comenzado a cerrar la sala.

—No voy a dejarla aquí —siseó en voz baja.

Le disparé una mirada al intérprete que estaba junto a ella y retrocedió para darnos espacio, pero Torres se acercó. Siempre se acercaba cuando presentía que estaba a punto de meter la pata.

—Lo harás si no llega en diez minutos. —Me acerqué—. Me has prometido que lo harías cuando te lo he preguntado, y te haré cumplir. Nos iremos en diez minutos, esté o no a bordo Serena.

El cuerpo de Izzy se tensionó y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y pasar… quién sabe cuánto tiempo preguntándome si está viva o muerta? ¿Preguntándome si podría haber dicho o hecho algo para que regresara a casa? No, Na… —Hizo una mueca, pero se recuperó rápido—. Sargento Green, no lo haré, no de nuevo.

—Creo que ya no está hablando de su hermana —susurró Torres antes de retroceder.

—Respecto a eso —repliqué y ella levantó su testarudo mentón—, señorita Astor —comencé de nuevo bajando la voz, muy consciente de las personas a nuestro alrededor—, no puedes controlar las decisiones que toman otras personas ni cargar con la culpa por las consecuencias de sus actos. —Era un milagro que hubiéramos llegado tan lejos sin tener esta discusión, pero definitivamente no iba a embarcarme a ello usando un lenguaje codificado y ese lugar estaba muy lejos de ser el más apropiado.

—¿Estás seguro de eso? —Se puso las manos en la cintura, con cuidado de no enganchar el pañuelo de seda estampado con el que cubría su cabello—. Porque he tenido varios años para pensarlo y estoy bastante segura de que, si

hubiera mirado a alguien y le hubiera dicho «por favor, vuelve a casa», tal vez lo hubiera conseguido. —Sus ojos buscaron los míos y me costó recoger mi corazón del jodido suelo.

Jamás me lo había pedido, no de forma directa. Pero yo tampoco le había dado ninguna razón para pensar que me hubiera quedado.

—Ey, Isa, ¿lista para irnos? —preguntó Holt mientras se acercaba y se detuvo para mirarnos con sus cejas perfectamente depiladas en alto—. ¿Interrumpo algo?

—No —respondí.

—Sí —disparó Izzy.

—Bueno, muy bien, regresaré con Baker y Turner —dijo, retrocediendo despacio.

Kellman silbó mientras caminaba arriando a Holt hacia la puerta a nuestras espaldas, dejando solo a Graham y a un par de operadores en la sala. Si no le hubiera prometido esos diez minutos, Izzy ya estaría en el Blackhawk con el cinturón abrochado.

—¿Pensaste en mí siquiera? —preguntó bajando la voz a un susurro.

Apreté la mandíbula conteniendo el impulso de decirle la verdad: «Todos los putos días».

—Esa pregunta no corresponde.

Pestañeó.

—No en ese sentido. Me refiero a si alguna vez has pensado en cómo me sentí cuando tuve que quedarme sentada durante años preguntándome si estarías en alguna parte luchando o si estarías… muerto. —La última palabra salió ahogada—. ¿Tienes idea de la cantidad de veces que me he dormido llorando, aterrada por la posibilidad de que estuvieras enterrado en alguna parte? ¿Que ni siquiera iba a saber dónde ir a visitar tu tumba?

Mierda. Mi estómago se desplomó y exhalé despacio, muy consciente de que mi equipo nos estaba dando espacio.

—Este no es el momento.

—Nunca es el momento —replicó—. Ese fue siempre el problema, así que supongo que me alegra saber que hay cosas que no cambian. ¿Me pides que lo ignore —nos señaló— todo, y luego sales con esa mierda de ponerme esa canción en el helicóptero? Lo siento, sargento Green, pero no todos somos capaces de alejarnos sin mirar atrás como hizo usted. Usted solo tuvo que concentrarse en la siguiente misión, ¿verdad?

Graham alzó las cejas desde su lugar en el centro de la sala, pero nos dio la espalda cuando le clavé la mirada.

—Por lo que se ve, tú seguiste con tu vida sin problema —susurré mirando directamente a su anillo.

Tragó saliva, se metió la mano izquierda en el pliegue del codo para ocultar

el anillo y lo que parecía… mierda, ¿qué era eso? ¿Remordimiento?

—Todos los días —dijo despacio—. Busqué tu nombre en Google cada puto día, sargento Green, aterrada de que apareciera un obituario. Tu nombre fue la primera alerta de Google que programé, no lo olvides, y me destruiría tener que hacer lo mismo con Serena.

Alejé la mirada, las costillas se me clavaron en los pulmones por la imagen que había usado. Esa alerta me había mantenido cuerdo en el pasado. Ella me había mantenido cuerdo. En ese sentido, le debía más de lo que podría devolverle jamás, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a eviscerarme recordando nuestra relación sobre la mesa de autopsias. Había cosas que jamás iba a poder decirle ni reconsiderar o repetir solo para que ella pudiera tener ese preciado cierre del que todos hablaban. ¿Pero esto? Esto sí podía dárselo.

—Nunca he cambiado mi contacto de emergencia —le dije despacio, bajando la voz para que solo pudiera escucharlo ella, porque habíamos vuelto casi a gritar.

—¿Qué? —Pestañeó.

—Nunca he hecho el trámite. —Sacudí la cabeza—. Si me hubiera pasado algo, alguien te lo hubiera dicho. Probablemente no los detalles de dónde, cómo o por qué. Pero te hubieran dicho que estaba muerto. Aunque tal vez les hubiese tomado unos días rastrearte, porque la última dirección tuya que tenía era la de Nueva York.

Todo su rostro se suavizó y la tristeza que irradiaba de sus ojos me atravesó con una precisión letal.

—Así que ya lo sabes para cuando regreses a tu vida real —continué y mis puños se cerraron al pensar en la gigante piedra que ella llevaba en la mano izquierda—. Si no sabes nada, todo va bien. A menos que quieras que lo cambie, considerando que dentro de poco Astor ya no será tu apellido y tal vez eso haga que tu prometido te cuestione por qué te avisan…

—No. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. No lo cambies. A menos que aparezca alguien que tenga que saber más que yo, por supuesto. —Se movió y alejó la mirada antes de volver a mirarme poco a poco—. ¿Hay algo más que debería saber?

—Por aquí —dijo Elston mientras abría la puerta, salvándome de la incomodidad de tener que responderle a Izzy.

—Gracias, sargento Rose —respondió una voz femenina detrás de él.

Una voz que reconocí. Giré la cabeza hacia la puerta con el pulso acelerado por la posibilidad de que todo aquello hubiera funcionado realmente.

Izzy salió corriendo y no me molesté en detenerla mientras esquivaba las mesas y corría junto a Graham. Elston apenas llegó a apartarse antes de que se lanzara sobre la mujer.

—¡Serena!

CAPÍTULO 12

IZZY

Isla Tybee, Georgia
Junio de 2014

Jamás me hubiera imaginado que eras de vainilla y cookies —dije dándole un lametazo a mis dos bolas de crema de nueces pecanas mientras Nate y yo caminábamos sin rumbo por Tybee. Me había sujetado el cabello en un moño descuidado para combatir la humedad con el cuello y los hombros desnudos frente al sol de junio.

—Y yo jamás me hubiera imaginado que eras de «helado a las diez de la mañana», pero aquí estamos —respondió e hizo su aparición ese maldito hoyuelo. ¿Y sus ojos? Sí, seguían siendo tan paralizantes como recordaba.

Cruzamos la calle y sus dedos tantearon mi cintura mientras intercambiaba nuestros lugares en la acera para quedar del lado de la calle. En una escala del uno al diez, era un doce en las cosas no sexuales más sexis que podía hacer un hombre y eso no ayudaba a aplacar mi pulso.

Algo en mi interior había cambiado en el segundo en que lo había reconocido la noche anterior y, por mucho que quisiera volver a ser quien era ayer, no podía, no con esa sensación inexplicable, caótica y sin sentido de que estaba atada a ese hombre; el hombre al que había llamado desde el aeropuerto dos horas antes, sentada sobre mi maleta, en la puerta de embarque, mientras Margo miraba, preocupada por si me dejaba tirada.

Yo no me había preocupado. Ni por un segundo. No me había abandonado

en ese avión, ni me había abandonado en el río. Nate me había mostrado todo lo que tenía que saber sobre él hacía dos años y medio. Eso también quería decir que estaba aterrada de que mi impulsividad hubiera arruinado su día.

—¿Estás seguro de que no he arruinado tus planes? —Alcé la mirada desde detrás de mi cucurucho—. No pensaba de forma racional cuando he cambiado el vuelo esta mañana. Pero estaba allí parada, viendo a las otras chicas facturar su equipaje, y no he podido hacerlo. —Oh, por Dios, estaba parloteando, y no había forma de detener el flujo de las palabras—. No podía irme si existía la más mínima probabilidad de poder pasar cinco minutos más contigo. Y sé que eso suena —fruncí la nariz— raro. Y es peor porque anoche ni siquiera me molesté en preguntarte si estabas saliendo con alguien, ¿y quién sabe? Tal vez tengas novia y acabo de arruinar tus planes…

—Izzy —interrumpió, alzando las cejas debajo de su gorra de los Saint Louis Blues y cubriendo mi hombro desnudo con su mano. Mierda, era tan agradable que me tocara—. No tengo novia. Si la tuviera, te lo hubiese dicho anoche y no estaría aquí contigo. —Levantó una comisura en una sonrisa pícara y mis muslos temblaron—. O ya no tendría novia.

¿Eso quería decir que él también sentía esa fuerza entre nosotros?

—¿Entonces no arruiné tus planes imponiéndote los míos?

Sacudió la cabeza.

—No podría imaginarme nada mejor que pasar mi último día en el país contigo. Siempre que dejes de burlarte de mi gusto de helado, sobre todo teniendo en cuenta que tú pides lo que pediría una abuela.

—Retira lo dicho. —Salí en defensa de mi gusto favorito.

«Último día en el país». Se iba al día siguiente. Mi estómago se desplomó.

—Es crema de nueces pecanas, por Dios —se burló—. Existe desde finales del siglo XIX. Es como la abuela del resto de los sabores. —Dio un mordisco a su helado.

—Es un clásico. —Lamí el lateral del mío y él abrió mucho los ojos siguiendo de cerca el movimiento.

—Todavía no puedo creer que estés aquí. —Sacudió la cabeza mirándome del mismo modo en que yo lo estaba mirando a él… con puro asombro.

—A mí me pasa lo mismo. —Me giré y seguimos caminando por la pintoresca calle.

—Bueno, ya llevo un par de años en esta ciudad, así que no es tan sorprendente que yo esté aquí. —Dio otro mordisco—. Pero que hayas aparecido tú sí que es un acontecimiento.

¿Quién hacía eso? Morder el helado.

«Alguien que no tiene el tiempo para dejar que se derrita».

Por otro lado, yo me había emocionado demasiado al pedir mi helado y no podía terminármelo, así que tiré el cucurucho y entonces vi una librería más

adelante.

—¿Sigues avanzando con esa lista de libros?

—Despacio. —Dio otro mordisco y terminó con lo que quedaba—. Es difícil encontrar tiempo para leer entre las clases de la universidad y la gente que quiere dispararme, pero voy avanzando.

Me detuve y abrí mucho los ojos. Nate se giró y frunció el ceño.

—Mierda. No he caído en que no debes estar acostumbrada a oír esa clase de cosas.

—Tranquilo, no pasa nada. —Forcé la sonrisa. Sí pasaba. Mucho. La idea de que alguien le disparara era… inconcebible.

—Olvida lo que he dicho. —Tiró lo que quedaba de su helado a una basura cercana y contempló las calles a nuestro alrededor—. Tengo una idea. —Estiró su mano.

La tomé.

—Tú mandas.

Dos horas más tarde estábamos sentados en el columpio doble de madera en North Beach y Nate nos mecía despacio mientras yo estiraba los pies sobre su regazo para apoyarlos contra el reposabrazos opuesto. El que estaba contra mi espalda se me clavaba un poco mientras pasaba las páginas de Forastera marcando mis frases favoritas con un rotulador amarillo fluorescente mientras él hacía lo mismo con Sus ojos miraban a Dios, pero no me importaba.

No podía recordar haber pasado un mejor momento en mis veintiún años de vida.

—No puedo creer que hayas escogido ese libro —murmuró y me miró antes de volver a pasar el rotulador por una página.

Su idea había sido… maravillosa. Me había llevado a la librería y me había pedido que escogiera un libro que me gustara mucho y él no hubiera leído; él había hecho lo mismo y también había comprado dos rotuladores.

—Un poco de romance no te hará daño. —Una sonrisa curvó mis labios mientras la brisa del océano agitaba las páginas del grueso tomo de tapa blanda—. Además, están haciendo la serie. Creo que sale en agosto. Así pensarás en mí.

—No habré regresado para agosto. —Tocó mi rodilla con el reverso de su palma mientras agarraba mejor el libro y sentí mariposas en la boca de mi estómago. Era muy consciente de su cuerpo, desde la forma sexi en que curvaba la visera de su gorra hasta el cuidado con el que me había puesto protector solar para que no me quemara con mis vaqueros cortos y el bikini que me había puesto cuando habíamos dicho de ir a la playa.

—Y tú estarás comenzando las clases, ¿no? —Pasó otra página escaneando el contenido.

—Sip, en Georgetown —respondí mientras escogía una de las líneas más

románticas para resaltar, imaginándome su rostro cuando llegara a esa parte. Estaría al otro lado del mundo.

—Lo dices como si no te gustara. —Inclinó la cabeza mientras me miraba bajo su gorra—. Hasta donde sé, es una universidad bastante buena.

—Lo es. —Cubrí mis ojos del sol con una mano para ver mejor su rostro—. Y no es que no esté agradecida porque me hayan aceptado: es solo que… —Un suspiro desinfló mis hombros, miré hacia las familias que jugaban en la playa.

Se movió y tomó mi rostro entre sus manos durante un segundo para ponerme su gorra en la cabeza.

—Para el sol.

—Gracias. —Sonreí por la dulzura del gesto, pasando los dedos por la visera—. Nunca me he puesto tu sudadera —escupí. Mierda, tendría que haber tomado la medicación para el déficit de atención, pero era fin de semana y creía que iba a volar y siempre arruinaban mi apetito y a veces quería comer un bocadillo solo por diversión, pero ahora solo estaba diciendo lo que se me venía a la mente…

—Pues deberías —dijo—. Úsala. La has tenido más tiempo del que la tuve yo. Lo mismo con la mochila y el iPod. Prácticamente son tuyos. —Apareció su hoyuelo y mi pulso se disparó—. De hecho, oficialmente te los regalo.

—¿No quieres que te los envíe? —Esa era la única excusa que se me ocurría para pedirle su dirección, ya que no creía que fuera a recibir mis mensajes de texto durante el año que duraba su misión.

—No. Me gusta la idea de que los uses, siempre y cuando no quedara todo destrozado por el río. —Hizo una mueca—. ¿Está hecho un asco?

—No. —Me reí—. Sorprendentemente, no está hecho un asco, aunque las partes blancas ya no están tan brillantes como antes. Pero todo lo demás que tenías allí debió quedar hecho trizas, porque eso es todo lo que enviaron.

—¿Tú recuperaste tu bolso?

Asentí.

—Apareció un mes después que tu mochila. Creo que ayudó que tuviera mi identificación.

—Supongo que sí. —Volvió a mirar el libro, pero dejó el rotulador suspendido en el aire sin moverlo—. ¿Te sigue dando miedo volar? —preguntó despacio—. Siempre me he preguntado si el accidente…

—¿Me dejó peor? —arriesgué mientras resaltaba una línea particularmente subida de tono.

—No iba a decirlo así, pero ya que lo mencionas… —Me miró como disculpándose.

—Pasé dieciocho meses sin volar —admití mientras avanzaba al siguiente capítulo para buscar mis partes favoritas—. Hizo falta mucha terapia. Para eso y para las pesadillas. —Un escalofrío me recorrió la espalda, a pesar del

creciente calor—. Pero ahora tengo mecanismos para afrontarlo.

—¿Mecanismos para afrontarlo?

—Bueno, sí. No es que pueda controlar los ataques de pánico. Estuvimos en un accidente aéreo. Y, claro, salimos lo mejor posible del peor de los escenarios, pero jamás podré volver a convencerme de que las posibilidades de que un avión se estrelle son casi nulas, porque ahora el miedo es real. —Entrecerré los ojos—. ¿Tú nunca has tenido problemas para volar después de lo que nos pasó?

Alzó un hombro.

—Me subieron al siguiente vuelo a Saint Louis, así que solo… —Su garganta se movió al tragar—. Volé. Me dije a mí mismo que, si el universo hubiera querido que muriera en un accidente aéreo, ya hubiera muerto. Pero entiendo lo de las pesadillas. Hago todo eso de las afirmaciones de «ya no estás allí; estás en casa»; algo que escuché de un terapeuta de YouTube.

Alcé las cejas.

—¿Un terapeuta de YouTube?

—En mi entorno de trabajo, lo de ir al psiquiatra no es muy positivo para tu expediente. —Marcó otra frase y siguió—. Hago lo que tengo que hacer en el momento y avanzo. Imagino que, como acabas de decir —añadió mirándome—, son mis mecanismos para afrontarlo.

—¿Hay algo a lo que le temas? Tiene que haber algo, ¿no?

—Claro. Parecerme remotamente a mi padre. —Se estiró a la derecha y cogió algo de su mochila—. ¿Un chicle?

—No, gracias. —Al parecer, no íbamos a hablar del tema.

Se metió uno en la boca y pasamos así la siguiente hora, balanceándonos, marcando nuestros libros favoritos para el otro.

Para cuando terminamos, el sol estaba alto en el cielo, y mi piel pegajosa de sudor.

—¿Quieres ir? —le pregunté mirando a la playa.

—Me parece bien. —Guardamos los libros en su mochila y caminamos hacia el agua, buscando un lugar alejado del resto de la gente. Tomó dos toallas de su bolsa y alcé las cejas—. Es lo último que hay que guardar —dijo ante mi pregunta no dicha.

Luego nos desvestimos. En mi caso, solo fue cuestión de quitarme los pantalones y patear las sandalias.

Intenté despegar los ojos de su cuerpo mientras se quitaba la camiseta por la cabeza. No pude. En absoluto. Pero en mi defensa diré que Nathaniel Phelan había sido creado para que lo miraran, para que babearan por él.

Su vientre era digno de una publicidad de Abercrombie, lleno de músculos apretados, y los oblicuos que llevaban hacia sus pantalones cortos y anchos me hicieron la boca agua solo de pensar en recorrerlos con mi lengua. Tenía el

pecho torneado, los brazos fuertes y cada centímetro de su cuerpo a la vista tenía un bronceado dorado.

—¿Estás lista? —preguntó y la satisfacción me hizo sonreír cuando repasó con la mirada mi bikini. No estaba tan en forma como él (mis curvas eran la prueba de cuánto tiempo había pasado estudiando este año), pero la forma en que sus ojos se encendieron me hizo sentir… hermosa.

Me quité su gorra y sacudí el cabello.

—Lista.

Entramos al agua y solté un grito ahogado cuando la primera ola helada golpeó mi estómago caliente por el sol.

Nate se rio y luego se sumergió por completo con la confianza de alguien que hacía esto mucho más a menudo que yo. Cuando se puso de pie, el agua alcanzó la goma de su traje de baño y yo miré paralizada mientras el agua se escurría de su cuerpo.

Luego pestañeé y me acerqué con la mano estirada, pero sin tocar las líneas plateadas que casi desaparecían en las formas de sus abdominales.

—¿Qué te pasó?

Apretó la mandíbula, pero luego sonrió rápido.

—Me rompí el bazo en el último viaje a Afganistán. Ahora tenemos cicatrices gemelas.

Abrí mucho los ojos mientras las olas nos empujaban.

—¿Un accidente aéreo? —intenté bromear.

—Explosivos.

De pronto mi cuerpo estuvo tan frío como el agua del mar.

—¿Estuviste en una explosión?

—Volaron el automóvil en el que viajaba. —Se estiró para colocarme el cabello detrás de la oreja con los dedos fríos—. No me mires así, Izzy.

—¿Así cómo? —casi susurré mientras la siguiente ola me golpeaba un poco más alto—. ¿Como si estuviera preocupada?

—Mi madre ya se preocupa por todos nosotros. No hace falta que lo hagas tú también. Estoy bien. ¿Ves? —Levantó los brazos y giró despacio, pero no pude disfrutar de mirar su torso desnudo como unos minutos atrás. Ahora solo veía cada lugar en el que podían herirlo. Cada centímetro vulnerable.

—¿Te gusta? —pregunté cuando volvió a ponerse delante de mí—. Lo que haces.

—Lo hago bien. —Se encogió de hombros.

—No es lo mismo.

—Dice la mujer que no parece entusiasmada por ir a Georgetown con veintiún años. —Alzó una ceja oscura.

—Nadie intenta matarme —lancé.

—Por eso no me molesta mi trabajo. —Se acercó, puso la palma en mi

cintura para sujetarme cuando una ola enorme amenazó con arrastrarme hasta la orilla—. Si nadie intenta matarte aquí, quiere decir que estoy haciendo bien mi trabajo allí. Así es como elijo verlo; como tengo que verlo.

—¿Y ese es tu sueño?

—No te sigo. —Apretó los dedos y luché por no entregarme a sus brazos.

—¿Eso es lo que vas a hacer el resto de tu vida? ¿Esta va a ser tu profesión? —«Di que no. Di que lo dejarás dentro de tres años como dijiste en el avión».

—De verdad lo hago bien, Iz —dijo despacio—. Ya soy ranger y probablemente me presente a la selección para las Fuerzas Especiales cuando regresemos. Mi amigo Torres lo lleva en la sangre… su padre fue Delta y le dije que quizás haría el proceso con él.

«Si regresa».

—¿Y ahora vas a decirme por qué no te paseas con una sonrisa de un millón de dólares por haber entrado en Derecho en Georgetown? —cambió de tema y entendí el mensaje.

—No era mi sueño, eso es todo. —Retrocedí y metí la cabeza debajo del agua para que el poder de las insistentes olas me recordase lo pequeños que éramos en relación con el mundo. Luego me puse de pie y me aparté el cabello de los ojos.

—¿Y de quién era el sueño? —Juntó las cejas mientras avanzábamos mar adentro; el agua ya me llegaba hasta debajo de los pechos.

Alejé la mirada de sus penetrantes ojos azules.

—No tienes que decírmelo si no quieres, ¿eh? Jamás insistiría con algo que no quisieras compartir. —Se pasó las manos por el cabello—. Tampoco es que tenga ningún derecho a saber nada. Nos conocemos de hace… ¿qué? ¿Dieciocho horas si juntas todos nuestros encuentros?

Eso me hizo girarme hacia él.

—Dos años y medio —lo corregí—. Nos conocemos desde hace dos años y medio. Y no quería graduarme un año antes, pero mi novio era un año mayor que yo y dijo que quería que me fuera con él. —Sentí un sabor amargo en la boca—. Y mis padres estaban tan entusiasmados con la idea de que fuera a casarme con un Covington…

—¿Estabas comprometida? —Bajó la vista hacia mi mano como si se hubiera perdido algo—. ¿Y qué cojones es un Covington?

—No. —Sacudí la cabeza—. Y quién es Covington. —Se me escapó una risa amarga por mi propia torpeza—. Dios, me encanta que no lo sepas. Me encanta que no puedas nombrar a cada senador de su familia, ni el valor de su patrimonio, porque, créeme, mi padre podría escupir esos detalles como un ordenador. La idea de que fuera a casarme con un miembro de una familia como esa casi lo hacía salivar. Es todo lo que quieren para ellos, aunque digan que es para mí, y por eso se ofreció a pagarme Georgetown si me graduaba de

Siracusa e iba con…

—Soplapollas —completó Nate—. No quiero saber su nombre. Si fue tan estúpido como para perderte, porque entiendo que es tu ex, entonces es un soplapollas.

Esta vez sentí todo lo contrario a amargura.

—Sí, podemos llamarlo así. El caso es que a soplapollas también lo aceptaron en Georgetown, por supuesto, así que comenzamos a hacer planes. —Suspiré—. Admito que fue agradable estar a la altura de las expectativas de mis padres por una vez. Vinieron a la graduación y hasta dieron una fiesta enorme. Alquilamos un apartamento cerca del campus, y pagamos la fianza y todo… —Fruncí la frente—. Debería haberlo sabido en el momento en que Serena me dijo que no le caía bien. Es una diosa de la intuición con las personas. —La siguiente ola, ahora que estábamos más adentro, me movió hacia arriba y hacia abajo—. Sea como sea, estaba en la lista de espera de Yale y lo aceptaron justo antes de la graduación, por lo que ahora está en New Haven.

—¿Te dejó por una universidad?

—Sip —escupí cuando la siguiente ola me revolcó y Nate me apretó contra su torso, sólido como una roca. Mi corazón dejó de latir por un puto segundo, pero el de Nate se mantuvo firme bajo la mano que tenía abierta contra su pecho. «Concéntrate»—. E intenté todo eso de «probemos con la relación a distancia» porque soy una ingenua. Y él… —Busqué las palabras correctas—. Se negó respetuosamente viendo que en Yale iba a tener una plétora de mujeres que no eran nuevas ricas para elegir.

—Qué soplapollas —murmuró Nate.

—Muy soplapollas —coincidí. Y, sin embargo, en ese momento, con el agua fría corriendo a nuestro alrededor y la piel tibia de Nate bajo mis dedos, me abrumaba la gratitud que sentía por mi soltería recién estrenada. Nate era todo lo contrario a lo que «Soplapollas» había sido. Era abierto, brutalmente honesto, valiente sin remedio y especialmente cuidadoso conmigo—. Mis padres no terminan de recuperarse de la desilusión de que casi me casara con alguien de la familia Covington. Así que ahora estoy en Georgetown porque fui detrás del sueño de otra persona y todavía no termino de entender qué debería hacer con ello.

—Encuentra la manera de hacerlo tuyo —sugirió, alzándome cuando vino la siguiente ola—. Encuentra el modo de cambiar las cosas.

Embobada por la forma en que me sujetaba, me estiré y pasé los dedos por su cabello mojado. El día siguiente a esta hora iba a estar en DC y él camino a una zona de guerra.

—Si pudiera cambiar las cosas, encontraría la manera de que te quedaras aquí.

Una emoción que no pude definir, pero que se parecía mucho al anhelo,

pasó por su rostro.

—Para eso haría falta una asamblea legislativa como mínimo. —Bajó la mirada a mi boca.

—Entonces supongo que tendrás que irte. Nunca he estado particularmente interesada en la política —susurré mientras otra ola empujaba mi cuerpo contra el suyo.

—Yo tampoco. —Enroscó sus brazos en mi cintura—. ¿Izzy?

—¿Nate? —Dios, no podía dejar de mirar su boca.

—Voy a besarte. —La seguridad de sus palabras me hizo sonrojar.

—Ah, ¿sí? —Pasé la lengua por mi labio inferior y sentí el sabor de la sal.

—Sí. —Bajó la cabeza despacio, dándome tiempo más que suficiente para negarme—. Así que, si no quieres…

—Quiero. —Eché la cabeza hacia atrás, arqueé la espalda y acaricié su boca con la mía. No fue nada, el fantasma de un beso, pero despertó cada terminación nerviosa de mi cuerpo y cada una de ellas lo deseaba.

Sus ojos azules se abrieron por la sorpresa y luego llevó su boca hacia la mía y me besó desesperadamente. Tenía los labios fríos, pero su lengua tibia pasó entre mis labios abiertos y tomó su lugar junto a la mía. La hierbabuena y la sal consumieron todos mis pensamientos. La electricidad bailó por mi cuerpo.

Más. Necesitaba más.

Metió los dedos entre mi cabello y echó mi cabeza hacia atrás para poder besarme aún más. No era inexperta en el sexo, pero nunca me habían besado así. Se apoderó de mi boca como si fuera la clave para que su corazón siguiera latiendo, con igual cantidad de impresionante elegancia y vertiginosa necesidad.

Fue el mejor primer beso de la historia de… todo.

Gemí y él me alzó para que nuestras bocas quedaran a la misma altura sin soltar el beso.

Mis piernas se enroscaron en su torso como si ese fuera su lugar en el mundo, mis tobillos se enredaron en la parte baja de su espalda. Besar a Nate no era como lo había soñado, era mejor.

—Mierda —maldijo, alejó su boca de la mía cuando los dos ya estábamos jadeando y apoyó su frente contra la mía.

—¿No era lo que esperabas? —Entrelacé los dedos en su nuca mientras otra ola golpeaba contra mi piel caliente, pero casi ni la sentí.

—Todo lo contrario. —Me besó la mandíbula, luego la garganta y por fin regresó a mis labios—. Es todo lo que esperaba y mucho más. Sabía que sería así contigo.

—Química —musité, pero esa no era la palabra que daba vueltas en mi mente. Destino. No había otra forma de explicarlo, de explicarnos.

—Es más que eso, pero creo que no sería justo para ninguno definirlo cuando faltan pocas horas para tu vuelo. —Estudió mi rostro como si quisiera grabarlo en su memoria.

—Nuestra coordinación temporal es bastante mala. —Mis muslos apretaron su cintura mientras le daba un beso suave en la mejilla.

—Nuestra coordinación temporal es una mierda. —Pasó la mano por mi columna sin llegar a mis nalgas. Ojalá lo hubiera hecho. Quería tenerlo en todos los sentidos posibles hasta el atardecer.

—Entonces dame las próximas horas.

Cada músculo de su cuerpo se aferró al mío y su respiración se agitó cuando tracé un camino de besos en su cuello.

—Izzy —gimió y me agarró suavemente la cabeza para apartarme con cuidado. La lujuria en sus ojos atenuó el dolor del rechazo—. No quiero horas. Quiero noches. Días. Semanas. Quiero meterte en una habitación y encerrarnos hasta conocer cada centímetro de tu cuerpo, probar cada lugar en el que te gusta que te besen, explorar todas las formas en las que quieras correrte y luego oír como la voz se te pone ronca de tanto gritar mi nombre. Es… —Sacudió la cabeza.

—Sí. La respuesta es sí. —Todo lo que había dicho me parecía fantástico.

—Iba a decir que es una locura. —Sonrió y me derretí al ver ese hoyuelo—. Y tal vez me castigue por haber dicho esto la semana que viene cuando vuelva a reproducir en mi mente cada segundo de este momento, pero quiero lo único que no tenemos, Izzy: tiempo.

—Lo sé. Yo también. —Quería darle a lo que podríamos ser una oportunidad real, sin prisas—. ¿Eso quiere decir que no seguirás besándome?

—Por supuesto que no. —Me besó largo y despacio cambiando el ritmo a uno tranquilo, lleno de seducción—. Te besaré cuando me lo pidas, Isabeau Astor.

—¿Me lo prometes? —Sonreí contra su boca.

—Te lo prometo. —Fue fiel a su palabra y me besó hasta que el agua arrugó nuestra piel. Me besó mientras nos secábamos, mientras caminábamos hacia su camioneta y antes y después de un almuerzo tardío.

Me besó hasta que me quedaron los labios hinchados y conocí cada línea de su boca con la misma familiaridad que él conoció la mía.

Luego facturé mi maleta; el libro que él había elegido estaba metido en mi equipaje de mano y se me cerró la garganta con cada paso mientras él me acompañaba al control de seguridad del aeropuerto.

¿Y si nunca llegaba el tiempo que queríamos?

¿Y si esto era todo lo que tendríamos?

¿Y si…?

—Para. —Me dio la vuelta en sus brazos y tomó mi rostro—. Sea lo que sea

que estés pensando, para.

Me ardían los ojos y sabía que no era por el sol y la sal.

—¿Y si no regresas?

Frunció las cejas y se acercó despacio para darme un beso suave en la frente.

—Regresaré.

—No lo sabes. —La tela de su camiseta se sentía suave bajo mis dedos mientras apretaba los puños contra su pecho.

—No tienes que preocuparte por mí. Soy ridículamente duro de matar. —Me abrazó con fuerza y apoyó su mentón sobre mi cabeza.

—Lo dices como si eso fuera a evitar que me preocupe todos los días del próximo año.

—No. —Me cogió por los hombros y se alejó mirándome con tanta intensidad que se me cortó la respiración—. No hagas eso tampoco. No te atrevas a quedarte sentada preocupándote. No desperdicies tu vida esperándome, Izzy.

No encontré palabras para describir la forma en que se sobresaltó mi corazón con sus órdenes. Listo para caer… o romperse.

—No voy a hacerte eso. —Tomó mi rostro y me acarició la mejilla con el pulgar—. Te mereces mucho más.

—¿Y si yo quiero hacérmelo? —Mierda, ¿se me estaba quebrando la voz?

—No —rogó en un susurro—. Ya has puesto tu vida patas arriba por un tío. No cuentes los días por otro. —Alzó una ceja—. Y no creas que esto tiene algo que ver con que no te quiera o alguna mierda de ese estilo. Dios, lo que daría si… pudiera.

—¿Y entonces qué ocurre con nosotros?

—Nosotros somos… —Tragó saliva e inhaló tembloroso—. Somos nosotros, Nate e Izzy.

—Indefinido —susurré recordando lo que había dicho antes de que no sería justo para ninguno intentar nombrar lo inexplicable.

—Si quieres escribirme, yo también lo haré. Si no quieres, no insistiré. Quiero que aproveches todas las oportunidades que se te presenten en DC.

—¿Aunque esas oportunidades signifiquen estar con otra persona? —lo desafié. Tal vez era infantil, pero no me importaba. En especial cuando estábamos a punto de desperdiciar el regalo que nos había dado el destino porque él no quería que esperara.

Me sostuvo la mirada con ojos firmes e inquebrantables y asintió.

—Aunque eso signifique estar con otra persona. Cada segundo que he pasado contigo ha sido un regalo que no merecía y me niego a que vayas a perderte… cualquier cosa por mí.

—¿Y dentro de un año? —Apoyé mi mejilla sobre su palma.

—Podría ser menos… pero prefiero prepararme para lo peor.

—¿Qué pasará cuando regreses?

Suspiró, bajó la cabeza y me besó como si no estuviéramos en medio de un aeropuerto. Me besó como si nadie estuviera mirando y no hubiera nada esperándonos a partir del día siguiente.

—¿Sabes cuál es la mejor parte de no definirlo?

—¿Mi libertad a regañadientes? —musité.

Se rio.

—No. Las posibilidades, Izzy. Eso somos. Una posibilidad.

Posibilidad. La misma razón por la que me gustaba el amanecer.

Cada parte de mí quería gritarle que se quedara, pero lo dejé ir porque eso era lo que él quería y, la verdad, probablemente también era lo que yo necesitaba. Acababa de terminar una relación de dos años y saltar a otra que podía sabotear por mis cuestiones sin resolver era lo último que quería hacerle a Nate. Si alguna vez iba a haber una oportunidad para nosotros, tenía razón, no era ahora.

Lo besé por última vez y di un paso atrás.

—Solo… no te mueras. —Eran las últimas palabras que recordaba del accidente, pero parecían adecuadas también ahora. No estaba segura de qué decía eso de nosotros.

—No está en mis planes. —Alzó una comisura, pero no llegó a ser una sonrisa.

Pestañeé.

—Eso dijiste…

—Lo sé. —Retrocedió y se metió las manos en los bolsillos—. Lo recuerdo todo de ti. Ahora coge ese avión para que pueda recordar esto también.

—¿Una posibilidad? —Se me cerró tanto el pecho que me dolía respirar.

—La mejor de todas. —Me sonrió con ese hoyuelo y desapareció entre la multitud.

CAPÍTULO 13

IZZY

Mazar-e Sarif, Afganistán
Noviembre de 2021

¡Serena! —Envolví entre mis brazos a mi sorprendida hermana mayor, entrelazando las manos sobre la mochila que llevaba puesta y apreté con fuerza; mi corazón latía tan rápido que no me hubiese sorprendido si se escapaba de mi pecho. Había funcionado. Estaba ahí. Cada movimiento para reemplazar a Newcastle había valido la pena porque estaba ahí. Casi parecía demasiado fácil, demasiado simple, pero no iba a cuestionar mi buena suerte.

Iba a llevar a mi hermana a casa.

—¿Iz? —Serena se quedó tiesa un segundo y luego sus brazos se cerraron despacio a mi alrededor, su cámara quedó atrapada entre nosotras, asegurada por la correa—. ¿Isabeau? —Puso las manos en mis hombros y se alejó, sus ojos marrones me miraban, enormes—. ¿¡Qué demonios estás haciendo aquí!? —gritó con algo parecido al espanto en sus rasgos; dos líneas aparecieron entre sus cejas.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —No podía contener la sonrisa. La había encontrado. Bueno… Nate la había encontrado. Parecía que iba a necesitar dormir durante un mes y lavar la camisa y el pañuelo azul que le había quitado sin querer cuando la había abrazado con tanta fuerza, pero eran cosas fáciles de solucionar.

—¡No estoy bromeando! —Me clavó los dedos en los hombros y su voz

sonó más aguda por el pánico—. ¡No deberías estar aquí!

Pestañeé. Creer que podía llegar a molestarle mi intromisión era una cosa, pero comprobarlo era otra muy distinta.

—He venido a buscarte.

—¿Qué has hecho qué?

Bueno, estaba un poco más que molesta. Estaba enfadada.

Hubo movimiento detrás de Serena y disparó la mirada por encima de su hombro.

—Está conmigo. Es mi intérprete —le dijo a uno de los compañeros de Nate. ¿White? ¿Gray? ¿Brown? El que fuera.

El agente (para usar la terminología de Nate) bajó el arma y dejó pasar a un tipo con una barba incipiente que se puso junto a Serena, mirándonos con sorpresa y una familiaridad que yo no compartía.

—Izzy, él es Taj Barech, mi intérprete —dijo Serena—. Taj, ella es la hermana de la que tanto te he hablado, la que debería estar en Washington —agregó con los dientes apretados.

—Un placer conocerte —dijo con un movimiento de cabeza y una sonrisa efusiva.

—Lo mismo digo —respondí mientras Nate se situaba junto a mí.

—Me alegra verte, Serena —dijo Nate con una mano en el rifle que colgaba de su hombro—. Nada de fotos a mí ni a mis muchachos.

—Conozco las reglas de los de tu especie. —Entrecerró los ojos y dejó caer las manos de mis hombros—. No puedo creer que hayas permitido que Izzy…

—¡Él no me ha permitido nada! —disparé dando un paso hacia atrás—. Créeme que, si fuera por él, me subiría al próximo avión que salga de aquí.

—Si fuera por mí, ni siquiera estarías aquí —gruñó, y luego se dirigió a Serena—: Tomó el lugar de un compañero. No sabía que vendría al país hasta que se bajó del avión. De lo contrario, hubiera hecho algo para impedirlo.

—Ya vale. Idos a la mierda los dos. —Crucé los brazos sobre mi pecho—. Soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones, algo que parece que ninguno de vosotros termina de comprender.

—Ha sido una mala decisión, Isabeau. —Serena volvió a alzar la voz—. ¿Tienes idea de lo peligroso que es estar aquí?

—Lo siento… ¿Qué? No puedo caminar tres pasos fuera de mi dormitorio sin que el sargento amargado me siga como si fuera mi sombra. —Hice un gesto hacia Nate—. Así que, sí, entiendo el peligro. ¿Y tú? Porque no veo que haya guardias armados contigo.

Taj nos miró a los tres y torció la cabeza a un lado.

—Esto parece ser un asunto familiar. Estaré… en otra parte. —Retrocedió despacio, pero no había muchos lugares a los que pudiera ir en esa sala casi vacía.

—Mira, por más divertido que sea por fin tener a alguien de mi lado en lo que respecta al viaje de Isabeau a Afganistán… —comenzó Nate.

—Que asumas que estoy de tu lado en algo es un error garrafal. —Serena miró a Nate con desprecio.

—… tenemos que subir al helicóptero —terminó, ignorando por completo la provocación de mi hermana—. Nos están esperando.

—Bueno, pues llévatela de aquí ya —respondió Serena.

—Genial, entonces vámonos —dije girando hacia la salida—. Podemos terminar de pelear en la embajada.

—Espera. ¿Crees que voy a ir contigo? —preguntó Serena acelerando el paso para alcanzarme y agarrarme del codo.

Me paré en seco y me di la vuelta para enfrentarme a ella mientras el temor se instalaba en mi estómago.

—¿Por qué otra razón iba a estar aquí?

Su ira retrocedió, pero la mirada de lástima que la reemplazó no era mucho mejor.

—Izzy, no puedo irme. Tengo un trabajo que hacer aquí. No han pasado ni seis meses. Mi misión dura treinta días más.

—El país está… —Sacudí la cabeza.

—Derrumbándose —dijo Nate caminando hacia nosotras—. El país está derrumbándose.

—Y mi trabajo es cubrirlo —declaró Serena como si la discusión se terminara allí.

—No lo dices en serio —las palabras salieron en un suspiro.

—Sí. —Se ajustó las tiras de la mochila—. Estoy aquí haciendo exactamente lo que tengo que hacer. Este es el trabajo más largo que me han dado jamás. Peleé por esto y no voy a terminarlo antes de tiempo solo porque sea peligroso. Si lo hiciera, no podría volver a la oficina con la frente en alto.

Nate se llevó una mano al auricular y torció la cabeza.

—Estoy en ello —ladró con ese tono profesional al que me había acostumbrado antes de dirigirse a Serena—: Serena, entiendo lo que dices, pero no es seguro para ti quedarte. Tú lo sabes. Yo lo sé. Izzy lo sabe. Han caído tres provincias en las últimas veinticuatro horas. Entiendo por completo la dedicación a tu profesión, pero, por el amor que le tienes a tu hermana, estoy dispuesto a suplicarte para que te subas a ese helicóptero.

¿Y ese tono? Ese no era el sargento Green. Ese era mi Nate. Lo miré y se me estrujó el corazón. Debajo de todo el chaleco antibalas y las armas seguía siendo el mismo hombre que me había abrazado cuando había tenido una pesadilla esa misma mañana. El mismo hombre que me había sacado de ese avión diez años atrás.

—¿Dices que entiendes la dedicación a mi profesión? —dijo Serena con un

suspiro—. No me jodas. La dedicación que tú tienes a la tuya es lo que hizo que Izzy terminara en la oficina de la senadora Lauren. ¿Y acaso finalizarás antes tu misión?

«No. No acabada de decir eso…». Mi mirada se disparó hacia Serena, pero ella no vio que alcé las cejas llena de pánico porque estaba mirando a Nate.

—¿Qué? —preguntó Nate.

Serena tosió.

—¿En serio has pensado que era casualidad que haya pasado los últimos tres años trabajando para la mujer que está impulsando una legislación para poner fin a esta guerra? ¿O que se fuera a Washington después de que tú…? —Su voz se apagó.

Un músculo en la mandíbula de Nate tembló mientras, despacio, su mirada fue a buscar la mía.

Mi estómago dio un vuelco.

Mierda. No importaba que los proyectos de ley nunca hubiesen tenido probabilidades reales o que básicamente me hubiese estado dando de cabeza contra una pared de ladrillos para lograr algún progreso. Había pasado los últimos años peleando en vano para terminar el conflicto que lo había arrancado de mis brazos una y otra vez, y ahora él lo sabía.

Lo vi todo en esos ojos azules: sorpresa, incredulidad, negación y una emoción demasiado peligrosa de reconocer y, mucho menos, de nombrar. Me miró como me miraba en Nueva York, dejando caer el muro con el que se había cubierto.

—Oh, mierda. Pensabas que era coincidencia. Realmente no lo sabías —musitó Serena.

No podía apartar la mirada. No podía hablar. No podía confirmar ni negar la evidente verdad que Serena había arrojado a sus pies, exponiéndome con unas pocas palabras. Ni todo el material antibalas del mundo podría proteger mi corazón de su tonto deseo de lanzarse hacia Nate.

—Izzy, lo siento mucho —dijo Serena despacio.

Nate pestañeó y alejó la mirada.

—Lo sé. Llegaremos en cinco minutos. —Estaba hablando por la radio y, cuando terminó, miró a Serena—. Este es el trato. Subiré a Isabeau a ese helicóptero dentro de cinco minutos. Y de verdad espero que estés tú también.

Tragó saliva y miró hacia donde Taj estaba hablando con el sargento Comofuera.

—Aunque quiera irme, cosa que no quiero, no puedo dejarlo. Todavía no tiene su visado.

—¿Ha empezado los trámites? —pregunté—. Porque si eso es lo que te retiene, puedo…

—Está en proceso. —Avanzó y tomó mi rostro entre sus manos—. ¿Qué te

dije la primera vez que me pediste que no cubriera una guerra?

—Que ignorar una situación no ayudaba a las personas que la vivían. —Mi garganta amenazó con cerrarse; mi cuerpo reconoció la derrota antes que mi corazón.

—Todavía creo lo mismo. Que yo me vaya no va a ayudar a estas personas. Lo menos que puedo hacer es dar testimonio de lo que ocurre aquí.

—No vas a venir conmigo, ¿no? —Mi voz se quebró en la última palabra.

Sacudió la cabeza.

—He trabajado muy duro para llegar donde estoy como para renunciar.

Me mordí el labio y luché contra el ardor que sentía en los ojos. La misma pasión que siempre había admirado en Serena podía llegar a matarla y yo no sabía qué hacer con eso.

—Os daré un minuto, pero eso es todo —dijo Nate por lo bajo y luego caminó hacia Taj.

—No podré volver —susurré—. He movido todos los contactos que tenía para llegar aquí y creo que Nate ha hecho lo mismo.

Sonrió.

—Solo tú puedes venir hasta aquí a buscarme y te quiero por eso. —Se acercó y apoyó su frente contra la mía—. Pero no me puedo ir. Todavía no.

—¿Y si la provincia cae antes de que terminen tus treinta días? —Apenas pude pronunciar las palabras—. Por favor, dime que te irás antes de que eso suceda. No puedo dejarte aquí…

—Me iré si cae la provincia.

—Promételo.

—Lo prometo. No estoy buscando que me maten. Pero no dejaré a Taj. Sería tremendamente cruel abandonar a una persona que ha hecho tanto por mí sabiendo que no estará a salvo aquí después del trabajo que ha hecho para nuestro gobierno durante los últimos años. Sabes que lo matarán apenas puedan.

La esperanza llenó mi pecho.

—Puedo intentar acelerar su expediente. Haré todo lo que esté a mi alcance. El consulado está sobrepasado.

—Te lo agradezco. —Puso las manos sobre mis hombros—. Pero recuerda que estoy aquí por elección. Lo que ocurre es más importante que yo.

—Para mí no. —Hice una mueca—. Y sí, me doy cuenta de lo egoísta que es eso.

Serena se rio y me abrazó.

—Te echaba de menos. Y, suceda lo que suceda, mi trabajo aquí termina en un mes. Regresaré antes de que puedas darte cuenta, ya lo verás.

Nate se acercó, seguido por los agentes que quedaban, pero no podía soltarla, ni siquiera cuando sopló una ráfaga de viento que de alguna forma

estaba más caliente que el aire estancado y sofocante de la sala.

—Quédate con Nate —susurró Serena—. Ese hombre tendrá sus defectos, pero es capaz de hacer cualquier cosa porque estés a salvo.

—¿Y cómo lo sabes? —Junté las fuerzas para alejarme y poder mirar a mi hermana.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Porque veo el modo en que te mira. Parece que eso no ha cambiado.

Negué con la cabeza.

—Ha sido un completo idiota desde el momento en que me bajé del avión. Solo me cuida porque se lo han ordenado. —Pero esa no era toda la verdad. Sentí sus ojos sobre mí, miré sobre mi hombro y lo encontré esperándome en el umbral; me dirigí a Serena—: Pero ha habido uno o dos minutos en los que ha sido… solo Nate. Estamos tratando de llevar una situación muy incómoda de la mejor manera posible.

—¿Ah, sí? —Retrocedió unos pasos y me acarició los brazos con los dedos hasta tomar mis dos manos—. Escucha, yo he tenido que prometerte que me iría si la provincia cae; así que ahora tú también tienes que prometerme algo.

—¿Qué quieres a cambio? —Cogí sus manos y me convencí de que esa no iba a ser la última vez que la viera. Si pensaba eso, no iba a poder alejarme.

—Prométeme que no te casarás con Jeremy. —Golpeó mi anillo con su dedo.

Pestañeé. No había manera de que ella pudiera saber lo ocurrido.

—¿Lo dices porque es el candidato de mamá y papá o porque nunca te ha gustado? —Su opinión había quedado muy clara la noche en que Jeremy me había propuesto matrimonio en la célebre y muy concurrida fiesta de Navidad de nuestra familia.

—No. —Bajó la voz, aflojó su postura y me sonrió como si estuviéramos de vuelta a ese apartamento de DC y no en medio de una guerra—. Lo digo porque también veo la forma en que tú lo miras a él. —Miró por encima de mi hombro sin disimulo—. No tiene sentido que te cases con un hombre si estás enamorada de otro.

—Yo no estoy… —Moví mis manos, pero ella las sujetó con más fuerza.

—Sí lo estás. —Les dio un apretón a mis dedos y luego me soltó—. Y Jeremy nunca ha sido suficiente. Deja de conformarte con menos de lo que mereces. Deja de seguir el camino que te han marcado mamá y papá a menos que sea lo que tú quieres. —Un paso a la vez, fue retrocediendo—. Nos vemos dentro de un mes. Pediremos pizza en ese sitio que hay cerca del viejo apartamento. Dios, cómo echo de menos la pizza. —Volvió a sonreír, se dio la vuelta y se alejó con Taj a su lado.

De algún modo, logré llegar caminando hasta Nate.

De algún modo, me subió al helicóptero.

De algún modo, pude respirar mientras despegábamos y yo dejaba a mi hermana en Mazar-e Sarif.

Nate deslizó sus auriculares en mis oídos y reprodujo mis canciones favoritas durante el vuelo de regreso a Kabul, pero casi no tuvo efecto entre el bullicio de mis pensamientos. La había visto, la había abrazado y ahora ya no estaba. Nuestro vuelo de regreso a Estados Unidos estaba programado para dentro de diez días.

¿Había alguna forma de convencer a Serena de que volviera conmigo?

¿Cómo había podido permitir que sucediera esto?

—No has fracasado —dijo Nate en voz baja mientras me abría la puerta del automóvil cuando llegamos a la embajada.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera noté que habíamos llegado.

—¿Por qué dices eso? —Al menos ese cinturón no se quedó trabado cuando quise salir del automóvil.

—Porque te conozco y sé lo que estás pensando.

Por desgracia, tenía razón.

—Se parece bastante a fracasar. —El calor golpeaba inclemente mientras caminábamos hacia la entrada.

—Ha tomado una decisión. —Pasamos junto a los escoltas y Nate abrió la puerta—. Serena siempre ha sido terca como una mula en lo que respecta a su trabajo.

Asentí, pero eso no hacía que me doliera menos. El aire helado que sentí contra mi rostro cuando entramos al vestíbulo de la embajada fue un alivio. Quería meterme en la cama y dormir hasta olvidarme de la angustia y de ese abatimiento que me rompía el corazón. Por suerte para mí, no había nadie esperándome, lo que significaba que podía escabullirme a mi habitación pasando inadvertida.

Nate y yo subimos las escaleras en silencio.

—¿Es cierto lo que ha dicho Serena? —preguntó cuando nos acercamos a la puerta de mi habitación—. Sobre el motivo por el que fuiste a trabajar con la senadora Lauren, por qué te metiste en política.

Me paré en seco.

Ay, Dios. Casi había olvidado que Serena me había delatado por accidente. Abrí la boca para responder, pero alguien salió al pasillo desde una habitación cercana y me ahorró la vergüenza.

—Maldita sea, te he estado esperando todo el día —dijo un hombre enfadado, y Nate y yo miramos por el pasillo a la figura que caminaba enérgica hacia nosotros mientras su rostro se volvía más claro a cada paso.

No era cualquier hombre.

Jeremy estaba allí.

Mi estómago se desplomó al suelo.

—Estoy cansado de escuchar que no quieres hablar. —Extendió la mano hasta mi brazo y lo agarró con firmeza—. He volado hasta aquí… —comenzó, pero se detuvo abruptamente cuando Nate lo alejó. Su cuerpo golpeó contra la pared junto a mí mientras Nate le apretaba la garganta con el antebrazo.

—¿Nadie te ha enseñado que no debes tocar a una dama sin su consentimiento? —Cada línea del cuerpo de Nate irradiaba amenaza.

Mierda.

—¡No! —Puse la mano sobre el hombro de Nate. Si lastimaba a Jeremy, las consecuencias serían letales para la carrera que tanto se había esforzado por construir—. Déjalo. No pasa nada, estoy bien.

—Isa… —logró decir Jeremy.

—¿Lo conoces? —me preguntó Nate entrecerrando los ojos con una expresión acusatoria.

—Sí. —Asentí, intentando tragar el enorme nudo en mi garganta. Jeremy nunca me había agarrado así antes.

—¡Por supuesto que me conoce! —gritó Jeremy estirando el cuello melodramáticamente.

Nate agachó la cabeza y dio un paso hacia atrás. En todos estos años nunca había visto a los dos hombres juntos como para compararlos, pero ahora las diferencias me resultaban abrumadoras.

Jeremy era reluciente, desde su cabello peinado con gel hasta sus zapatos Armani. Su rostro era impoluto y en cualquier momento podía mostrar su sonrisa de político sabiendo que podía torcer voluntades.

Pero no conocía a Nate. Nathaniel era unos centímetros más alto, cubierto de músculos y tenía esa aura de moléstame-y-verás. Las sonrisas de Nate había que ganárselas. Y cada una de las cicatrices que llevaba a cuestas solo lo hacían más…

—¡Soy su prometido! —Jeremy se ajustó la corbata Hermès que le había regalado para su cumpleaños.

Hermès. En una puta zona de guerra.

El dolor que apareció en los ojos de Nate me atravesó con una sola mirada, pero pronto cambió su expresión y alejó sus ojos de los míos analizando a Jeremy de un modo completamente distinto. Sus ojos se clavaron en la placa que Jeremy había puesto en su chaqueta. Una placa en la que decía «Jeremy Covington».

El cuerpo de Nate se puso todavía más rígido.

—No sé quién demonios te crees que eres —comenzó Jeremy apuntando a Nate en el pecho.

«Mala idea».

—Es mi custodio —me apuré a decir—. Solo… —Mierda. Eso era malo.

Muy, muy, muy malo. Tenía que alejarlo de Nate antes de que empeorara las cosas. Me temblaban las manos mientras buscaba las llaves de mi habitación, pero Nate ya las tenía.

Abrió la puerta con eficiencia y retrocedió, sosteniéndola para que Jeremy pudiera entrar.

Lo seguí, pero hice una pausa para mirar a Nate, que tenía la vista fija adelante con indiferencia profesional.

—Es complicado.

—A mí me parece bastante simple. —Su resoplido fue casi imperceptible, pero yo lo oí—. Vas a casarte con Soplapollas.

CAPÍTULO 14

IZZY

Georgetown
Octubre de 2014

> He estado pensando que podríamos ir a alguna parte. Tal vez no este año, porque tendrás clase cuando me den permiso (también conocido como vacaciones), pero tal vez el año que viene podríamos elegir un destino en el que ninguno de los dos haya estado e ir. Dejarlo todo atrás durante una o dos semanas y solo… ser. Ya sé que probablemente habrás viajado mucho más que yo, porque mi familia no tenía dinero para eso; pero lo único bueno de estar destinado en el extranjero es la desorbitada cantidad de dinero que estoy pudiendo ahorrar. Así que, bueno, si te interesa, mándame una lista de los lugares a los que quieres ir con tu próxima carta. Vayamos a algún sitio cálido, Izzy. Algún sitio con playa. Algún sitio en el que pueda XXXXX.

Tachó tantas veces esa parte que había un trozo en el que el bolígrafo había rasgado el papel. Suspiré y dejé la carta sobre la encimera de la cocina.

¿Cómo era posible echar tanto de menos a alguien con quien había pasado tan poco tiempo?

—¿Cuántas veces te la has leído? —preguntó Serena mientras preparaba la cena en los fogones que estaban sobre la isla frente a mí.

—Una o dos. —Igual que Nate, tenía la capacidad de ver lo bueno en lo malo, y lo bueno de que Soplapollas me hubiese dejado por Yale había sido mudarme con Serena a su apartamento de dos habitaciones cuando la habían contratado en el Post. A ella le gustaba castigarse diciendo que no era el Times, pero yo estaba extasiada de tenerla conmigo.

—Más bien unas cien veces —musitó, dando la vuelta al sándwich de queso en la sartén.

—Sabes que me gusta cocinar, ¿no? —El lado que estaba hacia arriba se veía un poco más que carbonizado—. Viví con Margo el último año en Siracusa. No es que no sepa hacerlo.

—Tu trabajo es estudiar. —Me apuntó con una espátula cubierta de queso —. Estudiar, Isabeau. No memorizar las cartas de amor de Nate.

—No son cartas de amor. —Aparté el papel por si parte de ese queso saltaba y aterrizaba sobre la carta de Nate—. Me dejó muy claro que no estamos juntos.

—Si tú lo dices… —Alzó una ceja.

—Cuando haces eso te pareces a mamá —musité.

Bufó y me arrancó la carta de las manos.

—¡Retráctate! —exigió poniendo la carta sobre el queso que ahora echaba humo.

—¡Vas a prender fuego al apartamento!

—Re-trác-ta-te. —Dejó la carta colgando sobre la sartén.

—Vale, ¡retiro lo dicho! —arremetí, pero se alejó de mi alcance y comenzó a leer—. ¡Serena!

Silbó y se apoyó contra la encimera.

—El tipo es bueno con las palabras.

—Lo sé. —Agarré el mango de la sartén y la alejé del fuego, luego abrí la ventana con la esperanza de evitar otro altercado con la alarma de incendios y los vecinos sensibles al ruido del 3º C.

—«Prométeme que estás viviendo y no meramente existiendo» —leyó al final de la carta lanzando un hondo suspiro—. ¿Ves? Hasta el tipo que está claramente enamorado de ti quiere que salgas más. Es algo extraño; pero si ayuda a convencerte, estoy de acuerdo.

—Primero, Nate no está enamorado de mí. Una persona que te quiere no te arroja a la población masculina y te dice que hagas tu vida mientras él no está. —Entendía sus argumentos, en serio, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo.

—Discrepo. —Agitó la carta mientras el olor a humo se disipaba—. En vuestro caso es exactamente lo que diría alguien que te quiere. Debo admitir que el tipo merece mi respeto. Podría haberte dejado plantada en Georgia esperándolo, pero pensó en lo que sería mejor para ti. —Hizo una mueca—. Creo que has encontrado al único hombre noble que queda en el planeta y no me importa qué piensen de él mamá y papá.

No sabían mucho sobre Nate, pero habían dejado bien claro que salir con un recluta era caer muy bajo respecto de un Covington. Ni me molesté en decirles que no estábamos saliendo después de ese comentario y, honestamente, lo que fuera que tuviera con Nate era mucho mejor que lo que había tenido con Jeremy. La semana anterior me había mandado un mensaje

directo en Instagram que yo había ignorado por completo; ese tipo tenía que madurar.

—¿Entonces por qué estas tan interesada en que salga más? —Me apoyé sobre la encimera de la cocina y comencé a buscar en mi teléfono comida para pedir a domicilio.

Era como volver a ser niñas, arreglándonoslas solas porque mamá y papá iban a una gala tras otra. Salvo que ahora éramos adultas. O algo de eso. Porque mi definición de un adulto incluía pagarse las cosas y, como papá seguía ocupándose de la universidad, los libros y ese apartamento, no era el mejor ejemplo de independencia. No como Nate.

—Porque quedan algunos tipos decentes y disponibles. —Me miró—. Y necesitas pasar al menos algunas noches por semana sin usar… eso.

Bajé la vista al jersey de Nate.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasa con Paul? Tuvisteis una segunda cita hace unos días, ¿no?

—Patrick —la corregí mientras escogía un restaurante local con un tiempo de espera razonable—. Estoy bastante segura de que no va a funcionar.

—No me digas… —Abrió los ojos fingiendo sorpresa—. Déjame adivinar. Los dos estáis estudiando Derecho en Georgetown, y eso es tener demasiado en común. Quiere dedicarse a la política, y tú la aborreces. Es guapo, pero no te vuelve loca. ¿Agradable, pero no memorable? Ah, y me olvidaba de la sentencia de muerte para cualquier candidato a ser pareja de Isabeau Astor: está disponible.

—Está en segundo, quiere dedicarse al derecho corporativo y estoy bastante segura de que le atrae más su teléfono que yo. —Patrick no me miraba como si yo fuera la respuesta a todas las preguntas. Solo me había besado una vez con un beso caliente como un plato de sobras de hacía tres días. Y… suspiré. No era Nate.

Ninguno era Nate.

—Te propongo cambio. —Agité el teléfono—. Cena por mi carta.

Inclinó la cabeza y miró el papel.

—Ojalá no hubiera tachado esa parte. Seguro que estaba excitado.

—¡Serena!

—De acuerdo, toma la carta de tu no-novio. —Me la devolvió y sumó su pedido en mi teléfono.

La doblé con cuidado y volví a meterla en el sobre para poder guardarla con las otras. Esta vez había mandado un paquete con tres libros recién subrayados. Tenía el mío listo para enviarlo también y había comenzado una caja de cumpleaños que tenía que enviar en los próximos días si quería tener alguna probabilidad de que llegara a tiempo. De momento tenía chicles de

hierbabuena, los brownies por los que había confesado tener debilidad y un jersey de Georgetown para que lo usara en la base.

—Por cierto, deberías ver la campaña de los congresistas de nuestro estado —dijo Serena devolviéndome el teléfono.

—¿Hay alguien interesante? —Guardé el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros—. ¿O alguien que te parezca interesante a ti porque eres una periodista empoderada con la misión de hacer triunfar la verdad y la justicia?

—¿No puede ser ambas cosas? —Tiró el sándwich quemado a la basura y la sartén al fregadero.

—No suele suceder.

—Pues tiene propuestas para terminar con la guerra de Afganistán.

Mi mirada voló hacia la suya.

—Ya imaginaba que eso iba a llamarte la atención. —Se inclinó en mi dirección hasta apoyar los codos en la pequeña isla—. No estoy segura de que tenga los números necesarios para ser elegida y la verdad es que no creo que vayan a aprobar un proyecto de ese estilo con la conformación que tiene el congreso ahora. Pero de todas formas apuesto a que papá podría mover algunos contactos para que hicieras las prácticas con ella si llega a ganar.

—¿Política? —Sacudí la cabeza—. No, gracias. Los contactos de papá tienen un precio y quiero dedicarme a las organizaciones sin fines de lucro. —En un sitio en el que pudiera cambiar las cosas.

—A papá va a encantarle la idea. —Sonrió—. Deberías contárselo en Navidad, así podré ver como se pone rojo como los adornos del árbol.

—Se tomó bien que eligieras Periodismo como carrera… —Cogí el cuaderno que tenía más cerca, lo abrí en la primera página en blanco y escribí los números del uno al diez en el margen izquierdo.

—Porque conservaba la esperanza de que tú fueras la llave para ganar algo de poder político con Covington. Papá quiere tener un político en la familia más de lo que alguna vez nos ha querido a nosotras.

—Es la triste verdad. —Los últimos años solo lo habían vuelto más evidente—. Lo menos que podríamos haber hecho hubiese sido darle una hija con un máster en Administración de Empresas para Astor Enterprises.

—No estoy trabajando como una loca para liberarme de su correa solo para que pueda ponerme un arnés y llevarme a dar un paseo cuando le dé la gana. Nop. —Sacudió la cabeza.

—En eso estamos de acuerdo. Y ahorrémonos la incomodidad en Navidad. Le daré la noticia en marzo cuando vengan para mi cumpleaños.

Serena hizo una mueca, pero enseguida la disimuló.

—Mira, sé que estás entusiasmada porque dijeron que van a venir, pero no… —Se mordió el labio.

—¿Que no me haga ilusiones? —Terminé la frase que obviamente ella no

quería terminar.

—Exacto.

—Vendrán. —Alcé las cejas como respuesta a su escepticismo—. Lo harán. Lo prometieron. Además, ya reservaron un hotel.

—No quiero que te decepcionen. Otra vez. No se puede confiar mucho en ellos, por eso creo que te vendría bien salir con alguien con quien sí se pueda. —Miró fijamente a mi papel.

—Nate todavía no me ha decepcionado. —Miré los números de la lista vacía con mi palabra favorita dando vueltas en la mente: posibilidades. Algún sitio con playa. Algún sitio en el que Nate pudiera besarme en el agua. Eso era lo que me imaginaba que decía en la parte tachada.

—Ah, se llama Lauren —dijo Serena.

—¿Quién?

—La mujer que se postula al congreso. Eliana Lauren.

—Me informaré. —Lo menos que podía hacer era ver si valía la pena votarla.

Apoyé el bolígrafo junto al número uno y escribí una sola palabra: Fiji.

Para diciembre, la colección de cartas había crecido exponencialmente, casi tanto como mi estrés. Estudiar Derecho era todavía más difícil de lo que imaginaba. Los exámenes finales no me habían dejado casi nada de tiempo para leer y, en lo que refería a mí respecto a la conversación con Nate, no estaba muy a la altura.

Pero Nate no había dicho nada de que lo ignorara durante casi un mes, solo había seguido escribiendo, diciéndome lo orgulloso que estaba de que estuviera avanzando con mis estudios.

La Navidad había sido un incómodo desfile de regalos demasiado caros, y dos abrazos con palmaditas, pero llegó enero y volví al ruedo.

«Jamás te disculpes por hacer lo que necesitas hacer». Me dijo Nate en una carta a finales de enero.

En febrero, me las arreglé para no arruinar una relación durante tres semanas enteras.

En la cuarta, la terminé. Fue justo la misma semana en la que mamá y papá cancelaron el viaje a DC para mi cumpleaños porque tenían que ocuparse de las nuevas oficinas de papá en Chicago.

No conocía al padre de Nate y él nunca me había contado por qué lo aterraba parecerse a él, pero comenzaba a sentir lo mismo con el mío. No necesitaba ser la prioridad número uno de mis padres, pero estar entre las diez primeras de vez en cuando hubiera sido agradable.

—¿Otra vez? —preguntó en marzo Margo durante nuestra llamada semanal.

—Ey, le di cuatro citas —dije sosteniendo el teléfono entre el hombro y la

oreja mientras doblaba y guardaba la ropa limpia—. No todos podemos estar felizmente casados a los veintidós.

—No tienes veintidós —me recordó—. No hasta mañana.

—Ya me entiendes. —Colgué mi camisa favorita y puse el jersey de Nate en el cajón debajo de mi cama—. No veo el motivo para atar a alguien si sé que no va a funcionar.

—Jamás va a funcionar si no le das una oportunidad real —me sermoneó.

Miré la caja con cartas sobre mi escritorio.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo en eso —dije.

Una fuerte carcajada llegó desde la sala de estar.

—Parece que alguien se lo está pasando bien —dijo Margo.

—Ha venido el novio de Serena, por eso estoy escondida en mi habitación.

—¿Y cómo van las clases?

—Bien, mamá. —Sonreí cuando resopló—. En serio, extrañamente voy al día, y solo es viernes por la noche. Tengo todo el fin de semana para emborracharme de televisión o…

—Escribirle a Nate —sugirió Margo con una voz cantarina.

—Comienzas a sonar como Serena.

—Serena adora a Nate. Yo… —Se quedó callada.

Arrojé al suelo de mi diminuto armario el cesto de ropa vacío.

—Suéltalo.

—Me reservo la opinión hasta que esté un poco más claro si estáis destinados a ser un cuento de hadas o si lo que os une es el trauma del accidente.

—¿Y cómo van tus clases, especialista en psiquiatría? —pregunté. En realidad, me había hecho esa misma pregunta algunas veces. Pero el modo en que lo había echado de menos los últimos meses tenía que significar algo más. Entre nuestras cartas y los breves lapsos de tiempo que habíamos compartido, casi conocía a Nate mejor que al soplapollas de Jeremy. Las cartas no daban mucho pie a decir tonterías como sí ocurría en las vacías citas en el cine.

—Estoy teniendo problemas para aprobar una de mis asignaturas —admitió Margo.

—¿En serio tienes problemas para aprobar? —pregunté haciendo una pausa—. ¿O para sacar un notable?

—Es básicamente lo mismo.

Sonreí.

—No, no es lo mismo. Pero, ahora en serio, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Que no sea mudarte de vuelta a la tundra del norte de Nueva York y llevarme a tomar un café todas las tardes para poder ver tu bello rostro?

—Claro. Que no sea eso. —Sonó el timbre, pero me di la vuelta en la cama

porque sabía que Serena iba a abrir.

—Nop. Solo oír mis quejas cuando hablamos por teléfono.

—Siempre estoy encantada de hacerlo.

—¡Izzy! —gritó Serena.

—Te tengo que dejar; creo que ha llegado la cena. —Nos despedimos y colgué.

—¡Izzy! —repitió Serena.

—¡Ya voy! —Me subí los suaves pantalones de peluche de mi pijama hasta las caderas y cerré la cremallera del jersey de Georgetown sobre mis pechos sin sujetador para no espantar al acompañante de Serena en los dos segundos que me llevaría coger mi cena y volver a las profundidades de mi cueva.

Abrí la puerta de mi habitación y vi a Serena sonriendo con un espeluznante parecido al gato de Cheshire.

—¿Qué quieres?

—Voy a pasar el fin de semana fuera. El compañero de Luke está de viaje, así que tendremos su apartamento para nosotros solos. Ahora mismo me está metiendo algunas cosas en una bolsa. —Se la veía tan feliz que no me atreví a recordarle que el día siguiente era mi cumpleaños.

—¡Suena genial! Pásatelo superbién. —Forcé una sonrisa y recé para que no se diera cuenta.

Ella me apretó con fuerza.

—Vas a tener un gran cumpleaños. Prométeme que saldrás del apartamento.

—Lo haré. —Era una mentira descarada. Iba a salir del apartamento solo lo necesario para bajar a la calle a por café. Ya estaba planeando una maratón de sofá, peli y manta.

Apretó mi mano, tomó la de su novio y, a toda velocidad, cerró la puerta y se marchó antes de que yo pudiera siquiera llegar a la sala de estar.

—Qué raro… Bueno, no pasa nada —musité yendo hacia la cocina y siguiendo el olor de comida china recién llegada.

Me sobresalté al ver al apuesto hombre que estaba apoyado tranquilamente contra la encimera, como si ese fuera el sitio en el que se suponía que debía estar y no al otro lado del mundo. Llevaba unos vaqueros, un abrigo que ni siquiera se había desabrochado y había una mochila de camuflaje muy gastada a sus pies. A pesar del agotamiento en sus ojos azules, se veía tan condenadamente guapo que casi no podía respirar.

—¿Nate? —Estaba allí. En Estados Unidos. En mi cocina.

—Hola. —Sonrió mostrando su hoyuelo.

Mi corazón empezó a galopar como un caballo de carreras y yo también. Me tomó menos de un segundo pasar corriendo sobre el sofá. ¿Qué importaba si los almohadones salían volando por los aires? No iba a perder un segundo

en rodearlo. Nate me atrapó en sus brazos antes de que pudiera aterrizar al otro lado.

—Estás aquí —murmuré contra la suave piel de su cuello, con los pies colgando por su fuerte abrazo.

—Feliz cumpleaños, Isabeau —dijo.

El mejor regalo de todos.

CAPÍTULO 15

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Me apoyé contra la puerta cerrada con el corazón acelerado contra mi voluntad mientras miraba a Jeremy analizar la habitación, la sala de estar y la cocina integrada. Supongo que la conversación que venía evitando hacía seis semanas iba a ocurrir aunque yo no estuviera lista.

La ira afloró rápidamente y calentó mi piel. ¿Cómo se atrevía a aparecer así?

«Siempre puedes pedirle a Nate que le dé una patada en el culo».

Aunque dudaba de que Nate volviera a hablarme después de ese intercambio en el pasillo. Estaba segura de que debía estar llamando a su reemplazo.

«Vas a casarte con Soplapollas». Dios, en sus ojos había leído algo peor que la traición. Nate estaba… decepcionado. Y, teniendo en cuenta que conocía mi historia con Jeremy, no podía culparlo.

Yo estaba decepcionada de mí misma por haber permitido que aquello siguiera durante tanto tiempo. El peso del anillo en mi dedo parecía un ancla que me ataba a la única persona que, ahora comenzaba a darme cuenta, nunca me había merecido.

—Tu habitación es más bonita que la que me han dado a mí —dijo Jeremy mientras se sacaba la americana azul marino y revelaba una camisa

inmaculada. Iba vestido para ir a la cámara del Senado, no a Afganistán. Después de doblar la americana sobre el respaldo de la silla, se giró hacia mí y sus ojos marrones me recorrieron con la misma frialdad que habían recorrido la habitación. La pequeña arruga en su frente indicaba que me encontraba tan poco adecuada como sus aposentos.

Sin embargo, por primera vez desde que habíamos empezado a salir en Siracusa, no me importaba una mierda lo que pensara de mí, de mis pantalones arrugados por el viaje o de mi blusa sucia de polvo. Ya no necesitaba impresionarlo.

Ese pensamiento me enorgulleció un poco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me quité el pañuelo, lo metí en el bolso y crucé los brazos sobre mi pecho. Después de haber fracasado en hacer que Serena se subiera al helicóptero, esto era lo último con lo que quería lidiar.

No había palabras para lo que fuera que estaba sucediendo allí ni para la forma en que me hacía sentir. En ese momento, todos los fracasos de mi vida asomaron la cabeza. Me sentía como una maraña de cables eléctricos a punto de cortocircuitar a la más mínima provocación.

—No te andas con rodeos, ¿eh, Isa? —Avanzó mostrando una de las cinco sonrisas que tenía entrenadas. Esa era la número cuatro, la perdón-pero-así-somos-los-tíos.

Isa. Porque había sido mi padre quien nos había presentado.

Alcé una mano y se detuvo en mitad de la habitación alzando una ceja depilada.

—Déjame adivinar, ¿has venido en el avión privado de tu papá? —Torcí la cabeza a un lado—. ¿O esto es un acto de campaña?

—Como podrás imaginar, en realidad este viajecito me ha hecho suspender tres compromisos. —Su sonrisa se borró y se rascó la barbilla—. Compromisos en los que se suponía que tú ibas a estar a mi lado.

—Eso no iba a suceder aunque hubiese estado en Estados Unidos. —Sacudí la cabeza y avancé hacia la mesita detrás del sofá para dejar el bolso y moví mis hombros contracturados—. Y no deberías estar aquí, Jeremy. Te pedí espacio, y perseguirme hasta el otro lado del mundo difícilmente sea darme espacio.

—Vamos, Isa. —Me mostró la sonrisa número tres, la infantil, la que usaba cuando quería salirse con la suya, la que me había hecho creer que de verdad merecía una segunda oportunidad—. Pensaba que te gustaban esos grandes gestos de las películas románticas y los libros que lees. He venido a una zona de guerra por ti. ¿Eso no habla de lo mucho que te quiero? ¿Lo mucho que quiero que esto funcione?

Puse el sofá entre nosotros mientras él caminaba hacia mí.

—Lo que me dice es que probablemente has aprovechado la oportunidad

para sacarte unas fotografías abajo, ayudando a tramitar visados o hablando con potenciales electores sobre la mejor manera de evacuarlos.

La sorpresa invadió sus ojos y luego bajó la mirada mientras acariciaba el apoyabrazos del sofá tapizado.

—Por supuesto, he hecho lo necesario para convencer a mi padre de que este era un gasto de campaña.

—¿No estás cansado de eso? ¿De tener que estar todo el tiempo dándole explicaciones a tu padre? Porque yo sí. —No me di cuenta de lo que dije hasta que las palabras salieron de mi boca. Estaba atrapada en un ciclo perpetuo en el que intentaba complacer a los hombres de mi vida, solo para que me abandonaran cuando les daba la gana. Ver a Nate solo lo había confirmado porque, por desgracia, en lugar de romper el patrón, se había convertido en parte de él.

—Vamos, Isa. Sabes que no lograré ganar las elecciones sin el apoyo de mi padre… son las reglas del juego. Así son las cosas.

—Claro. Bueno, siéntete libre de volver a subirte a ese avión. —Si hubiera podido poner los ojos en blanco con más fuerza, se me habrían salido de la cabeza. Para él, la política siempre era lo primero. Ese era uno de los muchos motivos por los que mis padres lo querían más que a mí.

—Ven conmigo. —La mirada suplicante que me lanzó no estaba entrenada y casi me desarma.

—Si tengo que escuchar un sermón más sobre lo inseguro que es… —comencé.

—Ah, no —dijo, sacudiendo la cabeza—. Siento el mayor de los respetos por el trabajo que estás haciendo aquí. Va a sumar muchos puntos en tu currículo y te dará tema de conversación para futuras entrevistas, pero…

Abrí mucho los ojos. Por supuesto, con él todo se trataba de sumar puntos.

—¿Pero qué?

Se encogió de hombros y me volvió a ofrecer la sonrisa número tres.

—Pero teníamos un acuerdo. Tú me apoyabas en la campaña electoral y yo no te presionaba para que dejaras tu carrera cuando fuera elegido.

Abrí la boca, luego la cerré y repetí el proceso porque me costaba encontrar las palabras.

—¿Estás tan loco como para creer que iba a pasearme por ahí de tu brazo después de entrar a tu oficina y encontrar a Clarisse Betario desparramada sobre tu escritorio como si fuera el almuerzo? —El recuerdo hizo que se me cerrara el estómago, pero no me dolió el corazón.

—Eso fue… desafortunado —admitió—. Pero no actúes como si te hubiera roto el corazón. Nos conocemos demasiado como para mentirnos. Estabas enfadada; probablemente avergonzada…

—¡Mejor dicho humillada! —Cerré las manos en puños, con las uñas

clavadas en las palmas—. Todos los de la oficina sabían lo que ocurría y créeme que estuvieron más que felices de contarme que no era la primera vez. ¡Tuviste una aventura durante seis meses! Todavía ni se había secado la tinta de las invitaciones de nuestra fiesta de compromiso.

Inhaló una bocanada de aire lenta y profunda y movió los ojos, un hábito que todavía no conseguía controlar y significaba que estaba buscando una respuesta.

—Lamento haberte avergonzado, Isa. En serio, lo siento.

Pestañeé.

—¿Pero no te arrepientes de haberme engañado? —De todas las tácticas que creí que usaría, nunca me habría imaginado esta.

—Acordamos no mentirnos nunca. —Enderezó los hombros.

—Claro, ¡porque esa era la única forma de avanzar tras lo sucedido en Siracusa! —Había sido muy estúpida por volver a confiar en él.

—¿Nunca vas a olvidarte de eso? —Pasó las manos por su cabello para darle volumen a sus mechones de un perfecto color castaño—. ¡Creí que lo habíamos superado!

—Sí, para que te follaras a tu secretaria. Qué avance. —Le hice un gesto con el pulgar hacia arriba y me quité los zapatos. Por suerte había ido con zapatos bajos a Mazar-e Sarif, pero mis pies todavía no me perdonaban.

—Mira, pensé que habíamos acordado tener una relación abierta…

—¡Tú lo habías acordado! —Golpeé la mesa con la palma y el sonido del impacto de mi anillo contra la madera enfatizó mi disgusto—. Yo nunca acepté. Sabías que nunca me ibas a convencer. ¡Nunca iba a aceptar!

—Tu padre quiere…

—Mi padre no toma decisiones por mí. —Me di cuenta de la verdad que había en mis palabras solo porque comenzaba a entender que en el pasado había sido mentira. Jeremy había sido elección de papá, no mía, y estaba tan desesperada por su aprobación que había ido en contra de mi propio instinto y le había dado una segunda oportunidad a una relación que nunca había merecido siquiera una primera—. Y, por muy desesperado que esté por ganar contactos políticos, jamás querría que me conformara con menos de lo que merezco y por fin veo que tú, Jeremy, eres mucho menos.

Tragó y bajó la vista hacia mi mano.

—Si sigues usando el anillo, sigue habiendo esperanza.

—No me lo quité porque tus acciones me dejaron sin palabras —respondí, pasando a su lado hacia la cocina—. No sabría cómo explicarle a la gente por qué no lo llevo puesto.

—Entonces déjatelo —sugirió, siguiéndome.

Cogí una botella de agua de la nevera, pero no le ofrecí una. Ya le había dado demasiado. Quité el tapón y bebí casi la mitad en unos sorbos

desesperados antes de apoyarla sobre la encimera.

—Para ser sinceros —dije apoyando las palmas en la encimera y dando un salto para sentarme encima—. En realidad ninguno de los dos quiere esto. Fue pensado por quienes nos rodean para mejorar las apariencias.

—No solo por el bien de mi carrera, también para la tuya. —Se ajustó la corbata.

—Nunca quise dedicarme a la política. —Sacudí la cabeza.

Se rio, pero no era ese sonido feliz y melodioso que había perfeccionado a lo largo de los años.

—No finjamos que los dos no tenemos muy claro por qué te metiste en política. —Se metió las manos en los bolsillos—. Ni por qué sigues aquí.

Me aferré al borde de la encimera preparándome para la mordaz agresión verbal que lo había convertido en la estrella de la oficina del fiscal del distrito. Al fin y al cabo, el servicio público lucía mejor en su currículum que un bufete privado.

—No hagas como si no hubiésemos sido tres en esta relación desde el momento en el que te volví a ver en DC hace dos años. —Entrecerró los ojos —. ¿O creías que no había reconocido a tu guardaespaldas? Como si no hubieras tenido su fotografía pegada en tu nevera durante todo el primer año de nuestra relación. Nunca lo has superado. Puede que haya sido yo quien se acostó con otras mujeres, pero te puedo asegurar que no he querido a ninguna.

¿Otras mujeres? ¿Tan inocente había sido?

—¿Cómo pretendías que tuviéramos una relación devota y comprometida cuando nunca ha habido lugar para mí en tu corazón? —continuó Jeremy—. Tal vez no te guste oírlo, pero los dos sabemos que ha estado interponiéndose entre nosotros durante los últimos dos años. Por supuesto que fui a buscar alguien que me quisiera, porque tú jamás lo has hecho. No importa que te dejara tirada en Nueva York, has seguido colgada por él durante todo este tiempo.

Suspiré, pero no lo negué.

—Cuida tus palabras, Jeremy.

Alzó las manos y retrocedió dos pasos.

—Oh, Dios me libre de hablar mal del santo de Nathaniel Phelan. Dime, ¿él es la razón por la que ignoras mis llamadas? ¿La razón por la que te apresuraste a reemplazar a Newcastle en ese avión? ¿Sabías que estaba aquí? ¿Estás haciendo lo mismo por lo que me haces sentir culpable a mí?

—No tengo que responderte —dije con la frente en alto—. Pero, solo para que no creas que me parezco a ti, no. No vine a buscar a Nate. Simplemente estaba aquí y le asignaron mi custodia.

—Por supuesto… —Jeremy miró hacia la pared como si pudiera ver a Nate de pie al otro lado—. Eso es siempre así entre vosotros, ¿no? Aparecéis en la

vida del otro como por arte de magia.

—¿A dónde quieres llegar? —Nate y yo teníamos una conexión que detestaba, pero también me maravillaba; eso no iba a discutirlo, y menos con Jeremy.

Se movió rápido, me agarró del brazo y yo me escapé de su alcance.

—Vuelve a tocarme y gritaré. Estarás muerto en segundos. A Nate no le importa quién es tu papi. —La amenaza salió de mi boca antes de que pudiera pensar dos veces en que estaba poniendo en riesgo la carrera de Nate por una situación que debería haber podido manejar sola. Pero la amenaza funcionó, porque Jeremy retrocedió.

—¿Os habéis acostado? —El rostro de Jeremy adquirió un tono rojo jaspeado—. Me refiero a ahora.

—¿En serio me vas a preguntar eso? ¿Como si fuera yo la adúltera de la relación? —Me bajé de la encimera, pero dejé los brazos cerca del botón de pánico de mi bolsillo, lista para tocarlo si Jeremy decidía que solo sujetarme no era suficiente esta vez.

—Me empujó contra la pared, Isa. —Jeremy alzó una comisura que no llegó a ser la sonrisa número dos—. Una respuesta muy apasionada, en mi humilde opinión. Y también muy peligrosa.

—Es… mi… custodio —dije con los dientes apretados.

—Un custodio que me hubiera torcido la muñeca. Tu hombre fue a por mi garganta. —Pestañeó y luego su expresión cambió como si estuviera calculando algo—. Espera. Creo que tengo la solución.

—¿Cómo? —Cada minuto que pasaba en su compañía me convencía de lo contrario.

—Aunque hiera mi orgullo, puedo hacer concesiones. He venido hasta aquí a recuperarte y eso es lo que voy a hacer. ¿Tú quieres vengarte? Bien. Hazlo. Puedes estar con él y yo puedo seguir con lo mío con más… discreción. —Ahí estaba, la sonrisa número uno, la política.

Me quedé boquiabierta.

—¿No lo ves? —Me miró con una expresión perturbadoramente alegre—. Es perfecto. Nuestras familias tendrán lo que quieren, nuestras carreras florecerán, y los dos encontraremos satisfacción en otro sitio. No será la primera vez que se hacen arreglos de este tipo. La mitad de las relaciones en DC son mentira. Piénsalo menos como un matrimonio y más como una sociedad. Una alianza.

Me quedé claramente paralizada mientras cualquier sentimiento que conservaba por él se marchitaba y moría. Tal vez siempre había sabido que nuestra relación era fundamentalmente conveniente, pero seguía creyendo que estaba basada en el amor y el afecto mutuos.

Pero ese dolor sordo que sentía en el pecho al recordar la infidelidad de

Jeremy no era nada comparado con el dolor que sentía hasta al respirar por saber que Nate estaba al otro lado del muro. Diablos. Me había estado engañando a mí misma durante dos años.

—Es genial —continuó Jeremy, moviendo la cabeza con entusiasmo—. Cada uno obtendrá lo que quiere.

—Pero yo no te quiero a ti. —Me saqué el anillo del dedo.

—Nadie se ha enterado de lo sucedido. Todavía podemos salvarlo. Diremos que vine hasta aquí porque, como buen caballero, estaba preocupado por tu seguridad y los medios se lo tragarán. —Me ignoró. Tenía la mirada perdida en centro de la habitación, pensando en cómo dar la vuelta a la situación, cómo controlar cualquier posible efecto colateral.

—Jeremy —dije con fuerza suficiente como para que se girara hacia mí.

—¿Qué? —Frunció las cejas en un gesto casi cómico.

—Cometí un error y lo siento. —Me estiré para cogerle la mano.

Su rostro se aflojó y nuestros dedos se rozaron.

—Está bien. Todo tiene solución. Todavía quiero casarme contigo.

Puse el anillo en su palma y le cerré los dedos para asegurar en su puño la reliquia familiar.

—Pero yo no quiero casarme contigo. Cometí un error al pensar que lo que sentía por ti podía crecer si le daba tiempo. Cometí un error al ceder frente a lo que querían mis padres solo porque era cómodo, porque creí que por fin iba a ganarme su aprobación. Cometí el error de conformarme con alguien que obviamente no conoce el significado del amor, de la adoración o de la exclusividad. Yo jamás seré lo que tú quieres y tú nunca me darás lo que merezco. Cometí un error cuando te dije que sí y ahora lo estoy corrigiendo.

Bajó la vista a sus puños cerrados.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. —Asentí aprovechando la oportunidad que me daba su sorpresa para pasar junto a él y caminar hacia el escritorio donde había dejado su americana. Agarré la cara tela, avancé hacia la puerta y busqué la manilla.

—No lo sabes —repitió girándose para mirarme y sacudiendo enfáticamente la cabeza—. No me estás diciendo que no. No es posible.

Suspiré y abrí la puerta mientras una ola de pena borraba lo que quedaba de mi enfado hacia él.

—Oh, Jeremy, hace mucho tiempo que alguien debería haberte dicho que no.

Abrió mucho los ojos.

—¿Hola? —dije hacia el pasillo y me sobresalté. No era Nate quien cuidaba mi puerta. Era el sargento Gray.

Se me contrajo el estómago.

—¿Señorita Astor? —preguntó el sargento Gray alzando sus tupidas cejas.

—Sí. —Forcé una sonrisa—. Perdone. El señor Covington ya se va. ¿Puede acompañarlo hasta su habitación? —pregunté.

—¡Isa! —protestó Jeremy.

El sargento Gray ahogó una sonrisa.

—Ningún problema. Señor Covington, creo que su habitación esta justo al lado.

—A la mierda con esto. —Jeremy pasó junto a mí como un torbellino arrancándome su americana de las manos—. Te arrepentirás de esto, Isa. Y, cuando lo hagas, tal vez yo no esté dispuesto a perdonarte.

El sargento Gray ignoró el intercambio, estoico.

Dejé que Jeremy tuviera la última palabra porque, de otro modo, la conversación nunca hubiera acabado y él habría seguido hablando.

—Gracias —le dije al sargento Gray. Cuando asintió, cerré la puerta, eché el pestillo y me apoyé contra la madera, deslizándome despacio hacia abajo hasta que mi trasero tocó el suelo.

Tendría que haber estado enfadada por muchas cosas: los permanentes movimientos estratégicos de mi padre, la ligereza con la que Jeremy tomaba su engaño o mi propia participación en algo que claramente se había escapado de mi control.

Pero la ira que consumía mis pensamientos me erizó la piel, porque había una cosa en la que Jeremy tenía razón: no importaba cuánta gente conociera, con cuántos saliera ni a quién intentara amar. Nate siempre iba a estar en el medio, aunque nunca físicamente.

Y era imposible ofrecer un corazón que nunca había recuperado.

CAPÍTULO 16

NATHANIEL

Georgetown
Marzo de 2015

Solo tengo dos días contigo y quieres pasar la noche en un bar? —gritó Izzy sobre el ensordecedor sonido de los graves en la discoteca mientras esquivábamos los cuerpos que se movían en la atestada pista de baile.

—Le prometí a tu hermana que saldríamos —respondí—. Ese fue el trato para que mantuviera mi viaje en secreto.

Mi pulso se aceleró por el movimiento de la multitud a nuestro alrededor, su cercanía, su volumen. Había demasiadas personas entre nosotros y la salida. Demasiadas personas en general.

Había sido una mala idea y, aun así, había peleado con uñas y dientes para conseguir un permiso especial para tomarme un fin de semana libre antes de completar el entrenamiento de reintegración con el resto de mi pelotón. En cualquier caso, esa mierda no ayudaba.

—Sé que debes estar exhausto porque no dormiste anoche —comenzó y dos líneas aparecieron entre sus cejas. Joder, casi me había olvidado de lo largas que eran sus pestañas. Las fotografías no le hacían justicia.

—Estoy bien. No vamos a pasar tu cumpleaños preocupándonos por mí. —Al parecer no había sido tan sigiloso como había creído durante mis horas de insomnio, pero al menos había mantenido la promesa que me había hecho a mí mismo de quedarme en el sofá y dejar las manos quietas. Mirándola ahora,

con esa blusa de escote de pico y unos vaqueros que parecían haber sido creados con el único objetivo de abrazar su trasero, estaba bastante seguro de que me merecía la beatificación por semejante hazaña. Qué narices, me merecía la beatificación desde el momento en que me había invitado a dormir en su cama y había rechazado la oferta.

No había nada que quisiera más que acercarla a mí y continuar donde lo habíamos dejado nueve meses atrás, con mi lengua en su boca y sus piernas enroscadas en mi cintura. Pero había cosas que ella no sabía, y tenía el presentimiento de que, cuando se enterara, no iba a quererme en su cama, aunque solo fuera para dormir.

No importaba cuánto deseara a Izzy porque la lógica indicaba que jamás podría tenerla. Estaba fuera de mi alcance en todos los sentidos posibles. Pronto saldría al mundo, a cambiar vidas, y yo solo sabía terminarlas. Estaba resultando ser mucho más violento de lo que jamás había sido mi padre; al menos él nunca había matado a nadie.

—Vamos —dije estirando la mano—. Vamos a buscarte la copa que le prometí a Serena.

—Una copa y nos vamos. —Entrelazó sus dedos con los míos y, como si volviéramos a estar en ese avión, cayendo hacia un futuro incierto, sentí el inconfundible calor del hogar.

—De acuerdo. —Nos guie entre la multitud intentando controlar mi presión sanguínea, que parecía subir un poco más con cada persona que pasaba junto a nosotros, hasta que ocupamos los únicos taburetes libres en la barra.

Izzy eligió el que estaba más cerca de la puerta y yo me senté frente a ella, mirando con disimulo sobre mi hombro la cantidad de gente que teníamos detrás. Solo había media docena entre la esquina de la barra y la pared, así que sin duda era el lugar menos terrible; pero seguía estando jodidamente mal. Había gente entre nosotros y todas las salidas.

—Bueno, ¿qué vas a querer? —pregunté bajando la voz ahora que no estábamos tan cerca de los altavoces—. ¿Cerveza? ¿Tequila? ¿Un cóctel?

—Nop. —Tamborileó sus uñas esmaltadas contra el mostrador, contemplando los estantes con licores mientras se acercaba la camarera.

—¿Qué os pongo? —preguntó la camarera sonriéndome.

Unos años atrás, esa castaña hubiese sido justo mi tipo. Pero había notado que, con el correr de los años, mi tipo había pasado a ser Isabeau Astor. No solo las rubias. No solo las de ojos marrones. No solo las ingeniosas y de risa contagiosa. No solo las que tenían tendencia a hablar de catorce temas al mismo tiempo con unos labios más suaves que la seda. Parecía que solo me conformaba con el paquete completo de Izzy. Nadie más. Me había enamorado un poco más de ella con cada carta, con cada secreto que me había contado,

cada vez que me había hecho reír. Y no era que no hubiera tenido propuestas mientras estaba en entrenamiento, ni que me hubiera engañado creyendo que ella estaría esperándome, sobre todo porque le había dicho que no lo hiciera. Era solo que ninguna era Izzy.

Lo que me ponía (nos ponía) en una situación complicada.

—Una copa de champán —pidió Izzy con una sonrisa.

—¿Champán? —preguntó la camarera inclinándose hacia ella como si hubiera oído mal.

—Sip —respondió Izzy buscando su identificación en el bolso para mostrársela—. Es mi cumpleaños.

—Ya veo. Feliz cumpleaños. —La camarera sonrió y le devolvió la identificación—. ¿Y para ti? —me preguntó, acercándose, aunque yo no hubiera hablado.

—Una cerveza, por favor —ordené, buscando la billetera—. Compraremos la botella de champán si no vendes por copa.

—Muy bien —dijo la castaña poniéndose manos a la obra.

—Bueno, ¿cuál ha sido tu parte favorita del día? —preguntó Izzy—. ¿Cuando te he arrastrado hacia mi pizzería favorita? ¿O cuando hemos ido a mi panadería favorita a comprar mis cupcakes favoritos? ¿O cuando te he dado una vuelta por el campus?

—Me ha gustado verte —respondí con honestidad. La habilidad que tenía para decir lo que pensaba cuando estaba con ella era mi parte favorita de nuestra… lo que fuera eso. No había necesidad de jueguitos, de ir con cuidado ni seducir. Con Izzy podía ser exactamente quien era y decir exactamente lo que pensaba.

Ese día había sido exactamente por lo que había viajado desde Savannah, y tenía que agradecerle a Serena que lo hubiera hecho posible. Desde el primer momento en que le había hablado a través de la cuenta de Instagram que Izzy había insistido que me abriera, diciéndole que quería sorprender a su hermana, Serena se había puesto a disposición. También había dejado deslizar en la breve conversación un comentario sobre que sus padres habían plantado a Izzy como siempre y que no estaba saliendo con nadie.

No iba a mentir, me había sentido… aliviado: por lo del novio, no por lo de los padres. No era que Izzy no mereciera estar con alguien. Se lo merecía. Pero mi egoísmo hacía que me alegrara saber que iba a tenerla solo para mí durante el fin de semana.

Su sonrisa fue tan hermosa que se me paró el corazón.

—Espera a que lleguemos a casa y te haga mirar Lady Halcón.

—¿Tu tocaya? —Mis comisuras se curvaron—. Estoy impaciente.

Estaba dispuesto a quedarme sentado mirando a alguien leer una guía telefónica para poder estar con Izzy… Tampoco estaba seguro de que fuera a

durar mucho más en ese bar sin perder lo que me quedaba de cordura.

—¿Si solo pudieras mirar una película durante el resto de tu vida, ¿cuál sería? —preguntó.

—Es difícil de decir… —Mis ojos se encontraron con los suyos y supe lo que estaba haciendo: lo mismo que yo había hecho por ella en el avión, distraerme con preguntas.

—Tómate tu tiempo.

—El señor de los anillos: El retorno del rey —respondí—. Pero tal vez la respuesta cambie a Lady Halcón después de esta noche. ¿Quién sabe?

Se acercó y acarició mis labios con los suyos; cada nervio de mi cuerpo se erizó.

—Gracias por hoy.

Pasé los dedos por su cabello y yo la acerqué a mí profundizando el beso, pero dejando la lengua quieta detrás de mis dientes. Sentir su sabor por primera vez fue una ola que invadió cada célula de mi cuerpo. Mantenerme a raya fue difícil, pero lo conseguí. No iba a besarla como quería frente a todas esas personas, así que me alejé antes de avanzar en esa dirección.

Sonrió contra mi boca cuando nos separamos y se llevó una mano al pecho.

—No te imaginas cómo me late el corazón. —Acarició el pequeño cierre del collar que le había comprado por su cumpleaños. Las pijadas que venían en cajitas azules eran caras, y ella había protestado al verlo, pero me había imaginado que las chicas con clase usaban joyas con clase.

—El mío también. —Quizás admitirlo no era muy digno, pero no sentía esa clase de presiones con Izzy.

—Aquí tenéis —dijo la camarera sirviéndonos las bebidas.

Izzy se alejó y enseguida extrañé su boca.

—Gracias. —Apoyé la tarjeta de débito en el mostrador antes de que Izzy pudiera intentarlo—. Cóbrate de aquí todo lo que vayamos pidiendo.

—No hace falta. —Izzy sacudió la cabeza mientras cogía entre sus dedos la delicada copa de champán—. Solo nos quedaremos a tomar una copa. —Miró hacia mí—. Y gracias.

—Pues ahora os traigo la cuenta. —La camarera movió la cabeza y se llevó la tarjeta hacia la caja.

—¿Estás segura? —Alcé las cejas—. Es tu cumpleaños. Estoy para lo que tengas ganas.

—No quiero estar borracha la última noche que te tengo conmigo. —Se encogió de hombros.

Hubiera protestado, pero sabía exactamente cómo se sentía. Yo también quería recordar cada segundo.

—Feliz cumpleaños, Isabeau. —Alcé mi cerveza.

—Gracias, Nate. —Sonrió y chocó su copa con la mía—. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Yo también.

Después de que la camarera me devolviera mi tarjeta, Izzy y yo nos quedamos sentados hablando de sus clases durante cerca de media hora mientras ella sorbía su champán; yo casi no toqué mi cerveza. Cada vez que ella intentaba torcer la conversación hacia cómo me iba en el ejército, yo la desviaba con cuidado. Intenté quedarme quieto, concentrarme solo en su sonrisa, su risa, la luz en sus ojos, el abrumador deseo que sentía por ella y con el que no tenía ni puta idea de qué hacer. Pero las paredes se cerraron más y más y la gente se acercó a la barra, rodeándonos, golpeándome en la espalda, buscando en sus bolsillos sus billeteras.

Nada más que… Billeteras.

No armas.

Porque estaba en Estados Unidos, no en Afganistán.

Mierda. La vez pasada no había estado tan mal. Pero era cierto que en aquella ocasión no había pasado nueve meses seguidos en el infierno, afrontando emboscada tras emboscada. Se suponía que los comandos especiales tenían misiones más cortas y frecuentes, pero nosotros no habíamos tenido esa suerte. Esa vez no me habían herido, pero la anterior no había estado cuatro veces frente a tumbas improvisadas hechas con botas y rifles. No había…

«Aquí no». Respiré tan hondo como mi pecho me lo permitió y volví a meter toda esa mierda en la caja de la que no debería haber salido. Volví a mirar a Izzy y la encontré mirándome como siempre, como si pudiera atravesar toda esa porquería con nada más que sus hermosos ojos.

—Si tuvieras que elegir un compañero para un apocalipsis zombi, ¿a quién elegirías? —preguntó y luego alzó un dedo—. Exceptuando la compañía actual. Esa es la salida fácil.

—Supongo que a Rowell. —Torres hubiera elegido a su novia, y no me sentiría bien alejándolo del amor de su vida, aunque solo fuera en una situación hipotética—. Hemos salido de situaciones de mierda juntos.

—Buena respuesta. Ahora vámonos de aquí —dijo.

—No te has terminado tu bebida. —De ningún modo iba a forzarla a irse de su festejo de cumpleaños porque no podía controlarme.

Puso los ojos en blanco, se bebió el último cuarto de la copa y la apoyó sobre el mostrador.

—Oficialmente he terminado la copa que le prometiste a Serena. —Tras bajarse de su taburete, estiró su mano para que la tomara—. Y la verdad es que prefiero pasar el resto de la noche en casa. Contigo.

—¿Ni siquiera quieres bailar un poco? —miré hacia la pista repleta y cada

uno de mis músculos se tensó por reflejo.

—No. —Movió los dedos y no me pude resistir. Si quería ir a casa, la llevaría a casa.

Entrelazamos los dedos y nos abrí paso entre la multitud para salir de la discoteca. El aire fresco de marzo en el rostro fue una bendición y me llenó los pulmones mientras tomé la primera bocanada de aire desde que habíamos entrado.

—¿Estás bien? —preguntó cuando comenzamos a caminar por la acera desandando las seis manzanas que nos separaban de su apartamento.

—Bien es un término relativo. —Cogí su mano y le di un beso en el dorso. Fue una caricia inocente, pero el aroma de su perfume hizo que mis pensamientos se sumergieran en el terreno de lo carnal. Quería tumbarla debajo de mí y besar cada una de sus curvas hasta que el aroma se me clavara en el cerebro, reemplazando cada mal recuerdo que había recolectado en los últimos años.

—No hemos hablado de cómo han sido estos nueve meses para ti —dijo, enroscando un dedo alrededor de uno mío mientras seguíamos caminando—. Ni en las cartas.

Miré a ambos lados antes de cruzar la primera calle con ella buscando las palabras correctas, si es que existían.

—Escribirte era mi vía de escape. No quería echarte encima todo eso.

—¿Aunque yo quisiera saberlo? —Se estremeció—. Mierda, no quise decir eso. ¿Aunque quisiera escuchar?

—Sé lo que quieres decir —respondí suavemente, acercándola hacia mí para combatir el frío. Se había negado a llevar un abrigo y eso me daba una excusa para abrazarla—. Pero no es una conversación para un cumpleaños. —Ni para nunca.

—Ah. —Asintió despacio—. Bueno.

Hicimos el resto del trayecto en un silencio incómodo que yo había provocado. Con Izzy todo siempre había sido… fácil, y yo acababa de levantar una barrera. Era lo mejor. No quería que el horror de lo que había ocurrido la afectara de ninguna manera. Pero sentí esa pared que yo había construido como un cerco tangible entre nosotros cuando entramos al apartamento.

La seguí hasta la cocina, ella apoyó el bolso en la encimera y cogió la caja que habíamos traído de la pastelería.

—¿Cupcakes? —Volvió a dejar la caja en la encimera, apoyó las manos y saltó para sentarse al lado con los pies meciéndose despacio—. Me gusta comer algo dulce cuando miro películas. —Abrió la caja y reveló las diez magdalenas que no nos habíamos comido.

Agradecí su gesto de reconciliación y me acerqué para ver qué quedaba.

—La vainilla parece demasiado sosa para ti —bromeó, mirando el

contenido—. ¿Quizás uno de zanahoria?

Sacudí la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Esos eran los favoritos de Torres. Te juro que se llegó a comer uno por día durante un año. Ya no puedo soportar ni el olor. —Me tomó un segundo darme cuenta de que ella había dejado de respirar—. ¿Izzy? —Mi mirada se disparó hacia la suya.

—Torres. Tu mejor amigo, ¿no? —El temor le hizo abrir los ojos.

—Sí. Uno de ellos. —Asentí y mis cejas se fruncieron por la expresión de sus ojos.

—Oh, no. ¿Se…? ¿Cuando estabais…? —Apretó los labios en una línea recta y todo cobró sentido para mí.

—No, Iz. No. No se ha muerto. —Sacudí la cabeza y le apreté la pierna para transmitirle seguridad—. Solo que tuvo que abandonar los cupcakes de zanahoria cuando decidió entrar a las Fuerzas Especiales. —Había pasado los últimos meses de nuestra misión tratando de convencerme de que lo acompañara porque yo dudaba.

Todo su cuerpo se relajó.

—Ah, bueno. Qué alivio.

—Fitz sí murió. —Elegí el que parecía ser de limón, asegurándome de que quedara otro igual antes de sacarlo de la caja. Fitz hubiera elegido el de chocolate. Respiré ese dolor punzante que reconocía como duelo y luego lo metí en esa caja mental en la que guardaba todo lo demás.

—¿Qué?

Mierda. No tendría que haber dicho eso.

Hice una pausa para quitar el envoltorio de la magdalena y la encontré mirándome.

—Fitz, lo conociste…

—En Tybee. Lo recuerdo —susurró—. ¿Se… murió?

Asentí.

—Hará un mes. Hubo un tiroteo… —Cerré la boca. Esas eran cosas que mantenía alejadas deliberadamente y allí estaba, destruyendo mi único momento de paz.

—Nate, lo siento tanto —susurró, llevando la mano a mi hombro.

—No tienes por qué. —Seguí quitando el envoltorio concentrándome en el cupcake para alejar el recuerdo de la sangre saliendo del cuerpo de Fitz—. No lo mataste tú. —Tenía que cambiar de tema inmediatamente—. ¿Cuál es tu sabor favorito?

El silencio entre nosotros se estiró.

Alcé la vista y la encontré mirándome con una expresión que no había visto antes. Parecía que no sabía qué decir ni cómo actuar, como si hubiera destruido la calma que había entre nosotros por segunda vez en la noche.

—¿Cuál es tu favorito? —volví a preguntar—. Noche de películas, ¿lo recuerdas?

—Red Velvet —respondió, tomando uno despacio.

Apoyé mi cupcake y la ayudé a bajarse de la encimera, aunque no necesitaba mi ayuda. Sus curvas se deslizaron contra mí mientras la bajaba al suelo y provocaron un incendio en mi cuerpo, pero el modo en que sus ojos se ensombrecieron fue aún más sexi.

Nos quedamos ahí parados durante un largo rato, con mis manos en su cintura mientras ella me miraba, con las mejillas sonrojadas y su pecho subiendo y bajando un poco más rápido.

—Película —le recordé… y me recordé a mí.

—Cierto. —Se pasó la lengua por el labio inferior y reprimí un gemido—. Prepárate para algo genial —dijo y me llevó hacia el sofá. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y yo saboreé la paz absoluta.

No lo había arruinado todo al mantenerla al margen.

Dos horas más tarde, me miró con expectación mientras pasaban los títulos de crédito.

—¿Qué te ha parecido?

—Me ha parecido una mierda que solo pudieran verse al amanecer y al atardecer. —Miré la pantalla.

—Al final ganan —respondió entre risas, metiendo una pierna debajo de la otra y girándose para mirarme en un movimiento que hizo que su rodilla rozara mi muslo.

—Pero eso no significa que los años que pasaron así no fueran una mierda. —Sacudí la cabeza.

—Ay, Nate. —Sonrió tomando mi rostro entre sus manos para alejar mi atención de los créditos—. Eres un romántico.

—He sido acusado de muchas cosas, Isabeau. Pero nunca de ser romántico. —Había solo dos personas en el mundo por las que me había ablandado al menos un poco. Y ella era una de ellas.

Su mirada bajó a mi boca y yo pegué las manos al sofá para evitar tocarla.

—¿Sabes lo que he decidido?

—¿Qué? —Me picaban las palmas por las ganas que tenía de tocarla.

Se acercó hacia mí hasta que sus labios quedaron solo a centímetros de los míos.

Joder, me iba a romper. Ya podía saborearla, escuchar los gemidos que hacía entre besos. Su recuerdo había sido mi permanente compañía durante los últimos nueve meses.

—Fiji —susurró contra mis labios.

—¿Perdón? —Definitivamente la sangre abandonó mi cerebro.

—Fiji. —Su sonrisa era contagiosa mientras se arrodillaba para

acomodarse en mi regazo, lo que me sobresaltó—. Ahí es donde deberíamos irnos de vacaciones. Hace calor. Tiene playa. Es remoto, no tienes que preocuparte por las multitudes.

—Me gusta la playa. —La última vez que había estado en una había sido con ella. Llevé las manos a sus caderas y la excitación me invadió.

—Bueno. Entonces será Fiji. —Paso sus dedos por mi cabello y yo me entregué a sus caricias. Sus labios rozaron los míos—. Podrás besarme en el agua.

Sip. Estaba acabado. Lo que quedaba de mis buenas intenciones se desvanecía a cada segundo. Me estaba costando contener las ganas de tumbarla en el sofá.

—¿Nate? —Con descaro, sus labios provocaron a los míos.

—¿Mmm?

—Voy a besarte.

Eran las mismas palabras que yo le había dicho en Georgia, pero, joder, sonaban un millón de veces más seductoras saliendo de su boca.

La besé primero y gemí cuando se abrió para mí. Era tan condenadamente dulce. Su lengua rozaba la mía mientras volvía a descubrir cada línea de su boca; besarla era tan explosivo como recordaba y mil veces más adictivo.

Colé los dedos entre sus cabellos mientras inclinaba la cabeza para encontrar el ángulo perfecto y el beso se salía de control. Sus senos apretados contra mi pecho. Sus caderas meneándose encima de mí. Su respiración se hizo mía. Ese era exactamente mi lugar, donde ella estuviera. La conexión entre nosotros era tan indescriptible como innegable.

—Me olvidaba de lo buenos que éramos en esto —dijo entre besos.

—Yo he pensado en ello todos los días. —Incliné sus caderas y giré las mías para que pudiera sentir exactamente en qué estaba pensando en ese momento.

—Te he echado de menos. —Besó mi mandíbula y mi cuello mientras sus manos bajaban por mis brazos y luego por mi torso—. Y sé que no debería haberlo hecho. Sé que es completamente ilógico…

Cerré la mano en su cabello y acerqué su boca a la mía, usando mis labios y mi lengua para decirle que yo sentía lo mismo. Moví los dedos de su cadera a su cintura y los deslicé debajo de su camiseta para acariciar la curvatura de su columna.

Suspiró por la ligera caricia y yo tragué ese sonido.

—Me imagino que eres así de sensible en todas partes, ¿no? —pregunté acariciando con los dedos la suave piel de su espalda.

—¿Por qué no lo averiguas? —Llevó las manos a su cintura y su blusa se abrió revelando el sujetador de encaje celeste que cubría sus pechos con una habilidad que me hizo la boca agua.

—Joder. —La palabra se escapó como un gemido gutural—. Eres perfecta,

Isabeau.

—Tócame.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Mis manos viajaron por sus costados acariciando la curva de su cintura y luego subieron por sus costillas hasta cubrir sus pechos sobre el encaje. Me llenaban las manos sin problema.

—¿Ves? Perfecta.

Se rio, luego me besó y me perdí (junto con cada buena intención que tenía) en el sabor de su boca, en la sensación de sus pezones endureciéndose bajo la tela por el roce de mis pulgares.

Lamí y succioné un sendero por su cuello y su clavícula, luego tomé sus nalgas con una mano y la alcé apenas para que mis dientes pudieran probar la punta de sus pezones. El encaje era demasiado grueso para lo que necesitaba, lo que anhelaba, así que bajé un tirante y disfruté del sonido de su quejido mientras me lo metía en la boca.

—¡Nate! —Me clavó las uñas en los hombros.

Mi pene se aplastó contra la cremallera, pero agradecí la barrera. Me mantuvo a raya mientras me movía hacia el otro pecho, exponiéndolo para poder darle el mismo tratamiento.

—Muy sensible —dije contra su piel mientras ella se estremecía.

—O tal vez solo respondo así por ti —respondió con una voz temblorosa y sexi como el infierno.

No quería que nadie más la tocara así.

Mía. El destino, Dios, la fuerza que fuera que gobernara el universo la había traído hacia mí. Y ella… era… mía.

Salvo que no lo era. Había una razón por la que no podíamos estar haciendo eso, pero no la recordaba.

Hice a un lado ese pensamiento, la besé profundamente, pasé un brazo por su cintura y le di la vuelta para que quedara debajo de mí. Mala idea. Mis caderas se acomodaron en el hueco de las suyas como si hubieran sido creadas para ir juntas.

Sus manos acariciaron mi espalda, me alzaron la camiseta y tomaron el mismo sendero por mi piel desnuda. Mi sentido común se desvaneció mientras me mecía encima de ella provocándole el gemido más dulce que había escuchado jamás.

—Hazlo otra vez —exigió deslizando sus manos por mi trasero.

La besé en el cuello y le di lo que ambos queríamos. Una necesidad ardiente me recorrió la columna vertebral. Besarla parecía como volver a tener dieciséis, sin control, sin experiencia, con nada más que unas ganas ciegas y primitivas.

—Pídeme lo que necesites —dije entre besos mientras me movía de su cuello a sus senos, pasando la lengua sobre un pezón a la vez.

—Quiero que me toques —dijo arqueándose hacia mi boca mientras yo seguía moviendo las caderas encima de ella. Había demasiado espacio entre nosotros. Demasiada ropa. Eso era bueno… si pudiera recordar por qué.

—Dime cómo —dije mientras presionaba la boca en la piel sensible bajo sus pechos y en el espacio debajo de sus costillas, donde su estómago se achataba, besando cada línea de las cicatrices del accidente aéreo.

—O puedes decirme cómo quieres tocarme tú —me desafió, sonriendo a pesar de que su espalda se curvaba cuanto más me acercaba al botón de sus vaqueros.

Alcé la cabeza y encontré su mirada.

—Quiero desabrocharte el pantalón y pasarte los dedos entre esos dos bellos muslos para ver cuán mojada estás.

Separó los labios y sus ojos brillaron.

—Y luego quiero sumergir los dedos dentro de ti hasta hacerte gritar de placer. —Moví la mano al borde de su pantalón y presté atención a cualquier signo de vacilación—. Pero primero necesito que me digas si eso es lo que quieres. —Las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada no bastaban.

No iba a arruinar nada por no ser claro o por presionarla más allá de lo que quería.

—Es exactamente lo que quiero —dijo tomando mi mano en la suya para ponerla sobre el botón.

«Gracias a Dios».

Con los ojos fijos en los suyos, desabroché el botón y bajé la cremallera.

Asintió mordiéndose el labio.

El movimiento me hizo perder el control y me puse encima de ella chupando con libertad esa suave curva y luego besándola hasta quedarme sin aliento. Succionó mi lengua con la boca, mis dedos se deslizaron debajo del encaje de su ropa interior y gemí.

Era el cielo: sexi, húmeda y más suave que la seda.

—Estás tan mojada que podría acabar con solo tocarte. —Dibujé círculos en su clítoris con el pulgar y volvió a arquear la espalda.

—¡Nate! —Acercó las caderas a mi mano.

El sonido de mi nombre en su boca me hizo latir la entrepierna.

«Consigue que lo haga de nuevo».

—Eres tan sexi —susurré con otro beso, metiendo un dedo dentro de ella —. Y yo estoy tan caliente que podría quemarme vivo. —Sería una gran forma de morir.

Temblé como un adolescente cuando sentí su calor, la forma en que apretaba los músculos alrededor de mi dedo mientras lo movía hacia dentro y hacia fuera mirándola, identificando exactamente qué la hacía gemir y qué la hacía subir las caderas para pedir más.

—Oh, por Dios —gimió, clavándome los dedos en la espalda en una oleada de placer cuando metí otro dedo, deseando que fuera mi pene.

Conocía la lujuria, pero esto era algo completamente diferente. Nunca antes el gemido de una mujer me había dado vida, nunca había dependido de alguien mi próxima respiración, nunca me había concentrado tanto en su placer que el mío no importara. Izzy era mi mundo entero. No solo quería que se corriera; lo necesitaba.

Froté su clítoris con el pulgar. Me dediqué a ella sin descanso, curvando los dedos en cada embestida para tocarla una y otra vez en el sitio que hacía que sus caderas se elevaran y la dejaba sin aliento.

—Mi preciosa Isabeau. —La besé despacio, ella apretó los muslos y tembló —. Eres tan hermosa. —Solo hizo falta un poco más de presión con el pulgar para llevarla al borde del orgasmo. Lo sentí en su jadeo, la presión de sus músculos internos alrededor de mis dedos y su cuerpo poniéndose rígido debajo de mí.

—Nate… —Ella se balanceó hacia atrás entre mis dedos, montando mi mano, buscando lo que necesitaba y yo apreté mi entrepierna contra su muslo para evitar arrancarle lo que le quedaba de ropa y poseerla.

No podía poseerla.

Nunca me lo perdonaría porque ella no sabía…

Arqueó la espalda y gritó al correrse; sus paredes latían contra mis dedos, su espalda se arqueaba una y otra vez.

Verla correrse sabiendo que había sido yo el que la había llevado hasta allí fue el mejor momento de toda mi puta vida.

Enterré el rostro en su cuello, besando su suave piel e inhalando el dulce aroma de su perfume mientras la iba calmando. Justo cuando se desplomó debajo de mí, quité los dedos del calor de su cuerpo y besé su boca por última vez antes de incorporarme.

Ahora recordaba exactamente por qué si iba más allá sería un imbécil.

Me miró con sus ojos nublados, se sentó a mi lado y se estiró para coger mis pantalones.

—No podemos. —Hui del sofá como si se estuviera incendiándose y casi me tropiezo con la mesa de café. Qué elegante.

—¿Por qué no? —Alzó una ceja y miró mi entrepierna—. No estoy ciega y está claro que quieres.

—Créeme, sí que quiero. Ese no es el problema. —Sacudí la cabeza. Saber que estaba a punto de defraudarla era lo único que me detenía. Se merecía mucho más que alguien que entraba y salía de su vida como un huracán. Se merecía alguien que pudiera dárselo todo.

—¿Es porque he propuesto Fiji? —preguntó y fue necesario cada gramo de mi voluntad para mirarla a los ojos y no a los pechos desnudos que asomaban

sobre su sujetador.

—No. Me encantaría ir a Fiji contigo. —Mierda, todavía podía saborear su piel y estaba bastante seguro de que tendría una erección cada vez que oliera su perfume.

—Bueno, ¿entonces qué ocurre?

Miré en esos grandes ojos marrones y pensé en mentirle para preservar la pequeña ventana de felicidad que existía en ese momento, pero no pude.

—No podré ir hasta 2017.

Tomó los extremos de su camisa y la abrochó para cubrir su increíble cuerpo.

—¿Porque no tienes tiempo? ¿Necesitas volver a tu casa? Si quieres ir ver a tu madre, lo entiendo perfectamente.

—No. —Sacudió la cabeza—. De hecho, ella fue a verme cuando regresé, hace un par de días. —Además, mi madre sabía que, por mucho que la quisiera, no volvería a casa mientras él siguiera vivo—. No podemos hacer esto porque, por mucho que quiera que sea nuestro momento, no lo es.

—¿No lo es? —Se llevó las rodillas al pecho y se me retorció el estómago.

—No. Me han asignado a una nueva base. Dentro de tres meses estaré en la Base Conjunta Lewis-McChord, en el Estado de Washington.

—Ese no es el Washington que esperaba. —Sus hombros se desplomaron y se colocó el cabello rubio detrás de las orejas.

—Ya. —Tragué saliva—. No iba a decírtelo en tu cumpleaños, aunque… —Mierda. ¿Qué quería decir?—. Aunque no debería importarte…

—Por supuesto que me importa que vayas a irte a la otra punta del jodido país. —Se puso de pie envolviéndose la cintura con los brazos—. Y sé que no tengo derecho a esperar nada, en Savannah dejaste muy claro que no estamos juntos, pero esperaba… —Cerró los ojos y dejó salir un suspiro largo, lleno de frustración—. No sé qué esperaba.

—Yo sí. —Avancé hacia ella y cogí su rostro entre mis manos—. Esperaba estar mucho más cerca de ti. Esperaba que por fin pudiéramos ser más que una posibilidad.

Llevó su mano a mi pecho.

—Yo también.

Ahí estaba. Todo lo que necesitábamos decir y todo lo que no podíamos.

—¿Cuánto tiempo estarás allí? —preguntó.

—Probablemente tres años —dije con toda la suavidad que pude.

Se le cortó la respiración y la guerra de emociones que se desató en sus ojos me oprimió el pecho.

—Tres años.

—Y eso no es todo. —Mierda. Había evitado aquello desde que había cruzado esa puerta y, sin embargo, allí estaba, entrando de lleno—. La unidad a

la que me dirijo tiene asignada una rotación dentro de unos meses. Otro viaje. —Apenas conseguí pronunciar las palabras cuando parecía que cada una la atravesaba.

—Te… —El labio inferior le temblaba—. ¿Te irás de nuevo?

Pasé el pulgar por sus labios e intenté ignorar el sentimiento devastador en el centro de mi pecho.

—Siempre regresaré, Isabeau. Son viajes cortos y frecuentes siempre que no nos pidan una extensión. Tú estás estudiando Derecho. Tienes cosas más importantes en las que concentrarte que en alguien que está a cinco mil kilómetros de distancia.

—Y acordamos no tener algo a distancia. —Una sonrisa triste elevó las comisuras de su boca—. Ya hablamos de este tema.

—Exacto. No te haría algo así. Incluso cuando esté en Estados Unidos, posiblemente me encontraré en alguna escuela u otra haciendo formaciones y solo nos quedarían los fines de semana. —Fines de semana que serían mi vida entera; pero no aceptaría lo mismo para ella.

—Tal vez tenga suficiente con los fines de semana. —Sujetó con fuerza mi camiseta.

—Hasta que deje de ser así. Hasta que no aguantemos más. Hasta que termine por rompernos. Los últimos nueve meses me han parecido una eternidad. Te he echado de menos cada segundo de cada día, Izzy, y ni siquiera tenemos una relación. Imagínate cómo serían tres años. —Me incliné y apoyé mi frente contra la suya—. Mataríamos nuestra oportunidad. No quiero desperdiciarla por usarla antes de tiempo.

—¿Entonces por qué has venido? —preguntó en voz baja, con sus ojos buscando los míos.

—Porque no he podido evitarlo. —La verdad era sencilla, pero lo complicaba todo.

—¿Y esto es lo que quieres para nosotros? —Me sujetó la nuca con una mano—. ¿Ser qué? ¿Amigos por correspondencia? ¿Conocidos? ¿Quieres que yo salga con otros mientras tú sales con otras?

Mi mandíbula tembló.

—Por supuesto que no es eso lo que quiero —conseguí decir. Me había hablado de los tipos con los que había salido cuando no estaba. Todos estudiantes de Derecho. Todos vivían cerca de ella. Todos eran infinitamente más capaces de hacerla feliz—. Pero eso es lo que tenemos. Quiero que vivas, Izzy. Quiero que vayas a clase y que te entusiasmen los viernes por la noche. Quiero que sonrías y que rías y que no pases los meses encerrada en tu habitación esperándome. Me mataría verte desperdiciar tu vida de esa forma. Quiero darnos la oportunidad que merecemos, lo que significa que ambos tenemos que estar de acuerdo en cuál es el momento adecuado y este… no lo

es. Todavía no.

—¿Has pensado en renunciar? —Le pregunta fue apenas un susurro y a pocas palabras de distancia de una petición.

—¿Y hacer qué? —Alcé la cabeza.

—Oh, no lo sé. —Se encogió de hombros, en su sonrisa no había nada de alegría—. En el avión dijiste que querías enseñar.

Ese sueño parecía estar a una vida de distancia.

—Podríamos mudarnos a algún sitio donde pudiéramos ver cómo se mecen los pinos —continuó—. Como un destino de esquí. O una de esas torres de vigilancia desde las que se puede contemplar la naturaleza en busca de incendios.

—Eso sí sería aprovechar tu educación —me burlé.

—Vamos. Sígueme la corriente. —Me tiró de la camisa y me rogó con la mirada—. Soñemos juntos durante un rato.

Llevé las manos a su cintura y la acerqué hacia mí, ignorando el latido de mi entrepierna, que todavía no había abandonado la esperanza de que cambiara de opinión. No iba a hacerlo.

Ella valía más que una sola noche y yo apostaba al largo plazo. A muy largo plazo.

—Podríamos abrir un restaurante —sonreí.

—¿Sabes cocinar? —preguntó.

—No. —Sacudí los hombros con una risa amarga.

—A mí el sándwich de queso a la plancha me sale regular.

Le besé la frente.

—Ya está: abriremos un restaurante de sándwiches a la plancha.

Se rio, sacudiendo la cabeza.

—Venga. Vamos a la cama.

Irse a dormir significaba que estábamos más cerca del momento de mi partida.

—Lamento haber arruinado tu cumpleaños —susurré—. No era mi intención.

Señaló el reloj en la pared.

—Son las once y media, eso significa que todavía puedes salvarlo si aceptas acostarte conmigo. Aunque solo sea para dormir.

—Solo para dormir —repetí, sabiendo que acostarme a su lado iba a regalarme una noche de insomnio en la que nos imaginaría recreando cada fantasía que había tenido en los últimos nueve meses. Sonaba como la más deliciosa de las torturas y yo estaba dispuesto a aceptarla.

Ella retrocedió despacio.

Y yo la seguí.

CAPÍTULO 17

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

—Vas a pasarte toda la mañana aquí escondido? —preguntó Torres apoyado contra la puerta con un tobillo cruzado sobre el otro.

—Solo son las siete de la mañana, y no me estoy escondiendo. —Pasé la página del libro y lo ignoré; estaba recostado contra el respaldo de la cama con las piernas estiradas frente a mí.

—A mí me parece que sí te estás escondiendo.

No me estaba escondiendo. Ya estaba vestido, armado y listo. Pero no había comenzado mi turno. Era el de Graham, un hombre perfectamente capaz de custodiar el desayuno de Izzy y Soplapollas.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —le pregunté a Torres cogiendo el rotulador de mi mesita de noche para subrayar una línea, pero me detuve en la mitad. Nunca iba a darle el libro a Izzy. Ya tenía por lo menos media docena, todos subrayados y en cajas. «Es difícil abandonar las viejas costumbres».

—Ey, solo estoy aquí porque parece que has perdido la cabeza. —Se encogió de hombros—. De lo contrario, ya estarías allí intentando convencerla de que no vaya a Kandahar.

—Mi cabeza está perfectamente. —Leí el mismo párrafo dos veces antes de rendirme y cerrar el libro—. Y me estoy dando cuenta de que no es mi trabajo convencerla de nada. Ya tiene a alguien para eso.

Soplapollas. Se iba a casar con Soplapollas. Después de todo lo que la había hecho pasar, igualmente iba a decirle que sí y llevaba su anillo en la mano izquierda.

Me masajeé el pecho justo por encima del esternón y sentí contra mi piel cómo mi amuleto de buena suerte se movía en la cadena. Ya era hora de que lo dejara en casa, de que por fin reconociera que atraía la mala suerte, pero cada vez que me lo quitaba, me lo volvía a poner.

—Sí. Parece que lo tienes todo bajo control. —Torres puso los ojos en blanco—. Te juro por Dios que nada te jode tanto como esa mujer.

—No me está jodiendo. —Giré la página con más fuerza de la necesaria.

—Entonces tal vez sea ese el problema. —Se despegó de la puerta y entró a la habitación—. ¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis en el mismo sitio y no terminasteis en la cama?

Apoyé el libro en la mesita de noche, porque leer con Torres metiéndose en mi cabeza era un esfuerzo estéril.

—Nueva York.

—Sí, eso pensaba. —Se masajeó la nuca—. ¿Quieres que vuelva Jenkins para que te reemplace?

—No. —Por más enfadado que estuviera, por más decepción que me provocara que Izzy se hubiera conformado, iba a completar la misión, no la pondría en riesgo.

Alguien golpeó mi puerta.

Musité un insulto y bajé las piernas de la cama para ir a atender. Cuando abrí la puerta, encontré a Graham al otro lado.

Torres se escabulló hacia el pasillo.

—Muy bien, ahora puede lidiar él con tu malhumor.

—Ha llegado nueva información de inteligencia —dijo Graham con el rostro contraído—. Hay una reunión.

—Vamos. —Me colgué el rifle del hombro y cerré la puerta de la habitación. Había llegado la hora de enfrentarme a la realidad y a Soplapollas.

Tal vez sí me había estado escondiendo.

Media hora más tarde, la reunión había terminado y yo pasé de evitar a Izzy a ir a buscarla. En otras circunstancias, no hubiera vacilado: estaba en un país en vertiginoso deterioro y mi única misión era sacar de allí a tantos estadounidenses como pudiera.

Pero estas no eran circunstancias normales. Tenía que pensar en Izzy.

Atravesé el vestíbulo repleto de la embajada y entré en la sala en la que se habían reunido los equipos de los congresistas pasando junto a Parker, que montaba guardia en la puerta. Tardé dos segundos en encontrar a Izzy entre el caos controlado de la sala.

Estaba de pie en la otra punta, sosteniendo el teléfono entre el hombro y la

oreja mientras los asistentes movían archivos en el borde de la mesa. Uno casi tiró un ordenador. Al parecer, no éramos los únicos que estaban nerviosos.

Después de un rápido escaneo para asegurarme de que Soplapollas no estuviera en las inmediaciones, me dirigí hacia Izzy. Llevaba puesto un pantalón azul marino y una blusa un poco más clara, y el cabello recogido en un moño bajo que parecía que podría sobrevivir a un casco. Porque solo con un casco la iba a dejar salir de ese edificio.

—Por supuesto que no es molestia —dijo al teléfono, y tuvo que mirar dos veces cuando me vio acercarme—. Es usted quien está despierta en mitad de la noche.

Tenía los ojos un poco rojos, pero no el tono de rojo que yo tan bien conocía y que significaba estuve-toda-la-noche-despierta-teniendo-un-orgasmo-detrás-de-otro. Estaba bien maquillada, pero tenía hinchada la piel debajo de los ojos; había estado llorando. Alzó el mentón y me miró fijamente, como si me estuviera desafiando a hacer algún comentario.

—Absolutamente, senadora Lauren —continuó.

—Tenemos que hablar —dije en voz baja para que la senadora no pudiera oírme. Izzy suspiró.

—Creo que hay problemas con la seguridad —dijo al teléfono—. El jefe de nuestro destacamento necesita hablar conmigo.

Asentí.

—Espere que lo pregunto. —Tapó el micrófono—. ¿La misión de hoy está en riesgo?

—Que estés en este país es un riesgo. Ayer cayeron tres provincias más.

Abrió los ojos y apretó el teléfono con fuerza.

—Pero no la provincia de Balj —la tranquilicé—. Mazar-e Sarif sigue en pie.

Suspiró aliviada y destapó el micrófono.

—Senadora, creo que tenemos un problema. Si no le importa esperar, buscaremos un lugar más reservado.

Izzy avanzó hacia la puerta y yo le hice un gesto para guiarla fuera de la sala de reuniones hacia una oficina cercana que estaba vacía. Revisé la habitación con una mirada rápida, cerré la puerta a nuestras espaldas, Izzy apoyó el teléfono en el escritorio atiborrado y presionó el botón del altavoz.

—Está en altavoz, senadora Lauren, pero en la habitación solo estoy yo y el sargento Green —dijo Izzy cruzando los brazos sobre su pecho. Había algo diferente en ella, pero no logré identificar qué.

—Sargento Green, tengo entendido que usted es el jefe de seguridad de mi equipo, ¿es así? —preguntó la senadora en un tono sorprendentemente alerta teniendo en cuenta que casi era medianoche en DC.

—Así es, señora.

—¿Qué puede decirme sobre la seguridad del viaje a Kandahar que Isa tiene planeado para hoy? —preguntó.

Por un segundo, hice como si la mujer que estaba frente a mí no fuera Izzy, como si no fuera más que cualquier enviada en cualquier misión. Pero no era así.

—La situación en Kandahar es preocupante. La ciudad lleva meses asediada, y todavía no ha caído, pero hace seis días se les pidió a todos los civiles que evacuaran y el aeropuerto está bajo amenaza constante. No estoy a favor de llevar a la señorita Astor hacia ese panorama. Los visados de los equipos están aquí y, hasta donde sé, el plan es que la Fuerza Aérea afgana los evacúe mañana. La verdad es que no veo razones para el viaje. Sí, habrá buenas fotografías cuando lleguen a Kabul, pero llevar los visados en persona pone a la señorita Astor en un peligro innecesario.

Izzy cambió el peso de su cuerpo y se apoyó contra el borde del escritorio que estaba más vacío.

—No me importa el peligro.

—A mí sí —respondió la senadora—. Y eso complica lo que tengo que decirte.

Me puse tenso por el tono de la senadora.

—Esta tarde hemos recibido una llamada de la entrenadora y parece que no están cómodos con el plan de evacuación.

Izzy juntó las cejas.

—¿No?

—No. Dicen que, dado el estado en que se encuentra la ciudad, no confían en ninguno de los hombres que dicen ser de la Fuerza Aérea afgana para coordinar el viaje.

—Mierda —musité entre dientes, masajeándome la nariz.

Izzy me fulminó con la mirada.

—Ya veo.

—Newcastle les ha preguntado qué los haría sentirse seguros y mencionó que tú estabas en el país, pensando que eso iba a darles algo de tranquilidad —continuó la senadora.

Me contuve de volver a maldecir cuando entendí exactamente a dónde iba esta conversación.

—Dicen que solo confían en ti, Isa.

Mierda. Odiaba tener razón.

—Oh. —Izzy se cogió del borde del escritorio—. ¿Eso es porque no confían en la Fuerza Aérea?

—No confían en que sean quienes dicen ser —dije—. Por desgracia, es un problema común. Supongo que el equipo estará oculto en caso de que caiga la ciudad, ¿no?

—Así es —respondió Izzy—. Se suponía que iban a ser trasladados…

—Al aeropuerto para evacuar mañana —terminé—. Por eso iban a encontrarse contigo para los visados.

Izzy asintió.

Mi mente se puso a trabajar.

—¿Si consigo enviar una agente para que se haga pasar por la señorita Astor será suficiente?

Izzy sacudió la cabeza mientras la senadora Lauren decía:

—No, me temo que no.

—Hicimos algunas llamadas por Skype para planificar la operación —dijo Izzy—. Me conocen.

El silencio se apoderó de la oficina.

—Isa, no voy a pedirte que te pongas en peligro para sacar a esas chicas… —comenzó la senadora.

—No podemos dejarlas aquí —interrumpió Izzy clavando su mirada en la mía.

—¿Podemos hacerlo de forma segura…? Lo siento, no sé su nombre —dijo la senadora.

—Es a propósito, señora. —Miré el mapa de Afganistán enmarcado que colgaba de la pared pensando en la reunión de seguridad, los objetivos amenazados y en las chicas cuyo único crimen era su inteligencia y su educación—. ¿Son seis?

—Y los padres —me explicó Izzy—. Y también algunos hermanos.

Asentí.

—En este momento, el aeropuerto de Kandahar está bajo control de las Fuerzas Especiales afganas. Si podemos llevar al equipo hacia el aeropuerto y tenemos suerte de encontrar un espacio seguro para aterrizar… siempre pensando en pasar el menor tiempo posible en tierra… se puede hacer. —Odiaría cada minuto, pero podíamos lograrlo.

—¿Con el menor riesgo para la señorita Astor y para las vidas estadounidenses? —preguntó la senadora.

—Con todo respeto, señora, no existe tal cosa como el menor riesgo en este país y en este momento, pero el peligro para esas niñas es considerable si se quedan donde están.

—¿Isa? Jamás te pediría que pongas en riesgo tu vida.

—Lo sé. —Izzy tragó saliva y se quiso acomodar el cabello detrás de las orejas, aunque ya lo tenía sujeto en un moño. Estaba nerviosa.

—Hoy es el día —dije—. Al ritmo con el que se está desmoronado este país, Kabul caerá el próximo mes (si no antes) y lo cierto es que no sé cuánto tiempo más tiene Kandahar.

—Los informes de inteligencia decían que teníamos entre seis y doce meses

—dijo despacio la senadora Lauren.

—Las cosas cambian, señora.

—Iremos hoy. —Izzy enderezó los hombros—. Llamaré a la entradora Niaz. Tengo su número. —Después de intercambiar cortesías y buenos deseos, terminó la llamada.

—Tienes una hora para despedirte de Soplapollas y luego tenemos que irnos —dije saliendo de la oficina y dejando atrás a Izzy.

Al parecer iríamos a Kandahar.

Tres horas más tarde, dejamos al resto de la comitiva de Izzy, volamos con los tres agentes de mi equipo y cuatro más, ya que ese día nadie saldría de la embajada. Despegamos con nuestra flota de cuatro Blackhawks, y deseaba que aún tuviéramos más potencia de fuego.

Izzy se sentó frente a mí como en el resto de los vuelos, mirando por la ventana. Yo le pasé los auriculares y el teléfono, pero no se los puse en las orejas como antes. Tomé el libro y alejé la vista antes de que ella pudiera rechazar mi oferta.

Después de ver a Covington en el pasillo la noche anterior, no estaba seguro de cómo podría reaccionar si Izzy me recordaba una vez más que con lo que yo era no bastaba.

Había conseguido ponerse en contacto con la entrenadora Niaz y en ese momento el equipo de ajedrez estaba de camino al aeropuerto. Estaban tan asustados como había insinuado la senadora Lauren, y no los culpaba. Con algo de suerte, aterrizaríamos en menos de una hora y volveríamos a despegar antes de que los talibanes se enteraran de que estábamos cerca y pudieran bombardearnos.

Eso no impidió que mi pulso se acelerara a medida que nos acercábamos a Kandahar.

Mientras aterrizábamos, guardé el libro, me colgué la mochila de los hombros y metí los auriculares y el teléfono en un bolsillo cuando Izzy me los devolvió. La distancia entre nosotros era palpable, dolorosa e inevitable. La llegada de Soplapollas había supuesto el recordatorio necesario de que el anillo en su dedo tenía un significado.

Los helicópteros tocaron tierra y todos salimos.

No era la primera vez que estaba en el aeropuerto de Kandahar, pero sin lugar a dudas podía ser la última. La destrucción por el bombardeo era obvia en los arcos decorativos caídos y en la pila de escombros contra el alambre de púas. También la pista estaba dañada.

El sol me calentaba los antebrazos mientras el equipo avanzaba, caminando rápido hacia la terminal donde nos encontraríamos con nuestro contacto de la armada afgana. Mantuve a Izzy a mi lado y la mirada alerta procesando cada detalle del entorno, con Graham cubriéndonos las espaldas.

Un oficial afgano nos esperaba al final de la pasarela que conectaba la aeronave con el aeropuerto, escoltado por seis de sus soldados. Parecía que habían vuelto del mismísimo infierno.

—Treinta centímetros —le dije a Izzy cuando nos alejamos lo suficiente del ruido de los motores como para poder oír mi propia voz.

—No llega a tanto —respondió en voz baja aferrándose a la tira de su cartera.

—Muy graciosa —musité—. Treinta centímetros es lo máximo que puedes alejarte de mí mientras estemos aquí.

—¿No confías en las fuerzas afganas? —preguntó por lo bajo.

—Confío mucho en algunos de ellos. —Dejé las manos en el rifle—. Pero no he logrado sobrevivir aquí tanto tiempo confiando en personas que no conozco personalmente. —Y con ella no confiaría en nadie.

—Entendido. —Me miró cuando estábamos a mitad de la pasarela—. ¿Y si necesito hacer pis? ¿También se aplica la regla de los treinta centímetros?

—Estaré encantado de acercarte el papel higiénico.

—Muy gráfico. —Frunció la nariz.

—Has sido tú quien ha sacado el tema. Solo estaremos aquí una hora, ¿recuerdas? Aguántate.

Llegamos hasta nuestro contacto y estreché la mano del joven capitán mientras los demás las mantenían en las armas.

—¿Están listos los evacuados?

—Llegaron hace treinta minutos —dijo, guiándonos por la terminal. Dos agentes se quedaron atrás vigilando la entrada y las inmediaciones—. Estamos perdiendo las fronteras de la ciudad, pero la carretera al aeropuerto aún resiste.

—Me alegra oír eso. —Si la perdían, no habría evacuación para nadie. Estaríamos oficialmente rodeados.

El aire acondicionado todavía funcionaba, lo que fue una agradable bienvenida. El suelo y las sillas estaban cubiertos de polvo y a la altura de mis ojos había dos ventanas tapadas con tablones.

Izzy se llevó la mano a la tira debajo de su mentón.

—Déjatelo puesto.

—Tal vez asuste a las niñas si llego vestida como si pudieran bombardearnos en cualquier momento —susurró.

—Dudo mucho que se sorprendan. —Pasamos junto a grupos de militares y civiles que esperaban a ser evacuados—. Los niños aquí no son ajenos a la guerra como los niños estadounidenses. El casco se queda.

—¿Vas a ser así de agradable todo el viaje? —Alzó una ceja, pero cumplió mis instrucciones al pie de la letra.

—Sí.

—Aquí se ve bien —dijo Graham avanzando hacia un área a la derecha.

Miré su recomendación: filas de sillas que conformaban lo que había sido una sala de espera exclusiva. Sin ventanas tapiadas. Cristales que podíamos romper si necesitábamos escapar. Una línea recta hacia la pista. Estaba expuesto, pero era defendible y podíamos controlar el entorno.

—Sí. Servirá. —Le hablé al oficial afgano—: Por favor, traiga los evacuados aquí.

—Están esperando en…

—Aquí —dije en un tono que no dejaba lugar para discusiones.

Miró por la ventana hacia nuestros helicópteros y asintió; luego, en pashto, les ordenó a dos de sus soldados que escoltaran al equipo de ajedrez hasta nosotros.

Los otros agentes se separaron para cubrir mejor el perímetro.

—Estarán aquí en un momento —dijo el capitán en inglés—. ¿Algo más con lo que podamos ayudarlos?

—No, gracias —respondí—. Seguro que tienen cosas más importantes que hacer.

—Así es. —Estrechó mi mano y se alejó dejando a dos de sus soldados con nosotros.

Izzy y yo nos quedamos parados en medio de la sala de espera.

—¿Mandó a los soldados a buscarlos? ¿Estás seguro?

Asentí.

—Hablo pashto.

—Cómo no. —Sacudió la cabeza—. ¿Tienes otras nuevas habilidades?

—No. —Miré alrededor, no del todo tranquilo. Sabía que allí deberíamos estar a salvo, pero Izzy era un fantástico y valioso trofeo para nuestros enemigos.

—Solo es algo más que no me contaste. —Su tono era bajo, pero cortante.

—No me pareció que valiera la pena malgastar el espacio de una carta mencionándote la cantidad de idiomas que hablo y nunca me gustó hacerte perder el tiempo. Pero parece que tú… —Trabé la mandíbula para contener las palabras. No era el momento ni el lugar para discutir con ella.

Me miró entrecerrando los ojos.

—Suéltalo.

Sacudí la cabeza.

—Sé que estás molesto por lo de Jeremy. Vi la decepción en tus ojos. Lo conozco lo suficiente como para adivinar sus emociones, sargento Green. O así era antes. —Cruzó los brazos sobre su pecho y tamborileó con los dedos en el brazo.

—No tienes ni idea de lo que pienso de Soplapollas.

—Como si el nombre no fuera una pista. —Sus dedos se movieron más rápido.

La furia creció, nublando mi sentido común.

—Te abandonó en Georgetown —dije tan despacio como pude.

—Así fue.

—Te obligó a graduarte antes de tiempo, a dejar a tus amigos e inscribirte en una universidad que no era tu primera opción y luego te abandonó. —Le disparé una mirada de desconcierto.

Torres alzó una ceja en mi dirección desde su posición en una pared cercana; era obvio que podía oírnos.

—Me acuerdo. Estaba allí.

—Sí, bueno, yo también. —Miré al resto del equipo, todos estaban haciendo exactamente lo que debían. Yo era el único que se comportaba como un adolescente discutiendo con una mujer que ni siquiera era mi ex.

—No te creas superior. Jeremy no es el único que me dejó plantada.

Ignoré la acusación porque era cierta. Pero era evidente que a él lo había perdonado y a mí todo lo contrario.

—¿Cuándo volvisteis a estar juntos? ¿Antes de Nueva York? —Eso lo explicaría todo.

—¡No! —siseó—. Cuando fui a DC. Mis padres me invitaron a almorzar y estaba él con su familia… —suspiró—. No tengo que darte explicaciones.

—No —coincidí—. Y ninguna explicación sería suficiente. Te mereces mucho… más.

Giró la cabeza para mirarme y ocurrieron tres cosas al mismo tiempo.

Por fin descubrí qué me había estado llamando la atención cuando se frotaba las manos. Era lo que no tenían: el anillo de compromiso.

El equipo de ajedrez apareció por el pasillo, escoltado por los soldados afganos.

Y la pista explotó.

CAPÍTULO 18

IZZY

Georgetown
Diciembre de 2016

Si en casa eran las nueve de la mañana, en Afganistán era de noche, lo que significaba que tal vez estaba comiendo al mismo momento que Nate. Claro que él estaría cenando y yo jugueteando con una pila de tortitas, pero aun así era como estar comiendo juntos.

—Por eso se está especializando en oenegés. ¿No es así, Izzy? —El tono de Serena reclamaba mi atención.

Pestañeé, alcé la vista de mi desayuno y encontré a Serena alzando una ceja desde el otro lado de la mesa.

—Claro. Sí. Exacto —coincidí. Se suponía que era una cita doble y yo no estaba cumpliendo mi parte del trato. Miré a Ramón, el novio de turno de Serena, y luego al amigo que había traído para mí.

Mierda. ¿Cómo se llamaba? ¿Sam? ¿Sandy? ¿Shane? Algo con S. No era feo. Tenía unos bonitos ojos marrones, piel bronceada e impoluta y una sonrisa atractiva. Solo que…

Yo no tenía remedio.

—Me encanta que te especialices en oenegés —dijo y sonrió mostrándome los dientes.

—¿Y tú? —Estaba claro que podía mantener una conversación.

Juntó sus cejas oscuras.

—Tecnología, ¿recuerdas?

Serena me pateó debajo de la mesa.

—¡Por supuesto! —le disparé una mirada a mi hermana—. Me refería a cómo imaginas tu futuro en esa rama en particular.

—Ah. —Volvió a sonreír—. Me estoy especializando en el mercado financiero y en cómo hacer que la banca sea más accesible en zonas remotas.

Zonas remotas como donde estaba Nate. Mis pensamientos se ahogaron en su monólogo.

Dios, ¿cuál era mi problema? Hacía meses que no podía mantener una relación y allí estaba otra vez, escogiendo pensar en Nate antes de estar con un tipo de carne y hueso. Tal vez también había sido eso lo que había salido mal con la última relación de Nate. Había estado viendo a alguien durante unos meses y por un minuto había dudado que fuéramos a hacer el viaje a Fiji que habíamos reservado para junio. Y, bueno, también me había puesto celosa. Todo muy sano.

En los dieciocho meses que habían pasado desde nuestro último encuentro, habíamos cambiado las cartas por correos electrónicos e incluso esos habían sido menos frecuentes porque había vuelto a enrolarse. Había perdido la cuenta de cuántas veces se había enrolado ya.

Mi teléfono vibró sobre la mesa y Serena torció la cabeza cuando lo levanté para mirar si me había llegado un mensaje, pero solo era un e-mail. Había configurados las alertas semanales de Google y debían ser los artículos de esa semana.

Salvo que esta vez era diferente.

Mi corazón se detuvo cuando vi el asunto: Nathaniel Phelan.

Dejé de respirar y clavé el dedo en la pantalla como si eso fuera a hacer que la aplicación se abriera más rápido. Estaba bien. Tenía que estar bien. Que no estuviera bien no era una opción. Y, sin embargo, no podía respirar. Toqué el enlace y un rugido sordo llenó mis oídos mientras cargaba un sitio web de obituarios.

No.

Mi mundo no existía sin él en alguna parte.

Pestañeé y apareció el artículo: «Alice Marie Phelan». Leí el obituario con el estómago revuelto. «La sobreviven su esposo David y su único hijo, Nathaniel».

La madre de Nate había muerto. Según el obituario, su funeral era ese mismo día a las cuatro de la tarde.

Debía estar devastado.

—Tengo que irme. —Tomé un billete de veinte del monedero, lo arrojé sobre la mesa y salí corriendo hacia la puerta antes de que Serena pudiera pronunciar mi nombre.

A las cuatro menos cuarto de la tarde estaba saliendo del automóvil que había alquilado en el aeropuerto más pequeño que había visto jamás y abriendo el paraguas que llevaba conmigo. Solo había tenido una hora para cambiarme en la única habitación de hotel libre en todo el pueblo (que también era la más cara), pero tenía un vestido negro en el armario, listo para meter en la maleta de cabina. ¿Conseguir un vuelo en el último momento? Eso había sido… complicado. Pero lo había logrado.

Creía que Illinois en diciembre significaba nieve, pero una lluvia helada golpeaba contra el paraguas mientras rodeaba la parte delantera del automóvil hacia el cementerio. Con el corazón latiendo a toda velocidad, avancé hacia el pequeño grupo reunido allí cerca, los tacones se enterraban en el césped marrón a cada paso.

El teléfono vibró en mi bolsillo y me costó cogerlo del abrigo. La vista previa de un mensaje apareció en pantalla:

Mamá: Me ha dicho Serena que esta mañana te has escapado de un desayuno.

¿Elegía ese preciso momento para preocuparse por mí?

Sacudí la cabeza y volví a meter el teléfono en el bolsillo.

La gente avanzó y yo seguí la marea de paraguas hasta llegar a la última fila de unas tres docenas de sillas plegables dispuestas para la ceremonia al borde de la tumba.

Vi coronas de flores de colores brillantes y un ataúd elevado y cerrado bajo un amplio toldo verde mientras la multitud avanzaba por el pasillo, algunos tomaban asiento y otros continuaban, daban la vuelta y regresaban sobre sus pasos.

Iban a darle el pésame a la familia.

Se me retorció el estómago y apreté el paraguas con todas mis fuerzas mientras por primera vez pensaba que tal vez había cometido un error. Había estado tan preocupada por llegar a tiempo que no había considerado que tal vez no tenía que ir.

Había muchas posibilidades de que Nate no quisiera verme o que ya estuviera con alguien. Al fin y al cabo, tampoco me había llamado.

O tal vez ni Nate estaba allí y yo avanzaba entre una multitud de completos desconocidos.

En cualquier caso, no estaba segura de ser bienvenida.

Tal vez lo mejor que podía hacer era buscar un asiento sin más.

Mi bolsillo volvió a vibrar. Cogí mi teléfono. Otro mensaje aparecía en pantalla.

Mamá: ISABEAU ASTOR, te conviene responderme AHORA.

Mamá: ¡No me hagas mandar a alguien a buscarte!

Tecleé una respuesta rápida.

Isabeau: Ha muerto la madre de mi amigo Nate. Estoy en el funeral. Te escribo luego.

Volví a guardar el teléfono en el bolsillo deseando que eso bastara para evitar que se volviera loca.

—Qué pena tan grande —dijo una mujer a mis espaldas—. La verdad es que Alice era un ángel.

—Esa curva siempre ha sido peligrosa. Carl me dijo que las marcas de los neumáticos indicaban que el chico de los Marshall iba contra dirección —agregó otra en voz baja mientras pasábamos la tercera fila de asientos mojados —. Se golpeó la cabeza.

Se había muerto en un accidente de coche.

—Fíjate —dijo la primera mujer con un suspiro—. No pueden ni estar cerca el uno del otro.

Miré sobre mi hombro con tanta discreción como pude y vi una mujer con un mechón gris en el cabello castaño que se inclinaba hacia la derecha para mirar a través de mí.

—Las dos sabemos que el chico no había vuelto a casa desde que entró al ejército —respondió la amiga—. Siempre fue un rebelde.

—¿Puedes culparlo después de lo que David…? —Se calló—. Bueno, la verdad es que ninguno de nosotros hizo mucho por él, ¿no te parece?

Me incliné hacia la derecha mirando a través de la media docena de personas que tenía delante.

Y lo vi.

Mi pecho amenazó con cerrarse, pero me obligué a respirar. Nate estaba de pie, estoico, junto al ataúd al final del pasillo, la lluvia caía sin piedad, empapándole el cabello y la gabardina negra. Asintió con la cabeza a algo que le dijo la mujer frente a él, estrechó la mano del siguiente hombre mientras ella avanzaba y se giró a la izquierda, donde había alguien que no llegaba a ver.

No pude despegar la mirada de su perfil mientras la fila avanzaba a paso firme. Saludaba a cada persona sin mostrar emoción, con los mismos movimientos robóticos, la cabeza hacia delante y una expresión vacía en su rostro que literalmente me hería el corazón.

El viejo que tenía delante de mí se giró hacia Nate:

—Lo lamento mucho, hijo. Tu madre era un tesoro.

—Gracias —respondió Nate estrechando la mano del hombre sin expresión en la voz, sin vida.

El hombre se dio la vuelta hacia el pasillo y yo tomé el lugar que había

dejado echando el paraguas hacia atrás para alzar la vista hacia Nate.

—¿Isabeau? —Abrió mucho sus ojos enrojecidos cuando encontró los míos.

—Lamento mucho lo de tu madre, Nate. —Subí el paraguas para cubrirnos a ambos.

Me miró en silencio durante un largo segundo, luego tiró de mí y me abrazó con fuerza. Envolvió mi espalda en sus brazos y sentí el calor de cada rígido músculo de su cuerpo con la mejilla apoyada en la mojada y helada solapa de su abrigo.

—He venido apenas me he enterado —susurré.

Debió haberse inclinado, porque sentí su mentón apoyado sobre mi cabeza junto donde había sujetado mis trenzas en un recogido.

—Gracias.

—Te veo luego —dije.

—Quédate. —Relajó los brazos y, cuando hice un movimiento para retroceder, tomó mi mano libre y me pegó a su lado izquierdo, entrelazando sus dedos helados con los míos antes de pasar a la siguiente persona.

Sostuve el paraguas sobre él lo mejor que pude. Quedaba poca gente, pero hice un gesto de agradecimiento con la cabeza a cada uno cuando me daban sus condolencias por la muerte de una mujer a la que no había conocido. Una mujer a la que Nate quería con todo su corazón.

Pasaron las últimas personas, el sacerdote tomó su lugar bajo el toldo y yo quedé frente a un hombre al que no me tenían que presentar para saber que era el padre de Nate.

Nate era unos centímetros más alto, pero tenían la misma nariz, la misa estructura facial y, aunque sus ojos eran más oscuros que los de Nate, me parecieron infinitamente más fríos cuando se entrecerraron sobre mí.

—Tomemos asiento —dijo el oficiante—. Comenzaremos en unos minutos.

Nate se colocó entre su padre y yo, luego ocupó el asiento del pasillo, estremeciéndose cuando me senté en la silla de metal junto a él.

—Lo siento. Debes estar congelándote.

—No te preocupes por mí. Estaré bien. —Mi abrigo de lana estaba empapado, pero movía el paraguas para intentar cubrirlo. Extendió la mano sobre mi regazo para buscar la mía y yo se la entregué apretándolo con fuerza.

—Solo tenían un toldo —dijo mirando al sacerdote—. Y me pareció que él tenía que estar a cubierto.

—Bien visto. —Masajeé con el pulgar su piel helada deseando hacerlo entrar en calor de otra manera.

—¿Cómo lo has sabido? —Miró en mi dirección.

—Tengo una alerta de Google con tu nombre —admití—. Pero es semanal.

Debería haberla configurado diariamente y así me hubiese enterado antes y podría haber llegado con más antelación.

—Me alegro de que estés aquí ahora. —Apretó mi mano—. Y si hubiese podido pensar en… algo durante esta semana, seguro que te hubiera llamado, pero creo que no sabía lo mucho que quería que estuvieras aquí hasta que te he visto. —Su mirada viajó hacia el ataúd—. Tuvo un accidente de coche y murió en el acto. —Movió la garganta mientras tragaba saliva—. Lo bueno es que no sufrió.

—Así es —coincidí sin saber bien qué decir ni por qué estaban vacías las sillas a mi lado—. Pero igualmente lamento mucho que la hayas perdido.

—No puedo hablar de ella. No aquí. Ni en ninguna parte. Sencillamente no puedo.

—Entonces no lo hagas.

Asintió y comenzó el servicio.

Me pareció corto, pero solo podía compararlo con el de mi abuelo. Habló la tía de Nate y su padre recitó un verso, Nate sacudió la cabeza cuando el oficiante lo miró. El viento comenzó a soplar con más fuerza y me adormeció el rostro.

Me puse de pie cuando Nate se puso de pie.

Me moví cuando él se movió.

Fui adonde él fue.

Solo quedábamos nosotros y lo que debía ser su familia directa cuando el personal del cementerio estuvo listo para meter a la madre de Nate bajo tierra.

Nate se puso tenso cuando su padre se nos acercó junto al ataúd.

—Vamos a tener que hablar sobre la granja. —Su padre plantó sus pies frente a Nate y se inclinó—. No puedes seguir evitándome, muchacho.

Su tono me dijo todo lo que necesitaba saber sobre la relación.

«—¿Hay algo a lo que le temas? Tiene que haber algo, ¿no?».

«—Claro. Parecerme remotamente a mi padre».

¿No era lo que me había dicho Nate ese día en la playa?

Nate soltó mi mano y alzó su brazo frente a mí para empujarme hacia atrás con delicadeza.

—No es el momento, David —dijo una de las tías mientras cerraba el paraguas porque la lluvia había parado. Tenía el cabello negro como Nate y la expresión en sus hombros indicaba poco aprecio por su cuñado.

Yo también bajé el paraguas y apreté el botón para cerrarlo mientras la tensión crecía.

—¿Y cuándo se supone que vamos a hablarlo? —disparó el padre de Nate —. No me ha dirigido una sola palabra desde que llegó a casa y todos sabemos que mañana regresará a Afganistán. ¿Hablamos desde allí?

«¿Mañana?». Mi corazón se detuvo.

—No es ningún secreto que Alice le dejó la granja a Nate —dijo otra tía de pie junto a su hermana—. Todos hemos visto el testamento.

—Debería ser mía —protestó su padre, pero Nate no movió un músculo—. Yo era su marido. —Como no podía llamar la atención de Nate, se dirigió a mí —: Tal vez tu guapa noviecit…

—No te atrevas a hablar con ella. —Nate dio un paso al frente y me instó a retroceder más.

Mierda. En todos los años que conocía a Nate, nunca lo había visto enfadado.

—¡Puede hablar! —Su padre alzó los brazos como si le estuviera agradeciendo a Dios—. ¿Ahora estás listo para hablar de la granja? Ha sido mi hogar mucho más tiempo que el tuyo.

—No tengo nada más que decirte. —Nate se alejó con los brazos aún extendidos frente a mí haciendo de barrera entre su padre y yo.

—¡O puedes huir como haces siempre!

—¡David! —gritó una de las tías.

—Limítate a pasar por la oficina del puto abogado y firmar para dejármela a mí —ordenó su padre con la voz más fría que el clima—. Es lo menos que puedes hacer después de haber pasado cinco años sin molestarte en venir a visitarla.

Me quedé boquiabierta.

—Izzy, voy a necesitar que te apartes —me advirtió Nate con un tono grave y letal que no había oído nunca antes.

—¿Nate? —Tenía que haber alguna forma de posponer la confrontación hasta que terminaran de enterrar a su madre, ¿no?

—Por favor. —No despegó los ojos de su padre.

Hice lo que me pidió y retrocedí varios pasos. Si Nate no alejaba la vista de su padre, era porque el pasado le había enseñado que le convenía no hacerlo.

—Tan amable con todos excepto con tu puta familia —dijo el padre mirándolo—. Firma los papeles y regresa a tu nueva y mejor vida. Los dos sabemos que no quieres la granja y no me cabe la menor duda de que no eres capaz de hacerla funcionar.

—Tienes razón. No la quiero. Pero no voy a dejártela a ti —replicó Nate con los brazos sueltos a ambos lados.

—¿Vas a echarme así sin más?

Nate sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—¿Qué cojones significa eso? —Las mejillas de su padre se enrojecieron de golpe.

—Significa que por ahora puedes vivir allí. —Nate se encogió de hombros.

—¿Por ahora? —Frunció las cejas y apretó las manos.

Mi pulso se aceleró.

—Durante meses. Durante años. Quién sabe. Pero algún día voy a venderla. —Nate bajó la voz y hasta los sepultureros detuvieron lo que estaban haciendo para mirar—. Y no te voy a decir cuándo, no te avisaré. —Sacudió la cabeza—. No. Quiero que tengas miedo. Quiero que te levantes cada día y te preguntes, preocupado, si ese será el día en el que lo que hiciste regresa para atormentarte. Quiero que sientas la misma ansiedad que ella sentía cada noche mientras esperaba a ver con qué humor regresabas a casa, cuando se preguntaba si ella sería tu saco de boxeo o si te desquitarías conmigo.

Mi estómago se desplomó. Cuatro años atrás, Nate había subido al avión con el labio partido. ¿Qué había dicho acerca de la herida? ¿De los nudillos heridos?

«No será la primera vez que alguien me haga daño, pero al menos ahora estaré armado». Hablaba de su padre.

—Y mi mayor remordimiento no es no haber venido a visitarla —continuó Nate—. Ella sabía que había jurado no volver a respirar nunca más el mismo aire que tú. Mi mayor remordimiento es que, por mucho que lo intenté, no logré convencerla de que se fuera ella también.

—Pedazo de mierda —dijo su padre abalanzándose hacia él. Sin embargo, antes de que yo pudiera gritar, Nate atrapó el puño que volaba en su dirección.

—Ahora necesitas mucho más que eso para hacerme daño. —Los nudillos de Nate se pusieron blancos y su padre gritó alejando su puño del alcance de Nate—. Ya no soy un adolescente debilucho. He pasado años acabando con matones como tú. Ya no me das miedo.

Su padre abrió mucho los ojos, se agarró la mano y se alejó lentamente de él.

—Te arrepentirás de eso. —La frialdad de su voz me hizo temblar.

—Lo dudo.

—Te quieres desquitar conmigo, ¿no, muchacho? —Alzó una comisura.

—Sí. —Nate bajó los brazos—. Pero no lo haré. Esa es la diferencia entre tú y yo.

—Sigue creyendo eso. —El padre de Nate escupió en el suelo, luego se dio la vuelta y se alejó hacia una F150 azul estacionada junto a la acera.

Madre mía. Así había crecido Nate y de algún modo había terminado siendo… Nate.

Se giró lentamente para mirarme y por un segundo no lo reconocí. Ese hombre no era el Nathaniel que yo conocía. No tenía ninguna duda de que el hombre frente a mí había ido a la guerra y había visto y hecho cosas que yo nunca acabaría de comprender.

Y, sin embargo, no me daba miedo.

—Te acompaño a tu coche —dijo sin dejar lugar para la conversación.

Asentí y su mano se relajó cuando la apoyó en la parte baja de mi espalda. Caminamos en silencio hacia el vehículo que había alquilado porque, por primera vez, me había quedado sin palabras. Había tensión en él, una inquietud con la que no sabía bien qué hacer. Estaba en territorio desconocido.

Mi teléfono vibró y lo busqué por pura costumbre, pero tenía los dedos rígidos por el frío y, sin querer, respondí y encendí el altavoz en lugar de ignorar la llamada.

—Mamá, te llamo…

—Dime que no has escapado de una cita con un prometedor desarrollador de sistemas para ir detrás de ese soldado, Isa, porque te juro que…

Clavé el dedo en la pantalla para apagar el altavoz y llevé el teléfono a mi oreja.

—¡Mamá! Te llamo luego. —Me hervían las mejillas de vergüenza. Nate la había oído.

—Demuestras una seria falta de juicio con tus actos.

—Es mi decisión. Te llamaré cuando regrese a DC. —Terminé la llamada con más violencia de la necesaria y le eché una mirada a Nate—. Lo siento. Es… mi madre.

Apretó la mandíbula.

—No tienes nada de qué disculparte. No dijo nada de mí que no sea cierto.

—Ni siquiera te conoce —protesté cuando llegamos al automóvil y yo cambié el teléfono por las llaves.

—¿Dónde te hospedas? —preguntó y enseguida se corrigió—: No sé por qué lo pregunto. Solo hay un hotel en el pueblo.

—Estoy en la habitación presidencial —respondí, abriendo la puerta que no me había molestado en cerrar—. Era lo único que les quedaba.

Apretó su mandíbula bronceada y asintió.

Dios, todo mi cuerpo, frío y empapado como estaba, me dolía por él.

—Me puedo quedar.

Miró hacia la tumba.

—No, te agradezco que hayas venido. De verdad. Pero quiero estar un rato a solas con ella. —Torció la boca en una mueca—. Si logro que mis tías se vayan.

—Vale.

—Odio que hayas visto eso. —No me miraba.

—Odio que hayas tenido que pasar por eso. —Tenía el abrigo empapado cuando agarré su brazo, desesperada por tocarlo, por consolarlo de cualquier forma—. Dime qué necesitas, Nate.

—Si lo descubro, te lo diré, Izzy. —Se alejó y yo lo dejé.

Até el cinturón del albornoz y me pasé el cepillo por el cabello húmedo mientras entraba al dormitorio de mi habitación de hotel por fin con la

temperatura suficiente para volver a sentir los dedos de los pies.

Serena ya me había llamado para disculparse por haberle hablado a mamá de mi huida del desayuno, pero yo no estaba enfadada con ella. ¿Mi madre? Esa era otra historia. Sentía como si hubiera pateado a Nate cuando ya estaba en el suelo a pesar de que yo sabía que en realidad ella quería darme a mí.

No había palabras para describir el dolor que sentía en el pecho por todo lo que había pasado Nate esa misma tarde y por haber sido tan completamente inútil para librarlo de algo. Ni de la pérdida de su madre. Ni de la crueldad de su padre.

Me senté en el borde de la cama a mirar el teléfono esperando encontrar un mensaje, una llamada perdida, alguna señal de que no iba a pasar la noche solo cuando estaba claro que le habían abierto el corazón y lo habían dejado desangrándose. Un suspiro se escapó de mis labios al ver la pantalla vacía y me tragué el nudo que inmediatamente se formó en mi garganta al imaginarlo pasando la noche con otra mujer.

«Supéralo». No era mío. No en ese sentido. Y no era quién para negarle cualquier consuelo que pudiera servirle. Dejé el cepillo en la mesita de noche junto a los medicamentos para el déficit de atención y luego recogí lo que quedaba de la bandeja del servicio de habitaciones de la pulida mesa del comedor. Había devorado la hamburguesa con queso tras digerir la medicación, hacía un par de horas. Abrí la puerta, dejé la bandeja en el pasillo e iba a volver rápido a la habitación para que nadie me viera sin nada más que el albornoz cuando el sonido del ascensor llamó mi atención.

Nate salió del cubículo hacia el pasillo pasándose las manos por el cabello mojado, aún vestido con el traje del funeral.

Nos miramos fijamente mientras avanzaba en mi dirección y sus pasos acortaban la distancia que nos separaba con una única cosa en mente. Mi pulso se aceleró hasta descontrolarse. Las horas que habíamos pasado separados no habían servido para calmar su agitación. Seguía caminando sobre esa peligrosa línea que separaba el que había sido cuando vivía aquí y el que era ahora… o en el que el ejército lo estaba convirtiendo.

Y en los segundos que tardó en llegar hasta mí me di cuenta que no me importaba cuál de sus versiones me tocara. Estaba intrínsecamente conectada a cualquiera de ellas. El tipo que era cuando vivía aquí era el que me había rescatado del accidente aéreo. Ese en el que se había convertido me había elevado al cielo en Georgia. Y el que era ahora… era el que hacía que mi corazón se acelerara y se derritiera al mismo tiempo…

Oh, por Dios.

Ese sentimiento en mi pecho…

Estaba enamorada de él.

Y al día siguiente iba a regresar a Afganistán.

Retrocedí hacia mi habitación, pero dejé la puerta abierta y él me siguió, olía a lluvia y a los vestigios de su colonia.

—Necesito… —Se giró hacia mí mientras cerraba la puerta y la confusión en sus ojos azul cielo casi me tumbó de rodillas—. Solo te necesito a ti.

—Vale. —Asentí.

—Izzy. —Fue al mismo tiempo un ruego y una advertencia mientras con la mirada recorría mi cuerpo en toda su extensión. El calor en sus ojos era inconfundible; era el mismo modo en que me había mirado en mi cumpleaños el año anterior—. No sé si entiendes…

—Sé lo que estás diciendo —susurré.

Nuestros ojos se encontraron y un segundo más tarde tenía la espalda contra la pared y la boca de Nate fusionada con la mía.

Su sabor era el mismo, pero el beso no se parecía en nada a los que me había dado hasta entonces. Era un choque de lenguas y dientes, como si solo entregándose a mí pudiera olvidarse de todos los problemas que lo aquejaban. Lo besé con la misma intensidad, demostrándole que aceptaría todo lo que quisiera (o necesitara) darme.

Él jamás me había lastimado ni me había presionado para ir más lejos de lo que yo quería.

Y yo lo quería a él.

Tenía los labios fríos, pero la lengua tibia y entrelazada con la mía. Todo su cuerpo estaba frío y mojado, la ropa tan empapada que sin duda el agua llegaba a su piel. Sus manos acariciaron mi albornoz, luego tomaron la parte de atrás de mis muslos y me alzó contra la puerta para que nuestras bocas quedaran a la misma altura.

Enrosqué mis piernas en su cintura y me sostuve con fuerza, abrazada a su cuello mientras me besaba más fuerte, más profundo. Las gotas de lluvia rodaban por su cabello hacia sus mejillas, pero eso no nos detuvo. Mis dientes mordisquearon su labio inferior y, cuando se movió para alejarse, capturé su lengua en mi boca y me deleité con el gemido que hizo temblar su pecho.

El deseo corría por mis venas como lava, incluso en mis muslos, que estaban aplastados contra su traje helado.

Se movió conmigo a cuestas y, sin romper el beso, atravesamos la habitación. Pero no me llevó a la cama. Mi trasero golpeó la mesa del comedor mientras luchaba con la tela húmeda de su corbata hasta conseguir aflojar lo suficiente el nudo para pasársela por la cabeza. Luego le quité la chaqueta mojada por los hombros, que cayó al suelo con un ploc.

—Baja las piernas —ordenó entre besos profundos y embriagadores.

Destrabé los tobillos y dejé que mis piernas colgaran del borde de la mesa.

—Perfecto. —Sus manos subieron por mis muslos hasta el borde de mi albornoz y sentí un revoloteo en el estómago. Sabía exactamente lo que podía

hacer con esas manos, con esos dedos tan habilidosos, y estaba más que lista.

Pero la caricia que quería con desesperación no llegó.

Le desabotoné la camisa con movimientos torpes, demasiado ansiosa por dejar mi boca en la suya como para preocuparme por mirar lo que estaba haciendo. Cuando por fin desabroché el último, liberé la camisa de su pantalón y de alguna forma logré soltar los botones de sus muñecas mientras sus manos se aferraban a mis muslos. Me besó la boca, las mejillas, el cuello mientras yo le despegaba del cuerpo la tela rebelde y pegajosa de la camisa.

Luego retrocedí y lo miré.

—Nate —susurré, pasmada por su cuerpo, que era la más absoluta perfección. Había ganado músculos en los últimos dieciocho meses, su torso seguía moldeado y sus abdominales esculpidos con esa maestría que me hacía la boca agua, pero ahora había más él. Esas líneas oblicuas en su estómago gritaban «fóllame» y rogaban que les pasara la lengua. Alcé la mirada hacia la suya—. Eres increíble.

—Tú eres todo lo que quiero. —Me tomó por la nuca—. No importa la distancia ni cuánto tiempo me vaya. Sueño contigo. Incluso sabiendo que estás con alguien más…

—No es el caso —le aseguré sacudiendo la cabeza.

—O cuando yo estoy con alguien más… —continuó y se me paró el corazón.

—¿Lo estás? —Me alejé y apoyé la palma sobre la mesa mientras esperaba que mi corazón volviera a su ritmo habitual. Él no era mío. Yo no era suya. Ese era el acuerdo que habíamos hecho.

Y, sin embargo, siempre sería mío.

Y yo siempre sería suya.

—No. Hace seis meses que no. —Me miró y, por un segundo, maldije el lazo que nos unía, los celos irracionales que se habían apoderado de mi estómago cuando había leído la carta en la que me hablaba de la mujer con la que estaba saliendo—. Pero incluso entonces, por más cretino que sea por admitirlo, solo te quería a ti, Izzy.

—Lo sé. —Asentí—. A mí me pasa igual.

Apretó mi boca en la suya con un beso más suave que antes, pero igual de profundo, igual de poderoso. Me robó el aliento, los pensamientos y cualquier inhibición que conservaba.

Entonces se inclinó sobre mí y me bajó hasta dejar mi espalda contra la mesa.

—Quiero verte —dijo antes de volver a besarme.

Mis manos buscaron el cinturón de la bata y lo desaté para abrirla igual que la primera vez que me había puesto sus manos encima.

Alzó la cabeza y recorrió con la mirada mi cuerpo desnudo deteniéndose

en los lugares que no había visto antes.

—Joder. Eres… perfecta.

—Dijiste lo mismo la última vez. —Sonreí e intenté no ponerme nerviosa bajo el calor de su mirada.

—Nada ha cambiado. —Sus ojos encontraron los míos y la necesidad que vi en ellos me hizo derretirme, completamente relajada sobre la mesa—. Voy a besarte, Isabeau Astor.

Sonreí todavía más.

—También dijiste eso.

—Sí, lo sé. —Sonrió y su hoyuelo apareció durante un segundo antes de agarrarme las piernas, doblarme las rodillas y poner mis pies en el borde de la mesa abriéndome los muslos lo necesario para que sus hombros…

Oh, por Dios.

Respiré hondo cuando apoyaba su boca en mí, pasando la lengua por mi entrada hasta el clítoris. Era tan condenadamente increíble que solo pude gritar y mis manos agarraron su cabeza para acercarlo más.

—Sabes a cielo —dijo y alcé la cabeza lo necesario para mirarlo a los ojos mientras volvía a bajar su boca, enviando un rayo de puro placer por todo mi cuerpo.

Era el hombre más sexi que había visto y esa noche podía tocarlo cuanto quisiera.

Eché la cabeza hacia atrás mientras la sensación gobernaba mi cuerpo. Cada lamida de su lengua me hacía arquear la espalda. Cada vez que tocaba mi clítoris con sus labios, temblaba. Cuando me metió los dedos, primero uno y después dos, no pude evitar moverme sobre él buscando más, exigiendo con mis gemidos.

Inmovilizó mis caderas contra la mesa con su antebrazo para que solo tuviera lo que él quisiera darme y luego me llevó hacia la locura. Jugueteó conmigo cuando quería que fuera más directo. Se movió rápido cuando quería que se quedara quieto. Y me llevó al borde del orgasmo, cuando casi podía saborear lo dulce que sería esa liberación, solo para disminuir la presión justo antes de que explotara.

—¡Nate! —Sujeté su cabeza cuando volvía a comenzar la deliciosa tortura.

—¿Qué necesitas, Izzy? —preguntó soplando suavemente sobre mi piel acalorada.

Suspiré arqueando la espalda.

—¡Te necesito a ti! —En todos los sentidos posibles. Fue lo más cerca que pude estar de hacerle saber cómo me sentía.

—¿Tanto que gritarías si no pudieras tenerme? —Movió la lengua sobre mi clítoris.

—¡Sí!

—¿Tanto que te morirías si tuvieras que volver a respirar sin tenerme dentro? —Me miró, sus ojos me encerraban en una prisión a la que me entregaba voluntariamente.

—Sí —fue un susurro.

Asintió.

—Bien, porque te necesito exactamente así. —Bajó la cabeza entre mis muslos y el mundo a nuestro alrededor desapareció. Solo existía su boca, su lengua, sus dedos que construían mi placer con el cuidado de un experto, provocando esa exquisita presión en mi estómago hasta que todo mi cuerpo se tensó.

Entonces perdí el control, la descarga me recorrió con tanto poder que grité. Quizás fueron palabras. Tal vez su nombre. Tal vez solo un aullido. Los sonidos fueron un rugido sordo mientras oleadas y oleadas de placer me hacían arquear la espalda y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, de nuevo esa presión en un abrir y cerrar de ojos.

—¡A ti! —exigí pasando las uñas por su cabello—. Te quiero a ti, Nate.

Arrastró mi cuerpo hacia el borde de la mesa. Escuché vagamente el sonido de una hebilla, un envoltorio desgarrándose y luego su enorme miembro estaba justo en mi entrada.

Apoyó el peso de su cuerpo sobre una mano que colocó junto a mi cabeza y se acomodó sobre mí con su bello rostro justo encima del mío.

—Dime si de verdad quieres esto.

—Ya te he dicho que sí. —Apreté sus mejillas e intenté memorizar todo su aspecto actual. Sus ojos azules eran claros como el cielo, tenía las pupilas dilatadas, las mejillas ruborizadas. Y tenía razón… moriría si tuviera que volver a respirar sin tenerlo dentro.

—Dilo otra vez. —Apretó la mandíbula y su mano agarró mi cadera.

—Te quiero a ti, Nathaniel —susurré mientras me acercaba para besarlo—. Así que hazme tuya.

Me sostuvo la mirada como si hubiera alguna posibilidad de que cambiara de opinión y entonces empujó, más, y más, consumiendo cada centímetro de mi cuerpo y exigiendo más hasta que ya no existía yo. Ni él. Solo nosotros.

Me llevó hasta el límite y los dos gemimos.

No me preguntó si estaba bien. No era necesario porque yo movía mis caderas sobre él y lo besaba. Estaba mejor que bien. Estaba fenomenal.

Sus caderas retrocedieron hasta quedar casi fuera de mí, luego volvió a entrar y yo grité, mis brazos lo envolvieron mientras comenzaba un ritmo brutal y perfecto de bombeos lentos y fuertes.

—Deberíamos… ir… a… la… cama. —Punteó la frase con cada movimiento de su cadera.

—Cama, luego. Más fuerte, ahora. —Fue todo lo que pude decir. Me había

robado todas las palabras excepto su nombre.

—Podemos hacerlo de nuevo, ¿verdad? —preguntó contra mi boca—. No solo en la mesa.

—Todas las veces que aguantes. —No sabía cómo lo hacía para hilvanar un pensamiento coherente. Trabé mis tobillos en su cintura y me moví al ritmo de sus embestidas.

—Acepto el desafío. —Sonrió y apareció el hoyuelo.

Mi corazón se agitó por lo mucho que quería a ese hombre.

Me besó a fondo, su lengua acarició la mía al mismo ritmo que se apoderaba de mi cuerpo llevándome hacia otro orgasmo. Nos retorcimos y jadeamos. Nos corrimos juntos otra vez, y otra, y otra, y de alguna forma cada vez era mejor que la anterior, hasta que mi cuerpo se tambaleaba al borde del abismo, tan abatida que la respiración se convertía en pequeños jadeos contra sus labios.

—Joder, me gustas tanto —dijo con la respiración tan agitada como la mía —. Nunca voy a cansarme de ti. La forma en que me aprietas. La forma en que siento tu piel contra la mía. La forma en que se te nubla la mirada. Sí… A eso… me… refiero.

Acomodó nuestros cuerpos y me dio exactamente lo que necesitaba, llevándome hacia la locura con la siguiente embestida.

Me deshice en mil pedazos y volví a recomponerme en la misma respiración con su nombre en los labios y su espalda contra mis dedos. El viaje era incomprensible, inimaginable, indescriptible y solo podía surfear las olas mientras él movía las caderas buscando su propio alivio mientras yo encontraba el mío.

Se estremeció sobre mí y se corrió con un grito, recuperando el control de su peso antes de que pudiera aplastarme.

Nos miramos, ninguno de los dos era capaz de recuperar el aliento. Ambos nos mirábamos creyendo que el otro tenía la llave del universo. Despacio, recuperé el control de mi cuerpo y dejé que mis tobillos cayeran de su espalda.

—Todas las veces que aguante —dijo curvando la boca en la sonrisa más hermosa que había visto jamás—. Eso has dicho, ¿no?

Asentí.

—Solo tenemos esta noche… —Frunció el ceño y supe qué quería decir.

Esto no cambiaba las cosas. Seguía sin ser nuestro momento. Al día siguiente él regresaría con su pelotón y yo volaría a DC.

—Entonces mejor aprovecharla. —Le acaricié la mejilla con el dedo.

Así lo hicimos.

Pero igualmente lloré cuando subí al avión al día siguiente.

CAPÍTULO 19

IZZY

Kandahar, Afganistán
Agosto de 2021

Un segundo estaba discutiendo con Nate y al siguiente me lanzaba al suelo cubriéndome con su cuerpo mientras el cristal estallaba. El corazón me subió a la garganta y todo mi cuerpo se tensionó.

El sonido de otra explosión se mezcló con los gritos de las niñas y de sus padres.

—¡Misiles! —gritó uno de los soldados a nuestras espaldas, pero no llegué a ver cuál.

—Mierda —musitó Nate. Luego me envolvió en sus brazos, me apretó contra su pecho y se movió con una rapidez que me resultó sobrehumana, llevándome enseguida detrás de un muro cercano. Cuando mis pies estuvieron en el suelo, nos inclinamos y me cubrió con su brazo. Luego se volvió hacia el equipo de ajedrez y les dijo algo en un idioma que yo no hablaba.

Todos avanzaron hacia nosotros justo cuando sonaba otra explosión y un grupo de soldados afganos pasaba a toda velocidad. Hubo tres detonaciones más en una rápida sucesión.

El miedo sabía a metal en mi boca. Si mataban a esas niñas, nunca me lo iba a perdonar… si por venir aquí le costaba la vida a Nate.

—Lo sé. Sois blancos fáciles ahí fuera —dijo Nate y me di cuenta del botón que tenía en la mano. Estaba usando la radio—. Ve y trae los aviones de

combate.

La siguiente explosión hizo temblar las paredes y Nate me abrazó con más fuerza.

—No hay nada que podamos hacer —explicó, aunque no le pregunté—. Es probable que estén disparando los misiles a kilómetros de distancia. Solo podemos esperar.

Asentí forzando una sonrisa para transmitirle tranquilidad a la niña que estaba a mi lado: Kaameh. La reconocí por las horas que había pasado trabajando en su expediente. Su madre la protegía lo mejor que podía.

A las otras las cubrían sus padres y, a una, un soldado afgano.

El sonido de los motores se escuchó cada vez más lejos a través de las ventanas destrozadas. Se estaban yendo.

Me sobresalté cuando sonó otra ronda de explosiones, pero Nate ni parpadeó, estaba muy concentrado en el entorno. Nunca se relajaba cuando estábamos juntos, siempre estaba alerta, siempre sospechaba de todos, y ahora entendía por qué. Esas reacciones que me habían preocupado todos esos años habían servido para mantenerlo allí fuera.

Pasó un minuto y luego otro sin explosiones.

—Creo que ha terminado —dijo el sargento Gray desde la otra punta de la sala de espera con la espalda apoyada en la pared.

—Coincido contigo —gritó otro.

—Los helicópteros se han ido. Ya no tienen nada que atacar —agregó otro.

La mano de Nate tomó mi mejilla y alzó mi barbilla.

—¿Estás herida?

Negué con la cabeza, incapaz de hacer que mi lengua funcionara.

Retrocedió y me miró mientras los otros agentes iban a revisar al equipo de ajedrez y a sus padres.

—Estás bien.

Comencé a asentir y no pude parar.

—Está bien, Izzy. —Me apretó contra él—. Solo es el shock de adrenalina. Se te pasará. Respira hondo.

Hice un esfuerzo para que el aire entrara en los pulmones, inhalación tras inhalación, hasta que mi corazón desbocado pasó a un galope, luego a un trote y por fin a un paso tranquilo.

—Eso es —dijo con suavidad, acariciando mi espalda con dulzura—. Gray, consígueme un informe de la situación.

Gray se fue.

—Si pudieras tener cualquier superpoder, ¿cuál sería? —preguntó.

Pestañeé.

—Vamos, Iz. Sígueme la corriente.

—Correr muy rápido para no tener que volar nunca más —logré decir.

Moví la cabeza y alcé la vista hacia Nate. Más allá de la preocupación en su mirada cuando encontró la mía, parecía completamente imperturbable—. Pensaba que me mantendría tranquila y serena si llegaba a suceder algo así —susurré—. Pero me he paralizado.

—¿Me estás diciendo que Isabeau Astor es humana? ¿Que no es perfecta? —Sonrió, el hoyuelo apareció y me volvió a dejar sin palabras.

—Conoces todos mis defectos.

—Incluido tu espantoso gusto para los hombres —se burló.

Resoplé.

—Aquí estás. —Pasó el pulgar por mi mejilla, se enderezó y me ayudó a ponerme de pie. Se ocupó de hacer lo mismo con todos a nuestro alrededor—. Odio ser aguafiestas, pero esta va a ser una noche larga.

—Porque los helicópteros se han ido, ¿no? —Asentí—. Estamos atrapados.

—Atrapados y rodeados —dijo—. Pero no te preocupes, vendrán a buscarnos armados hasta los dientes. Hasta entonces, nos aseguraremos de estar a salvo aquí. —Alzó una comisura—. Y, mientras tanto, sigue vigente la regla de los treinta centímetros.

Puse los ojos en blanco y recobré el control; Nate dejó atrás su gesto juguetón cuando fuimos a saludar a la gente por la que habíamos trabajado durante meses.

Esa noche, más tarde, nos sentamos en el salón VIP del segundo piso donde nos habíamos instalado para darle a los agentes un punto de vista más detallado. Todos se organizaron en turnos: algunos patrullando, otros sentados, otros durmiendo.

Todos excepto Nate, que se quedó pegado a mí y solo rompió la regla de treinta centímetros cuando le dije que ni se le ocurriera pasarme el papel higiénico. Al menos me había permitido quitarme el casco cuando estuvimos seguros de que el perímetro del aeropuerto estaba despejado. La verdadera batalla estaba a kilómetros de allí.

La oscuridad se instaló en el aeropuerto y el equipo se juntó para comer iluminado por las tenues luces del salón. Resultó que habían viajado con comida y la habían compartido con las familias, que ahora dormían unas filas más adelante, recostados en unas sillas como si estuvieran esperando un vuelo con retraso.

—Eso no es lo que pasó —dijo el sargento Rose señalando a Gray mientras los otros se reían.

Nate sacudió la cabeza, pero su boca se curvó en una sonrisa mientras sus amigos contaban historias. Al menos asumí que lo eran. Me daba cuenta de que tenía una relación algo más estrecha con un par de ellos, pero no tenían nombres en los uniformes. Ver a Nate sonreír, aunque fuera fugaz, resultaba embriagador. Me encontré mirándolo para ver si volvía a hacerlo.

—¿Qué? —preguntó cuando me descubrió mirándolo.

—Estaba pensando que hacía tiempo que no te veía sonreír de verdad. Y eso que estamos en un aeropuerto…

—Malditos aeropuertos. —Volvió a aparecer el hoyuelo—. Deberías comer —dijo pasándome una bandeja recalentada de algo—. Espaguetis. Confía en mí, es la mejor opción. —Miró su reloj—. Se te está yendo el efecto de tus medicinas, así que en unos minutos tendrás un hambre voraz.

Abrí la boca mientras cogía la bandeja.

—Lo recuerdas.

Asintió.

—Bueno, ahora que estamos solos —dijo Gray reclinándose en su silla frente a nosotros. Tenía la radio junto a él, así que asumí que era quien se ocupaba de las comunicaciones—. Hablemos del sargento Green, ¿no?

Todos los agentes, incluido el que estaba sentado junto a la ventana, se giraron para mirarme.

—No. —Nate sacudió la cabeza mientras daba mi primer bocado.

No era una delicia, pero detuvo el quejido de mi estómago.

—Vamos —gruñó Gray—. Es más que obvio que te conoce. —Sonrió y alzó las cejas—. Lo conoces, ¿verdad? Apuesto a que sabes miles de historias que no nos cuenta.

Me senté con las piernas cruzadas en el amplio asiento y miré a Nate.

—Solo porque sois unos narcisistas que no paráis de hablar de vosotros mismos. —Miró a Gray.

—A diferencia de ti, que no dices absolutamente nada —respondió Black. O al menos creía que el rubio era Black. Estaba casi segura de que el de la esquina era Lilac o alguna ridiculez de esas.

—Tienes que darnos algo. —Gray se inclinó hacia delante y juntó las manos—. Por favor. Jamás volveremos a tener esta oportunidad.

Di otro bocado y miré a Nate.

Nos miramos un segundo y puso los ojos en blanco.

—Está bien. Solo… —Suspiró—. Confío en ti.

Asentí porque entendía lo que me quería decir. Si no compartía los detalles de su vida personal, tenía una razón para no hacerlo. Apenas los había compartido conmigo.

—¿Qué queréis saber?

Gray gritó de alegría y se sentó en el suelo como si fuera a escuchar un cuento.

—¿Hace cuánto que conoces a nuestro muchacho?

—Casi diez años. —Respuesta inofensiva.

—¿Salió de un huevo? ¿Llegó en una nave espacial? —preguntó Lilac—. ¿Creció como George de la selva?

—No. —Me reí—. Creció en una granja. —La granja. Miré a Nate preguntándome si su padre seguiría viviendo allí o si la habría vendido.

Nos miramos y su expresión se ablandó.

—¿Una granja? —Gray abrió mucho los ojos—. ¿En serio? —le preguntó a Nate.

—En serio. —Nate asintió alejando la mirada con una sonrisa sutil.

Di otro bocado.

—¿Qué más tiene, señorita Astor? —preguntó Black frotándose las manos.

—Le gusta el helado de vainilla y cookies. —Sonreí.

—Traidora —me acusó Nate y sus ojos se encendieron.

Por un segundo me olvidé de que estábamos en Afganistán. No, estábamos en una calle de la isla Tybee, riéndonos y coqueteando detrás de unos cucuruchos de helado. Casi podía saborear la crema de nueces pecanas. Había pasado una vida y a la vez también parecía ayer.

Eso era Nate para mí. Tan lejano como otra vida y tan cercano como ayer, a solo treinta centímetros.

—Eso es buenísimo. —Gray nos miró—. ¿Alguna vez ha estado casado?

Estuve a punto de ahogarme con los espaguetis, pero logré pasarlos por la garganta. ¿Nate habría encontrado alguien con quien casarse en los tres años que habían pasado desde lo de Nueva York? Si era así, estaba segura de que estos muchachos lo sabrían, porque eran parte de su presente. ¿Por qué esa idea me atravesaba como un puto cuchillo? Había usado el anillo de Jeremy hasta la noche anterior. No estaba en posición de juzgar.

Pero al parecer estaba en la posición perfecta para ponerme celosa de una mujer que no conocía ni conocería. Ella tendría su corazón, su risa, su sonrisa, sus abrazos por las noches, su cuerpo, sus hijos… Y la odiaba.

—¿Entonces es un no? —preguntó Gray.

Pero nunca había cambiado su contacto de emergencia.

—Una sola vez —respondí ignorando a Nate, que me miraba con la boca abierta.

—¿En serio? —Lilac alzó las cejas.

—En serio. —Sonreí—. O al menos eso les dijo a las enfermeras para que no lo echaran de la sala de espera mientras me operaban.

Nate resopló.

—Dios, esta no se me va a olvidar nunca.

Gray se rio.

—¡Esto es increíble! Bueno, ¿y qué hay de la chapa encintada que lleva a todas partes?

Junté las cejas y miré a Nate.

Se puso tenso.

—La verdad es que no lo sé —respondí haciendo el mejor esfuerzo para

ocultar cualquier reacción que pudiera haberme provocado la pregunta—. Pero sí sé cómo se hizo esa cicatriz. —Su mano estaba cálida cuando la agarré para darle la vuelta y mostrarle a Gray la cicatriz que tenía en la palma.

—Dime que es algo tremendamente estúpido —rogó Brown—. Tienes que darnos algo.

Sonreí.

—Un coral en Fiji. Se me había caído un collar al mar, nadó hasta el fondo para recuperarlo y se cortó la mano. —Dejé la mano sobre la suya un rato y luego la solté mirándolo a los ojos.

—Debía ser un collar muy importante —dijo Gray—. El coral corta como un cuchillo.

—Lo era —dije sin despegar la vista de Nate, recordando cómo habíamos hecho el amor esa tarde al regresar. Mi cuerpo se encendió con el recuerdo y, considerando el modo en que se ensombrecieron sus ojos, me pregunté si él también estaba reviviendo esas horas—. Sigue siendo una de mis joyas favoritas porque me la regalaste dos veces, primero en mi cumpleaños y luego cuando la encontraste.

—Siempre te quedó bien —dijo en voz baja—. Me llevó horas elegir el más indicado.

El bloque de hielo con el que cubría mi corazón cuando se trataba de Nate no solo se resquebrajó; se desintegró. Eso que nos había unido al comienzo seguía allí, tan tangible como siempre. Lo habíamos enterrado, ignorado y quemado hasta volverlo cenizas, pero nunca habíamos logrado destruirlo. Al menos yo no.

Siempre iba a estar allí.

La radio emitió un sonido, Gray desvió la atención y presionó el botón para responder lo que parecía ser una llamada.

—¿No tienes ninguna historia vergonzosa para contarnos? ¿Algo que podamos usar en su contra? —preguntó Rose. O yo creía que era Rose. Bien podía ser Lilac.

Nate alzó una ceja.

Sacudí la cabeza.

—No. —Despegué la vista de Nate y logré sonreírle a Rose—. Lamento defraudaros.

—Green —dijo Gray levantando el aparato.

Nate se puso de pie y atravesó el pasillo rompiendo la regla de los treinta centímetros.

—¿Le teme a algo? —preguntó Gray ocupando el lugar de Nate—. ¿Arañas? ¿Murciélagos? ¿Pepinos?

Me reí por lo del pepino y negué con la cabeza mientras Nate hablaba por la radio. Sabía exactamente a qué le temía Nate, pero no era un secreto que me

correspondiera a mí compartir. Y, por lo que veía, estaba lejos de parecerse a su padre.

—Aquí Navarre —dijo tan despacio que apenas lo escuché sobre las ridículas sugerencias que me arrojaban. Gatos. Abrazos. Serpientes. No le tenía miedo a ninguno, así que no respondí.

—¿Navarre? —susurré mirando cómo enderezaba los hombros y asentía a lo que le decían, pero su respuesta se perdió en el murmullo de voces a nuestro alrededor.

—Es su nombre en clave —respondió Gray por lo bajo—. Los colores son para que vosotros no sepáis quiénes somos. Los nombres en clave son para que nosotros sepamos con quién estamos hablando.

Navarre. La gravedad me pegó al suelo.

El amante de Isabeau, ese que sufría la maldición de poder verla solo al amanecer y al anochecer. Condenado a amarla sin tocarla. Sin abrazarla. Sin poder construir una verdadera vida juntos.

—¿Estás bien? —preguntó Gray.

Asentí.

Nate tampoco había conseguido destruir la conexión que nos unía.

CAPÍTULO 20

NATHANIEL

Tacoma, Washington
Junio de 2017

Entiendo que no estás tratando de convencerme para que no vaya tres horas antes de la salida mi vuelo —refunfuñé desde el asiento del pasajero de la camioneta de Torres mientras nos saltábamos el límite de velocidad de camino al aeropuerto. Si lo hacíamos era porque me había convencido de hacer un último entrenamiento antes de irme.

—Por supuesto que no. —Me lanzó una mirada antes de adelantar una camioneta y cruzar tres carriles de golpe—. Vi cuánto pagaste por esos billetes. —Sus cejas oscuras se fruncieron.

—Venga, suelta el «pero», porque sé que viene uno. —Mi peso cambió cuando tomó la salida. Estaba empezando a desear haber conducido yo mismo y haber pagado para aparcar mi camioneta en el aeropuerto.

—¿Te das cuenta de la suerte que hemos tenido de haber sido seleccionados? —Frenó en seco en un semáforo.

El solo hecho de haber pasado el examen psicológico era un milagro, pero me había vuelto bastante bueno en responder lo que querían escuchar.

—Sí. —Habíamos pasado nueve meses en Carolina del Norte haciendo la prueba para las Fuerzas Especiales y Torres, yo, Rowell y otro chico del pelotón, Pierson, lo habíamos logrado, lo que tenía sentido porque los cuatro nos habíamos pasado ocho meses entrenando a sol y sombra. Había sido un

infierno, pero había valido la pena.

Pierson estaba exultante por haberlo conseguido, pero yo sabía que esto no era más que un primer peldaño para Torres y Rowell… y para mí. Eso que le había contado a Izzy en el avión sobre entrar a las Fuerzas Especiales ahora era muy real, un sueño muy concreto. Era bueno en lo que hacía y, tenía que admitirlo: quería ser el mejor.

—¿Y te irás a Fiji así, sin más, sabiendo que solo tendremos un par de semanas para prepararnos para Bragg? —La luz cambió y dobló hacia el aeropuerto.

—Hace años que hablo de este viaje con Izzy —dije, reconociendo que sonaba a la defensiva—. Y tampoco es que las vacaciones vayan a extenderse. Llegaré a tiempo para Bragg. —No la veía desde el funeral de mamá hacía seis meses y los términos en que habíamos dejado las cosas no habían sido del todo claros. Habíamos pasado la noche juntos sin hablar de mi madre ni de nuestro futuro; nada importaba fuera de esa habitación. La había dejado dormida y satisfecha, con las sábanas enredadas en sus hermosas piernas. Había preferido dejarla dormir en lugar de despertarla para lo que hubiese sido una desagradable despedida.

Revivía esa noche en mis sueños.

El momento en que su madre le había reprochado que persiguiera un soldado… lo revivía en mis pesadillas. Una cosa era saber que Izzy estaba fuera de mi alcance y otra muy distinta era oírlo directamente de su madre.

—Más te vale que regreses. Dijimos que íbamos a hacer esto juntos. —Torres me miró de reojo.

—Sí, sí. —Sacudí la cabeza. Era mi mejor amigo y no había nadie más con quien quisiera pasar por eso, pero últimamente estaba un poco intenso. O tal vez era yo que estaba demasiado enfocado en llegar a Izzy—. Lo sé. Primero el curso de capacitación para las Fuerzas Especiales y luego nos centramos en el Delta.

—Va a ser sensacional. —Sonrió—. Mi viejo estará encantado de que siga sus pasos.

No pude evitar sonreír por verlo tan feliz.

—¿Lo sabe tu no-novia? —preguntó mientras aparcábamos frente la puerta de salidas.

Se me retorció el estómago cuando bajé del automóvil, cerré la puerta y abrí la del asiento trasero para coger mis maletas.

—Se lo has dicho, ¿no? —La expresión en su rostro transmitía a partes iguales reproche y preocupación—. Porque, por lo que sé de Izzy, y considerando que acaba de graduarse en Derecho, va a querer alguna hoja de ruta.

—Se lo diré. —Me colgué la mochila y apoyé la maleta en la acera.

—¿Dónde diablos cree que has estado estos meses?

Hice una mueca.

—No le he dado explicaciones.

—Pero le has dicho que habías regresado.

—Yo… solo le mandé un correo electrónico hace unas semanas para asegurarme de que el viaje seguía en pie. —Todo lo que tenía para decirle quería decírselo en persona, un lujo que nunca habíamos tenido.

—¿En serio te vas a subir a ese avión con la esperanza de que aparezca en Los Ángeles? Y luego, ¿qué?… ¿Rezar para que en seis meses no haya conseguido un novio que sí pueda estar presente?

—Algo así. —Había dicho que vendría, pero el e-mail había sido breve, lo que era de esperarse teniendo en cuenta que era época de exámenes finales. Eso no significaba que no se me hubiera hecho un nudo en el estómago de pensar que tal vez había cambiado de opinión. Habíamos comprado los billetes en enero y yo había pagado el alojamiento, pero la pérdida económica no sería nada comparada con el golpe de saber que había estropeado toda la relación por no haber mantenido mis manos quietas seis meses atrás.

—Claro. —Torres se bajó las gafas de sol y me miró por encima de la montura—. Todo eso de nuestra-situación-es-indefinida en algún momento va a explotar.

—Lo sé —suspiré—. Pero hasta entonces no voy a echar a perder lo único bueno que tengo en la vida.

—No olvides que has pasado la selección para las Fuerzas Especiales. Eso es algo bastante sensacional. —Me sonrió.

—Cierto. Somos bastante sensacionales. Gracias por el viaje. —Me puse la gorra de los Saint Louis Blues y cerré la puerta.

Cinco horas más tarde, estaba en una puerta en Los Ángeles esperando el vuelo 4482 a Nandi, moviendo el pie lleno de nerviosismo mientras los minutos pasaban. Miré pasar de nuevo la lista de vuelos en la pantalla y me cercioré de estar en la puerta correcta. Era la correcta.

Izzy no estaba allí.

Cogí el teléfono y pensé en llamarla, pero saber que no iba a venir en ese momento o saberlo quince minutos después no iba a cambiar nada. Al menos esa era la mentira que me decía a mí mismo. El temor convirtió mi sangre en hielo.

Nuestros correos electrónicos habían sido cada vez más cortos con el correr de los meses. Y no había habido llamadas telefónicas entre mi regreso y la selección.

Tenía todo el derecho del mundo a cambiar de opinión, a tener citas, a enamorarse de otro. Bien sabía Dios que, si hubiese estado conmigo, conmigo de verdad, no me hubiese gustado nada que fuera a Fiji con otro hombre

durante una semana.

Pasaron los minutos y la tripulante de tierra le dijo a la gente a mi alrededor, vestida con sus atuendos de vacaciones (una sobreabundancia de camisas floreadas y bermudas) que se prepararan para embarcar.

Llamaron a los pasajeros para el preembarque y me puse de pie, colgándome la mochila del hombro mientras miraba a mi alrededor buscando un atisbo de cabello rubio o brillantes ojos marrones.

Entonces llamaron a embarcar a nuestro grupo.

Mierda. Aquello estaba ocurriendo.

Pero todavía había tiempo, e Izzy no era la clase de mujer que plantaría a alguien. Hubiera llamado. Me hubiera escrito. Me hubiera enviado una paloma mensajera para decirme que estaba enfadada o que no vendría.

Avancé en la fila, me escanearon el billete en la entrada de la puerta y caminé por la pasarela con el corazón más acelerado a cada paso. Cuando encontré mi asiento con el de ella vacío al lado, el latido se había convertido en un ruido sordo en mis oídos.

Ocupé el asiento de la ventana porque a ella no le gustaba, y luego hice lo único que podía hacer… esperar. Levanté la persiana de la ventanilla y miré hacia la pista intentando encontrar algo con lo que distraerme. Como no funcionó, tomé mi ejemplar de Trampa 22 y un rotulador.

¿Se suponía que iba a despegar? ¿Que iba a ir solo? ¿A volar a DC para rogarle que me hablara?

El olor a Chanel me abrazó como un amante y sonreí.

—Eso ha estado cerca —dijo y giré la cabeza hacia ella. Esas habían sido las primeras palabras que le había dicho, en un avión bastante más pequeño que ese. Los ojos de Izzy estaban un poco rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando hasta hacía pocas horas, y me regaló una sonrisa brillante cuando ocupó su asiento—. Me han retrasado el vuelo en DC.

—Hola, Izzy. —La devoré con la mirada, absorbiendo el movimiento de su cabello en el moño suelto del que caían algunos mechones de color rubio miel. Necesitaba inclinarme sobre la pequeña barrera entre nuestros asientos y besarla con devoción. La había extrañado más de lo que me había permitido confesar.

—Hola, Nate —dijo despacio, contemplando mi rostro como si buscara nuevas cicatrices o heridas para recordar. No tenía ninguna a la vista.

—Has estado llorando. —Se me retorció el estómago.

Asintió.

—¿Quieres hablar de ello? —Solo tenía que decirme a quién matar y podía considerarlo muerto.

—He roto con alguien que me gustaba. —Se encogió de hombros—. Este viaje no habría sido justo para él. No me arrepiento. Era lo correcto. —Se

abrochó el cinturón y buscó mi mano para entrelazar nuestros dedos.

Era difícil respirar con el peso de la culpa de saber que yo era el culpable de su dolor, pero con la suave caricia de su mano en la mía, me sentí en casa.

—Izzy —susurré, incapaz de poner en palabras mis sentimientos mientras el dolor se instalaba en mi pecho. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer para ahorrarle dolor, aunque eso significara que no me eligiera a mí—. No tenías que hacerlo. Y no tienes que hacer el viaje. Puedes bajarte del avión y no habrá rencores.

—Pero tenía que terminar con él —suspiró girándose hacia mí y recostando la mejilla en el asiento—. Porque no importa cuánto me guste, prefiero pasar una semana contigo que la vida entera con él. No era justo para ninguno, ¿entiendes?

Pensé en las relaciones que había terminado porque sabía que pronto vería a Izzy, o porque me daba cuenta de que nada se comparaba con cómo me sentía con ella.

—Sí, entiendo. —El dolor en mi pecho creció y tomé su mano para besarla. Iba a hacer que valiera la pena. Tenía que ser así.

Veinticuatro horas más tarde, el agua nos acariciaba los pies mientras caminábamos por la playa desierta. Habíamos tomado un vuelo, luego otro, y nos habíamos desmayado el uno al lado del otro al llegar al bungalow sobre el agua que me había costado más de lo que quería recordar.

Había dormido la noche entera después de años y despertarme a su lado, mirando el rítmico movimiento de su pecho, había sido lo más cerca del cielo que había estado nunca.

O tal vez eso era ahora que podía mirarla sonreír caminando por la orilla con el sol besando los hombros que su vestido veraniego dejaba desnudos.

—¿A dónde podemos ir el año que viene? —preguntó.

—¿Todavía no hemos pasado un día entero aquí y ya me estás preguntando por el año que viene? —Me metí la mano en el bolsillo jugueteando con la cajita que había traído—. Yo todavía estoy pensando si alquilar una de esas lanchas o salir a caminar esta tarde.

Se puso el cabello detrás de la oreja y me sonrió.

—Bueno, así tengo algo que esperar. Hemos tardado dos años en llegar aquí, quién sabe cuánto tardaremos en hacer otro viaje.

—Tienes razón. —Contemplé la belleza de la isla, la vegetación exuberante, la arena clara y el agua de un color que ninguna fotografía podía capturar—. Me sigue sorprendiendo que hayamos llegado hasta aquí.

—A mí también. —Bajó la mirada a mi torso con los ojos encendidos de un modo que me hizo desear habernos quedado en el bungalow. No era que estuviera haciéndome ilusiones; estaría encantado de dejar mis manos quietas con tal de pasar una semana con ella. Frunció el ceño y se detuvo frente a mí,

yo me paré en seco—. ¿Qué es eso? —Pasó el dedo por una cicatriz casi invisible entre los tatuajes de mis brazos.

Por supuesto que lo había notado. No podía ocultarle nada a Izzy. Aunque no preguntara, aunque evitara los temas de los que yo no quería hablar, se daba cuenta.

—Nada de qué preocuparse —la tranquilicé.

Me volvió a mirar con las cejas en alto.

—Un trozo de metralla. —Me encogí de hombros—. Fue justo cuando regresé del funeral de mamá… —Tragué saliva y su mirada se disparó hacia la mía—. En serio, no es nada. Cuatro puntos y antibióticos.

Frunció los labios y puso la mano en mi brazo para poder pasarle el pulgar.

—Siento que cada vez que te veo tienes más.

—Así es.

—¿Y te parece bien? —Bajó la mano y su expresión se desplomó.

—Es mi trabajo. —Y si lo que yo hacía podía garantizar que ella durmiera apenas un poco más segura por las noches, entonces valía la pena.

Alejó la mirada y se me retorció el estómago.

—¿Cuántos años tienes que servir en el ejército para pagar la universidad?

—Oh, hace tiempo que eso ya está hecho. —Me arrepentí de esas palabras apenas salieron de mi boca—. Hablando de cosas superadas… —Cogí la cajita que llevaba en el bolsillo—. No sé si ya te felicité por haberte graduado en Derecho.

Abrió mucho los ojos mientras yo le tendía la caja de terciopelo.

—Nate…

—Cógelo. No muerde, Iz. —Sonreí.

—No hagas eso. —Me miró a mí y luego a la caja.

—¿Hacer qué? ¿Comprarte regalos? —Sacudí la cajita frente a su nariz respingada—. ¿Qué más puedo hacer con las exorbitantes pagas que estoy recibiendo por trabajar en zona peligrosa?

—Muestras el hoyuelo para distraerme. —Aparecieron dos bonitas líneas en su frente.

—¿Te distrae mi hoyuelo? —Mierda, tenía que usar esa estrategia más a menudo, aunque para eso necesitaría verla más a menudo.

—Deja de cambiar de tema. ¿Qué es eso? —Señaló la caja.

—Puedes abrirla y descubrirlo. —Ahora no podía dejar de sonreír.

—Nate. —Suspiró—. Es solo que es una caja pequeña. Una caja muy pequeña y de terciopelo, y tú y yo nunca hemos definido lo nuestro, y yo no tengo problema con ello, pero de verdad necesito estar preparada si esa caja es la caja, y en condiciones normales me daría risa este planteamiento, pero estamos en Fiji, en la playa y…

Me reí.

—Tranquila, Izzy. No es un anillo. No te haría una cosa así.

—Ah, vale. —Relajó el cuerpo—. Espera. —Volvió a levantar la cabeza para mirarme—. ¿A qué te refieres con eso de hacerme una cosa así?

Incliné la cabeza a un lado e intenté contener la sonrisa.

—¿Siempre te cuesta tanto aceptar un regalo? Me refiero a que lo último que te haría sería lanzarte un anillo y pedirte que renunciaras a todo por lo que has trabajado sin antes darnos la oportunidad de construir algo. Eso sería justo para ti. —Y de todos modos tampoco estaba seguro de que fuera a decirme que sí. Probablemente ella nunca lo admitiría, pero deseaba la aprobación de sus padres a un nivel del que no parecía consciente, y yo estaba lejos de ser el esposo ideal para su hija. Sin fideicomisos ni conexiones políticas.

—Ah. —Ese ah sonó muy distinto al primero, pero no llegaba a distinguir si eso era algo bueno o algo malo.

—Un regalo, Izzy. Un regalo. —Agité la caja.

—Gracias. —Cogió la caja de mi mano y yo memoricé el momento. El entusiasmo en sus ojos, la delicadeza con la que mordía su labio inferior, la forma en que rebotaba sobre sus pies descalzos.

Explotaron en mi pecho unos sentimientos que no llegaba a comprender. ¿Cómo podía necesitar tanto a esa mujer y verla tan poco? ¿Cómo podía serlo todo para mí y vivir en un mundo completamente diferente al mío?

Abrió la caja y suspiró, su mirada sorprendida buscó la mía.

—Nate, no tenías que hacer esto.

Volví a sonreír. Nunca sonreía tanto como cuando estaba con Izzy.

—Por supuesto que sí. Estoy muy orgulloso de ti.

—Te deben haber costado una fortuna. —Miró los pendientes con incrustaciones de diamantes que había encargado en la tienda de las cajas azules—. Aguanta esto. —Me devolvió la caja.

Asentí y la sostuve mientras ella se cambiaba los pendientes que llevaba puestos y los guardaba en la caja.

—Ya la guardo yo —le dije, y volví a guardarla en el bolsillo.

—¿Cómo me quedan? —Giró la cabeza y el sol iluminó las piedras.

—No son tan hermosos como tú, pero no están mal. —Cogí mi teléfono y abrí la cámara frontal para que pudiera ver lo preciosa que estaba.

—Tómate una foto conmigo. —Me sujetó del brazo y yo disparé una ráfaga de fotografías; en la última, la besé—. Son maravillosos. Gracias.

—De nada. —Le besé la frente y la solté. Si acababa de salir de una relación, lo último que querría o necesitaría sería que yo la atosigara.

—Pensaba en Palau. —Se giró y caminó hacia atrás para mirarme, con una sonrisa más brillante que el sol.

—¿Palau? —Joder, sí que era hermosa.

—Para el año que viene.

—Vale. —Tragué saliva a pesar de que tenía la garganta cada vez más cerrada—. Y tal vez Perú el año siguiente. Podríamos ir al Machu Picchu. —Si me daban permiso. Si no tenía una misión. Si no estábamos rumbo a la evaluación para convertirnos en Delta.

—Suena divertido. —Estiró la mano y la agarré—. Aunque voy a tener que pedir autorización para tomarme los días. Si vamos en octubre, ya habré pasado más de un año en el nuevo bufete… siempre que apruebe las pruebas de acceso a la abogacía. Me examino en breve. Me cuesta creer que por fin haya terminado la universidad.

—Lo has hecho muy bien.

Caminamos en silencio unos minutos.

—Tengo algunas entrevistas programadas con unos bufetes realmente buenos, al menos con aquellos que están dispuestos a hablar conmigo antes de que haga el examen para colegiarme.

—Cuéntame más. —Podía escucharla hablar para siempre.

—Uno está en Boston, hay uno en Nueva York que me gusta, y otro que me gusta mucho más. —Me miró entre sus pestañas y se ruborizó—. Dos en Seattle y uno en Tacoma. Todos esos estados tienen reciprocidad, así que, si estoy colegiada en DC, no debería haber problemas.

Pestañeé, hice una pausa, y luego me giré hacia ella.

—Tacoma y Seattle.

Asintió y contuvo la respiración mientras buscaba en mis ojos una respuesta que yo no tenía.

—He estado pensando, y sé que es peligroso, pero no he podido evitarlo; por eso rompí con Luke…

Luke. Ni lo conocía y ya lo detestaba.

—No fue solo por este viaje sino porque llevamos años revoloteando, Nate. Años. Y seguimos diciendo que no es el momento, que nos debemos una oportunidad verdadera y no una trágica relación a distancia y a medias, ¿no? —Se acercó a mí y agarró mis bíceps—. Comienzo a darme cuenta de que, no importa con quién salga, todos son sustitutos porque te estoy esperando a ti. Esperándonos a nosotros.

—Izzy. —Tomé su rostro, embriagándome en sus palabras y rechazándolas al mismo tiempo.

—Ya me he graduado, Nate. Ahora puedo ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Y tú podrías renunciar si quisieras. —Se aferró a mí con más fuerza y la intensidad en sus ojos y su tono me estrujó el corazón—. Podríamos estar juntos. No solo mandarnos e-mails y cartas y libros subrayados, sino estar juntos de verdad. Podríamos despertarnos uno al lado del otro si quisiéramos, o tal vez solo salir. Puedo mudarme a Tacoma si tú…

—No voy a estar en Tacoma —dije despacio.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—No puedo renunciar y no estaré en Tacoma. —Deslicé el pulgar por la pronunciada curva de su pómulo disfrutando de la suavidad de su piel—. Estaré en Fort Bragg.

—¿Fort Bragg?

—Carolina del Norte. —Asentí despacio como si eso fuera a mitigar el golpe—. No te he contado dónde he estado los últimos meses ni por qué mis correos electrónicos no eran tan frecuentes.

—Pensaba que estabas en una misión. —Retrocedió.

—No. Era una selección. Es como… —¿Cómo demonios describirlo?—. Audiciones para las Fuerzas Especiales.

—Fuiste con Torres —dijo—. Eso es lo que siempre ha querido hacer él, ¿no?

—Así es. —Sabía que leía mis cartas, pero vaya si les prestaba atención—. Fuimos cuatro. Rowell, que es mi otro mejor amigo…

—Justin y Julian. Me acuerdo.

—Pierson también. Todos pasamos.

—Por supuesto que sí. —Forzó una sonrisa mientras se alejaba de mi alcance—. No renunciarás, estás cada vez más dentro.

Volví a asentir, como si fuera uno de esos muñecos de plástico que mueven la cabeza.

—Sí. Será cerca de un año de entrenamiento, y luego… —No me salían las palabras—. Y luego ya veremos dónde voy.

—Luego ya veremos. —Se colocó el cabello detrás de las orejas y la brisa del océano volvió a despeinarlo.

—Dudo mucho de que haya bufetes como los que buscas en Fayetteville. —Me metí las manos en los bolsillos—. Seguro que son muy elegantes, ¿no? Altos salarios, grandes carreras profesionales, mucha influencia.

—Sí. Estoy buscando los bufetes con mayor impacto, los sitios desde los que pueda cambiar más las cosas, pero… No tiene que ser así. —Dio otro paso hacia atrás, y luego otro, hasta que las olas le cubrieron los pies.

—Sí, tiene que ser así. Jamás seré el hombre que te reprima, Izzy. Nunca voy a ser el imbécil que te exija que lo abandones todo por lo que él quiere. —Dejé los pies bien plantados en la arena y no me acerqué—. Sería muy fácil decirte que sí, que te mudes a Fayetteville, que ejerzas durante un año y luego lo empaquetes todo y te vuelvas a mudar conmigo a donde me manden al año siguiente. Para que sea más fácil estar conmigo, para que sea más fácil que esto entre nosotros… —Bajé la vista hacia la arena.

—¿Por qué yo siempre tengo demasiadas palabras y tú nunca tienes suficientes?

Una sonrisa triste curvó mi boca y alcé los ojos lentamente para encontrar

los suyos.

—Porque nos complementamos. Y eso significa que no me quedaré para ver como el brillo de tus ojos se convierte en resentimiento al darte cuenta de que yo soy la razón por la que no alcanzaste eso por lo que trabajaste. No podría perdonarme por estar reteniéndote siempre.

—¿Entonces esto es todo? —Levantó los brazos—. ¿Momentos que tenemos que robar sin poder jamás compartir nuestras vidas de verdad?

—El cielo está despejado. El agua, cristalina. Y tú eres la mujer más hermosa que he visto nunca, Isabeau. Si esto es todo, es bastante sensacional.

Inhaló una respiración temblorosa.

—Sé que dije que prefería pasar una semana contigo que toda la vida con él. —Contuve la respiración—. Pero no voy a esperar para siempre, Nate. Llegará un momento en el que vamos a tener que aprovechar nuestra oportunidad o dejarnos ir.

—Lo sé. —Y saberlo me atormentaba más que las pesadillas.

—Porque tampoco es que podamos ser solo amigos.

—Lo sé.

—Tal vez tú puedas —dijo pateando el agua que le llegaba hasta los tobillos —. Pero yo no. Ahora que sé qué siento al tenerte, jamás podré mirarte y no desearte. Hasta la más pequeña distancia entre nosotros me mata.

—Me pasa lo mismo.

Bajó los hombros y alzó el rostro al cielo.

—¿Por qué nunca es el momento?

—Porque nada que valga la pena es sencillo.

—Solo… Prométeme que vas a pensarlo mientras estemos aquí, ¿vale? —Volvió a mirarme—. Piensa cómo podría ser si nos convertimos en algo más que una posibilidad.

—Sí. Lo haré. —Pensaba en eso más de lo que ella sabía y siempre llegaba a la misma conclusión, pero era imposible negarle su petición.

La sonrisa con la que me respondió hizo que valiera la pena.

—Tenemos esta semana. Así que ven aquí y bésame en el agua como en mis sueños, Nathaniel Phelan.

No tuvo que pedírmelo dos veces.

CAPÍTULO 21

IZZY

Kandahar, Afganistán
Agosto de 2021

Dormida, me moví y quedé boca arriba. La almohada debajo de mi cabeza estaba tibia, pero la funda me raspaba el cuello. El aroma (metal y hierbabuena mezclada con algo más cálido) me hizo suspirar por la familiaridad.

Mi mente reconoció que era un sueño (siempre lo hacía), pero me aferré a él, dispuesta a volver a dormirme para no perderlo.

Sus dedos acariciaron suavemente mi mejilla y yo me entregué a la caricia.

—Despiértate, Isabeau. —Su voz me envolvió como terciopelo, igual que cada mañana en Fiji, cuando me despertaba con las manos y la boca, llevando mi cuerpo hasta el límite antes de entrar en mí y entregarnos ambos a la locura.

—No quiero —musité. Despertarme significaba que tendría que afrontar otro día preguntándome dónde estaba.

—Tienes que hacerlo —dijo despacio—. Casi es hora de irnos.

—Siempre te estás yendo. —Acomodé la cabeza y relajé la respiración para volver a dormirme—. ¿Alguna vez pensaste en quedarte?

—Tantas veces que he perdido la cuenta. —Pasó los dedos por mi cabello —. Pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que irnos.

Eso no era lo que quería soñar. Quería regresar a mi apartamento en Nueva York. Quería abrir la puerta y encontrarlo ahí. Quería retractarme de

todo lo que había dicho y hacerlo todo diferente.

—Izzy. —Su voz seguía tranquila, pero más insistente.

Me esforcé por abrir los ojos y tuve como recompensa verlo mirándome. Dios, no había nada mejor que despertarse con esos ojos, esa boca, incluso cuando estaba apretada en una línea recta.

—No todos preferimos el amanecer, Nathaniel.

Alzó las comisuras en una sonrisa pícara y mi pulso se aceleró hasta despertarme por completo. Quería besar esa boca, perderme en él, sentir esa dulce inconsciencia a la que solo Nate podía llevarme.

—Puede que no te guste el amanecer, pero dudo mucho de que quieras pasar otra noche en el suelo del aeropuerto si perdemos nuestro salvoconducto.

Pestañeé y la realidad volvió a mí.

Estábamos en Kandahar, y esa textura áspera era la tela de los pantalones de camuflaje de Nate, que estaba sentado con la espalda contra la pared. O me había quedado dormida con la cabeza sobre su regazo o él me había puesto allí. Cada latido de mi corazón me rogaba que me quedara quieta, que disfrutara cada segundo en que él me miraba sin esa fría y distante apatía con la que me había tratado durante la semana. Sin la armadura de mi propio enojo, no podía culparlo por haberme mantenido a distancia. No estaba en la naturaleza de Nate dejar entrar a nadie y, cuando las cosas se habían puesto difíciles y él más me necesitaba, lo había defraudado. Los dos éramos responsables por lo que había ocurrido en Nueva York.

—¿Sabes que nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos?

Frunció el ceño.

—Casi. Fiji fueron nueve días con los vuelos. Ahora solo llevamos ocho.

—Me gustó más Fiji. Nadie nos atacaba.

—Eso es lo que ocurre cuando te metes en una zona de guerra, Iz. La gente te ataca. —Estiró la mano y yo la cogí enderezándome a pesar de las quejas de mis músculos adoloridos.

—¿Dormiste algo? —pregunté, masajeándome el cuello y moviendo los hombros.

—Algo. —Se puso de pie y estiró los brazos, lo que hizo que sus tatuajes se arrugaran—. Las aves ya están en el aire. Tenemos unos cuarenta y cinco minutos hasta que lleguen. Vayámonos de aquí.

Rompió la regla de los treinta centímetros mientras los dos íbamos al baño, pero me mantuvo cerca cuando fuimos a buscar al equipo de ajedrez y sus padres, a quienes ya les habían informado de la partida.

Con algo de suerte, todo sería más tranquilo que nuestra llegada del día anterior.

El aire se cargó de ansiedad a cada segundo que pasaba y el miedo me

recorrió la columna, pero me esforcé por sonreír de cara a las niñas. Las seis eran justo como las recordaba de nuestras reuniones de Skype: curiosas y divertidas. Hablaban un inglés perfecto, lo que me hizo desear haber elegido un idioma diferente al francés en secundaria para poder corresponderlas.

—Todos los visados están aquí —le dije a la entrenadora Niaz y le pasé el sobre cerrado mientras todos juntaban sus cosas—. No me quería arriesgar a que se perdieran.

—Gracias. Se los entregaré a las familias por si llegamos a separarnos —dijo, ajustándose la mochila en el hombro y sonriéndome con sus ojos marrones arrugados—. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho. Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí, pero…

—No tienes que darme explicaciones. —Mi garganta amenazó con cerrarse mientras las emociones crecían, repentinas y abrumadoras. Nunca había sido parte de algo tan importante como esto, nunca en mis veintiocho años había hecho algo que calificara como… significativo—. Agradezco poder ayudar —conseguí decir apretando sus manos.

Gray se acercó y se apoyó en el hombro de Nate.

—Están a cinco minutos.

Nate me miró y yo asentí.

—Es la hora —dijo Nate y su voz llenó la sala de espera—. Treinta centímetros —me recordó mientras los otros agentes se hacían cargo de las familias que les habían asignado y uno vigilaba la puerta.

Me pasó el casco militar y me lo puse sobre el moño despeinado por el sueño e hice lo mismo con el chaleco antibalas. Al menos me había dejado dormir sin él.

Pasamos junto a una pila de bandejas de comida mientras salíamos del salón hacia el pasillo y bajábamos las escaleras.

—¿Las dejaste aquí a propósito?

Asintió, contemplando a nuestro alrededor con una expresión más que alerta.

—No tienen comida suficiente. Están sitiados.

—¿Y vamos a abandonarlos? —Lo miré, pero él estaba en modo trabajo. Ya no había caricias en las mejillas ni sonrisas. Esta era la versión de Nate que no veía en Estados Unidos.

—No todos quieren ser salvados, Izzy. —Se aferró a su rifle mientras caminábamos por la terminal.

—Esta es nuestra casa —dijo el soldado afgano a mi lado—. La defenderemos hasta la muerte.

No sabía qué decir, así que solo asentí aferrándome con más fuerza a mi bolso a medida que nos acercábamos a la salida. Pasamos por la puerta en la que nos habíamos refugiado el día anterior. Las ventanas que habían volado en

pedazos ya estaban tapiadas.

—Intenta respirar —dijo Nate mientras avanzábamos hacia la puerta vigilada por Black y otros dos soldados afganos.

—¿Y si vuelven a atacarnos? —pregunté en voz baja, muy consciente de las niñas a nuestras espaldas. Avanzábamos en los grupos que habían asignado para cada helicóptero.

—Han traído Apaches —me recordó Nate—. Si disparan misiles corren el riesgo de revelar su posición, con lo que les devolveríamos el ataque multiplicado por diez. —Apretó la mandíbula y se detuvo cuando llegamos a la puerta.

—Claro, porque la guerra es muy lógica. —El pánico descontroló mis latidos. Muy bien, no estaba hecha para esto. Podía admitirlo.

—Tú solo quédate conmigo —ordenó despacio Nate—. Te subiré a ese helicóptero.

No lo dudaba. También sabía lo afortunados que habíamos sido el día anterior por haber entrado antes de que comenzaran las explosiones.

—Si tienes que elegir entre yo o alguna de las niñas…

Nate me miró, tomó mi mentón entre el pulgar y el índice y apuntó mi rostro hacia el suyo.

—No soy esa clase de hombre —dijo tan despacio que apenas lo escuché yo, así que sabía que no lo habían oído las familias detrás.

—¿Qué clase de hombre?

—Treinta segundos —gritó Gray desde el fondo del grupo.

—El hombre que hace cosas honorables —dijo Nate y sus ojos buscaron los míos—. No cuando se trata de ti.

—Sí que lo eres —respondí.

Negó con la cabeza.

—Hay una diferencia entre tú y yo, Iz. Siempre la ha habido. Si tuvieras veinticuatro horas antes de que acabara el mundo, ¿a dónde irías?

Pestañeé. Era la pregunta más extraña que me había hecho para intentar distraerme.

—Serena seguro que estaría cubriendo la noticia, y mis padres no son muy de consolar, así que supongo que iría a donde pudiera ayudar más.

Una sonrisa burlona le torció los labios. Bajó la mirada a mi boca y soltó mi mentón.

—Sí. Esa es la diferencia entre nosotros.

No tuve tiempo para preguntarle qué quería decir. El sonido de los motores llenó el aire y, a través del vidrio, vi cuatro helicópteros aterrizando en la pista y dos más llegando.

—¡Ahora! —dijo Nate por encima de su hombro y las puertas se abrieron de golpe. Otro oficial y los soldados afganos nos guiaron.

Mi corazón se aceleró mientras avanzábamos rápidamente por el mismo sendero por el que habíamos entrado el día anterior. Ahora parecía diferente, más largo. Los arcos que habíamos atravesado se veían menos hermosos y más… expuestos. O tal vez simplemente había cambiado el modo en que los miraba.

Cuando salimos a la pista, mi corazón amenazó con salirse de mi pecho. Pasamos junto a un cráter en el asfalto que definitivamente no estaba ahí un día antes y mi sangre se agitó agolpándose en mis oídos. Nate me guio por la fría pista (porque era tan temprano que el sol todavía no había llegado a calentarla) hacia el helicóptero más alejado.

El artillero de la puerta nos hizo una señal para que entrásemos y Nate prácticamente me arrojó dentro del helicóptero antes que nadie. No perdí tiempo en protestar. Ocupé el asiento de siempre y me aparté de su camino.

Pero no me siguió.

Giré la cabeza hacia la puerta.

Nate esperaba en la pista, mirando hacia la terminal. Contuve la respiración. Si las últimas veinticuatro horas me habían enseñado algo, era que cada segundo contaba.

Y mi corazón contó todos los que pasó ahí de pie, completamente expuesto.

Apareció Lilac escoltado por un par de soldados afganos, uno de los cuales llevaba a Kaameh. La dejó justo al lado de la puerta y la soltó, luego el resto de la familia entró al helicóptero. Ocuparon los asientos que estaban justo frente a mí con el pecho agitado y los ojos muy abiertos. Me acerqué para abrochar el cinturón de Kaameh en el asiento junto a la ventana, donde solía sentarse Nate, mientras la madre y el padre hacían malabares con el hermanito para poder abrocharse los suyos.

Subieron Nate y Lilac, y, cuando el muslo de Nate tocó el mío, respiré hondo una vez, y otra vez, y otra más hasta calmarme. Estaba bien. Estábamos bien.

El helicóptero despegó y el suelo se fue alejando.

Nate se estiró hacia mi regazo y tomó mi mano, entrelazando mis dedos con los suyos, agarrándolos con fuerza mientras nos alejábamos de Kandahar. Mi respiración se normalizó con cada kilómetro que avanzábamos. Sabía que ese momento no iba a durar, que no iba a tomar mi mano para siempre, y así fue.

Su mano se soltó y no pude evitar lamentar la pérdida.

Pero él no sabía que había una razón por la que mi mano izquierda estaba vacía.

Y todavía tenía que decidir si iba a contársela, tenía que pensar si a él le gustaría saberla.

Cuando llegamos, las niñas me abrazaron e inmediatamente las subimos con sus familias a camionetas hacia el aeropuerto. Fue breve. Sin sobresaltos. Perfecto.

—Mírate, cambiándole la vida a la gente —dijo Nate mientras nos guiaba hacia nuestra camioneta.

—Me hace sentir bien —admití entrando al automóvil—. Probablemente sea lo mejor que haga en la vida. —Si ese era el resultado de todo el tiempo pasado en Washington, había valido la pena.

Nate cerró mi puerta y se subió delante. Sonreí todo el camino hacia la embajada.

Pero mi sonrisa se borró cuando entramos a la caótica recepción y vi a través de la agitada multitud que la sala de reuniones vidriada que usábamos estaba vacía.

—¿Quieres ir a buscar a Soplapollas para decirle que estás bien? —masculló Nate mientras seguía mi mirada.

Su superior avanzó con la boca en una línea apretada.

—Buen trabajo rescatando al equipo.

—¿Dónde está mi equipo? —pregunté con el estómago revuelto.

—El Departamento de Estado ordenó la evacuación parcial de la embajada. —El mayor miró a Nate y luego a mí—. Lamento tener que decirte esto, pero el resto de tu equipo se ha ido hace algunas horas con el candidato al Congreso… ese cuya visita no estaba programada. Covington.

Perdí el equilibrio, pero Nate me estabilizó con una mano en la cintura.

—¿A qué te refieres con que se ha ido? —prácticamente gruñó.

—Los senadores han cancelado sus viajes y todos se han subido al avión —explicó el mayor suavizando la voz mientras veía mi rostro transformarse—. Puede que quieras llamar a tu jefa.

Me habían abandonado.

CAPÍTULO 22

IZZY

Fiji
Junio de 2017

No había nada tan hermoso como observar el reflejo de la luna deformarse sobre el agua desde el balcón de nuestro bungalow. Miré sobre mi hombro hacia la puerta de dos hojas abierta de par en par y contemplé la extensión de la espalda de Nate, que dormía en el que había sido su lado de la cama durante los cinco días que habíamos pasado allí. El borde de la sábana caía justo sobre la parte baja de su espalda, sobre la pronunciada curva de sus nalgas y la luz tenue de la mesita de noche resaltaba cada músculo que en ese momento descansaba relajado.

Bueno, tal vez sí había una cosa en el mundo más hermosa que la luna…

La brisa agitaba la seda de mi camisón de tiras finas y corte princesa; alejé la vista de Nate para devolverla al agua. Era mitad de la noche y nuestro balcón quedaba resguardado de cualquier mirada indiscreta (si es que quedaba alguien despierto en alguno de los bungalows cercanos), pero, aunque Nate no tenía ningún problema en pasearse luciendo esa desnudez hermosa y embriagadora, yo no tenía tanta seguridad en mí misma.

Además, no me podía dormir. Había llevado mi cuerpo a un glorioso estado de agotamiento eufórico, pero mi mente había seguido dando vueltas mucho después de que sus ojos se cerraran.

Solo nos quedaban dos días.

Dos días y luego regresaríamos a Estados Unidos. De vuelta a la realidad. De vuelta a una vida en la que nunca sabíamos qué estaba haciendo el otro ni cuándo volveríamos a vernos. De vuelta a una vida en la que alejaba a todos los hombres que se acercaban demasiado por la sencilla razón de que no eran Nate.

Al cortar con Luke, no había llorado porque tuviera el corazón roto. Lo había hecho porque había pasado meses con él y solo había conseguido que me gustara, un sentimiento que no me había costado nada desechar.

¿Amor? Esa palabra solo le pertenecía a un hombre en mi vida, y no podía tenerlo. No de verdad.

Estaba perdidamente enamorada de Nathaniel y solo de Nathaniel.

Y él no me dejaba entrar. Yo siempre estaba en su órbita, podía espiar el dolor que sabía que existía en su interior, pero me condenaba a mirar sin poder hacer nada mientras él seguía juntando cicatrices.

Tal vez era porque me había salvado tantos años atrás. Tal vez era la calma que sentía cuando estaba cerca de él, la forma en que podía ser yo, solo yo, y eso era más que suficiente. Tal vez era la forma en que me había mirado en el funeral de su madre, como si fuera el único bote en un océano que se esforzaba por hundirlo. O tal vez era el modo en que había borrado cualquier pensamiento lógico con una sola caricia.

Fuera lo que fuera, lo que sentía mi corazón en ese preciso momento solo era posible con Nate.

Y solo teníamos dos días más.

¿Cómo perder aunque solo fuera una hora de ese tiempo durmiendo?

Me envolví la cintura con los brazos y me quedé mirando la luna como si fuera a darme las respuestas que necesitaba. ¿Tenía que mudarme a Carolina del Norte? ¿Renunciar al trabajo que quería para pasar con él los pocos días al año que iba a poder pasar en casa cuando claramente eso no era lo que él quería?

Un sonido me hizo girar hacia la cama.

El cuerpo de Nate se sacudió.

Avancé hacia él, caminando en silencio para no despertarlo, intentando ver si había algún problema. Pasado un minuto más o menos, me senté con cuidado en mi lado de la cama y subí despacio las piernas para no mover demasiado el colchón.

Se volvió a sacudir y lanzó un grito que me sobresaltó.

Estaba teniendo una pesadilla.

—Nate. —Toqué su hombro con cuidado—. Nate, despier…

Se movió tan rápido que mi corazón se detuvo.

Mi espalda tocó el colchón en el mismo momento en que Nate apareció sobre mí. Sus ojos estaban muy abiertos, me miraba con intensidad, y su

antebrazo…

Me apretaba las clavículas mientras con la otra mano buscaba algo en la cama.

—¡Nate! —grité con el estómago en la garganta.

El horror se apoderó de su rostro, me soltó y saltó hacia atrás buscando el borde de la cama.

—Oh, mierda. —La sangre huyó de su rostro—. Izzy. Dios. Izzy.

Retrocedí hacia el respaldo intentando desesperadamente entender lo que acababa de suceder.

—Lo siento tanto. —Alzó la mano como para tocarme, pero enseguida la bajó—. ¿Te he hecho daño?

—No. —Su mirada afligida me rompió el corazón—. Estoy bien —prometí.

Metió la cabeza entre sus manos.

—Lo siento mucho.

—Estoy bien, Nate. Sorprendida, pero bien. —Mi pulso se aceleró, pero no era nada comparado con el modo en que se me cerró el pecho por el dolor que había en su voz—. Nate, mírame.

Alzó la cabeza despacio y sus ojos buscaron los míos.

—No me has hecho daño. —Sacudí la cabeza y la lógica le ganó a la sorpresa—. Tenías una pesadilla y te he asustado. No tendría que haberte tocado. Sé lo suficiente sobre el trastorno de estrés postraumático como para saberlo y solo… Olvídalo. Soy yo quien tiene que pedirte perdón.

—No te atrevas a pedirme perdón a mí. —Se llevó las rodillas al pecho.

Me acerqué, pero me detuve en el centro de la cama para darle espacio.

—No me has estrangulado. No me has dejado sin aire. No me has tirado al suelo. No… me… has… hecho… daño.

Salió de la cama y se puso un bañador seco.

—Ni no lo haré.

—¿Y eso qué significa? —Se me retorció el estómago cuando atravesó las puertas y salió al balcón—. ¡Nate!

—Ponte a dormir, Izzy. —Se giró para mirarme, pero siguió caminando de espaldas—. No imaginas cuánto lo siento.

—Creo que sí —comencé, pero Nate tomó carrera y saltó desde el balcón al agua. Corrí hacia el pasamanos, con la luz de la luna no llegaba a ver dónde había emergido—. ¡Nate! —susurré tan alto como pude, intentando no despertar a nadie.

Pero no apareció.

Esperé en el balcón minutos. Luego en la cama otros quince. O tal vez fueron veinte. Luego cerré los ojos un segundo.

Me desperté al cabo de poco y estiré los brazos sobre la cabeza, luego busqué el cuerpo de Nate.

Pero no estaba allí.

Abrí los ojos y me incorporé mirando su lado de la cama vacío.

—Estoy aquí —dijo Nate a mi izquierda.

Miré en esa dirección y lo encontré sentado en el sofá del rincón, vestido para comenzar el día, con ojeras bajo los ojos.

—¿Has estado despierto toda la noche? —Salí de la cama y me senté en la otra punta del sofá.

—No pude dormir después de… —Su voz se apagó y despegó su mirada de la mía, luego se inclinó sobre la mesa de café y me pasó una hoja de papel—. En cualquier caso, he hecho una lista. Están todos los lugares de los que hemos hablado en estos días.

Cogí la lista y la leí.

—Palau el año que viene, Perú el siguiente, luego Borneo, Islas Canarias y Maldivas.

—¿Me he dejado algo? —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Seychelles —dije.

—Cierto. —Me pasó un bolígrafo—. Escríbelo.

Lo miré a él, luego al bolígrafo, lo cogí despacio y escribí Seychelles en el espacio vacío que quedaba al final con tanta presión que atravesó el papel.

—Mierda.

—Ya he reservado los vuelos para el año próximo. Querías Palau, ¿verdad? —preguntó apoyando el teléfono sobre la mesa.

Mi pulso se aceleró. ¿Qué se suponía que debía hacer con eso?

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Para octubre del año próximo, pero podemos cambiar la fecha según en qué bufete entres o si yo… no estoy.

«En otras palabras, si lo destinan».

Puse el papel y el bolígrafo junto al teléfono y me volví a sentar con las piernas cruzadas. Los ojos de Nate se encendieron cuando bajó la vista a mi cuerpo y yo me esforcé por ignorar la oleada de deseo que despertó esa mirada.

—¿Desde dónde has comprado los billetes? ¿Desde qué ciudades?

Respiró hondo.

—He comprado el mío desde Carolina del Norte y el tuyo desde Nueva York.

Me quedé boquiabierta.

—Le he enviado un mensaje a Serena, ya que la diferencia horaria jugaba a mi favor, y me ha dicho que allí está el bufete que más te gusta. Ese del que llevas un año hablando.

No quería ni que considerara mudarme a Carolina del Norte para estar con él. Seguiríamos igual, con esa relación de una-vez-al-año que me consumía la vida, el corazón.

—¿Es por lo de anoche?

—Solo quería asegurarme de que continuaremos con esto. —Tragó saliva —. Pasamos años hablando de hacerlo y nos ha costado… años. Ahora sabemos que vamos a vernos.

—¿Aunque solo sea una semana?

—Una semana es mejor que nada —dijo.

—¿Y cuánto tiempo será nuestro límite? —Me puse de pie, necesitaba alejarme de él—. ¿Cuánto tiempo se supone que vamos a pasar robando una semana por aquí y otra por allá?

—Todo el que sea necesario. —Me miró ir y venir con el cuerpo quieto y tranquilo, pero los ojos atentos a cada uno de mis movimientos.

—¡Esa no es una respuesta!

—Es la única que tengo. —Cómo mierda podía estar tan tranquilo.

¿Cuánto tiempo pensaba quedarse en el ejército? ¿No veía lo que le estaba haciendo? Yo sí. Estaba claro como el agua.

—¿Y vamos a hablar de lo de noche?

—No tiene sentido hablar de una pesadilla —dijo, sus ojos seguían mis movimientos—. Tengo pesadillas. Seguramente tú también las tienes.

—Sí, bueno, yo voy a terapia. —Me senté al borde de la cama—. Por favor, dime que tú también. —Alcé una mano—. Y, antes de que me lo preguntes de nuevo: no; no me hiciste daño ni estoy enfadada por lo de anoche. Sé que te cortarías la mano antes de usarla para hacerme daño.

Trabó la mandíbula y alejó la mirada, contemplando el paisaje al otro lado la puerta de doble hoja.

—Pasé la evaluación psiquiátrica en la selección, así que parece que estoy bien. No puedo controlar lo que sueño, Izzy. Y si fuera a un psiquiatra para hablar de mis pesadillas ya puedo olvidarme del curso de capacitación para las Fuerzas Especiales. Eso me descalificaría.

—¿Qué estabas buscando anoche? —pregunté—. Cuando me sujetaste con una mano, buscabas algo con la otra.

Exhaló despacio y se pasó las manos por el cabello corto.

—Suelo guardar un arma bajo la almohada cuando estoy en una misión, y estaba soñando… —Sacudió la cabeza—. No importa. Y, sinceramente, lo que pasó anoche solo es una razón más por las que tú y yo funcionamos como lo hacemos.

—¡Pero no funcionamos! —Me levanté de la cama porque no podía quedarme quieta. Sentía que iba a escaparme de mi piel, como si mi cuerpo no pudiera contener la intensidad de las emociones que me atravesaban—. No es

una relación verdadera si las cosas siguen así, Nate.

—Nunca dije que lo fuera. —Se puso de pie, pero no se me acercó, solo me miró caminar de una punta de la habitación a la otra—. Acordamos no echar a perder nuestra oportunidad, ¿te acuerdas? Acordamos…

—En tres años cambian muchas cosas —protesté—. Llevo todo este tiempo esperándote, Nate. Tres años comparando contigo a las personas con las que salgo. Preguntándome constantemente dónde estás, cómo estás. Preguntándome si alguna vez me dejarás entrar, si vas a contarme lo que te pasa cuando estás en alguna misión.

—No quieres saber nada de eso. —Se metió las manos en los bolsillos, parecía tranquilo y sereno.

—¡Sí que quiero! ¿Cómo se supone que voy a conocerte si realmente no me dejas?

—Me conoces mejor que nadie…

—No, conozco lo que me dejas ver mejor que nadie. —Giré en redondo y me encaré a él, de espaldas a la puerta.

—¿Qué quieres que te diga, Iz? —Inclinó la cabeza a un lado y apareció esa máscara que veía en él de vez en cuando (la que llevaba puesta en el funeral de su madre)—. Allí no soy el mismo que cuando estoy contigo. Y de verdad no quiero que conozcas a ese tipo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Odiaba verlo así de imperturbable, como si no le molestara la permanente distancia entre nosotros: esa línea de meta que marcaba cuándo podríamos tener una relación y que no dejaba de moverse.

—Quiero decir que… —Suspiró—. Estoy compartimentado. Aprendí a separar la mierda que sucede allí de mi vida aquí. Es uno de esos recursos de los que me hablaste hace unos años, ¿recuerdas?

Lo recordaba.

—¿Y si quiero saberlo todo de ti?

—No quieres. —Sacudió la cabeza con seguridad.

—Sí quiero —repliqué.

—No. No… quieres. No escondo la mierda debajo de la alfombra para alejarte, Iz, lo hago para protegerte. No tienes por qué hacerte cargo de… todo.

—¿Por qué no confías en que vaya a acompañarte? —Di dos pasos hacia él —. Estuve en el funeral de tu madre. Estuve cuando me necesitaste.

—Es cierto. Y sé que nunca te lo he agradecido suficiente…

—No tienes que agradecerme nada, Nate. ¡Quería acompañarte! Dios, ¿no lo entiendes? ¿No entiendes que no hay forma de que pueda mantener la distancia si sé que estás sufriendo?

—Exactamente por eso no te he contado nada. —Alzó la voz—. No te gustaría saber las cosas que he hecho, las cosas que haré. No volverías a

mirarme de la misma manera. ¿Piensas que es malo que tenga pesadillas? Eso no es nada. Sin mencionar que no puedes saber nada más ahora que entraré en las Fuerzas Especiales. Casi todo es clasificado. Izzy, eres lo único bueno e inmaculado en mi vida. Eres la única paz que conozco. ¿Por qué iba a arrastrarte a la mierda si no es necesario?

—¿Entonces nunca sabré por lo que estás pasando? ¿Nunca sabré cómo ayudarte? —Se me cerraron los puños y el pecho.

—¿Por qué querrías hacerlo?

—¡Porque estoy enamorada de ti! —grité y luego me cubrí la boca abierta con ambas manos. Mierda, no quería decir una cosa así.

Abrió los ojos.

—Isabeau, no.

El calor invadió mis mejillas mientras cruzaba el bungalow para salir al balcón. Si me tiraba al mar y comenzaba a nadar, podría alcanzar la siguiente isla por la tarde y podría evitar el resto de la conversación.

—No puedes estar enamorada de mí —dijo sacudiendo la cabeza y siguiéndome hacia fuera. La expresión en su rostro era pura devastación.

—¡Y tú no puedes decirme lo que tengo que sentir! —Tuve que detenerme cuando me topé con el pasamanos—. ¿Podemos ignorar lo que acabo de decir, por favor?

—No. —Avanzó y se detuvo cuando me tuvo arrinconada con las manos aferradas a la barandilla a lado y lado.

—¿Por qué no? Me estás pidiendo que ignore todo lo que sucede cuando no estamos juntos. Me estás pidiendo que sobreviva con lo que te dignas a decirme por carta o e-mail. —Alcé la barbilla e intenté clavarle la mirada, pero la preocupación y la angustia en sus ojos aflojó mi furia.

—Porque todo lo que sucede cuando no estamos juntos es mentira —dijo —. Esto es real. —Tomó mi mano y la puso en su pecho—. Esta es la realidad por la que vivo.

Su corazón latía errático bajo mis dedos.

—Y, sin embargo, no me permites quererte.

Sacudió la cabeza.

—No puede ser, Iz. Sencillamente no puede ser. No soy bueno para ti, todavía no. Mira lo que sucedió anoche. Una pesadilla y te puse el brazo en el… —Tragó con dificultad—. Mira, no solo estoy asustado… Me aterra arruinar nuestra única oportunidad. ¿Quieres algo real? Así me siento: no puedo perderte. —Sus ojos buscaron los míos y sentí una grieta en el pecho que intenté ignorar porque sabía que, si miraba con atención, encontraría la herida en mi corazón.

—Pero en realidad tampoco me tendrás —susurré. Y entonces lo entendí: había elegido su camino y no me dejaba seguirlo. De una forma u otra, él

siempre iba a estar en la guerra y mi destino, si lo elegía, sería verlo cambiar lentamente del chico que había conocido en el avión seis años atrás a eso en que lo convertirían años y años de combate.

La herida de mi corazón creció con una punzada de dolor.

—Siempre aceptaré lo que me des. —Tomó mi rostro entre sus manos y me miró directo al alma—. Y tendremos lo que podamos darnos. —Bajó la cabeza despacio y se apretó contra mí—. Solo puedo darte lo que tengo, Izzy. Sé que no es suficiente, pero es todo lo que tengo.

Sus labios acariciaron los míos y me derretí.

Estaba perdida. No hacía falta más: una caricia de su boca y ya era suya. Porque, por injusto que fuera, lo quería tanto que estaba dispuesta a aceptar lo que me diera.

Así que acepté todo lo que me dio los dos días que siguieron y luego regresé a mi casa en DC, hice las maletas para el trabajo que me ofrecieron en Nueva York y conté los días que faltaban para verlo en Palau.

CAPÍTULO 23

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Para decirlo suavemente, el país se estaba yendo al carajo.

E Isabeau se negaba a irse.

Estaba a punto de perder esa oportunidad.

Habíamos regresado a Kabul hacía veinticuatro horas, y la embajada había entrado en lo que solo podía describirse como caos. Por cada persona que estaba entre esas paredes buscando refugio o una salida del país, había diez fuera queriendo entrar. No me quería ni imaginar cómo estaría la embajada provisional que habían montado en el aeropuerto.

Estábamos entre barriles de pólvora, observando la llama parpadeante de la mecha encendida correr hacia nosotros sin poder hacer nada. La destrucción era inminente. Solo era cuestión de cuándo.

—Herat —dijo Webb señalando la imagen aérea de la provincia que acababa de caer proyectada en la pared de la sala de conferencias que habíamos ocupado en el sótano de la embajada. Estábamos reunidos para el informe de la tarde, todos excepto uno: le había ordenado a Graham que se quedara con Izzy. Web hizo clic y apareció la siguiente imagen que mostraba la misma escena en una provincia diferente—. Lashkar Gah. Lo que, como sabéis, significa que ahora todo Helmand está en manos de los talibanes.

Apreté la mandíbula.

La atmósfera alrededor de la mesa de conferencias, que ya estaba tensa, se espesó aún más, pero nadie dijo nada. Todos llevábamos en el país el tiempo suficiente para saber que las estimaciones iniciales eran demasiado optimistas, pero verlo caer frente a nuestros ojos nos dejaba sin palabras.

—Agregad Kandahar a la lista —dijo, volviendo a hacer clic. Más imágenes invadieron las pantallas. Dos de las tres ciudades más grandes ahora estaban en manos de los talibanes.

Los muchachos de operaciones especiales en el aeropuerto…

—¿Y la unidad 03? —preguntó Parker poniendo voz a mis pensamientos mientras se inclinaba hacia delante en el asiento frente a mí. La forma en que se movía su bigote negro era indicio de su agitación.

—Por ahora controlan el aeropuerto —respondió Webb—. Pero la situación no pinta bien. Están rodeados y la única vía de evacuación es por aire. Tienen poca comida y pocas municiones.

—Así que, básicamente, jodidos —dijo Black—. Están jodidos.

—Las fuerzas especiales afganas están trabajando en ello —respondió Webb—. Os avisaré si cambian las órdenes.

Lo que significaba que no íbamos a poder hacer una mierda. Apreté la mandíbula. Estaban inmovilizados, rodeados y muertos de hambre.

—Por otro lado… —Webb pasó a la siguiente imagen que mostraba cuántas provincias habían caído; me guardé los sentimientos que me provocaba la situación de Kandahar donde tenían que estar: fuera de mi mente. Las provincias que controlaban los talibanes estaban pintadas de rojo, y había mucho rojo.

—Hay mucho rojo entre nosotros y una cierta fotoperiodista —musitó Torres a mis espaldas.

Como si tuviera que recordármelo.

—Después de lo de anoche hay tres mil de nuestros hombres en camino y se ha ordenado la evacuación de todos los civiles, aliados afganos y diplomáticos. —Miró en mi dirección y yo asentí porque entendí lo que quería decir—. Según la información de la que disponemos, hoy autorizarán mil soldados más. El objetivo principal es que el aeropuerto siga siendo seguro.

Apareció la siguiente imagen, que mostraba a la multitud fuera del aeropuerto.

Sí, definitivamente, esa mecha iba hacia nosotros. Muy bien.

—En los últimos dos días han salido cuarenta y seis vuelos y, como podéis ver, la demanda es bastante más alta que la oferta —continuó Webb.

—Maldito Saigón —musitó Elston masajeándose la barba.

Busqué mi botella de agua y bebí para evitar que creciera ese nudo de ansiedad en mi garganta. Izzy tenía que irse. Cuando estuviera en un avión, podría concentrarme en lo que tenía que hacer.

—Y, por último, pero no menos importante. —Webb pasó la siguiente imagen, una fotografía aérea de Kabul tomada con un dron que mostraba la congestión en las rutas que entraban a la ciudad e indicaba los puestos de control que ya habían sido controlados por los talibanes en las afueras de la pequeña provincia—. El enemigo se aproxima a las puertas de la ciudad. Creo que podemos decir que el presidente Ghani ya no tiene el control.

Estábamos cerca de la situación de Kandahar.

Las sillas crujieron cuando mis compañeros se movieron a mi alrededor.

—¿Y Mazar-e Sarif? —pregunté.

—Resiste —respondió Webb—. Pero no sabemos por cuánto tiempo.

Ese parecía ser el consenso general sobre todos los asuntos.

—Ahora que han evacuado a casi todos los representantes del congreso, tendremos otra misión —dijo Webb mientras repartía órdenes. El pelotón quedó dividido en escuadrones de cuatro, lo que no era novedoso, a algunos les asignaron la evacuación de individuos de alto nivel y a otros, diversas tareas.

La reunión informativa terminó y todos nos levantamos.

—Green —dijo Webb; terminé de colocar mi silla, asentí y me quedé mientras el resto abandonaba la habitación. La puerta se cerró antes de que volviera a hablar—. Respecto a la señorita Astor.

—La subiré al primer avión.

—La senadora Lauren recibió su solicitud para quedarse a ayudar al embajador. —Alzó una ceja.

—La voy a matar. —Me masajeé el puente de la nariz.

—La senadora Lauren dijo que su actitud era… noble… y aceptó la petición siempre que pudiéramos garantizarle una evacuación segura llegado el momento, y creo que ambos estamos de acuerdo en que ese momento llegará rápido. Ah, y ordenó que consigamos un fotógrafo para que tome unas imágenes de su heroica labor dado que no aprovechamos la oportunidad obvia con el equipo de ajedrez.

—Claro. —Malditos políticos y sus malditas relaciones públicas.

Cerró su ordenador y la proyección se convirtió en una pantalla azul.

—¿Hay algo que deba saber sobre el motivo por el que pide quedarse en un país que se está desmoronando?

—Su hermana es fotoperiodista y está trabajando en Mazar-e Sarif. —Me rasqué la barba de cuatro días—. La señorita Astor se niega a irse hasta que se vaya su hermana, parece que la tozudez está en los genes de esa familia, y todavía no han aprobado el visado del intérprete de Serena.

—Mmm. —Entrecerró levemente los ojos. Sabía por experiencia que estaba procesando la información y pensando en cómo afectaba la misión—. No estoy de humor para soportar una senadora molesta ni para entregarle a los

talibanes contenido para YouTube.

—Yo tampoco. —Eso no iba a pasarle a ella.

Asintió.

—Trabajarás con el equipo de siempre. Sería bueno sacar a las dos hermanas, en especial porque son de alto nivel, pero nuestra prioridad es la menor de ellas.

—Entendido. —Noté una opresión en el pecho. Serena me importaba y no quería abandonarla, pero no iba a sacrificar a Izzy por ella. El problema era que Izzy no estaba de acuerdo.

Dejé a Webb y salí; me encontré con Torres apoyado contra la pared al otro lado de la puerta, esperándome.

—¿Cómo estás? —preguntó, caminando junto a mí por el lúgubre pasillo.

—Bien. ¿No se nota?

—He visto controladores de tráfico aéreo con menos ansiedad, pero, si todo lo que vas a decir es «bien»… —Se encogió de hombros.

—Así es —gruñí subiendo por las escaleras del vestíbulo repleto de gente para ir hacia la habitación de Izzy. El personal de la embajada se había apropiado de su sala de reuniones, todos se esforzaban por hacer la mayor cantidad posible de entrevistas para completar los visados.

Graham montaba guardia fuera de su puerta y alzó los ojos marrones cuando me vio caminando en su dirección.

—Confírmalo con Webb, pero creo que te pagan el doble por trabajo peligroso si entras ahí —dijo Graham mirando de reojo a la puerta de Izzy.

—¡Y yo te digo que te vuelvas a fijar! —gritó Izzy y su voz atravesó la puerta.

—¿Ves? Seguro que lleva munición de verdad.

—No me da miedo —mentí y alcé una comisura—. Reúnete con el resto. Seguimos en la misión Astor —ordené.

—Entendido. —Se retiró.

Respiré hondo y entré a la habitación. Izzy había llevado el teléfono fijo hacia el lugar en el que estaba sentada en el sofá y tenía delante unos expedientes desplegados sobre la mesa.

—Y yo te digo que ese formulario fue presentado, así que vuelve a mirar —disparó Izzy sin siquiera mirarme—. Taj. T-A-J Barech. Presentó los papeles en abril.

El intérprete de Serena.

Me senté en el alféizar de la ventana a su derecha, desde donde podía verla a ella y a cualquiera que entrara por la puerta.

—Sí, sé que tienes dieciocho millones de solicitudes en espera. —Izzy apretaba el teléfono con todas sus fuerzas con una mano que seguía sin anillo y se colocaba el cabello sobre un hombro para sacarlo del medio.

Esa pequeña porción de piel de su cuello que reveló captó de inmediato mi atención.

Le encantaba que le besara el cuello.

¿Qué demonios había pasado entre ella y Soplapollas para que él se fuera sin su prometida? ¿O ese término ya no les correspondía? Me había prometido a mí mismo que no iba a preguntar, que no iba a indagar en mierdas que no eran asunto mío, pero se trataba de Izzy.

—Y lo entiendo —continuó, tamborileando con su mano derecha en el borde del sofá—. Pero, aunque sé lo difícil que es para ti procesarlo rápido, te juro que es infinitamente más difícil estar ahora en Afganistán siendo un intérprete que ha trabajado públicamente para el gobierno estadounidense y rezando para que procesen tu visado a tiempo para evacuar.

Mierda, era hermosa cuando se cabreaba. Y me alegraba que ese enojo no estuviera dirigido a mí. Por el momento.

—No, no me voy a calmar, y no te estoy llamando desde mi elegante oficina en DC. Estoy en la embajada en Kabul. —Se arrancó el teléfono de la oreja, cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Quieres que me ocupe de ello? —ofrecí—. Yo soy el asesino profesional de la habitación, ¿lo recuerdas? Aunque estás haciendo un trabajo admirable masacrando al departamento de asuntos internacionales.

Ella me lanzó una mirada furiosa y se puso el teléfono en la oreja.

—Oh, lo has encontrado. Bien. ¿Puedes decirme a qué se debe el retraso? Porque tengo su expediente completo en mis manos. —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Qué te falta qué? —Hojeó el expediente que había sobre la mesa—. Su historial de servicio militar está aquí: doce años traduciendo para varias unidades… —Se encogió de hombros.

Me levanté del alféizar de la ventana y me moví a su lado, leyendo el expediente por encima de su hombro.

—Su carta de recomendación —suspiró, volviendo a buscar entre los papeles—. Tampoco está aquí. ¿Es muy difícil conseguir una de estas?

Se me retorció el estómago. Fuerte.

—Pon la llamada en altavoz —dije despacio.

—¿Crees que puedes…?

—Necesitas un general u oficial superior —respondí—. ¿Conoces alguno?

Cerró la boca, apretó el botón del altavoz y bajó el teléfono.

—… y hasta no tener esa carta el proceso queda paralizado, señorita Astor. —El tono soberbio del hombre me puso los nervios de punta—. Y tenemos miles delante de él que tienen el papeleo completo. Aunque llegue a presentar a tiempo la carta de recomendación, ponerlo al principio de la lista sería injusto y, considerando la escasez de citas para entrevistas…

—Puedo resolver la puta entrevista —interrumpió Izzy y el rubor invadió

sus mejillas.

—Si puedo enviarle esa carta de recomendación en las próximas horas, ¿podrá procesar el visado o no? —pregunté.

—Perdón, ¿con quién estoy hablando? —preguntó el hombre.

—El sargento primero Green —respondí—. Estoy en el Comando Conjunto de Operaciones Especiales.

Izzy disparó su mirada hacia mí.

—¿Podría procesar el archivo en veinticuatro horas si tuviera la carta? —pregunté, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Perdone, ¿está insinuando que puede enviarme la carta en veinticuatro horas? —dijo con sarcasmo—. Porque en este momento estamos un poco sobrepasados y no puedo dejar una solicitud en espera para ver si aparece una carta mágicamente.

—Puedo hacérsela llegar en… —Miré mi reloj e hice los cálculos de la diferencia horaria—. Dos horas. ¿Puede avanzar el trámite hasta la instancia de entrevista o no?

—Si llega. —Si pudiera traducirse en palabras un giro de ojos, sería así—. Dejaré anotado en el archivo que va a enviar la carta. ¿En qué pelotón dijo que estaba?

—Treinta y tres del Grupo Logístico de Bragg.

Izzy se quedó boquiabierta.

—¿Así que logística, eh? —Llegó el sonido de un teclado por el altavoz.

—Sí, ya sabe, esos que hacen que las cosas sucedan.

—Claro. ¿Y de parte de quién es la carta que espero?

—Alguien que está muy por encima de su nómina —respondí—. ¿Tienes su correo electrónico? —le pregunté a Izzy—. Bien, entonces no hay más que hablar. —Apreté el botón para terminar la llamada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Izzy mientras yo juntaba el expediente de Barech.

—Voy a resolver el único problema que puedo resolver. —Llevé el expediente hacia la puerta y la abrí; al otro lado estaban esperando Graham, Parker y Elston—. Llévale esto a Ápex —le dije a Elston usando el nombre en clave de Webb y le entregué el expediente al pelirrojo—. Dile que necesitamos que le pida una carta de recomendación al general.

—Lo haré. —Cogió el expediente y desapareció por el pasillo.

—Sargento Black. —Miré a nuestro médico—. Necesito el estado de todos los puestos de control de aquí a Mazar-e Sarif y cuáles dejarán pasar a una fotoperiodista estadounidense sin que sea necesario… convencerlos.

—Ahora mismo. —Asintió una vez y partió en la misma dirección que Elston.

—Sargento Gray, encuentre a alguien que pueda llevar un teléfono seguro a

Serena Astor. —Valía la pena intentarlo.

—Entendido. —Fue en dirección opuesta, dejando el pasillo vacío a pesar del caos que ocurría debajo de nosotros.

La conciencia me abandonó al entrar en la habitación de Izzy y cerrar la puerta a mis espaldas.

—¿Qué ocurre? —preguntó planchando su blusa con las manos mientras se ponía de pie. Era de un verde esmeralda que resaltaba la profundidad de sus ojos, pero me guardé esa observación.

—¿En estos cinco minutos? —Estábamos en el día nueve. Oficialmente era la mayor cantidad de días consecutivos que habíamos pasado juntos—. Nada.

—Y eso es motivo de preocupación. —Caminó descalza hacia la cocina, cogió dos botellas de agua de la nevera y me arrojó una. La pillé al vuelo. Me encantaba que siempre pensara en mí, incluso cuando estaba enfadada—. Me doy cuenta porque tienes esa arruga aquí. —Se tocó el espacio entre las cejas —. Te delata.

—Nada me delata. Hace años que se aseguran de que nada lo haga. —Abrí la tapa y bebí un sorbo para alejar la vista del movimiento de su garganta. ¿Qué tenía su cuello que me volvía tan loco?

—Mmm. —Apoyó la botella en la encimera—. Bueno, pues supongo que te conozco mejor que ellos. Ahora, dime, ¿qué sucede? Ya sabes, más allá de lo obvio.

—¿Te refieres al hecho de que parece que has elegido Kabul como lugar de residencia en medio de un golpe de estado? —Apoyé mi botella y caminé hacia el centro de la habitación para no hacer algo tan estúpido como alzarla sobre esa encimera y besarla hasta que recordara que alguna vez me había querido.

—Sí. Además de eso. —Acomodó el trasero en el apoyabrazos del sofá.

—Tengo un presentimiento. —Me encogí de hombros.

—Ah, ¿ahora hablamos de pre… sentimientos? Mira cuánto hemos madurado. —Una sonrisa le curvó los labios.

El comentario, aunque claramente sarcástico, tocó una fibra sensible.

—Por lo que recuerdo, la última vez que nos vimos, fui yo quien abrió por completo sus sentimientos.

—Y, por lo que yo recuerdo, tú fuiste quien me pidió que ignorara nuestra historia para que pudiéramos hacer lo que hemos venido a hacer aquí. —Estiró las piernas y las cruzó por los tobillos.

—Sí, bueno, eso se hace cada vez más difícil —admití, evitando mirar el modo en que los pantalones se le ajustaban a las caderas, a los muslos—. Estamos en la calma antes del huracán —le dije mientras cruzaba la habitación para mirar por la ventana hacia el jardín. No había nada de paz ni belleza allí ahora. Se había convertido en un corral, otra sala de espera con una fila interminable de personas desesperadas.

Me giré para mirarla, preparándome para la pelea inminente.

—Este lugar está a punto de explotar, Iz. No puedes quedarte.

—No veo que tú te estés yendo —dijo tranquila sobre su hombro.

—No somos iguales.

—Soy muy consciente de eso. —Alejó la mirada.

—La senadora te ha dado permiso para quedarte siempre que podamos asegurar tu integridad y tu evacuación. —Avancé para entrar en su campo visual. La mirada que me lanzó me hizo lamentar no llevar puesto el chaleco antibalas—. Iz, estamos acercándonos peligrosamente a ese límite. He visto los mapas. Mañana Kabul será la única escapatoria de este país.

Respiró hondo y enderezó los hombros.

—Entonces, menos mal que estamos aquí, ¿no? No me iré sin mi hermana.

Apreté la mandíbula.

—Estoy haciendo todo lo posible por sacar a Serena, pero mis órdenes son para ti. Y, cuando llegue el momento, subiré tu trasero a un avión estés o no lista para irte.

—¿Qué vas a hacer, Nate? —Se puso de pie y cruzó los brazos—. ¿Cargarme al hombro y llevarme pataleando y gritando?

Avancé, invadiendo su espacio, hasta que nuestros pies se tocaron y se vio obligada a echarse hacia atrás para poder seguir mirándome.

—Si tengo que hacerlo, sí. No tienes ni idea hasta dónde puedo llegar para que estés a salvo.

—Porque eso te han ordenado. —La frase era acusatoria.

—Porque eso es lo que he hecho desde que te conocí, Isabeau. —Mis manos se doblaron por las ganas que tenía de tocarla, de atraerla hacia mí y rogarle que se fuera.

—Ella es todo lo que tengo, Nate. —Se quedó quieta en el lugar mientras el aire entre nosotros se espesaba como siempre—. Para mis padres soy un trofeo; para ti, un recuerdo, y… —Masajeó el dedo vacío en su mano izquierda —. Serena es la única persona en el mundo que ha estado para mí incondicionalmente, la única persona que jamás me ha abandonado, y jamás me lo perdonaré si la dejo morir aquí. Si me voy, no quedará nadie que se preocupe por ella. Los dos sabemos lo que le ocurrirá.

—¿Prefieres morir con ella? Porque esa es una posibilidad muy real. Tiene que atravesar más de seiscientos kilómetros de territorio hostil, y eso si accede a irse. Todos los recursos aéreos que tenemos están comprometidos. No puedo llamar a un Uber para que vaya a buscarla y no podemos esperar. Tú no puedes esperar.

Le tembló el labio y yo musité un insulto.

—Me merezco un día —dijo al fin.

—¿Un día? —repetí.

—Por todos los años que pasé esperándote; lo menos que puedes hacer es darme un maldito día para ver si quiere irse. Veinticuatro horas.

Me enderecé y retrocedí un paso como si acabara de darme una bofetada.

—Lo siento. —Abrió mucho los ojos y se cubrió la boca con una mano—. Nate, lo siento. Eso no ha estado bien por mi parte.

—¿Y si no está aquí en veinticuatro horas, accederás a dejar de ser un dolor de cabeza y de pelear conmigo para no irte?

—¿Tu equipo se irá conmigo? —La mirada suplicante me resultó tan conocida que creí tener un déjà vu.

—Sabes que no.

Y ahí estaba. La expresión que indefectiblemente terminaba poniendo en su rostro. Desilusión y tristeza.

—Vas a quedarte mientras esto estalla.

—Cuidado, Iz. Lo dices como si te importara. —Me distancié.

Avanzó hacia mí.

—¡Siempre me has importado!

Excepto cuando no lo había hecho.

—Vas a tener que superarlo. —Me encogí de hombros en un gesto forzado —. Si no estuviera aquí, estaría en Irak o en otra docena de lugares de los que ni siquiera te enterarías. Escuché lo que dijo Serena sobre que empezaste a trabajar para Lauren porque estaba presentando proyectos para acabar con la guerra. —Mi corazón creció y se rompió al mismo tiempo—. Y no soy tan arrogante como para creer que eso tuvo algo que ver conmigo, pero, solo por si acaso, solo por si estás viviendo la vida con ese objetivo, te aclaro que tienes que parar. Ni siquiera tú eres tan poderosa como para terminar todas las guerras. Siempre será necesario que tipos como yo hagan las cosas que hacen posible que tú duermas tranquila por las noches.

Aunque estuviera durmiendo junto a un hombre que no valía ni uno de sus cabellos.

—Te mereces una vida. —Se colocó el cabello detrás de las orejas y me miró como si los últimos tres años no hubieran ocurrido. Como si siguiéramos peleando por los fines de semana y por cada oportunidad que tuviéramos de vernos, negando que tuviéramos una relación cuando ambos sabíamos que era así.

—Tengo una vida. —Una de la que ella no podía formar parte.

—Una vida real, Nate. —Avanzó hacia mí, alzó una mano y la apoyó con suavidad sobre mi corazón—. Un hogar. Un futuro con… —Se mordió el labio y suspiró—. Con quien elijas.

Las paredes de mis defensas se quebraron y el dolor me inundó ahogando la promesa que me había hecho de respetar la distancia y no hacer comentarios sobre su vida amorosa.

—¿Y eso es lo que tienes con Covington? ¿Un futuro? ¿Un hogar? Porque no le veo el atractivo.

Se acabó el profesionalismo.

—¿El atractivo? —Alejó la mano—. Estaba presente.

CAPÍTULO 24

IZZY

Nueva York
Octubre de 2018

Lo único que nadie se había molestado en decirme sobre Nueva York era que, con mi sueldo, nunca iba a poder pagar nada más grande que una caja de zapatos en Manhattan. O tal vez todos habían asumido que viviría para siempre de mis padres.

Pero en Brooklyn sí podía mantener un pequeño apartamento de una habitación. Era un segundo piso sin ascensor en Dumbo con un vestidor de verdad y, la mejor parte, aroma de la libertad. Libertad de las expectativas de mis padres y su presión permanente por que usara mi título para hacer crecer su negocio.

—¡Si me pongo de pie en el sofá puedo ver el agua! —dijo Serena subida al apoyabrazos del sofá. Llevaba una hora allí y ya estaba trepando por las paredes. A mi hermana nunca se le había dado bien lo de quedarse quieta.

—Yo que tú iría con cuidado. No es un mueble muy sólido. —Arrojé la chaqueta de mi traje sobre una de las sillas del comedor y seguí guardando el pedido que acababa de llegar del mercado.

—¿Quieres decir que lo montaste con un cuchillo de untar? —preguntó, saltando hacia el suelo de madera.

—Casi. —Alcé una comisura—. Lo montó Nate cuando vino de visita hace… —Hice las cuentas mentales—. Ocho meses.

—¿Y no confías en sus dotes para la construcción? —Se deslizó entre el espacio que quedaba entre mi espalda y la encimera opuesta en la cocina en forma de U, cogió la leche y la guardó en la nevera.

—Sí. Pero también vi cómo era esa cosa cuando salió de la caja. —Me puse de puntillas y guardé lo que venía envasado en el estante más alto.

—Ocho meses es mucho tiempo —dijo Serena apoyándose contra la encimera—. ¿Has vuelto a verlo desde entonces?

—Nop. —Mi pecho se cerró con fuerza—. Está más fuera que aquí según sus cartas y mensajes. —Guardé las frutas y los vegetales—. Si no está en clases o entrenamiento, está… —Me encogí de hombros porque la verdad era que no tenía ni idea.

—¿Es lo normal para las Fuerzas Especiales o lo que sea que esté haciendo?

—Cómo saberlo. —Le pasé una caja de café—. Detrás de ti. —Lo cierto era que casi no había tenido noticias de él durante los últimos siete meses y lo poco que sabía había sido breve y vago.

Se inclinó hacia un lado y guardó el café sin despegarse de la encimera.

—Pero habéis hablado, ¿no?

—Sí. —Terminé con lo que quedaba y me apoyé contra la encimera—. O sea, el último mes no, pero me avisó que iba a estar ocupado. —Tenía una especie de examen, pero no me había dado detalles, lo que significaba que no debía mencionarlo.

—¿Ocupado? —Serena alzó una ceja cuando Tybee, mi gato Maine Coon de seis meses, saltó sobre la encimera.

—Tú no deberías estar aquí, ¿no? —le pregunté rascándole el mentón antes de dejarlo de nuevo en el suelo. No iba a hacerme caso. Tybee me había enseñado que los gatos hacían lo que querían cuando querían. Le envidiaba esa actitud de me-importa-un-rábano. Me encogí de hombros—. Me mandó un mensaje para decirme que este mes no iba a poder hablar, pero que nos veríamos en O'Hare.

Serena pestañeó.

—¿Entonces mañana vas a volar hasta Palau con la esperanza de encontrarlo en O'Hare?

—Funcionó la última vez. —Volví a encogerme de hombros. No tenía por qué preocuparme. Nate era de las pocas personas en mi vida que siempre hacían lo que decían que iban a hacer—. Cuando se trata de Nate, no tener noticias es una buena noticia. Se pondrá en contacto conmigo si algo sale mal. Planeamos los viajes de los próximos cuatro años cuando vino el Día de San Valentín. No podíamos comprar los billetes ni reservar los alojamientos, así que Nate contrató una agente de viajes y le pagó más dinero del que puedo imaginar para que hiciera las reservas cuando se habilitaran las fechas. —Había sido tremendamente dulce y romántico, pero no dejaba de confirmar

que así viviríamos durante los próximos cuatro años. Había llegado a decirme que ni las esposas de los militares tenían tantos encuentros en persona. Dios, y yo ni era su novia—. Siempre que no haya que cambiar las fechas por alguna misión, algo que él mismo dijo que casi seguro ocurrirá. Tendré que cruzar los dedos y rezar que pueda pedirme los días cuando él tenga permiso.

Entrecerró los ojos.

—¿Y no te molesta pasar la mitad del tiempo sin saber dónde está ni qué está haciendo?

—Por supuesto que sí. —Alcé los hombros y los dejé caer—. Pero no tengo derecho a saberlo.

—¿Y si… —no encontraba las palabras— le pasa algo?

—Espero que alguien (seguramente uno de sus amigos) me lo diga.

Inclinó la cabeza a un lado y me estudió.

—Podría tener una familia entera en Carolina del Norte y no te enterarías. —Me apuntó con un dedo—. Y no te atrevas a encogerte de hombros de nuevo.

No lo hice.

—No es así. Puede que no sepa a dónde lo envían, pero siempre ha sido honesto conmigo cuando estaba saliendo con alguien, igual que yo con él.

—¿Y cuánto tiempo hace que no sales con nadie?

—Dos meses. —Hugh había sido el último intento de llenar el vacío, de ver si podía vivir sin Nate. Me despegué de la encimera, salí de la cocina y entré al comedor que estaba conectado con la sala de estar—. Y yo que pensé que estabas de vacaciones esta semana… Deja de entrevistarme como si fueras a escribir un artículo sobre mí.

—¡No te entrevisto! —Me siguió hacia el dormitorio—. Solo me preocupo por ti.

Ya éramos dos, pero no podía decírselo. Entré al vestidor, me quité lo que quedaba del traje, elegí unos pantalones de pijama y el jersey que Nate me había regalado para Navidad con el logo de su unidad.

—Por cierto, gracias por cuidar a Tybee esta semana.

—De nada. La verdad es que no tenía nada mejor que hacer.

Salí y la encontré desparramada en mi cama mirando al techo.

—No mientas. Sé que estás trabajando muy duro en el periódico.

—Parece que no lo suficiente —suspiró.

Me recosté junto a ella.

—Cuéntame.

—No he conseguido el proyecto que quería. Van a enviar a un fotoperiodista con más experiencia. —Cambió la voz para imitar a su jefe—: Pero no te preocupes, seguirás cubriendo el Capitolio hasta que llegue tu hora.

—Lo siento. —Fijé la vista en las aspas del ventilador de techo sobre

nosotras para que no pudiera ver que le mentía. Ese país tenía secuestrado al hombre que amaba y no me encantaba la idea de que también se llevara a mi hermana—. Sé cuánto deseabas ir.

—Quiero cubrir algo importante. —Entrelazó los dedos sobre sus costillas.

—Afganistán no es el único sitio en el que puedes hacer eso —dije despacio—. Estoy segura de que pasan muchas cosas importantes en el Capitolio. Es el corazón de nuestro gobierno. —Fue lo único que se me ocurrió decir y supe que estaba lejos de ser lo que ella necesitaba oír.

—Te sorprendería cuánto no. —Giró la cabeza hacia mí—. Volvió a caer el proyecto de la senadora Lauren. Ni siquiera salió del comité.

Fruncí las cejas.

—¿Cuál era?

—El que quería poner una fecha de retirada de Afganistán.

—Vaya. —Llevé una mano a mi corazón, como si pudiera calmar el dolor —. Es vergonzoso.

—Hablando de vergüenza. —Se giró para mirarme, apoyando la cabeza en su mano—. ¿Cómo se tomaron mamá y papá tu decisión de dedicarte al derecho corporativo?

—¡Ey! —Puse los ojos en blanco—. Paso por lo menos la mitad del día haciendo contratos para fundaciones.

—¿Esas que tienen las empresas más ricas de Nueva York para ahorrar impuestos? —Se rio y se mordió los labios cuando me vio mirándola—. Vale, vale. Ya paro.

—Solo serán unos años. Lo necesario para pagarle a mamá y a papá los gastos de la universidad.

—¿Porque te sientes culpable por tus privilegios? —Alzó una ceja.

—Porque no soporto los reproches constantes por no trabajar por el bien de la familia —respondí con sinceridad.

—Isa —dijo imitando a nuestro padre y me hizo sonreír—. Podrías hacer mucho por la familia si dedicas toda tu vida a legalizar nuestra evasión de impuestos.

—Algo así. —Me reí—. Pero ya no lo soporto.

—Lo entiendo. Ahora que te has ido, apenas puedo mantener el apartamento de DC, pero me niego a pedirles dinero. —Llevó un dedo hacia mi nariz—. Sabes que siempre puedes regresar a DC por mí. Olvídate de mamá y papá. Allí hay miles de puestos relacionados con lo corporativo, no solo políticos. Sin ti, tu habitación está tan vacía.

Tosí.

—Búscate un compañero de piso.

—Bien visto. —Miró detrás de mí—. ¿No te parece que tu incapacidad para hacer durar una relación tiene que ver con que sigues teniendo esa foto en tu

mesita de noche?

No tenía que mirar para saber que se refería a la fotografía de Nate besando mi mejilla en Fiji.

—Creo que tiene que ver con el hecho de que él sigue en mi mesita de noche.

Serena llevó su mirada lentamente hacia mí.

—Sé que lo que compartís es… indescriptible, pero, Izzy, ¿cuánto tiempo puedes seguir así? ¿Tú aquí y él… en todas partes?

Un nudo se asentó en mi garganta.

—Nate tiene sus motivos. —Esa noche en Fiji lo había asustado más a él que a mí, pero no tanto como para ir a hablar con alguien—. Y no importa que no coincidamos. No me dejará escoger entre él y mi carrera. Yo tampoco podría forzarlo a elegir entre yo y su carrera. Y no sé cómo soltarlo, Serena.

Me acarició el cabello.

—Lo sé. Pero odio verte vivir tu vida como un conductor inexperto en un automóvil con palanca de cambios, dando sacudidas hacia delante y parando en seco una y otra vez.

—Lo quiero. —No había otra forma de explicar mi comportamiento.

—Lo sé. —Me dedicó una sonrisa triste—. ¿Pero él siente lo mismo por ti?

Sentí una presión en el estómago, inamovible, nauseabunda.

—No lo sé. Pero estoy determinada a no regresar de Palau hasta saber la respuesta. Me he cansado de ser quien tiene más que perder aquí.

Nate no me iba a defraudar. Lo sabía en lo profundo de mi alma. Solo tenía que dejar claro que nuestra oportunidad era ahora.

Al día siguiente, se me retorció el estómago cuando llamaron a embarcar a mi grupo en Chicago O'Hare. ¿Así se había sentido Nate cuando habían retrasado mi vuelo de camino a Fiji?

La culpa me pesaba cuando me puse de pie y colgué la mochila en mis hombros. Debería haber encontrado un momento para escribirle en aquel viaje para terminar su agonía.

Supongo que así me pagaba.

Miré a los otros pasajeros mientras avanzaba en la fila de embarqué, deseando que su cabeza asomara entre las otras, que un par de ojos celestes miraran en mi dirección. Todavía no había llegado.

Pero llegaría. Nate no me había defraudado nunca en la vida. ¿Había cancelado planes conmigo porque tenía que pasar el fin de semana «limpiando la piscina» (su frase favorita para decirme que estaba en una misión cuando hablábamos por teléfono)? Claro. Por supuesto. Pero nunca había dejado de avisar.

Miré el teléfono mientras la fila avanzaba, luego abrí la aplicación que tenía mi tarjeta de embarque. La chica del mostrador nos recordó que todos los

asientos estaban vendidos mientras escaneaba mi billete y yo subía al avión.

Sacudiendo la cabeza porque Nate había comprado billetes en primera clase, me deslicé en mi asiento con la mochila entre los pies. Había traído cuatro novelas subrayadas para él y quería tenerlas a mano para que pudiera escoger cuando llegara.

—¿Puedo ofrecerle algo antes del despegue? —preguntó la azafata con una sonrisa amable.

—No, gracias. ¿Sabe si ha embarcado toda la primera clase? No veo a mi compañero.

—No lo sé, lo siento. —Miró el asiento vacío—. Pero no se preocupe. Todavía faltan unos cuarenta minutos para el cierre de puertas. Se tarda un tiempo en que todos se sienten en un avión tan grande.

—Gracias. —Me volví a sentar mientras ella avanzaba hacia los otros asientos y me culpé por lo que le había hecho pasar a Nate de camino a Fiji. Cogí el teléfono de mi bolso y escribí un mensaje de texto.

Izzy: El asiento junto a mí se ve muy vacío.

Presioné «enviar» y luego esperé a que la pantalla me mostrara esos tres puntos que indicaban que estaba escribiendo, pero no aparecieron. Abrí la aplicación de la aerolínea y busqué el vuelo que había tomado antes según nuestra hoja de ruta.

Había aterrizado hacía cinco minutos.

Eso lo explicaba todo. Probablemente ni había sacado su teléfono del modo avión mientras caminaba de una puerta a la otra. Más le valía correr. Mi corazón dio un tumbo, se me aceleró el pulso al pensar que iba a verlo en pocos minutos.

Pero esos minutos pasaban.

La azafata me miró con lástima cuando le pedí ayuda para guardar mi equipaje de mano antes del despegue.

Me abroché el cinturón y me asomé al pasillo sin disimulo, mirando sobre las cabezas hacia la puerta por la que había embarcado. Se me retorció el estómago cuando la azafata avanzó hacia la puerta y casi se me cae el teléfono mientras marcaba el número de Nate.

Ni siquiera sonó, fue directo al buzón de voz, lo que significaba que estaba apagado.

—Nate, creo que están cerrando las puertas y estoy muy preocupada. Creo que tu vuelo se ha retrasado y ya no sé si puedo bajarme, así que supongo que te encontraré en la escala de Hawái. Tengo muchas ganas de verte.

Colgué.

Perdió el vuelo.

También perdió el siguiente.

Con los ojos vidriosos, me registré en el hotel al día siguiente.

—Isabeau Astor, pero tal vez estoy como…

—Aquí está —respondió el conserje con una sonrisa que hubiese devuelto con sinceridad de no haber estado tan exhausta—. ¿Puedo ayudarla con algo?

—¿Puede decirme si Nathaniel Phelan se ha registrado ya?

—Usted es la primera, señora.

Asentí para darle las gracias y seguí al botones con paso robótico y el corazón más pesado a cada minuto.

—Es aquí. —El botones abrió mi bungalow y entró las maletas—. ¿Hay algo más con lo que pueda ayudarla?

No, a menos que pudiera decirme dónde estaba Nate.

—No, gracias. —Le di una propina y quedé a solas con el desfase horario y mi corazón preocupado. Me senté sobre la cama enorme que se suponía que iba a compartir con Nate, tomé el teléfono y me arrepentí por no haber pagado la cobertura internacional para que pudiéramos estar a solas, sin interrupciones.

Pero tenía wifi, así que revisé mi correo electrónico, las redes sociales. Nada de Nate.

Luego revisé las suyas. Su última publicación era de hacía cinco semanas, cuando había ido a pescar con Torres y Rowell. Los dos tenían nombres con J, pero no podía recordar cuál era Justin y cuál era Julian, porque Nate siempre hablaba de ellos con los apellidos. No conocía al chico de pícaros ojos marrones, ni al rubio alto y sonriente y sus cuentas eran privadas como la de Nate. Ambos habían entrado a las Fuerzas Especiales con él, pero ese cuarto amigo del que siempre hablaba ya no salía en las fotografías. Nate me había llamado al regresar de ese viaje de pesca y luego había vuelto a desaparecer.

Miré el suntuoso bungalow. Dejando de lado los sentimientos, este lugar debió haberle costado una fortuna. No había forma de que no viniera. Nate siempre había estado para mí. Siempre.

Pero la duda creció. Los últimos ocho meses no habíamos hablado con tanta frecuencia. Las horas que tenía que dedicarle a mi nuevo empleo me consumían y él estaba haciendo lo que fuera que hiciera.

Acostada boca arriba en la cama, luché contra el cansancio con cada célula de mi cuerpo, porque temía perderme el momento en el que atravesara la puerta y me besara.

Cuando abrí los ojos, estaba más oscuro, pero el sol todavía no se había puesto.

Me retorcí en la cama, tenía en cuerpo rígido por haber dormido casi once horas.

—¿Nate? —grité y fui a mirar primero el baño.

«Espera. La puerta estaba cerrada». No la había abierto. El temor se deslizó como hielo por mi columna, volví a la habitación, tomé el teléfono de mi mesa de noche y marqué a recepción.

—Hola, ¿podría decirme por favor si se ha registrado Nathaniel Phelan? —pregunté.

—Un momento. —Oí el sonido de teclas—. No, lo siento, señora.

Mi estómago se desplomó.

—Gracias —susurré y colgué el teléfono.

Nate no estaba allí.

Cogí mi teléfono móvil y envié el mensaje para autorizar la tarifa internacional. Solo tenía un mensaje de Serena que me deseaba buen viaje.

Era… imposible. Busqué a Nate entre mis contactos y lo llamé dos veces. El día anterior (o dos días antes) habría asegurado que eso significaba que estaba apagado, ¿pero y si era él quien me enviaba al buzón de voz?

—Soy Nate. Deja tu mensaje. —Tan seco y al grano, tal como era él.

—No sé qué hacer —dije después del tono—. Estoy aquí, pero tú no. No me has escrito ni me has llamado y estoy empezando a desesperarme de pensar que tal vez te haya pasado algo, porque sé que no serías capaz de plantarme así. Solo… —Tragué el nudo en mi garganta—. Llámame, Nate. No importa lo que haya ocurrido, solo quiero saber si estás bien.

Terminé la llamada.

Esa noche cené sola, aferrándome a la esperanza de que lo hubieran retrasado y fuera a aparecer en cualquier momento.

A la mañana siguiente, me senté en el balcón soleado con los pies colgando del borde, sujetando mi teléfono como si fuera un salvavidas.

El dolor llenó los espacios entre mis latidos. Conocía esa sensación. Me había invadido cada vez que buscaba a mis padres en las gradas de las competiciones de natación, pero encontraba sus asientos vacíos. Me había desgarrado cuando Jeremy había decidido ir a buscarse una esposa en Yale en lugar de mudarse a Georgetown conmigo después de que yo hubiera cambiado toda mi vida por él. Había corrido por mis venas como hielo y me había paralizado cuando mamá y papá habían elegido seguir en el crucero en lugar de volver a casa después del accidente. Había estado en esta posición más veces de las que podía contar: esperando a alguien a quien amaba solo para darme cuenta de que yo no era su prioridad.

Peleé contra esa sensación, mi corazón herido le prometía a mi mente cínica que Nate no me hubieses hecho esto, pero, a medida que pasaban las horas, acepté la verdad.

No iba a venir.

Asumí la derrota y llamé a Serena.

—¿Qué haces llamándome durante tus vacaciones de tortolita? —preguntó

—. Tybee dice hola.

—No está. —La voz me salió tan muerta como me sentía.

—¿Nate?

—No está —repetí, obligándome a pronunciar las palabras—. ¿Ha venido alguien? ¿Alguien… uniformado? —Mi lengua se tropezó con las palabras. Era la única explicación que se me ocurría.

—No, Izzy. No ha venido nadie —dijo, suavizando la voz—. ¿Estás bien?

—No. —Se me empañaron los ojos y me picó la nariz mientras intentaba contener el torrente de lágrimas pestañeando—. Puede que esté en una misión, pero la verdad es que siempre me avisa con códigos por mensaje o llamada. Y no conozco a ninguno de sus amigos. No se me ocurre una sola persona a la que pueda llamar para preguntarle. —Sabía tan poco de su vida que me daba vergüenza. Serena tenía razón: podía tener una familia entera sin que yo estuviera enterada. Me mantenía en la frontera de su vida y jamás me dejaba entrar.

Pero nadie había movido un dedo en el funeral de su madre.

¿Tal vez una nueva novia? ¿Una nueva… esposa?

—Oh, cariño. Lo siento mucho.

—¿Qué tengo que hacer? Si me quedo, soy una tonta, pero si me voy… —No podía ni decirlo en voz alta.

—Puedes volver a casa o quedarte a aprovechar todo el sol que puedas. —Tan sensata. Tan Serena.

—No quiero estar aquí sin él.

—Entonces ya tienes tu respuesta.

Comencé a llorar y no paré. Evité a los empleados del hotel cuando devolví las llaves y me escondí de las azafatas cuando se me caían las lágrimas en el vuelo que había cambiado. Las lágrimas cayeron y cayeron mientras cruzaba husos horarios, meridianos y lo que me parecieron años. La gente me miraba y me ofrecía pañuelos, lo que solo me hacía llorar más.

Cuando entré a mi apartamento, tenía los ojos tan hinchados que casi se me cerraban, los sentía calientes, picaban. Y, cuando vi a Serena, volvió a comenzar la catarata. Era como si tuviera una reserva ilimitada de lágrimas.

Me abrazó con fuerza y me acunó como si volviéramos a ser pequeñas.

—Está bien —susurró mientras lloraba en su hombro.

—Tengo que soltarlo, ¿verdad? —Las palabras salieron rotas y entrecortadas—. No importa si fue a propósito o por accidente… no puedo seguir viviendo así, Serena. Tengo que soltarlo.

—Lo siento mucho. —Me envolvió con sus brazos.

Nate y yo habíamos esperado tanto nuestra oportunidad que la habíamos perdido.

CAPÍTULO 25

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Cómo se atrevía.

¿No veía el atractivo de casarse con alguien que al menos estaba presente?

—¿Esos son ahora tus estándares? —El asombro en el rostro de Nate casi era para reírse.

—Estás bromeando, ¿no? —Menos mal que no tenía nada en las manos porque se lo hubiera arrojado—. Me pregunto quién habrá fijado ese estándar. —Incliné la cabeza a un lado—. Para entender por qué mi estándar de presencia es bajo solo tienes que mirarte en el espejo. De todas las personas en mi vida, tú eras la única en quien confiaba para que estuviera cuando fuera necesario, pero desapareciste.

Levantó las manos y retrocedió despacio.

—Creo que debería irme antes que empecemos a desenterrar mierda que no viene al caso.

Ese talento extraordinario que tenía para compartimentar, para conservar la calma cuando yo ya estaba desesperada, era lo que más admiraba y al mismo tiempo odiaba de él.

—¿Desenterrar? —Sacudí la cabeza—. Es difícil desenterrar algo que nunca enterramos. —Las emociones que no podía contener me arrasaron con la fuerza de un maremoto que devoraba cada gramo de autocontrol y lo

convertía en una ola que lo consumía todo, hecha de amor y dolor y de lo que había muerto entre nosotros—. Y hace años que perdiste el derecho a saber nada de mi vida amorosa.

—¿Crees que no lo sé? —Me dio la espalda, caminó hacia el agua que había dejado sobre la encimera y se tragó el contenido como si fuera vodka. La aplastó en su puño antes de volverse hacia mí perdiendo su habitual compostura—. ¿Crees que no me moría de ganas de preguntarte a quién habías considerado digno de casarse contigo cuando te vi aparecer con ese enorme pedrusco en la mano?

—Bueno, ya no importa, ¿no? —Alcé la mano izquierda para mostrar su evidente desnudez—. Ya no es mi prometido. ¿Estás contento?

—Lo que importa es si tú lo estás. —No le sorprendió que el anillo no estuviera. Estaba claro que se había dado cuenta en algún momento. Nate se daba cuenta de todo. Pero no había preguntado por qué. ¿Porque no quería saber? ¿O porque consideraba que no tenía derecho a preguntar?

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—Es complicado.

—¿Quieres profundizar? —Se apoyó contra el borde de la encimera ocupando más espacio del necesario. Todo lo referido a Nate parecía enorme y, aunque pensaba que me había acostumbrado a verlo en el uniforme militar, la verdad era que no me había acostumbrado para nada.

Por desgracia era odioso e irresistible al mismo tiempo.

—La verdad es que no. —Bajé la mano.

—Vale. —Me miró en silencio y con esa actitud paciente que solo hizo crecer mi ira.

—Deja de hacer eso.

—¿Que deje de hacer qué? —Se rascó la sombra de la barba—. ¿Que deje de hacer todo lo que pueda para que sigas con vida? ¿Que deje de usar mis contactos para acelerar los papeles del intérprete de tu hermana? ¿Que deje de interponer mi cuerpo entre tú y lo que quiere matarte? ¿O te refieres a que deje de poner tus necesidades por encima del sentido común? Vas a tener que ser más específica.

—Eso —balbuceé señalando su rostro—. Que dejes de mirarme así.

—Puedo hacer muchas cosas, pero por desgracia para mi propia cordura parece que soy incapaz de no mirarte. —Se encogió de hombros—. Que quieras o no quieras contarme el motivo por el que no vas a casarte con Soplapollas no tiene nada que ver con mi incapacidad para ignorarte.

—Me engañó, ¿de acuerdo? —«Uf. Se suponía que no iba a decir eso».

Nate se quedó de piedra, pero no habló.

—¿Me has oído? —Sacudí la cabeza e intenté controlarme. Se suponía que iba a ayudar con los expedientes que estaban sobre la mesa de café, no que iba

a usar mi valioso tiempo peleando con Nate.

—Oh, sí, te he oído. —Nate bajó la voz—. Estoy intentando procesar la información.

—¿Qué tienes que procesar? —Me acomodé el cabello detrás de la oreja. Haberlo recogido hubiese sido una decisión mucho más sensata para ese día—. Le pareció que era perfectamente razonable tener una relación abierta. Yo no era suficiente para él.

—Entonces es un maldito idiota —dijo con tanta convicción que casi le creí.

Mi corazón se detuvo.

—No digas esas cosas. No sabes… —El calor subió a mi rostro.

—Lo sé. —La forma en que se encendió su mirada me hizo contener la respiración—. Y si tú no eras suficiente para él, entonces tendrá una vida total y completamente miserable porque no hay nadie en el mundo que esté a tu altura. Si te engañó, no fue porque tú no eras suficiente… fue porque él no lo era.

Cubrí mi estómago agitado con una mano. ¿Por qué nunca me había sentido así con Jeremy? ¿Por qué todo mi deseo, mi voluntad y mis insaciables ganas estaban reservadas para Nate? No era que el sexo con Jeremy no fuera bueno, pero él no conseguía que el resto del mundo desapareciera con una sola caricia ni llegaba hasta mi alma con un beso.

Solo me sentía así con Nate. ¿No había sido siempre ese el problema?

Una risa irracional brotó de mis labios.

—Al fin y al cabo, era exactamente mi tipo, ¿no?

—No te sigo.

—Ausente en todo lo que importa. —Me encogí de hombros acariciando mi dedo desnudo con el pulgar y sintiendo la liviandad—. No me había dado cuenta de lo mucho que pesaba ese detestable anillo hasta que se lo devolví. De cuánto me pesaba todo esto…

Respiró hondo, se despegó de la encimera y pasó junto a mí de camino hacia la puerta.

—Deberíamos seguir trabajando.

—Pero no ha sido la infidelidad lo que me ha llevado a terminar la relación.

Se paró en seco.

—Si vamos a llamar las cosas por su nombre, digámoslo todo —le dije a su espalda.

—No quieres que hagamos eso.

—Sí quiero.

Despacio, se giró para mirarme y se me aceleró el pulso. No era el sargento Green quien me miraba. No, la guerra que se libraba en sus ojos era de mi

Nate. El Nate que había tenido en Georgetown, en Illinois, en Tybee.

—No ha sido la infidelidad —repetí, suavizando la voz—. Me enteré seis semanas antes de reemplazar Newcastle y no había hecho nada hasta ahora. Sonreí para las cámaras en sus eventos de campaña, y lo eché de mi cama, pero no terminé la relación. Pregúntame por qué he roto con él, Nate.

Negó con la cabeza.

—Pregúntamelo.

—¿Por qué? —La palabra salió estrangulada.

—Porque no lo quería como sé que puedo querer. —Tragué saliva mientras el corazón retumbaba en mis oídos—. Lo supe en el momento en que volví a verte.

Apretó la mandíbula y enderezó los hombros mientras luchaba por mantener la calma, pero no retrocedió. Nate jamás me hubiera hecho daño, pero habíamos postergado todo aquello durante nueve días demasiado largos.

—Dilo. —Avancé hacia él y retrocedió manteniendo la distancia entre nosotros mientras iba hacia la cocina—. Solo di lo que estás pensando. —¿No me había pedido lo mismo la primera noche en la embajada?

—Si sabías que no lo querías lo suficiente, ¿por qué le dijiste que sí? —Alzó la voz rozando el grito cuando por fin dejó de lado el autocontrol—. ¿Sabes qué? No. Olvídalo. No quiero saber por qué. ¡Joder! —Golpeó la encimera con la mano y bajó la cabeza—. Tres putos años y volvemos al mismo lugar.

—¡Yo nunca me fui de ese lugar! —Mi pecho se cerró mientras me golpeaba el corazón—. Estoy atrapada, Nate. Seré eternamente esa muchacha de veinticinco años, detenida en el tiempo y el espacio, parada en ese pasillo esperando que regreses.

—Eso es mentira y los dos lo sabemos. —Alzó la cabeza y el dolor que vi en cada rasgo de su rostro se mezcló con la agonía que yo sentía—. Nunca nos quisiste. No de verdad. No cuando las cosas se pusieron feas. Puede que fueras tú quien quiso que aprovecháramos nuestra oportunidad en Fiji, pero cuando yo lo intenté, tú no quisiste. —El dolor chorreaba de cada una de sus palabras.

—Eso no es lo que ocurrió en Nueva York. ¿Cómo puedes decir una cosa así? —Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo puedo decir una cosa así? —Con una mano sacó el cuchillo de uno de los bolsillos de su pantalón y con la otra tiró del collar que tenía bajo la camiseta revelando la chapa encintada. Bajó la vista para hacer un corte preciso en la cinta, volvió a guardar el cuchillo y hurgó entre la cinta y la chapa —. Aquí tienes la razón por la que puedo decir una cosa así. —Un clic sonó cuando dejó algo en la encimera frente a nosotros.

Se volvió a meter la chapa dentro de la camiseta y, al apartar su mano, pude ver un anillo de diamantes.

El anillo de diamantes.

Oh, por Dios. No podía respirar. No alcanzaba todo el aire del mundo para llenar mis pulmones, para oxigenar la sangre que mi corazón se negaba a bombear.

—Te he llevado conmigo cada condenado día.

CAPÍTULO 26

NATHANIEL

Nueva York
Octubre de 2018

Casi no sentía la lluvia mientras caminaba por la acera del vecindario de Brooklyn conocido como Dumbo llevando en el puño cerrado la caja más importante de mi vida.

O tal vez esa había sido la que había llevado esa misma mañana.

¿Había sido esa mañana? Los días eran una niebla confusa. Era de noche y había conducido toda la tarde, así que estaba bastante seguro de que era el mismo día.

Me deslicé entre la multitud apresurando el paso como un neoyorquino, mezclándome como si me hubiera entrenado para eso durante un año. Cuando por fin encontré el edificio, sostuve la puerta abierta para que saliera uno de los residentes y entré sin tener que llamar al interfono.

Solo Dios sabía si iba a dejarme entrar.

Subí las escaleras con los dedos alrededor de la caja. Sin importar qué hiciera, no podía detener mi mente, no podía dejar de pensar en cómo deberían haber sido las cosas ni de pronosticar todos los escenarios para los próximos minutos.

Ella iba a saber qué hacer. Era la única persona del mundo que me quería sin condiciones, la única persona con la que podía contar desde que mi madre había muerto. Ella sabría qué camino tomar.

2214. Su apartamento.

Presioné el timbre y retrocedí. Como no apareció de inmediato, me comencé a inquietar. Si dejaba de moverme, no podría volver a arrancar.

No había gravedad. Nada anclaba mis pies al suelo. Mi realidad eran todas las posibilidades y ninguna al mismo tiempo y el camino que tomaría dependía únicamente de lo que dijera, de lo que ella escogiera.

El sonido de pasos arrastrados me hizo detenerme frente a la puerta.

Se abrió y reveló a un hombre grande con un traje de tres piezas que parecía costar más de lo que yo ganaba en un año y el cabello canoso peinado con gel. Pasó su mirada juzgona sobre mí una vez y los ojos oscuros se endurecieron cuando me reconoció. «Los ojos de Izzy». Había visto fotografías en su apartamento: era su padre.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Estoy buscando a…

—Oh, sé muy bien a quién estás buscando. Te pregunto si yo puedo ayudarte en algo —se burló—. Porque no vas a ver a Isa. Ha mantenido este —hizo un gesto hacia mí— acuerdo que teníais durante demasiados años. Y, sí, antes de que preguntes, sé quién eres. ¿Te haces una idea de lo malo que eres para ella?

Sujeté la caja con más fuerza. No podía perder el control con el padre de Izzy. Tenía que mantener la calma, aunque sintiera que el mundo giraba a mis pies a un ritmo que no podía aguantar.

—Va a costar miles de dólares anular su contrato de alquiler para llevarla donde su familia la necesita. —De alguna manera se las arregló para mirarme desde arriba, aunque yo fuera varios centímetros más alto—. Una familia en la que por fin entiende que no puede incluirte.

—¿Papá? —La voz de Izzy desde dentro del apartamento interrumpió mi respuesta—. ¿Quién es?

—Yo me ocupo, Isa. Nada importante —dijo mirándome fijamente—. No eres importante —agregó más despacio—. Solo le has hecho perder el tiempo.

—Papá, ¿con quién…? —Sus palabras murieron cuando apareció a su lado vestida con pantalones de pijama y un jersey enorme. Me miró como si fuera la basura más grande de la tierra. Tenía esos hermosos ojos tan hinchados que parecían deformes y la culpa me apretó el corazón. Sospechaba el motivo por el que había estado llorando.

—Vuelve dentro, Isa.

—Danos cinco minutos —respondió, mirándome.

Suavizó un poco su expresión.

—Cinco minutos. Pero no olvides nuestro trato. —El padre me disparó una mirada punzante y desapareció dentro del apartamento dejando a Izzy en el umbral.

—Es bueno saber que estas vi… —El resto de la palabra murió en su lengua cuando me miró; salió hacia el pasillo y cerró la puerta a sus espaldas —. ¿Nate? —dijo mi nombre como si no estuviera segura de que en verdad fuera yo, lo que tenía sentido, porque yo tampoco estaba seguro.

Le devolví la mirada con unos ojos vacíos y tristes que la devoraron. Ella lo era todo para mí, el sol que podía darme vida o incinerarme.

Lo era todo y siempre lo había sido.

Luché por convertir mis pensamientos en palabras coherentes.

—Lo tenía todo planeado en mi mente —lancé—. Conducir durante seis horas te da tiempo para pensar lo que vas a decir.

—¿Has conducido durante seis horas? —Frunció el ceño.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Joder, no podía pensar con claridad—. Pero ahora estoy aquí y tu padre dice que vas a mudarte y me miras como si fuera la última persona a la que quieres ver.

—¡Me abandonaste! —disparó con dolor en la voz—. No, peor que eso: ¡ni te molestaste en dar señales de vida! Estuve dos días en Palau hasta aceptar que no ibas a venir. ¿Por qué me harías una cosa así? Eras la única persona que nunca… —Respiró hondo—. ¿Qué diablos te pasó? Te llamé. Te escribí. Yo…

—Eso es lo que estoy intentando decirte. —Me salieron las palabras todas juntas. Lo que tenía que contarle era mucho más importante que perderme unas vacaciones y, si no usaba las palabras correctas, las palabras perfectas, todo sería en vano.

—Bueno, entonces dímelo. —Un escalofrío le recorrió la piel y se envolvió la cintura con los brazos.

—Yo… no puedo pensar con claridad. Y admitir eso… Si me vieran así, sé que iban a echarme antes de comenzar, lo que es irónico porque soy el más sensato de nuestro grupo. Por eso no me sorprendió cuando Pierson desapareció la segunda semana. Es bueno con la navegación terrestre, pero cuando el grupo comenzó a atacarlo y a cuestionar sus elecciones, dudó y se fue.

—Nate, no entiendo lo que dices. —Sacudió la cabeza.

Una risa histérica brotó de mis labios.

—Por supuesto que no, porque nada de lo que digo tiene sentido. Pero ya no sé dónde está el límite, por lo menos no hoy. ¿No tengo permitido perder un poco el control el día en el que he tenido que enterrar a Julian? ¿O acaso tengo que hacer como si no hubiese estado junto a su madre, que lloraba al pie de su tumba?

—Oh, por Dios, Nate. —El rostro se le transformó y se estiró hacia mí, pero retrocedí.

—No. Si me tocas, sé que no voy a poder mantener la compostura y, como puedes ver, ya estoy en la cuerda floja. —Me froté el rostro empapado de lluvia

con la mano vacía—. Y la peor parte es que jamás pensé en él como Julian, ¿sabes? Claro, era su nombre, pero nunca lo llamamos así. Su madre no paraba de decirlo, no paraba de llorar, y ahora no dejo de escucharla en mi mente.

—¿Qué pasó? —preguntó suavizando la voz—. ¿Por eso no viniste? ¿Porque murió Julian?

—El viaje. Claro. —Asentí, intentando aclarar mis pensamientos. Necesitaba encontrar el rumbo. Y necesitaba que ella escogiera el nuestro. Cuando recobrara la compostura, podría avanzar.

Nunca en la vida me había sentido tan desorientado.

—El viaje —volvió a decir, despacio, y me di cuenta de que me había perdido en mis pensamientos.

—Se suponía que iba a ir. —Asentí como si estuviera respondiendo una de las preguntas de la entrevista, como si el interrogatorio nunca hubiera terminado—. Las fechas cuadraban tan perfectamente que fue como si lo hubiera decretado el destino. Como si hubiese estado destinado a ser así.

—¿Así cómo?

—Después de pasar la selección tenía esos diez días contigo, para ver qué era lo que tú querías antes de avanzar con la OTC.

—No sé qué es eso.

—Por supuesto que no. Así tiene que ser. Joder, hice un buen trabajo cerrando la boca, ¿no? Te mantuve al margen de todo. —Me masajeé la frente con el puño apretado, cerré los ojos y respiré hondo para aislarme del ruido, de todo lo que había ocurrido ese mismo día, y me concentré en la mujer que estaba frente a mí—. Estoy arruinándolo todo.

—Como no sé a qué te refieres con todo, voy a decirte que está bien. Pero definitivamente me preocupas. —La confusión dibujó dos líneas entre sus cejas. Había tanto enfado en sus ojos, tanto dolor, pero también había amor, ¿no? No había matado todo lo que sentía por mí, ¿o sí?

—Nos aislaron —dije, aferrándome a la cordura con uñas y dientes—. Por eso no pude llamarte. Los padres de Julian estaban de vacaciones y no pudieron encontrarlos para avisarlos; como ellos tenían nuestros teléfonos, se los quedaron para que a nadie se le escapara la noticia antes de que pudieran decírselo por canales oficiales. —Los bordes de la cajita azul que tenía en la mano cedieron y aflojé el agarre—. Primero no creí a mis superiores. Pensé que todo era parte de la entrevista final para ver cómo respondía a esa clase de noticias. Quiero decir, acababa de verlo y él estaba… como siempre. Pero luego pasaron unos días y no nos liberaron, ni siquiera a los que no habían sido seleccionados. Y entonces me di cuenta de que todo había sido por mi culpa.

—Nate —susurró, mirando sobre su hombro a la puerta cerrada—. ¿Por qué no vamos a otro lado?

No me quería ahí con su padre.

—No puedo. Tengo que sacarme esto de encima ahora. Hay personas esperándome y tengo que saber qué quieres para saber qué elegir, Izzy. —Todo cobró sentido en mi mente (al menos esa parte), pero salió tan confuso…

La caja. Cierto. La caja haría la pregunta por mí.

Abrí la mano derecha, levanté la tapa con el pulgar y la apunté hacia ella.

—Oh, por Dios. —Alzó la mano para cubrirse la boca.

—Sé que probablemente no sea lo que estabas esperando. Lo elegí hace un año y dudé unas catorce veces. Vienes de una familia de dinero y sé que te hubiera gustado algo más grande…

—Nate, ¿es lo que creo que es? —Sus ojos saltaron del anillo a mi rostro.

—Es un anillo de compromiso.

Abrió la boca, la cerró y repitió:

—No puede ser en serio.

—Es en serio. —Asentí y se me retorció el estómago en una serie de nudos que nublaron mi mente.

—No. No es en serio. —Sacudió la cabeza—. Sé que no es en serio porque me prometiste que nunca lo harías, que nunca «me lanzarías un anillo y me pedirías que renunciara a todo por lo que había trabajado sin darnos la oportunidad de construir algo antes». ¿No fueron esas tus palabras en la playa?

—¿No lo ves? Es la única forma de estar juntos. Luché durante muchos años, pensando que esta vida no era justa para ti, que te merecías algo mucho mejor: y es cierto, pero te quiero, Isabeau. Solo te he querido a ti. Siempre te querré a ti. Y tenía pensado hacer esto en el mar, o tal vez en un avión para cerrar el círculo de cómo nos conocimos, ¿sabes?

—Sí —susurró, llevándose la mano al pecho mientras me miraba sorprendida. O lo que pensé que era sorpresa, pues podía ser espanto o incluso temor.

—Pero entonces Julian… murió y me di cuenta de que podría haber sido yo. Tendría que haber sido yo. Y supe que había perdido demasiado tiempo protegiéndote cuando debería haberte dejado elegir, y lo siento mucho.

—Nate, creo que no estás pensando con claridad. ¿En serio quieres que nos casemos cuando ni siquiera sé dónde vives? Nunca hemos estado juntos más que una semana…

—Nueve días —discutí.

—La mitad del tiempo ni siquiera sé dónde estás ni para qué te están seleccionando. Escúchate.

—Exacto. —Mierda, lo estaba haciendo mal—. Pero me quieres, y necesito que tomes una decisión, Iz. Haré lo que tú quieras. Te dejaré entrar por completo. Te diré lo que pueda y regresaremos juntos a Carolina del Norte. O renunciaré si eso es lo que quieres.

—¿Qué? —Sus cejas tocaron el techo—. No quieres renunciar. Nunca has

querido.

—Pero lo haré para estar contigo. Me han admitido, Iz. Lo logré. Y sé que no entiendes lo que significa, pero solo tienes que decirlo y renunciaré —rogué. La decisión era suya. Yo era suyo.

—No me puedes pedir que tome una decisión como esa, Nate. —Sacudió la cabeza—. No es justo. Y la peor parte es que me has aislado durante tanto tiempo que ni siquiera sé qué hace falta para ayudarte a ti a tomarla.

La puerta se abrió.

—Isa…

Izzy se estiró y la cerró de un portazo, dejando a su padre al otro lado.

Su padre. Pestañeé cuando uní las piezas.

—Dijo que ibas a anular tu contrato. ¿Te mudas?

—Sí. —Había una batalla librándose en sus ojos—. No. No… No lo sé. La verdad es que no quiero, pero por fin estarán felices, y creo realmente que han hecho un trabajo de introspección y… han cambiado. O sea, vinieron cuando los necesité.

—No hagas eso. No renuncies a lo que quieres solo porque por fin han decidido estar para ti.

Alzó las cejas.

—¿No es eso lo que estás haciendo tú?

—No. Yo te estoy preguntando si quieres que yo lo deje todo por ti. —¿No lo veía?

Abrió y cerró la boca.

El temor trepó por mi espalda. En todos los escenarios que me había imaginado (yo yendo a Nueva York, ella mudándose a Carolina del Norte, nosotros juntos en cualquier parte) nunca había contemplado la posibilidad de que no me quisiera. Toda la escena estaba mal.

—¿Es porque lo estoy haciendo mal, no? —Me arrodillé y alcé la caja—. Cásate conmigo, Isabeau Astor. —Estábamos destinados a terminar juntos. Solo era cuestión de tiempo. Ese era el precepto sobre el que había montado mi vida desde Tybee.

—Nate… —susurró mirándome mientras miles de emociones cruzaban su rostro.

—Por favor —dije despacio—. Por favor, elígeme, Izzy. Elígenos. Elígenos por encima de la vida que quieren tus padres para ti. Elígeme a pesar de que te lo esté pidiendo sin haber tenido tiempo de construir algo. Elígeme para que tengamos ese tiempo. Elige nuestro futuro. Haré lo que tú quieras. Cásate conmigo. —Me quedé tenso esperando su respuesta.

Bajó los hombros y con ese gesto destruyó mi esperanza.

—No puedo, Nate. Así no.

Se me cerró el pecho como si quisiera contener mi corazón mientras

explotaba detrás de mis costillas.

—Has dicho que no —dije, pronunciando cada letra para que quedara claro mientras me ponía de pie despacio.

—Estoy diciendo que así no, que no está bien. —Sacudió la cabeza.

Pero ella era lo único que estaba bien en toda mi vida.

Cerré de golpe la caja y la metí en el bolsillo delantero de mi abrigo mientras mi mente buscaba una respuesta, una orden. Ejército, o no. Delta, o no. Nada importaba sin Izzy, y ella no me elegía a mí. No me quería.

«Solo le has hecho perder el tiempo». Su padre tenía razón.

Estaba bien para las vacaciones y los fines de semana, pero no era tan bueno como para casarse conmigo.

—Siento haberte hecho perder el tiempo —dije mirando por última vez sus profundos ojos marrones, los ojos que había hecho llorar demasiadas veces. Le había hecho perder años de vida.

Era hora de parar.

—No me has hecho perder… —comenzó, pero yo ya me estaba alejando, más centrado a cada paso ahora que sabía qué camino iba a tomar mi vida—. ¡Nate! —gritó detrás de mí.

Tenía que salir de allí antes de desmoronarme.

Abrí la puerta principal y caminé hacia la lluvia. Estaría bien. Había tomado un avión a las pocas horas de que el anterior se estrellara y esto no sería diferente. ¿Qué había dicho Izzy sobre la terapia? Le había dado recursos. Yo tenía una carrera por la que mucha gente mataría. Estaba entre lo mejor de lo mejor. Esos eran todos los recursos que necesitaba.

O tal vez no.

Me mezclé en la multitud y caminé hacia la calle en la que había conseguido aparcar.

Abrí la puerta y me senté en el asiento del conductor, luego encendí el motor.

—¡Joder! —grité a todos y a nadie en particular—. ¿Tú qué habrías hecho? —le pregunté a Torres—. Si hubieras estado en mi lugar, ¿qué habrías hecho? —Cerré los ojos deseando poder parar el mundo mientras esperaba su respuesta.

—Deduzco que no ha ido como esperabas —dijo desde el asiento del acompañante, abriendo un ojo; parecía que mientras a mí se me desintegraba el corazón, él había estado durmiendo una siesta—. ¿Qué estoy diciendo? Por supuesto que no. De lo contrario, no hubieras regresado tan pronto.

—¿Qué habrías hecho? —repetí.

—No hace falta que lo preguntes. Ya sabes la respuesta.

—Pero te lo estoy preguntando.

—¿Tengo que decirlo? Bien, pues seré yo el que te lo diga: solo han elegido

a ocho de nuestra clase. —Por supuesto que iba a usar la lógica. Ese era su fuerte.

—Lo sé.

—Puedes renunciar y ser como la mayoría o podemos regresar a Bragg y ser parte de esos ocho. Para mí, la última opción suena jodidamente mejor que la primera.

Tenía razón. Casi siempre tenía razón.

—Entonces será Bragg. —Encendí el limpiaparabrisas para limpiar la lluvia y lo que quedaba de mi indecisión.

Arranqué la camioneta y avancé hacia el tráfico.

CAPÍTULO 27

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Nate —susurró Izzy mirando el anillo que había llevado conmigo durante casi tres años.

—No me querías. No lo hacías de verdad. Tal vez la idea que representaba, pero no quien era. —Esa era la sencilla verdad que me decía a mí mismo cada vez que me ponía la cadena o la ataba a mis botas en las misiones que no requerían de esterilización. Lo decía para recordarme por qué estaba bien que hubiera entregado la vida al servicio de mi país, por qué era necesario que no apareciera en la puerta de Izzy cada vez que regresaba de un viaje a rogarle que reconsiderara su decisión.

A rogarle que me quisiera de nuevo.

—Eso no es cierto. —Apartó su mirada sorprendida del anillo y la alzó para cruzarse con la mía.

—Dijiste que no. —Había repetido tantas veces esa frase en mi cabeza que ya no me desgarraba. Se sentía más como pasar una lija sobre una herida abierta que se negaba a curar.

—¡No dije que no! —Se estiró hacia mí y yo la esquivé.

Si me tocaba, estaba perdido. Estaba al borde de mi autocontrol, dividido entre hacer lo necesario para alejarla o atraerla hacia mí. Ya no estaba comprometida con Soplapollas. Ya no estaba con él. Pero igualmente le había

dado a él el sí que yo nunca había recibido.

—Dijiste que no podías —le recordé—. Y puede que no haya estudiado Derecho en Georgetown, pero estoy bastante seguro de que no puedo y no son casi sinónimos.

—¡Pero no significan lo mismo!

—¿En serio vamos a discutir sobre semántica? —Caminé hacia la ventana y volví a contemplar el exterior. Parecía haber más gente.

—Absolutamente —respondió.

Me giré para mirarla.

—Muy bien, pero incluso si quieres discutir sobre lo que significa no puedo, yo estuve allí para decirte que eras la única mujer a la que había amado y amaría, y para proponerte matrimonio, y tú… ¿cuáles fueron tus otras frases? —Mirando al cielo, las recité todas de memoria—. «No está bien». Esa dolió, pero no olvidemos mi favorita: «No puede ser en serio».

Cerró la boca.

—Sí, recuerdo cada palabra que pronunciaste cuando me dijiste sin tapujos que no me querías. Que no me elegías. —Me invadieron sentimientos feos que me retorcieron el estómago y exigían salir de la caja en la que los había guardado durante tres años—. ¿Fue porque lo hice mal? ¿Qué hizo bien Covington? ¿Hizo una gran demostración pública de afecto? ¿Te llevó a un restaurante elegante para que lo atestiguaran personas importantes o lo pasaron por una pantalla gigante para que lo viera todo el mundo?

—No, Nate. —Sacudió la cabeza y me miró como si tuviera derecho a jugar el papel de parte damnificada.

—¿Fue porque su anillo era más grande? —Estudié cada cambio en su expresión buscando una mentira—. ¿Por la cuenta bancaria? ¿Porque su familia tenía buenos contactos? ¿Porque tus padres sí lo aprobaban? ¿O porque tenía un avión privado para venir a rescatarte?

—¿Cómo puedes siquiera pensar eso? —Sus mejillas volvieron a ruborizarse y las puntas de las orejas se le pusieron rojas—. ¡Me conoces bastante como para saber que no es así!

—Creía que te conocía bastante —admití—, pero luego me encuentro en una pista y me dicen que mi trabajo es mantenerte con vida, y llevas un anillo que podría hacerle señales a un avión a kilómetros de distancia con un empleo que juraste que jamás tendrías. —¿Cómo podía ser que solo hubieran pasado nueve días desde ese momento?—. Y podría haberlo soportado si fuera por un tipo decente, ¿pero Soplapollas?

—Oh, por Dios. ¿Puedes callarte medio segundo? —Su voz se agudizó.

—Claro. Nada que vayas decirme puede ser peor que lo que ya dijiste.

Entrecerró los ojos.

—Nunca dije que no.

—Y volvemos a lo mismo. —Crucé los brazos sobre mi pecho.

—Y definitivamente nunca dije que no te quería. —Avanzó despacio—. Lo sé, porque nunca te he mentido. Ni una vez. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Hice una mueca.

—Siempre te he dicho lo que podía decirte.

—En toda la vida hemos pasado… ¿qué? ¿Veinte días juntos?

—En realidad han sido veintisiete y, si vas a decirme que proponerte matrimonio en tan pocos días era demasiado, entonces permíteme recordarte que hacía siete años que te conocía y cuatro que te quería.

Abrió la boca.

—No era eso lo que iba a decir. Iba a decir que habíamos pasado menos de veinte días juntos y estaba tan enamorada de ti que no podía imaginarme cómo iba a ser mi vida sin ti en ella.

—¿Me querías, pero me rechazaste? —Me quedé mirándola, esperando la excusa que tuviera ensayada.

—Que no pudiera aceptar tu propuesta no tenía nada que ver con cuánto te quería, Nate. Ese nunca fue el problema. Para mí no. —Frunció el ceño.

—¿Fue porque te planté en Palau? ¿Porque no me abrí cuando estábamos en Fiji? —Se me cerró el pecho. ¿Por qué demonios estaba buscando respuestas ahora? ¿Por qué había abierto la caja que tenía guardada en mi corazón con el nombre «Isabeau Astor»?

—No… no tenía nada que ver con eso. —Dio un paso adelante—. ¿Quería que te abrieras? Por supuesto. Eso siempre fue lo que quise, pero no…

—¿Quieres que me abra? Bien. Maté a uno de mis mejores amigos, Izzy. ¿Qué te parece eso? —Alcé las manos.

Abrió la boca y se quedó congelada.

—Apuesto a que ya te arrepientes de haber querido que me abriera, ¿verdad? —Dejé caer los brazos al lado.

—No lo entiendo —dijo y la confusión la hizo arrugar la frente—. ¿Te refieres a Ju…?

—¡Sí! —interrumpí—. Está muerto por mi culpa. Me empujó para que no me mordiera una serpiente cascabel cuando terminamos un entrenamiento y lo mordió a él. —Era la primera vez que decía esas palabras en voz alta.

Pestañeó.

—Nate, no fue culpa tuya.

—¿No? Claro que sí. Cuando le dije que teníamos que decírselo a alguien, se negó y dijo que no había llegado tan lejos para terminar en la enfermería antes de la entrevista, que era la última parte de la selección. Superar las primeras etapas… —Llevé las manos a mi cabeza y cerré los ojos—. Fue lo más difícil que he hecho en la vida. Lo más difícil que hicimos. —Respiré hondo dos veces para tranquilizarme antes de poder continuar—. Así que accedí. Yo

no iba a decir nada si él me prometiera que iba a pedir ayuda apenas terminara con la entrevista. —Y él me había sonreído porque estaba seguro de que nos iría bien—. Lo dejé ir a la entrevista mordido por una serpiente venenosa y, cuando fue mi turno, cuando me dijeron que uno de mis mejores amigos acababa de morir de un shock anafiláctico en la habitación contigua, les seguí la corriente porque creí que todo era parte del puto interrogatorio, que querían un soldado tranquilo, entero y controlado en el pelotón, así que eso fue lo que les di. Me imaginé que los dos nos reiríamos de eso más tarde. Pero había muerto de verdad. —Listo. Lo había dicho.

Alguien golpeó la puerta.

—Oh, por Dios, Nate, no lo mataste. —La tristeza llenó sus ojos, pero yo no merecía ni un gramo de su pena.

—Sí que lo maté. Si hubiera dicho algo para que lo atendieran antes, seguiría vivo. Pero ahora yo estoy en el pelotón y él está enterrado. ¿Ya te has arrepentido de querer que me abriera, Izzy?

Otro golpe en la puerta.

—Por eso estabas tan descolocado. No era solo que había muerto. —Caminó hacia mí con una expresión en el rostro que me hizo querer retractarme de todo y abrazarla—. Sabía que te pasaba algo. Estaba tan preocupada que me quedé ahí parada media hora, empapándome…

—Estábamos dentro cuando te propuse matrimonio.

—¡Te seguí!

—¿Que hiciste… qué? —Se me debían haber cruzado los cables del cerebro porque sentí como un cortocircuito.

El golpe se convirtió en un aporreo.

—Lamento interrumpiros, pero necesito hablar con vosotros ahora —gritó Graham al otro lado de la puerta.

—Te seguí —repitió Izzy en un susurro con la voz desesperada mientras me agarraba el uniforme.

—Entra —logré gritar.

La puerta se abrió y entró Graham con el rostro desfigurado.

—¿Qué sucede? —Se me retorció el estómago esperando las malas noticias.

—Lo siento, pero Mazar-e Sarif está cayendo.

CAPÍTULO 28

IZZY

Nueva York
Octubre de 2018

Que has hecho qué? —gritó Serena envolviendo su cuerpo con una toalla y mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

La había arrancado de la ducha con mi histeria, ignorando a mamá y papá, que estaban en la sala de estar esperando unas respuestas que yo no tenía.

—¡Lo que has oído!

—¿Y has dejado que se fuera? —Serena abrió los ojos como platos.

—¡No tenía cómo detenerlo! —Dios, estaba tan… perdido. Mi corazón lastimado me pedía que lo buscara para darle lo que necesitaba—. ¿Qué iba a hacer? ¿Perseguirlo?

—Pensaba que ibas a decirle que sí, ya que obviamente estás fatal sin él, y además parece que tenía muy buenos motivos para no presentarse a vuestras vacaciones.

—¿Decirle que sí? Ese no era él. ¡No me estaba pidiendo de verdad que me casara con él, Serena! Estaba actuando por el trauma de haber enterrado a Julian hoy.

—Espera. ¿Hoy ha enterrado a su amigo? Se te había olvidado esa parte. —Frunció el ceño—. ¿Cuál es Julian?

Se me vino a la mente el rubio alto y sonriente.

—Creo que su apellido era Rowell. Era uno de los que entraron con él a las

Fuerzas Especiales. Uno de sus mejores amigos. —Me pasé la mano por el rostro—. Estaba tan dolido. Lo he herido. ¿Pero cómo iba a aceptar su propuesta cuando claramente no estaba en pleno uso de sus facultades? He intentado demostrarle que actuaba de manera irracional. El Nate que yo conozco nunca me hubiera propuesto matrimonio así, y cuando le he dicho que… —Mi garganta comenzó a cerrarse al pensar en su rostro—. Necesita una buena noche de sueño, o ayuda… no un compromiso.

Si me lo hubiera pedido de verdad, me hubiera lanzado a sus brazos y jamás lo hubiera dejado ir.

—¿Y tú crees que se irá de aquí corriendo al diván de un terapeuta? —Me tomó por los hombros—. ¿Lo quieres?

—Más que a mí misma. —No importaba lo que hubiera hecho, no podía cambiar mis sentimientos.

—Entonces ve a buscarlo y tráelo aquí para que le consigamos la ayuda que necesita. Ve, Izzy.

Asentí y crucé la sala de estar en pantuflas.

—¡Quiero creer que no estás corriendo detrás de ese hombre! —gritó mamá.

—¡Quiero creer que no piensas que sabes algo de él! —le respondí. Debían estar furiosos. Y no me importaba. La vida no valía la pena sin Nate y, si no podían aceptarlo, entonces no me querían.

Ni me molesté en cerrar la puerta cuando salí corriendo del apartamento y volé por los escalones del edificio.

—¡Nate! —grité mientras abría la pesada puerta de vidrio y corría hacia la acera.

Había muchas personas fuera.

Ninguna era Nate.

Metí la mano en el bolsillo de mi jersey y saqué el teléfono, busqué el contacto de Nate.

—Responde, responde, responde —dije mientras sonaba.

Me envió al buzón de voz. O tenía el teléfono apagado. Pero apostaba por la primera opción.

Subí las escaleras hacia la entrada de mi edificio para tener un mejor punto de vista y busqué en las calles mientras intentaba llamarlo de nuevo. No contestó.

Mi pecho se arrugó como una bola de papel desechada. Lo había alejado cuando más necesitaba que lo acercara. Le había fallado en la primera dificultad.

Serena se unió a mí, sosteniendo un paraguas sobre mi cabeza. Nos quedamos ahí paradas durante media hora, mirando a cada persona que pasaba. Mi corazón se negaba a aceptar lo que mi mente ya sabía.

Se había ido.

CAPÍTULO 29

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Me senté en el sofá a mirar las noticias de Mazar-e Sarif en un idioma que no entendía mientras el equipo de Nate revoloteaba a nuestro alrededor.

—¿Tienes hambre, Izzy? —preguntó el sargento Rose. Hacía casi una hora que ya no me llamaban señorita Astor.

Sacudí la cabeza sin despegar la vista de la televisión. Serena estaba ahí en alguna parte.

—Todos estos ya están procesados y tienen que volver al funcionario —le dijo Nate al sargento Black pasándole una pila de expedientes que yo había preparado personalmente durante la última hora.

—Ni siquiera sé qué dicen —susurré apretando un cojín contra mi pecho.

—Oh. —El sargento Rose se acercó—. Hablan en dari. Soy mejor en pastún. —Miró sobre su hombro—. ¡Green!

—Nate habla pastún —susurré e hice una mueca cuando me di cuenta de que no lo había llamado Green.

—Sí, y dari y farsi y francés y lo que se hable donde esté trabajando. Ese tipo no se queda quiero. —Me miró—. Y no te estreses. Todos sabemos su nombre real.

Nate se sentó a mi izquierda y me tuve que contener para no recostarme en él. No habíamos llegado a ninguna conclusión en nuestra discusión. Solo… la

habíamos interrumpido.

—¿Qué están diciendo? —pregunté.

—Los talibanes han tomado el control de la ciudad menos de una hora después de haber roto las líneas del frente —recitó Nate—. Las fuerzas gubernamentales y las milicias han huido sin luchar.

El sargento Rose maldijo.

—Eso solo deja a Kabul y Jalalabad bajo el control del gobierno afgano. —Nate me miró—. No deberías estar viendo esto.

—¿Por qué no? Ella lo está viviendo. Una vez me dijo que ignorar algo no mejora la vida de quienes lo están viviendo. —Apreté el cojín con más fuerza —. Ella lo está viviendo.

La puerta se abrió, el sargento Black volvió a entrar y fue hacia el comedor en el que el sargento Gray estaba haciendo lo que fuera que hacían los tipos de comunicaciones.

—He fracasado —susurré.

El sargento Rose miró a Nate por encima de mi cabeza, se puso de pie y se unió al resto.

—No es cierto —me aseguró Nate—. Serena tomó una decisión. Todos podemos tomar nuestras decisiones. Pudiste sacar a las niñas del equipo.

Tosí.

—Tú hiciste eso. Yo solo hice el papeleo. —La derrota se instaló en mi estómago como un ancla—. Desde que llegué aquí no he hecho más que fracasar en convencer a Serena de irse y hacerle perder el tiempo a tu equipo cuando está claro que tenían mejores lugares donde estar. —También me había quedado sin prometido, pero eso lo contaba como una ganancia y ni siquiera me preocupaba tener que explicárselo a mis padres. Por algo hacía semanas que no hablaba con ellos.

—Newcastle también hubiera estado en Kandahar —dijo Nate—. También se hubiera perdido el vuelo salvador de Covington. Y yo hubiese estado en esa sala de todos modos. —Una sonrisa curvó su boca perfecta—. Solo que no lo hubiera dejado dormir con la cabeza sobre mi regazo. Tengo mis límites.

—¿Pero conmigo no?

—Contigo nunca —dijo despacio—. Sé que en este momento no sirve de mucho, pero te pido perdón por perder los estribos hace un rato.

Lo miré de reojo.

—No has perdido los estribos.

—Sí. Pero no te has dado cuenta.

—Green —llamó el sargento Gray—. Tengo algo.

Nate se puso de pie y yo seguí mirando la televisión.

—Izzy —dijo Nate un minuto más tarde.

Miré sobre mi hombro y lo vi alzar un teléfono muy rudimentario.

—Es Serena.

Me levanté con torpeza y estuve a punto de tropezar con el borde de la mesa al ir hacia él.

—¿Serena? —dije después de quitarle el teléfono a Nate.

—Estoy en camino, Izzy —dijo—. No sé a quién conoce tu hombre, pero estoy en un automóvil con Taj y este extraño teléfono.

—¿Estás bien? —Me tapé el rostro y bajé la cabeza mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy bien. Pero faltan un montón de kilómetros y puestos de control hasta llegar a Kabul. Mis credenciales deberían bastar para llegar, pero no me esperes.

Se me retorció el estómago.

—No puedo irme sin ti.

—Puedes y lo harás. Subiré al primer avión que pueda, pero tienes que salir de aquí. Prométemelo.

—Ni siquiera sé si podré salir antes de que llegues, así que puede que esta sea una discusión sin sentido —arriesgué y, al alzar la vista, vi a Nate sacudiendo la cabeza.

—Quiero cuidar la batería de esta cosa, así que te tengo que dejar. Pero, Iz, prométeme que te irás.

—Lo prometo —susurré—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Le pasé el teléfono a Nate, que se lo llevó a la oreja.

—Encontré un vuelo para mañana por la noche. —Me miró a los ojos—. Si es necesario, la cargaré sobre mi hombro y la ataré al asiento.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

Apareció uno de sus hoyuelos.

Uf.

—Serena, no dejes que te maten. Izzy jamás superaría la culpa de no haber metido tu trasero en el helicóptero cuando tuvo la oportunidad. —Terminó la llamada y le volvió a pasar el teléfono a Gray.

—Gracias —le dije a Nate—. Gracias por lo que sea que hiciste. —Ni siquiera se acercaba a lo que se merecía oír, pero fue todo lo que pude decir.

Asintió una vez.

—Lo he dicho en serio. Te ataré a ese vuelo mañana por la noche.

Lo que significaba que solo me quedaban veinticuatro horas con él.

Me di la vuelta y miré el reloj como había hecho todas las horas desde que me había acostado apenas pasada la medianoche. Tras el cierre de las oficinas gubernamentales, no tenía sentido seguir llamando para hacer seguimiento de los visados, pero en pocas horas volvería a ser útil con las entrevistas hasta que Nate decidiera que era hora de irnos al aeropuerto.

Eran las cuatro de la madrugada y eso quería decir que probablemente acababa de despertarse.

Me acosté bocarriba y me quedé mirando el techo, dejando fluir mis pensamientos.

Nate pensaba que había declinado su propuesta porque no lo quería y luego había encintado mi anillo con una chapa identificatoria y lo había llevado consigo a todas partes. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con eso?

Quedarme allí desperdiciando las horas que me quedaban con él no me iba a servir (no nos iba a servir) de nada.

Mi corazón latía cuando saqué los pies de la cama, me dirigí a la sala de estar de mi habitación y encendí la lámpara a pesar de que la luz de la luna se colaba por las ventanas.

Fui hacia la cocina y crucé los brazos sobre mi camiseta mientras miraba el anillo. Era perfecto. Sencillo. Exactamente lo que hubiera escogido si hubiese ido a la joyería con él. Y lo había comprado después de Fiji. Después de que yo me hubiera resignado a vivir de los momentos que pudiéramos robarles a nuestras vidas, él había visto un futuro para nosotros.

Fueron necesarios tres intentos hasta que por fin me atreví a cogerlo. Estaba un poco pegajoso por los restos de cinta adhesiva y era aún más perfecto. Me dolía el corazón por la vida que representaba, la vida que podríamos haber tenido. Agarré la llave y salí de la habitación antes de poder pensarlo dos veces, pero me paré en seco.

El sargento Rose me miró desde su puesto junto a la puerta de Nate.

—¿Todo bien, señorita Astor?

Bueno. Mierda. ¿Realmente había esperado cruzar el pasillo y llamar a la puerta de Nate como si nada?

—Te ha tocado hacer de niñera. —Crucé los brazos sobre mi pecho porque no dormía con sujetador y me daba vergüenza.

—Estoy de guardia, sí. —Sonrió debajo de la barba.

—Claro. Entonces voy a… —«Volver a mi habitación y hacer como si esto no hubiera ocurrido».

—¿Sabes qué? —dijo buscando una tarjeta de acceso en su bolsillo frontal —. Me apetece armar un poco de lío esta mañana. ¿Por qué no? —Se encogió de hombros y desbloqueó la puerta de la habitación de Nate.

La luz sobre la manilla se puso verde y no vacilé.

—Gracias. —Le sonreí, agarré la manilla y la moví rápido para que no volviera a trabarse.

—Pero no le digas que he sido yo.

Asentí, abrí la puerta, entré y la cerré a mis espaldas antes de perder el coraje. La luz se escapaba del baño y oí la ducha abierta, pero el resto de la habitación estaba a oscuras.

—¿Nate? —dije despacio porque no quería asustarlo, teniendo en cuenta cómo habían salido las cosas la última vez que había cometido ese error, pero era obvio que no podía oírme por encima del sonido del agua.

Abrí la boca. Estaba ahí. Desnudo. El calor me invadió y usé mi tarjeta de acceso para abanicarme antes de ponerla en su tocador cuando la ducha finalmente se detuvo. Y me aferré al anillo como si fuera la respuesta para llegar hasta él.

Yo seguía completamente enamorada y valía la pena pelear por ello.

—¿Nate? —dije despacio parándome entre su cama y el escritorio.

—¿Izzy? —Oí el frufrú de una tela y salió del baño envuelto en una toalla.

Una toalla.

Una simple y solitaria toalla cubría sus caderas desnudas. No se había secado. Nop. Todavía había gotas deslizándose por las mismas líneas de su cuerpo que yo había recorrido con la lengua. Como esa, la de ahí… la que bajaba por sus pectorales, juntándose con otras gotas y cayendo por el valle de sus abdominales antes de abrirse paso por esas líneas que formaban una profunda V y gritaban «fóllame».

—Izzy.

Mi mirada se disparó hacia el rostro de Nate y todo mi cuerpo se ruborizó, vaya si lo hizo.

—Hola.

Alzó las cejas.

—¿Hola? Son… —Miró su reloj—. Las cuatro de la mañana, ¿y has venido a saludar? ¿La chica que duerme hasta las diez si la dejan?

—Llevas una toalla. —¿En serio eso fue lo mejor que se me ocurrió?

—Estaba en la ducha. Es algo bastante normal. Ducha. Toalla. Ropa. ¿Y cómo demonios has entr…? —Suspiró—. Olvídalo, ya sé quién te ha dejado entrar.

—No te enfades. —El anillo se me clavó en la palma, pero mantuve la mano cerrada.

—No estoy enfadado. Confundido, sí, pero no enfadado.

—No podía dormir. Solo me quedan unas horas contigo. —Lo último salió atropellado.

Se quedó mudo. Se estaba resguardando detrás de esos muros kilométricos que no me permitirían alcanzarlo, pero no podía dejar que eso sucediera. Esa noche no.

—Pensé que me estabas pidiendo matrimonio por el shock —lancé con la misma gracia que había tenido el día que nos habíamos conocido. «Es bueno saber que progreso».

—No es necesario que hablemos de esto.

—Sí lo es. —Acorté la distancia entre nosotros, pero no llegué hasta él—.

Todavía estaba resentida porque no hubieras venido a Palau y mis padres estaban allí, haciendo… de padres por una vez en la vida, y entonces apareciste, claramente perturbado por haber perdido a tu amigo, pidiéndome que decidiera si seguías o no en el ejército y no eras… tú. Hablabas a toda velocidad, tenías los ojos desorbitados y no parabas de decir que necesitabas que yo decidiera lo que tenías que hacer a pesar de todos los argumentos que te di para demostrarte que no era un comportamiento normal. Y, mirando hacia atrás, yo tampoco tenía las cosas tan claras, pero, Nate, no pensé que hablaras en serio.

—Me arrodillé —susurró.

—Créeme que lo recuerdo. —Di un último paso y tomé su mentón barbudo con mi mano libre—. Solo podía pensar en que era todo lo que siempre había querido y, sin embargo, si decía que sí, me estaría aprovechando de ti en tu peor momento. Te hubieras arrepentido.

—Escogiste a tus padres.

—No fue así. —Sacudí la cabeza—. Es cierto que usé las conexiones de papá para entrar al despacho de Lauren, pero solo fue para ayudar con ese proyecto que de todos modos nunca aprobaron. Serena te dijo la verdad. No fui a DC por mis padres. Fui por ti.

Frunció ligeramente el ceño, lo suficiente para decirme que estaba causando algún efecto.

Me tragué el miedo y seguí.

—Me preguntaste por qué le dije que sí a Jeremy.

Cerró los ojos.

—No puedo, Izzy. Estoy tan cerca de romperme que casi no puedo mirarme al espejo, así que, si vas a hacer una lista de mis defectos…

—Le dije que sí porque lo conocía y era cómodo y había cometido el error más grande de mi vida al decir que no al hombre indicado.

Abrió los ojos.

—Y he vivido todos los días con ese arrepentimiento. —Abrí la otra palma —. Tal vez tú hayas llevado esto contigo, pero yo te he llevado aquí. —Puse la mano sobre mi corazón—. Tendría que haber dicho que sí y aferrarme a ti con todas mis fuerzas sin importar las consecuencias y, de haber sabido que ibas a desaparecer a los pocos minutos, lo hubiera hecho. Nunca he dejado de quererte, Nate. Ni por un segundo.

Sus ojos brillaron, me tomó de la nuca y llevó mi boca a la suya.

Por fin.

El beso fue como volver a casa.

Su lengua acarició mis labios y yo me derretí en él mientras el deseo me invadía y se esparcía por mis venas en una ola de fuego que despertaba cada fibra dormida desde la última vez que me había tocado. ¿Cómo había vivido

casi cuatro años sin sus besos, sin sus brazos?

Tenía el mismo sabor de siempre, a hierbabuena y Nate, y yo no podía acercarme lo suficiente. Cuando se alejó, lo seguí, pasando la lengua por ese punto sensible detrás de sus dientes y deleitándome en su jadeo, en el modo en que me sujetaba con más fuerza mientras avanzábamos de lado.

Dejé el anillo en la mesita de noche mientras él se sentaba en el borde de la cama y me envolvía con sus piernas. Luego me besó como si esa pudiera ser la última vez que sintiera su boca en la mía. Si eso era todo lo que teníamos, un último momento de valor incalculable en el que pudiera besarlo y besarlo, entonces lo iba a aprovechar.

Su mano se deslizó hasta mis nalgas y me agarró, apretándome contra él. El agua empapó la fina tela de mi camiseta mientras nuestras bocas se movían a un ritmo que no había podido olvidar. Era desesperado y salvaje, pero dulce.

—Dilo de nuevo —exigió contra mi boca y pasó las manos por la tela de mi pantalón de pijama para agarrar mi trasero.

—¿Qué parte? —bromeé, mordisqueando su labio inferior. Dios, cuánto había echado de menos esto, lo bien que me sentía en sus brazos.

—Ya sabes qué parte. —Retrocedió para mirarme a los ojos y se me aceleró el corazón.

—Siempre te he querido y estoy enamorada de ti, Nathaniel Phelan. —Alcé las manos y las pasé por su cabello húmedo—. Y tú también me quieres.

—¿Te quiero? —Alzó una comisura.

—Me quieres. —Mis dedos bajaron por su cuello y cruzaron sus hombros —. Si no, tu nombre en clave no sería Navarre.

Volvió a apoderarse de mi boca y el beso se salió de control con las primeras caricias de su lengua. Eso era lo que quería, lo que necesitaba, y no solo para los pocos minutos que nos quedaban, sino para el resto de mi vida. No quería pasar otro día sin estar en sus brazos.

—Te necesito. —Nunca antes había dicho una frase tan cierta y con tanto significado. Lo necesitaba en todos los sentidos posibles.

—Lo sé. Dios, lo sé. —Puso las manos entre nosotros y sus dedos tentaban la piel debajo de mi cintura—. Yo me siento igual. —Besó mi mentón, mi mandíbula y el lugar justo debajo de mi oreja antes de acariciarme el cuello con los labios, lo que envió un escalofrío de puro deseo por mi espalda que se sumó al que tenía acumulado entre las piernas.

Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras su boca se ocupaba de mi pecho y luego cubría el pico de mis senos probando mis pezones suavemente con los dientes.

Gemí, clavé los dedos en sus hombros desnudos, mi cuerpo se entregó a él.

—Tuve que hacer un gran esfuerzo para no agarrarte y besarte hasta que te quitaras ese maldito anillo y recordaras cómo era estar juntos. —Me acarició

con los dientes y bajó los dedos por mi abdomen—. No he pasado un solo día sin pensar en ti, sin extrañarte, sin desearte, sin amarte.

Se me aflojaron las rodillas.

—Por favor, dime que puedo tenerte. —Pasó la punta de los dedos por la parte superior de mi tanga.

—Soy toda tuya.

Levantó la cabeza y me besó con fuerza e intensidad al mismo tiempo que sus dedos me encontraron y yo gemí en su boca. Pasó un brazo alrededor de la parte posterior de mis muslos y me mantuvo erguida mientras bombeaba dos dedos dentro de mí con el mismo ritmo de su lengua.

Oh, Dios. Me invadieron el deseo y la lujuria imposibilitando cualquier pensamiento que no fuera «más» y «ahora». Nate siempre había sabido cómo jugar con mi cuerpo, había pasado horas llevando al límite mis orgasmos, haciéndolos crecer hasta que yo no aguantaba más, pero esta vez no iba a poder esperar. Esta vez no.

Trabé los pulgares en la cinturilla del pantalón de pijama y de la ropa interior y los bajé por mis piernas hasta deshacerme de ellos.

—Izzy —gimió contra mi boca y luego interrumpió el beso para quitarse la camiseta con la mano libre—. Eres tan jodidamente increíble.

—No te detengas —rogué mientras él añadía su pulgar y me hacía exactamente lo que yo quería del modo en que lo necesitaba. Yo lo toqué en todos los sitios que pude, frotando las manos por sus brazos, su pecho, por la irresistible extensión de su espalda.

—Ni loco. —Los años de deseo acumulado salieron a la luz y me arrollaron tensando todo mi cuerpo. Cada beso me hacía subir, cada movimiento de sus dedos llevaba el placer al punto del dolor. Pero no quería llegar así, no después de tanto tiempo.

Le quité la toalla de las caderas y lo envolví con mi mano. Él jadeó mientras yo frotaba su larga erección dibujando círculos con el pulgar sobre la punta hinchada.

—Te quiero dentro de mí.

—Qué bien, porque ahí es exactamente donde quiero estar. —Me miró a los ojos mientras yo me sentaba sobre su regazo acomodándome para que quedara justo en mi entrada—. Te quiero, Isabeau Astor.

Las palabras llenaron mi pecho, lo besé y bajé esos gloriosos centímetros apretando los músculos mientras él se movía hacia arriba y me hacía delirar.

Los dos gemimos.

Eso era lo que echaba de menos. No solo su cuerpo, a él. La forma en que me miraba, me tocaba y me hacía sentir que no había nada en el mundo que le importara más que el encuentro de nuestros cuerpos, el ritmo coordinado de nuestros corazones.

—Joder, Izzy. —Agarró mis caderas y me alzó flexionando los bíceps—. Esto es mejor que todos mis sueños, que todos mis recuerdos, que todas mis fantasías. Eres tan sexi…

—No pares —exigí pasando mis brazos alrededor de su cuello y meciéndome sobre él cuando me daba lo que le pedía. Cada una de sus caricias irradiaba por mi cuerpo, los dedos de las manos y de los pies se enroscaban con el más dulce de los gemidos de puro deseo.

Luego se quedó quieto, congelado debajo de mí.

—¿Nate? —pregunté, retrocediendo lo suficiente para ver su rostro en la penumbra.

—No podemos. —Levantó mis caderas muy lentamente y la tensión se reflejó en cada rasgo de su rostro, como si estuviera luchando contra sus propios instintos.

Tomé su rostro en mis manos.

—Sí podemos. —Moví las caderas y lo metí hasta el fondo; me mordí el labio por lo fenomenal que se sentía dentro de mí.

—No tengo condón —musitó—. No contaba con esto.

—Oh. —Mis caderas se movieron por su propia voluntad, como si mi cuerpo estuviera dispuesto a tomar lo que yo intentaba retener—. No pasa nada.

Alzó las cejas y me clavó los dedos en las caderas.

—Tomo anticonceptivos. —Le di un beso suave en los labios—. Y nunca he tenido relaciones sexuales sin protección, así que estamos a salvo. —Sin mencionar que me había hecho todos los análisis cuando me había enterado de las actividades extracurriculares de Jeremy.

—Yo tampoco —admitió y apretó los muslos debajo de mí—. ¿Estás segura?

—No estoy segura de poder parar, aunque quisiera, y no quiero. —Me puse de rodillas y me deslicé hacia abajo, reprimiendo un gemido.

—Ahora entiendo por qué es incluso mejor de lo que recordaba, y créeme que recuerdo bien lo perfectos que éramos. —Movió la mano a mi trasero y me besó con fuerza mientras se metía en mí marcando un ritmo que empaté con el mismo fervor.

La tensión acumulada en mi interior creció y creció hasta que supe que pronto me iba a derrumbar y retrocedí.

Durar. Eso tenía que durar.

Nuestros cuerpos se movieron al unísono, compañeros en una danza muy postergada pero nunca olvidada. Me besó como si yo fuera el oxígeno que necesitaba para sobrevivir y me tomó como si cada embestida solo lo hiciera pensar en la siguiente.

—No hay nada igual en el mundo —dijo entre besos—. Nada se compara

con el calor, la conexión y lo que siento contigo, Izzy. —Pasó una mano por mi cintura, me puso de espaldas en la cama y luego entró fuerte y profundo—. Te quiero de todas las formas posibles.

Gemí de frustración cuando se apartó de mí, pero el calor invadió cada centímetro de mi piel cuando me puso boca abajo y levantó mis caderas para ponerme de rodillas. Oh, Dios, sí.

—Ahora.

Cada segundo que tuve que esperar fue una tortura.

Se colocó entre mis muslos y empujó hacia delante tomándome tan profundamente que destellaron luces en mis ojos.

—¡Nate!

—Agárrate a la cabecera. —Tenía la respiración tan agitada como yo, sus manos curiosas tan voraces como el deseo que me desgarraba cuando acariciaba cada centímetro de mi piel.

Agarré el marco de madera de la cabecera de la cama e hice fuerza hacia él en el siguiente movimiento. Era mejor de lo que podía describir. Cada vez que se movía, me encendía más y apretaba con más fuerza.

—Esto es increíble. —Sus manos acariciaron mi espalda mientras mantenía ese ritmo que me hacía enloquecer—. Dios, cómo lo echaba de menos. Cómo te echaba de menos.

No había palabras, solo gemidos de placer que me llevaban al borde de la locura. Estaba tan cerca del orgasmo que sentí las primeras señales amenazando con que todo se desencadenara en cualquier momento.

—Todavía no —gemí con los músculos apretados—. Nate, no quiero que termine todavía.

—No va a terminar —prometió, pasando los dedos por mis pezones—. Entrégate.

Me desarmé, la felicidad inundó mi cuerpo. Grité contra su almohada, mis manos soltaron la cabecera y quedé desarmada debajo de él. El cielo. Eso era como estar en el cielo y quería más.

Apenas pudiera volver a moverme, claro.

—Mierda —gimió llevando las manos a mis caderas mientras se movía despacio dentro de mí convirtiendo esa chispa de deseo en una llama más ardiente que la anterior—. Te quiero más cerca. Nunca vas a estar tan cerca como quiero.

Me acarició los senos y me enderezó. Con mi espalda contra su pecho me tomó una vez y otra y otra.

Me estiré hacia atrás para cogerlo de la nuca y giré la cabeza para buscar un beso. Fue con la boca abierta, desesperado y revuelto mientras nuestros cuerpos sudorosos se encontraban una y otra vez.

—Me gusta tanto sentirte dentro de mí. —Le rasqué la nuca con las uñas.

—Dios, te quiero. —Empujó más y gemí—. Necesito verte.

Salió unos segundos y me encontré boca arriba, con Nate sobre mí como en todas mis fantasías. Con el peso de su cuerpo sobre un codo, volvió a entrar y gemí por la embestida levantando las rodillas para tener un mejor ángulo.

—Ahí estás. —Tomó mi rostro y me siguió el ritmo mirándome a los ojos —. Mi Isabeau.

Asentí, las palabras se me escapaban cuando me arqueaba para él, con una presión que crecía con cada movimiento de sus caderas.

Era todo lo que siempre había querido.

—Te quiero —susurré envolviéndolo en mis brazos.

Esas palabras lo hicieron perder el control que todavía conservaba porque sus ojos se oscurecieron y los movimientos de sus caderas se aceleraron. Apretó los músculos bajo mis dedos y puso entre nuestros cuerpos la mano que tenía en mi rostro.

Estaba cerca, los duros rasgos de su rostro eran tan hermosos que no podía dejar de mirarlo mientras luchaba por reprimir el orgasmo.

—Es hora de que te entregues tú —le dije.

—Tú primera. —Me frotó el clítoris y mi cuerpo explotó.

El segundo orgasmo me atravesó sin aviso y me hizo arquearme y retorcerme mientras él buscaba su propio alivio, estremeciéndose sobre mí mientras empujaba tres veces más; sus ojos se abrieron con la última embestida y cayó contra mí. Se giró a un lado y me llevó con él, mirándome con lo que parecía ser una mezcla de asombro y… determinación.

—¿Estás bien? —pregunté acariciando su rostro mientras mi respiración por fin de estabilizaba.

—Se supone que yo soy el que pregunta eso. —Sonrió.

No fue una mueca. Ni un gesto. Una sonrisa real y de infarto.

—No podría estar mejor. —Me acerqué para darle un beso suave, con lágrimas en los ojos. En pocas horas iba a estar en un avión de regreso a Estados Unidos—. No sé cómo vivir sin ti, Nate. Y sé que eso no es lo que quieres oír en este momento. Pero lo he intentado. En serio que lo he intentado. Pero existir no es lo mismo que vivir.

—Lo sé. —Interrumpió mis palabras con su boca—. Mierda, claro que lo sé.

Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—¿Qué vamos a hacer?

Pasó la mano por mi cabello.

—Vamos a darnos una ducha, te haré explotar algunas veces más y luego comenzaremos el día.

Sin promesas. Sin dulces juramentos. Sin planes pasado el atardecer. Después de diez años habíamos regresado a un terreno conocido.

Hizo exactamente lo que había prometido: me hizo explotar contra su boca en la ducha y luego otra vez con la espalda contra las baldosas mojadas mientras se enterraba dentro de mí, tomándome como si pudiera congelar ese momento si se esforzara.

Pero apenas habíamos alcanzado a envolvernos con toallas cuando alguien golpeó tres veces la puerta.

—Quédate aquí —dijo Nate besándome rápido los labios hinchados antes de salir del baño y luego cerró la puerta a sus espaldas.

Limpié el cristal empañado y miré fijamente a la mujer que encontré allí.

Tenía las mejillas ruborizadas, los ojos brillantes, el cuello rojo y los bordes de los labios irritados. Se parecía a la versión de mí que más me gustaba, la que solo existía cuando estaba con Nate.

La puerta del baño se abrió y me tensé ante la expresión seria que vi en la boca de Nate.

—¿Qué ha pasado? —Salí disparada hacia él temiendo lo peor—. ¿Serena?

Sacudió la cabeza.

—Vístete. Están en las puertas de la ciudad.

Separé los labios.

—¿En Jalalabad?

Apretó la mandíbula.

—No. Jalalabad se rindió anoche mientras dormíamos. Están en Kabul.

Mierda.

CAPÍTULO 30

NATHANIEL

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Trescientos —dijo Elston cerrando la escotilla detrás de nosotros mientras el Chinook despegaba con otros cincuenta evacuados de la embajada.

La ciudad estaba sumida en el caos mas allá de las defensas de la zona protegida y allí dentro tampoco estábamos tan bien. Las personas en pánico eran peligrosas y, aunque la evacuación estaba avanzando con bastante tranquilidad, nadie sabía cómo podían reaccionar al ver esas camionetas con banderas blancas.

—Solo quedan algunos miles —dije mientras bajábamos las escaleras con el equipo de combate al completo—. ¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—¿Hasta que el presidente negocie la rendición, hasta que los talibanes decidan avanzar hacia la zona protegida o hasta que convenzas a la señorita Astor de largarse de aquí? —preguntó, nuestras botas eran el único sonido en el hueco de los escalaras.

—Apuesto que llegarán a la zona protegida antes de la cena —dijo Torres alcanzándonos.

—Llevan un par de horas negociando, así que estoy seguro de que esa parte ocurrirá rápido. Tenemos suerte de que sus fuerzas sigan al otro lado de las puertas, y, en lo que respecta a la señorita Astor… —suspiré cuando pasamos el tercer piso y nos dirigimos al segundo—. Ya le dije que saldremos de aquí a

las cinco, le guste o no.

Había estado toda la mañana reunida con el personal de la embajada, procesando tantos visados de último minuto como podía y juntando pasaportes en blanco para imprimir. Graham tenía órdenes estrictas de no alejarse de su lado, pero si mantenía la regla de los treinta centímetros iba a patearle el trasero.

El murmullo crecía a medida que bajábamos por la embajada y no me quedaron dudas de que el caos reinaba en el vestíbulo. Ese momento había llegado más rápido de lo que la inteligencia había especulado y la inevitabilidad se me clavó como un aguijón.

—¿Estás seguro de que no quieres que la subamos a un helicóptero que salga más temprano? —preguntó Elston cuando llegamos al segundo piso. La puerta de Izzy estaba abierta de par en par, con Parker montando guardia y una fila de civiles al otro lado del pasillo.

—Es una buena pregunta —agregó Torres.

—¿Ves esta cola de gente? —pregunté.

—Estoy seguro de que se puede ver desde la Estación Espacial Internacional —respondió, mirando el pasillo—. Nada se mueve.

—Todas esas personas van hacia el aeropuerto. Ápex ya tiene dos equipos allí y dice que es una maldita pesadilla. El lugar es un desastre. Su vuelo es a las diez y no quiero que esté en ese circo más tiempo del necesario. Al menos la situación aquí está controlada.

—Por ahora —dijo Elston cuando entramos a la habitación de Izzy pasando junto a Parker en la puerta.

—Por ahora —coincidí. Apenas eso cambiara, la subiría al siguiente helicóptero y no iba a importarme una mierda a quién tuviera que lanzar por la borda para hacerle lugar.

La parte de mí que jamás había querido que Izzy viera brotaba con todas sus fuerzas y, tal vez no le gustaran mis métodos, pero sobreviviría, y con eso me bastaba.

La encontré enseguida, sentada a un lado de una pequeña mesa, atenta a lo que decían los civiles frente a ella. Evidentemente, se había hecho pasar por una funcionaria del consulado para ayudar con las entrevistas.

—Lleva dos horas entrevistando gente sin parar —dijo Graham despacio, parándose junto a nosotros.

—¿Ha comido algo? —pregunté sin poder quitarle los ojos de encima. El enrojecimiento que le había dejado mi barba en la piel de su cuello se había transformado en un leve rosado durante las horas que habían pasado desde que nos habíamos separado. Aunque ahora estaba muy ocupada, vestida con una blusa color crema, pantalones oscuros y el cabello sujeto en un moño bajo, no me podía quitar de la cabeza la imagen de ella debajo de mí, con el cabello

cayendo alrededor de su cuerpo desnudo mientras me decía que me quería.

Me… quería.

—Sí.

Asentí. Muy bien. Quién demonios sabía cómo iba a ser la situación de la comida en el aeropuerto.

—¿Se irá en un vuelo militar o civil? —preguntó Graham con el ceño fruncido de preocupación.

—Civil. —Trabé la mandíbula—. Hasta hace algunas horas despegaban sin problema.

—Mmm. —Graham miró a la civil que Izzy tenía enfrente cuando se levantó para estrechar su mano.

—¿Se está encariñando con la señorita Astor, sargento Gray? —preguntó Elston; su barba se movió con su sonrisa pícara.

—Estoy más encariñado con la cordura de Green. —Inclinó la cabeza a un lado mientras la mujer pasaba junto a él cargando su expediente—. Además, me cae bien. Es amable.

Avancé cuando Izzy se puso de pie moviendo los hombros.

—¿Estás bien? —pregunté, obligándome a dejar las manos a los costados. No podía besarla. Allí no. No hasta que estuviéramos solos.

—Solo quiero salvar a toda la gente que pueda —dijo, sonriéndome con dulzura.

Joder, cómo extrañaba esa sonrisa en particular. La que me regalaba cuando no estaba solo contenta o riéndose, sino satisfecha.

—Estás bastante tranquila para estar en el epicentro de una zona de guerra.

—El sargento Gray se ha puesto en contacto con Serena. —Sonrió—. Está a mitad de camino.

—¿Puestos de control? —preguntó.

—Hasta ahora los han pasado todos, y tal vez yo… —Frunció la nariz.

—¿Tal vez tú qué? —Se me retorció el estómago.

—Tal vez he convencido al embajador para que me dejara hacer una entrevista telefónica a Taj a cambio de mis servicios. —Hizo una mueca—. Me refiero a mis servicios haciendo entrevistas, no… otros servicios.

—Eso espero. —Alcé una comisura de la boca—. ¿Entonces está listo el visado de Taj?

Avanzó y se inclinó sobre la mesa.

No le miré el trasero.

Pero hubiese estado bien que lo hiciera porque ella me quería, ¿no?

—Justo aquí. —Agitó el papel—. Tengo que meterlo en mi bolso.

Se lo quité y lo guardé en uno de mis bolsillos.

—Me lo quedo yo. Si las cosas se ponen feas, tal vez no llegues a buscar tu bolso, pero puedes apostar lo que quieras a que yo iré contigo.

Bajó la vista a mis labios.

—Me gusta la idea de que vengas conmigo.

Se me retorció el estómago.

—Hasta el aeropuerto. —Tenía que decirlo. Tendría nuevas órdenes apenas la dejara allí sana y salva.

—Lo sé. —Su sonrisa se entristeció y quise castigarme por haber tenido que decirlo. Miró detrás de mí—. Ya ha llegado el siguiente.

—Te dejo. —Moví la mano, pero no la alcé para acariciar su mejilla como me hubiera gustado—. Quédate cerca del sargento Gray. Tengo que llevar el siguiente grupo al helipuerto. —Asintió y me alejé—. No la pierdas de vista —le ordené a Graham.

—No se irá de la habitación hasta la hora de su vuelo —aseguró.

Me abrí paso por el pasillo y encontré a Torres señalando la habitación con la cabeza.

Volví a mirar a Elston.

—Cinco minutos.

Accedió y entré a mi habitación con Torres detrás de mí. Cerré la puerta.

—La ciudad se está yendo al carajo —le dije, arrojando en mi mochila las cosas que quedaban, así estaba listo para irme.

—Eso parece. —Hizo una mueca sentado en el borde del pequeño escritorio.

—¿Qué ocurre? —Me ajusté la cadena al cuello para que me quedara más cómoda debajo del chaleco antibalas.

—Quería ver cómo estabas.

Lo miré de reojo mientras mi nariz percibía un ligero olor a humo. Habían empezado a quemar documentos confidenciales.

—Ey. —Levantó las manos como si lo estuvieran arrestando—. No le sirve a nadie que pases de estar enfocado en Izzy a estar enrollado con Izzy.

—Si estás insinuando que estoy distraído, no es así. —Aproveché la oportunidad para ir al baño.

—Pues yo creo que está bastante claro —dijo sobre el sonido de la descarga del retrete.

Me lavé las manos y sacudí la cabeza.

—Estoy bien.

—Os despediréis en cuestión de horas y hablo con conocimiento de causa cuando digo que siempre quedas un poco hecho polvo cuando te alejas de ella.

Abrí la puerta y miré a mi mejor amigo.

—No siempre…

Alzó una ceja.

Retrocedí.

—De acuerdo. Es… —Busqué las palabras que me mantuvieran lejos del

psiquiatra para poder seguir en la misión—. Es inquietante volver a ver a Izzy, estar tan cerca de que vuelva a entrar en mi vida y luego devolverla no solo a Estados Unidos sino al mismo círculo vicioso en el que estuvimos atrapados durante diez años.

—Claro. —Asintió y yo comencé a caminar.

—¿De verdad esto es lo mejor que podemos hacer? —Saqué la frustración de la caja en la que la había metido y me consumió—. Diez años, ¿y qué haré? ¿Decirle «qué bien volver a verte, ya veremos si puedo tomarme un fin de semana dentro de seis meses»?

—Siempre os funcionó.

—Nunca nos funcionó. Ese es el puto problema. Ella quiere más y yo no puedo dárselo. Quiere la vida, la casa, el sueño…

—Tú también. —Se encogió de hombros.

Detuve mis pasos.

—No tengo tiempo para esto.

—Oh, no me jodas. Esas son las mismas cosas que siempre has querido. Se suponía que el ejército solo era el paso para poder llegar allí, ¿lo recuerdas? Porque yo sí. Estudiaste Inglés para poder enseñar cuando renunciaras al ejército. —Cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que eres infeliz porque estás viviendo una vida que nunca quisiste?

—No. —Sacudí la cabeza y miré el reloj. El helicóptero regresaría en veinte minutos y teníamos que llevar el siguiente grupo de evacuados al tejado.

—Te has mentido a ti mismo durante tanto tiempo que has terminado por creértelo. —Torres suspiró y se pasó las manos por el rostro—. Llevas ese anillo contigo porque te hace mantener viva la esperanza de que algún día se lo pondrás en el dedo. Un día terminarás con esta vida y pensar en aprovechar la oportunidad que vas a tener con ella es lo que te mantiene vivo.

—Tal vez no exista ninguna oportunidad. —Mantuve la voz tan tranquila como pude—. Tal vez se merezca algo mejor.

—Vale. Enséñame un solo tío en el mundo que pueda quererla más que tú y entonces tendremos esa conversación. —Bajó los hombros—. Es hora de hacerle esa promesa.

—¿Qué promesa? —Me rasqué la barba. Unos días más y dejaría de picar.

—La promesa de que esta vez renunciarás —lo dijo como si fuera fácil.

—Crees que tengo que abandonar el pelotón… —Solo pensarlo era… mierda, prefería no indagar en esos pensamientos, me daba miedo lo que pudiera encontrar.

—Creo que esto —hizo un gesto a nuestro alrededor— nunca fue tu sueño. Siempre fue el mío, y no voy a negar que fuiste tú quien me trajo hasta aquí, pero, tío, perderás a esa mujer para siempre si no renuncias.

Y la conversación se había terminado. Me di la vuelta y atravesé las puertas

hacia el pasillo con Torres siguiéndome con paso más ligero.

Elston alzó las cejas.

—¿Va todo bien?

—No —musitó Torres.

—Perfectamente. Busquemos al siguiente grupo.

Tres horas más tarde, el ambiente había cambiado por completo; se había espesado con el aroma del pánico y el sonido de los disparos. La noticia de que el gobierno afgano se había rendido se había esparcido por la embajada como un incendio forestal.

Literalmente.

Habían llenado y encendido cubetas con documentación que originaban columnas de humo negro que invadían el aire. El helicóptero llegaría en cualquier momento.

Era hora de irse.

—Todavía puedo hacer algunas entrevistas más —protestó Izzy mientras le ponía el chaleco antibalas y lo abrochaba a los costados. La habitación estaba vacía.

—No puedes. Los que podían convertir esas entrevistas en visados ya se han ido. —Llegaba helicóptero tras helicóptero para evacuar el personal esencial y seríamos los próximos. Me importaba una mierda quién se quedará abajo del siguiente vuelo siempre que no fuera ella.

—¡Sigue habiendo miles de personas aquí!

—Y hay muchas posibilidades de que mueran aquí. Tú no serás una de ellas. —Tomé su rostro y le di un beso rápido y profundo, luego le puse el casco en la cabeza.

—Puedo hacerlo sola.

—Pero puede que me guste hacerlo. —Pasé los dedos por su mejilla—. Toma tu mochila.

—Tu mochila —musitó, colgándosela de los hombros.

—Te la di hace tanto tiempo que ya no puede considerarse mía. ¿Tienes el pasaporte? —Necesitaba que se subiera al avión y se fuera de allí.

Me disparó una mirada.

—Ya he viajado sin ti antes, Nate.

—Cierto. —La llevé hacia la puerta, consciente del sonido que venía por el pasillo—. Treinta centímetros, Izzy.

—Lo sé. —Su respiración se aceleró y el temor le dilató las pupilas.

—Vámonos de aquí. —Estiré mi mano izquierda y la tomó entrelazando nuestros dedos. Había cero probabilidades de que fuera a separarme de ella en medio del caos que había detrás de esas puertas. Abrí y encontré a la mayoría de mis compañeros esperando al otro lado.

Elston ya estaba en el tejado respaldando a los francotiradores.

—Vamos —dije.

Nos rodearon y avanzamos abriéndonos paso entre la multitud que pasaba corriendo de forma intermitente.

—Dejamos atrás tanta gente —dijo Izzy girando la cabeza para mirar a un hombre que corría en dirección opuesta.

—No es el último helicóptero —le dije.

—Está lleno —dijo Graham sobre su hombro mientras abría la puerta de las escaleras.

—Pues van a tener que hacernos sitio —respondí en un tono que no dejaba espacio para la interpretación. Mantuve la mano hábil en el rifle que colgaba de mi hombro. No había necesidad de asustar a la gente si la situación no lo exigía.

Asintió y avanzamos.

Graham nos abrió paso entra la multitud mientras subíamos por los escalones, el olor a humo crecía a medida que subíamos. Había fogatas en casi todas las alas de la embajada. Un pasaporte vacío en las manos equivocadas podía hacer que un enemigo terminara en suelo estadounidense y ese era un riesgo inaceptable.

Acerqué a Izzy hacia mí y mi corazón se aceleró de un modo inusual mientras estudiaba a las personas a nuestro alrededor buscado a alguien que me resultara sospechoso, aunque sabía muy bien que a todos los que estaban allí se les había autorizado la entrada a la embajada en algún momento. Los guardas seguían fuera.

Subimos piso por piso hasta que llegamos al tejado y nos adelantamos a todos los que esperaban para subir al Chinook. Tal vez eso me convertía en un cretino, pero tenía una única prioridad y no eran las personas que aguardaban en la escalera.

Ahora no.

Izzy se sobresaltó con el sonido de los disparos mientras estábamos esperando en la puerta.

—Es probable que solo sean festejos —le dije.

—Por eso tienes la mano en el rifle —murmuró mirando al equipo a nuestro alrededor—. Por eso todos tenéis las armas a mano.

—Bueno, es solo en caso de que no sea un festejo —dijo Torres, acercándose a Parker.

—Es solo por precaución —dijo Parker—. Nada de qué preocuparse.

—Claro. Una evacuación cualquiera. —Izzy me apretó la mano y yo pasé el pulgar por su muñeca.

El sonido de los motores llenó el aire cuando el Chinook se acercó.

—Parece que ha llegado nuestro chofer —le dije.

El aparato aterrizó en el tejado y el viento nos azotó mientras se abría la

puerta trasera.

—Creo que me gustaba más cuando despegábamos del campo de futbol —dijo Izzy.

—A mí también. —Apreté su mano una vez y la solté—. Quédate detrás de mí. Treinta centímetros.

Asintió y yo alcé mi rifle con ambas manos.

Salimos al tejado y estudié los edificios a mi alrededor. Subir al helicóptero requería acercarse a los bordes de la terraza y sabía que, si yo alcanzaba a ver el desfile de las camionetas de los talibanes con sus banderas blancas, Izzy también.

Habían entrado en la zona protegida e iban hacia el Arg, el palacio presidencial. Si bien la embajada seguía siendo territorio estadounidense, ya estábamos dentro de zona enemiga.

Puse mi cuerpo entre el suyo y el precipicio y dejé el rifle clavado en el suelo frente a mí mientras buscaba amenazas reales. Elston se nos unió cuando embarcamos y trepó por la puerta del Chinook.

Nos quedamos cerca de la salida mientras subía el resto y, cuando alcanzamos la capacidad máxima, nos sentamos y empujé a Izzy contra el fuselaje metálico de la aeronave mientras subía la puerta trasera. Había estado en muchos helicópteros con muchas balas volando cerca, pero nunca había sentido la ansiedad que me cerraba la garganta en ese momento.

Torres me miró con complicidad a través de la escasa iluminación cuando aterrizamos y me abstuve de responder con una grosería.

Los dos sabíamos cuál era mi problema.

Me preocupaba por Izzy.

El aeropuerto era un infierno. La terminal estaba repleta de niños llorando, hombres atónitos y mujeres preocupadas. Y quienes estaban allí eran los afortunados.

¿Los que estaban fuera del cerco gritando para que los dejaran entrar? No tanto.

Se me retorció el estómago cuando llegamos a la puerta de Izzy.

Le habían cancelado el vuelo.

No había suficientes palabras malsonantes en el mundo para describir mis pensamientos, pero Izzy solo respiró hondo y alzó el mentón.

—Bueno, busquemos la embajada provisional.

—Bien visto —dijo Elston.

Asentí y avanzamos entre el pánico creciente de la multitud custodiada por soldados estadounidenses y de la OTAN. Puerta tras puerta, el mensaje era el mismo y muy pocos tenían la suerte de poder embarcar en sus vuelos.

—Oh, por Dios —dijo Izzy parándose en seco en el medio del pasillo para ver la televisión.

El palacio presidencial ya no estaba en manos del gobierno afgano.

—Mierda, la cosa empeora por momentos —dijo Graham.

—Ya no puede empeorar porque no queda nada —lo corrigió Parker—. Según este portal de noticias, solo controlamos el aeropuerto y la embajada.

Y quién sabía por cuánto tiempo.

—Vamos. —Cogí la mano de Izzy sin importarme una mierda quién pudiera vernos y nos guie por el aeropuerto usando las directivas de Webb para llegar a la embajada provisional.

Pasamos de la multitud histérica al caos administrativo. Adelantando civiles desesperados, cruzamos por la pequeña barricada y nos encontramos con el personal de la embajada que ya había sido evacuado.

—Iré a ver a quién puedo ayudar —dijo Izzy, me regaló una sonrisa llena de incertidumbre y acarició al reverso de mi palma antes de alejarse.

—No salgas de esta zona —le dije—. Veré qué puedo averiguar de los vuelos.

Asintió asegurándose de que su placa fuera visible antes de acercarse al primer empleado.

—Averigua cómo está su hermana —le ordené a Graham.

Asintió y me puse manos a la obra para encontrarle a Izzy una salida de ese lugar.

Normalmente me encantaban los amaneceres y las posibilidades que llevaban consigo, pero en ese momento solo me parecía una nueva variante de luz del mismo jodido día.

Llevábamos allí metidos treinta y seis horas mientras la ciudad se desintegraba a nuestro alrededor. Los informes que llegaban eran desgarradores. Había cientos de miles de personas que necesitaban ser evacuadas y ni un solo avión que pudiera llevarlas. Aunque un par de vuelos habían podido despegar la noche en que habíamos llegado al aeropuerto, el día siguiente se habían suspendido todos.

Izzy había trabajado como una loca y ahora estaba tirada en el suelo usando la mochila de almohada en el que parecía ser el rincón más seguro de la embajada provisional.

—¿Le has encontrado un vuelo a nuestra chica? —preguntó Graham a mi derecha en voz baja mientras la miraba dormir a varios metros.

—Algo así. —Quería cambiar esa mochila por mi pecho, sostenerla durante los pocos minutos que me quedaban. La reunión informativa que habíamos tenido con Webb el día anterior había salido exactamente como pensaba… y temía.

—Eso es una respuesta de mierda —respondió Graham, frunciendo el ceño.

—Es una situación de mierda. —Y eso era poco decir—. Esperan tener luz

verde hoy, pero hasta que no abran las pistas y desplacen a la gente que está allí, casi no hay probabilidades de que alguien pueda salir.

—¿Casi? —Me miró de soslayo.

—No somos la única empresa estadounidense aquí. —Cruce los brazos sobre mi pecho y volví a memorizar el rostro de Izzy, mirando los círculos púrpura debajo de sus ojos.

—Ahh. —Graham asintió al entender lo que quería decir—. Ya lo pillo. ¿Sabe lo de su hermana?

Sacudí la cabeza y se me retorció el estómago.

—No. Y no va a saberlo.

—¿No vas a contarle lo de los puestos de control? ¿Ni lo de las heridas de bala de los periodistas? —Graham alzó las cejas y sus ojos oscuros se encendieron.

—No. —Tragué el nudo que tenía en la garganta y parecía haberse instalado allí desde que Izzy había llegado al país—. Jamás se subiría al avión si supiera que hay muchas probabilidades de que Serena no llegue.

Una hora antes ni siquiera podía asegurarle un asiento a Izzy. Solo podía rezar y confiar en que iba a subirse a ese avión.

Habíamos sido reasignados.

Izzy se movió, sus ojos se abrieron y en seguida encontraron los míos. Siempre había tenido facilidad para saber dónde me encontraba. Sentía tanta presión en las costillas por el dolor de pecho que creía que se me iban a romper.

Se puso de pie despacio, acomodó la trenza suelta sobre su hombro, y no sonrió. Algún gesto de mi rostro me había delatado y ahora ella sabía que algo ocurría.

¿Cómo demonios iba a hacerlo?

—¿Cinco minutos? —preguntó Graham.

—Diez —dijo Torres a nuestras espaldas.

—Diez —accedí. No eran suficientes, pero eran todo lo que teníamos.

Graham me palmeó la espalda y se alejó hacia nuestra base de operaciones.

Me quedé ahí parado, con los ojos fijos en los suyos, luchando por encontrar las palabras. Un error. Sentía en todo mi cuerpo que dejarla ir era un error y, sin embargo, no podía hacer nada. Órdenes eran órdenes.

Comenzaba a cansarme esa situación en la que nunca podía ser mía, aunque, en todo lo realmente importante, ya lo era.

Caminé hacia Izzy y se puso de pie con expresión solemne.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Apoyé la mano en su cintura y la llevé hacia un rincón donde pudiera ocultarla de la vista de los trabajadores de la embajada para tener unos minutos de privacidad.

—Tengo que irme. —Cada palabra destruyó una parte de mi alma.

Separó los labios.

—Vale. ¿Y cuándo regresarás?

—No lo haré.

Sus ojos marrones se abrieron como platos.

—Nos han reasignado. Tenemos… —Tragué saliva—. Tenemos cosas que hacer en otro sitio —No iba a decirle a dónde me iba, aunque pudiera. La preocupación la mataría.

Las próximas horas podían cambiar la vida de Izzy por completo.

—Ah. —Sus hombros se desplomaron—. Lo entiendo. Estoy tan segura como se puede y sin duda estás desperdiciando tus habilidades quedándote en el aeropuerto. —Me miró forzando una sonrisa que había visto demasiadas veces durante la última década. Me la había regalado cada vez que había tenido que irme.

—Escúchame bien. —La tomé por los hombros—. A las tres vendrá alguien a buscarte. Es de complexión mediana, lleva una barba gris y sabrá cómo nos conocimos. No será tan encantador como yo, pero te subirá a un avión.

Frunció el ceño.

—Nate, no está saliendo ningún avión.

—Es cierto, pero este sí va a salir. Los aviones privados van donde quieren cuando quieren. Te va a llevar a Estados Unidos. —Mi mano tomó su cuello. Tenía la piel suave.

Pestañeó.

—¿Y hay sitio para mí?

—Eres una enviada del congreso. Créeme si te digo que son los primeros interesados en llevarte a casa los más discretamente posible. —Izzy era una pesadilla a punto de estallar para las relaciones públicas.

—¿Y Serena? —La esperanza en sus ojos me destruyó.

—Hay sitio para Serena y también para Taj. —Había tenido que cobrarme todos los favores que me debían, pero solo me importaba su seguridad—. Ahora bien, si a las tres de la tarde tu hermana no ha llegado, tienes que subirte a ese avión de todos modos. —La miré fijo a los ojos, deseando que accediera, que fuera dócil por una vez en su puta vida.

Bajó el mentón, abrió la boca, llevé la mano a su barbilla y le acaricié los suaves labios.

—Por favor, Izzy. Tienes que irte. Será lo más difícil que hagas en tu vida. Pero tienes que subirte a ese avión. —Me acerqué hasta que nuestros rostros quedaron a pocos centímetros y tomé su nuca—. Eventualmente, el aeropuerto va a caer y yo no estaré contigo. Tienes que irte de aquí. Necesito que te vayas de aquí.

—No puedo abandonarla —susurró y su voz se quebró.

—Puedes. Lo harás. Es lo que ella querría. —Si seguía viva para hacerlo.

—No puedo abandonarte a ti. —Sacudió la cabeza.

—Soy yo el que siempre se va.

—Puedo esperar un día más —protestó, sujetando mis brazos.

—No puedes. —Toqué mi frente con la suya y respiré hondo—. ¿Te acuerdas cuando te pregunté a dónde irías si supieras que en veinticuatro horas habría una catástrofe y tú me dijiste que irías a donde fueras de más ayuda?

—No es momento para juegos, Nate. —Me acercó a ella y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Lo recuerdas?

—Sí. —Asintió—. Fue cuando estábamos saliendo de Kandahar.

—Pregúntame.

Le tembló el labio.

—¿Dónde irías si supieras que faltan veinticuatro horas para una catástrofe?

—Iría donde estuvieras tú. Lo supe esa noche en Tybee. Joder, tal vez lo sé desde el momento en que tocaste mi mano en el avión. No existe fuerza en el mundo que pueda alejarme de ti. —La besé despacio—. Por eso tienes que subirte a ese avión, Izzy. No podré pensar, concentrarme ni alejarme más de tres metros si no sé que estás en camino a un lugar seguro.

—Somos imanes, ¿no? —Me envolvió el cuello con los brazos—. Siempre volvemos a estar juntos.

—Y volveremos a estar juntos, te lo prometo. —Llevé una mano a su cintura mientras contenía las emociones que amenazaban con derrumbarme —. Todavía no hemos gastado nuestra oportunidad.

Se puso de puntillas y me besó.

Incliné mi boca sobre la suya y la besé como si fuera la última vez; los dos quedamos agitados cuando por fin encontré la fortaleza para enderezar la cabeza.

—Te quiero, Isabeau Astor, prométeme que vas a subirte a ese avión. Sé que quieres quedarte por Serena, pero necesito que te vayas por mí.

—Prométeme que volverás.

—Te prometo que volveré. Te encontraré. Tendremos nuestra oportunidad. —Me quemó el pecho por lo mucho que la amaba, por lo difícil que era alejarme de ella en cualquier circunstancia, pero mucho más en aquella.

—Te quiero. —Me apretó con más fuerza y yo la besé en la cabeza intentando como loco respirar lo suficiente para contener el ardor de mis ojos.

—Te quiero —susurré.

Luego la solté, sus brazos se desplomaron cuando me alejé, me di la vuelta

para mirarla una última vez antes de girarme y obligar a mis piernas a alejarme de ella.

—Lo siento —dijo Torres despegándose de la pared cuando pasé junto a él —. Sé lo que ella es para ti.

Todo. Era todo.

—Si te pidiera que fueras con ella, ¿lo harías?

—Si pudiera, sabes que sí. —Me lanzó una mirada tan llena de remordimiento que tuve que apartar la vista—. Pero no puedo, Nate, y sabes bien por qué.

—Sí. —Cogí la mochila que había dejado en la entrada de la embajada provisional y me la colgué de los hombros haciendo a un lado todos los sentimientos que pude. Ese no era el momento para perder la cabeza por Izzy. Ese era el momento de actuar por Izzy—. Por desgracia, lo sé.

CAPÍTULO 31

IZZY

Kabul, Afganistán
Agosto de 2021

Miré los minutos pasar en el reloj tras la partida de Nate, luego las horas, intentando conservar la calma para poder ayudar todo lo posible.

Había demasiadas personas y la ayuda no era suficiente.

El pánico era palpable y, cuando los vuelos volvieron a despegar, esa energía se transformó en pura desesperación. Desesperación por encontrar familiares perdidos. Desesperación por conseguir el visado solicitado tanto tiempo atrás. Desesperación por conseguir un asiento en cualquier avión con rumbo a cualquier sitio lejos de allí.

Alcé la vista incontables veces buscando a mi hermana en esa marea de rostros, pero nunca la encontré. Nate se había ido. Serena estaba Dios sabía dónde y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Después de decirle al duodécimo (o tal vez fueron más, había perdido la cuenta) intérprete militar que no podía hacer nada para acelerar su expediente, sentí el abatimiento en todos los sentidos.

Las tres llegaron antes de que estuviera lista y, antes de que pudiera girarme hacia la siguiente persona en la fila, apareció un hombre a mi izquierda.

Un hombre con barba canosa, vestido con pantalones militares, un arma en la cintura, camiseta negra y chaleco antibalas.

—¿Isabeau Astor? —preguntó.

—Te envía el sargento Green —adiviné y sentí una grieta abrirse en mi corazón.

—Los dos sabemos que su nombre no es sargento Green, pero sí. —Asintió con una sonrisa apretada—. Me ha dicho que te conoció en el accidente aéreo.

Asentí.

—Es hora de irnos, ¿no?

—Así es. —En sus ojos había una sana dosis de compasión—. Imagino que tu hermana no ha llegado.

Miré hacia la multitud que esperaba y sacudí la cabeza.

—Lo siento, pero no podemos esperar.

—Entiendo. —Tenía la negativa en la punta de la lengua, quería decirle que me quedaba a hacer lo que pudiera por el tiempo que pudiera, pero se me cruzó por la mente el rostro de Nate.

«No podré pensar, concentrarme ni alejarme más de tres metros si no sé que estás en camino a un lugar seguro».

Había pasado los últimos once días arriesgando su vida para protegerme.

Tal vez había fracasado en traer a Serena de vuelta a casa, en ayudar a su intérprete, en ayudar… a alguna de esas personas. Pero podía evitarle el fracaso a Nate.

—Está bien. —Asentí, cogí el visado de Taj y se lo entregué al empleado de la embajada que estaba en el puesto junto a mí. Me colgué la mochila, miré al hombre que Nate había enviado para ayudarme, el hombre al que me había confiado—. Estoy lista.

No era cierto, pero me iría. Lo haría por Nate.

Porque él me quería. Porque había cargado con mi anillo durante tres años. Porque me había rescatado de ese otro avión. Porque no lo había apoyado cuando debería haberlo hecho y porque me había arrepentido desde entonces.

Seguí al hombre sin nombre por el aeropuerto sin despegar la mirada del dolor y el sufrimiento pegado a los rostros. Los registré a todos, dejé que sus expresiones me conmovieran y me marcaran, porque Serena no estaba allí para hacerlo.

—Supongo que no me permitirías darle mi asiento a alguien más, ¿verdad? —le pregunté mientras me guiaba por la pista.

—Le prometí a tu hombre que, si era necesario, te ataría yo mismo al asiento para que subieras a ese avión. —Alzó una comisura—. Y ya verás que no soy tan compasivo como él. Voy a hacerlo.

Caminamos por el asfalto ardiente y miré a través de las brillantes olas de calor hacia las montañas que me habían parecido tan hermosas al aterrizar allí mismo once días atrás.

Once días habían sido todo lo necesario para que mi vida se sacudiera

como una bola de nieve. Todo lo que podía hacer ahora era sentarme a esperar que el viento me llevara, con algo de suerte, a un terreno conocido.

Caminamos en silencio hacia un cerco de metal cubierto por un alero y deseé con todas mis fuerzas tener la habilidad de Nate para compartimentar. Sin embargo, sentía un agudo sentimiento de pérdida con cada paso que me alejaba de mi hermana, de Nate. ¿Cómo podía abandonar a las dos personas que más amaba en el mundo?

El hombre le hizo un gesto con la cabeza a un guarda que abrió el lado izquierdo de una puerta gigantesca para hacernos pasar.

Un avión plateado sin inscripciones esperaba al otro lado de la cerca.

—Es un Hércules adaptado —me explicó el hombre, aunque no le había preguntado.

—Es muy bonito —respondí, porque no sabía bien qué decir.

Se rio.

—No hay duda de que eres política.

—En realidad no lo soy. —Aunque lo había sido, pero por los motivos equivocados.

Subimos las escaleras hacia el avión, que tenía aire acondicionado y unas doce filas con tres asientos a cada lado. Casi todos ocupados.

—Ese es el tuyo. —Señaló la primera fila del lado derecho del avión, donde había dos asientos que seguían vacíos.

—Gracias.

—Ni lo menciones. —Alzó las cejas—. Y lo digo en serio: no lo menciones.

Asentí. No era tan ingenua como para no entender por qué Nate me había repetido la palabra privado al hablarme de ese vuelo.

El asiento de la ventanilla estaba vacío, así que lo ocupé solo para demostrarme a mí misma que podía. Había volado por todo ese país mirando por la ventana de un helicóptero Blackhawk. Evidentemente podía irme de allí sentada del lado de la ventana.

Abrí la cremallera de la mochila para coger mis auriculares y pestañeé al ver el libro que había dentro: era el ejemplar de Nate de El color púrpura, la que estaba leyendo cuando había llegado. Apreté el libro contra mi pecho e hice un esfuerzo por contener el sollozo cuando alguien cerró la puerta a mi derecha.

Uno o dos minutos más tarde, el avión comenzó a avanzar despacio y se me cerró la garganta con tanta fuerza que me costaba respirar.

—Lo siento —susurré sin saber bien a quién se lo decía. ¿A Nate? ¿A Serena? ¿A todas las personas a las que había dejado atrás y no tenían sitio en ese avión secreto?

Entonces el movimiento se detuvo y miré por la ventana, pero no encontré la fila de despegue ni nada de eso. Alguien salió de la cabina y fue hacia la

puerta, la abrió con maestría y bajó unos pasos.

—¡Vamos! —gritó el piloto asomándose por la puerta.

Unos segundos más tarde retrocedió y dos figuras aparecieron en la puerta para entrar al avión.

Taj y Serena.

«Gracias a Dios».

Ella tenía un ojo negro y la manga de la camisa azul ensangrentada, pero estaba allí, avanzando hacia mí con una sonrisa triste. A Taj se lo veía mucho peor; caminaba por el pasillo central hacia el asiento vacío unas filas más atrás.

Serena se desplomó en el asiento a mi lado, dejó caer el bolso entre sus piernas y luego se estiró para atraer mi cuerpo hacia ella.

—Lo has logrado —susurré, apoyando el libro en mi regazo y sujetándola con fuerza mientras el piloto cerraba la puerta.

—Gracias a Nate y a su equipo —respondió, retrocediendo para mirarme como si fuera yo la que estuviera magullada.

—¿Qué?

—El equipo de Nate ha venido hasta el puesto de control en el que nos estaban reteniendo —explicó—. Son la única razón por la que estamos aquí. —Me acarició el cabello—. Bueno, y porque Nate y tú habéis conseguido el visado de Taj.

El avión volvió a avanzar y Serena se inclinó para buscar algo en su bolso. Lo apretó contra mi palma y me miró a los ojos.

—Me ha pedido que te diga que te quiere y que te escribirá cuando llegue el momento de aprovechar vuestra oportunidad.

Sacudí la cabeza y bajé la vista a mi mano.

Era la cadena y la chapa encintada.

Me recosté sobre el asiento y dejé correr las lágrimas mientras el avión avanzaba por la pista. Serena sujetó mi mano libre cuando nos elevamos y dejé atrás a Nate.

—Estará bien —prometió Serena.

—Lo quiero.

—Cualquiera que comparta un espacio con vosotros se da cuenta de ello —dijo—. ¿Qué hay con el collar? —preguntó mientras se inclinaba para tomar su cámara del bolso. Tenía suerte de haber podido salir, y encima con sus pertenencias.

Quité las capas de cinta con cuidado hasta que apareció mi anillo.

—Nuestra oportunidad.

—Es precioso. —Pestañeó y abrió mucho el ojo que tenía casi cerrado por la inflamación.

—Sí, así es.

Frunció el ceño.

—¿Es una placa de identificación?

—No estoy segura —dije quitando la cinta del resto del metal—. Nate me dijo que solo llevaba el anillo en las misiones que no requerían de esterilización, pero… —Pasé el anillo de compromiso a mi mano derecha para que estuviera a salvo y luego limpié los residuos de pegamento que había sobre el nombre—. No es suya.

—¿No? —Me miró mientras pasaba las fotografías en la pantalla de la cámara.

—No. —Yo no era la única persona que Nate llevaba con él.

La chapa decía «Torres, Julian».

—Estaba equivocada —susurré. Siempre había asumido que Julian era Rowell, lo que demostraba lo poco que sabía en el tiempo que Nate y yo habíamos pasado separados todos esos años.

—Mira la foto que he sacado hace cosa de una hora. —Apuntó la cámara hacia mí.

Era el perfil de Nate. Se me estrujó el corazón con la expresión testaruda de su mandíbula, la forma perfecta de sus labios.

—¿Sabes lo que significa? —dijo Serena por lo bajo—. Podría publicarla y estaría fuera del pelotón.

Mi mirada salió disparada hacia ella. Algo tan sencillo lo cambiaría… todo. De verdad tendríamos una oportunidad para estar juntos. ¿Pero a qué precio?

—Quizá se enfadaría, pero…

—No. —Sacudí la cabeza sujetando la chapa—. Si Nate renuncia, tiene que ser su decisión. —No había estado dispuesta a tomar esa decisión por él en Nueva York y no estaba dispuesta a hacerlo ahora. Aceptaría la forma que él eligiera para venir a mí.

—¿Y hasta ese mágico día? —preguntó Serena.

—Esperaré.

CAPÍTULO 32

NATHANIEL

Fort Bragg, Carolina del Norte
Septiembre de 2021

Respiré hondo parado en el pasillo vacío, frente a la puerta que llevaba dos semanas sabiendo que tendría que cruzar. Como un tonto había creído que tomar la decisión iba a ser lo más difícil, pero no era así. Estar allí de pie, mirando la placa médica al otro lado de la puerta, pensando si girar o no el pomo, era infinitamente más difícil.

La clínica no tenía ese olor a desinfectante de los hospitales, pero tampoco nos había visitado nunca un médico corriente.

—Puedes hacerlo —dijo Torres a mi izquierda.

—Si lo hago, se acabó —respondí en voz baja—. Sabes que me echarán del pelotón.

—Sí. Y tal vez entonces comiences a vivir para ti. Busca ayuda con esas pesadillas también, para que no te aterre dormir junto a tu novia. No eres tu padre. Nunca serás tu padre. Pero… necesitas ayuda. Vas a tener que pensar qué hacer con la granja.

Lo miré y llevé la mano al pomo.

—Tienes que soltar, Nate —dijo con una sonrisa—. Hace mucho tiempo que cargas con mierda que no es tuya. ¿Esa culpa? No es tuya. ¿La carrera que en realidad no te gusta tanto? No es para ti. ¿Pero Izzy? Ella sí lo es. Así que, si no cruzas esa puerta por ti, hazlo por ella.

Izzy.

Habían pasado seis semanas desde que la había dejado en el aeropuerto de Kabul para poder darle lo que sabía que necesitaba: Serena. La echaba de menos en cada respiración y, sin embargo, sabía que todavía no era el momento.

Si íbamos a tener una sola oportunidad, no podía arruinarla.

Miré a Torres por última vez, abrí la puerta y entré.

El doctor Williamson alzó la vista de su escritorio con una sonrisa profesional y avanzó hacia las sillas al otro lado de su escritorio.

—¿Cómo estás, Phelan?

Normalmente le hubiera dicho que estaba bien. Que estaba durmiendo, comiendo y relajándome como se suponía.

Pero mentir no me había servido de nada, así que tal vez ya era hora de decir la verdad.

Me hundí en la silla y miré al doctor a los ojos.

—He estado hablando con mi mejor amigo como mecanismo para sobrellevar el estrés, las misiones… todo.

Asintió y se recostó en su silla.

—Eso es bastante normal.

—Sí, salvo porque lleva cuatro años muerto. ¿Puede ayudarme? —Me apreté las rodillas y esperé su respuesta.

—Sí —dijo—. Creo que puedo ayudarte.

CAPÍTULO 33

IZZY

Washington, DC
Octubre de 2021

Me acomodé en mi asiento, guardé el bolso y me abroché el cinturón mientras el resto de los pasajeros seguían embarcando.

Por primera vez desde Palau, había facturado una maleta llena. Trajes de baño, pareos, vestidos veraniegos, todo. No había tenido noticias de Nate desde que me había ido de Kabul y, claro, se me aceleraba el pulso de solo pensar en la remota posibilidad de que se encontrara conmigo la escala. Pero, aunque no fuera así (lo que era más que probable), iba a registrarme en nuestro bungalow en las Maldivas, iba a dormir hasta el mediodía, tumbarme al sol y soñar con él.

Porque eso era lo que él hubiera querido.

Teniendo en cuenta el estado del mundo y lo que me había dicho, estaba bastante segura de que seguía enrolado, porque siempre iba a existir un sitio en el mundo en el que lo necesitaran.

En las últimas seis semanas, en algún punto entre mirar el teléfono esperando una llamada que no llegaba y custodiar la puerta cuando los pensamientos más oscuros se apoderaban de mí, había llegado a una conclusión. Si quería estar con Nate, de verdad estar con él, entonces necesitaba dos cosas: fortaleza y paciencia.

Fortaleza para saber que me quería y que vendría a mí cuando pudiera, y

paciencia para esperarlo.

Ah, y un poco más de libertad en un trabajo que, para ser sincera, aborrecía.

Tomé la novela que había elegido en la librería del aeropuerto y abrí un rotulador nuevo justo cuando la pareja al otro lado del pasillo ocupaba sus lugares. Para cuando Nate regresara, tendría una estantería llena de libros subrayados para que los devorara.

Cuando Nate regresara.

El sol brilló a través de las nubes por un momento, se coló por la ventana junto a mí e hizo brillar el diamante en mi mano derecha. Un anillo como ese no había sido creado para que lo ocultaran con cinta aislante. Había sido creado para brillar y eso iba a hacer en mi mano derecha hasta que Nate lo pasara a la izquierda.

Crucé las piernas y me acomodé para leer la primera página.

—Disculpe, ¿puedo pasar? —Su voz profunda me acarició como la seda más suave y mi corazón dio un vuelco cuando lentamente bajé el libro y miré hacia arriba.

No era él. No podía ser él.

Pero lo era.

—Tengo el asiento de la ventana. —Sonrió mostrando ese hoyuelo y me quedé boquiabierta mientras pasaba junto a mí para acomodarse en el asiento a mi derecha.

—No… —Respiré entrecortado mientras miraba mi par de ojos azules favoritos—. No se suponía que fuéramos a encontrarnos hasta Boston.

—Cambié los vuelos. —Se encogió de hombros—. Pensé que, si íbamos a pasar una semana en las Maldivas, deberíamos viajar juntos el mayor tiempo posible.

Asentí, porque por supuesto tenía sentido… en un mundo en el que Nate no estuviera siempre de viaje. Un mundo en el que se presentara a los vuelos que había programado.

—Hay algunas cosas que tengo que decirte. —La sonrisa desapareció de su rostro.

—Bueno, creo que tenemos tiempo. —Cerré el libro y me giré hacia él—. Yo también tengo que decirte algo.

—¿Ah, sí? —Se estiró y tomó mi mano. Ese sencillo contacto era el cielo.

—En realidad odio la política. —Arrugué la nariz.

—Eso no es nuevo. —Dibujó círculos pequeños con el pulgar para tranquilizarme.

—Puede que haya renunciado a mi trabajo. —Me salió un susurro acelerado.

Sonrió.

—Qué gracioso. Puede que yo también haya renunciado al mío.

Separé los labios mientras buscaba palabras. Cualquier palabra.

—Ya era hora. —Llevó la mano a mi rostro y tomó mi mejilla—. Estoy perdidamente enamorado de ti, y ya no quiero que seamos una posibilidad. No voy a dejarnos en manos del destino.

Me recosté en su palma y lo miré fijamente, aterrada de cerrar los ojos, asustada de que eso fuera un sueño y fuera a despertarme sola en la cama, buscando al producto de mi imaginación.

—Creo que es hora de que aprovechemos nuestra oportunidad. ¿Qué dices? —Bajó la vista a mi boca—. Aunque tienes que saber que estoy haciendo terapia y tal vez no quieras pasar por una cosa así…

—Sí. —Asentí, con el corazón tan desbocado que podía salirse de mi pecho —. Digo sí. Aprovechemos nuestra oportunidad. Vayamos lento o rápido. Hagamos todo lo que hablamos y soñemos cosas nuevas. No me importa dónde vivamos o qué hagamos siempre que pueda hacerlo contigo. Te quiero.

—Izzy… —Se recostó contra el apoyabrazos mientras el avión retrocedía alejándose de la puerta.

—¿Nate? —Me acerqué.

—Voy a besarte.

Sonreí cuando su boca encontró la mía, luego suspiré cuando profundizó el beso y siguió haciéndolo durante todo el despegue. Cuando levantamos la cabeza, estábamos muy por encima de las nubes.

No sabía cómo era ese nuevo futuro, pero sabía que era el nuestro.

Y eso lo era todo.

EPÍLOGO

NATHANIEL

Maine
Cinco años más tarde

Los rayos del sol de septiembre se colaban entre los pinos, que se mecían por la brisa con suaves susurros sobre nosotros, que estábamos sentados sobre una gruesa manta.

Tenía las piernas estiradas frente a mí con la cabeza de Izzy en el regazo.

Era mi forma favorita de descansar del trabajo.

El otoño en Maine era mi época favorita del año. Era el lugar perfecto para empezar nuestro para siempre. Pinos, suficiente espacio para que nuestras dos familias pudieran respirar y nosotros dos. Sabía que Izzy echaba de menos a Serena, pero esta pasaba la mayor parte del tiempo trabajando e igualmente encontraban tiempo para verse cuando Serena estaba en Estado Unidos.

Escribí un comentario en el trabajo de una estudiante destacando el interesante enfoque que había usado en su análisis de Macbeth mientras Izzy leía lo que parecía ser un informe para una oenegé.

Paz. El sentimiento que me invadía era exactamente lo que había estado buscando toda mi vida, y existía donde estaba Izzy.

Terminé esa corrección y me tomé un momento para acariciarle el cabello. No importaba cuántos días pasara con ella. Siempre me parecía más hermosa que la última vez.

Bajó el informe, el sol pegó contra el anillo de oro en su mano izquierda y

me sonrió.

—¿Ya has terminado?

—Tres más. ¿Y tú?

Pasó las hojas del expediente para evaluar la extensión.

—Probablemente diez minutos.

—¿Tienes planes para la tarde? —Pasé los dedos por su brazo desnudo. Tampoco me aburría de tocarla. Era mi cosa favorita. Bueno, además de hablar con ella. O besarla. Básicamente me encantaba todo lo que tuviera que ver con ella.

—No se me ocurre nada. —Metió la mano debajo de mi camisa y se me contrajo el estómago—. ¿Por qué? ¿Tienes ganas de hacer algo?

—Estaba pensando en llevarte a la cama y pasar el resto del día adorando tu cuerpo.

Separó los labios y se puso de pie.

—Sip. Me parece un buen plan.

—¿No puedes esperar diez minutos más? —Me reí juntando la pila de papeles y la manta sobre la que estábamos sentados.

—Nop. —Retrocedió con una sonrisa irresistible yendo hacia la puerta de nuestra casa—. El trabajo puede esperar.

—No podría estar más de acuerdo. —La perseguí por la casa y, cuando la alcancé, la alcé en mis brazos y la enrosqué en la manta.

Los papeles con el informe cayeron al suelo cuando llegamos a la puerta.

Y entonces me llené las manos de Izzy.

Tenía razón. El trabajo podía esperar.

Por fin teníamos nuestro para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Primero y principal, gracias al Padre Celestial por bendecirme más de lo que podía soñar.

Gracias a mi esposo, Jason, por ocuparse de nuestra vida cuando desaparecía en la cueva de la escritura. Escribir este libro me ha devuelto a todos esos años que pasaste en Irak y en Afganistán. Estoy inmensamente agradecida por cada uno de los veintidós años que usaste el uniforme, pero todavía más por los días que pasamos juntos ahora que te has retirado. Gracias a mis hijos, que ni pestañean cuando estoy cerca de una entrega y siempre me inspiran. Gracias a mi hermana, Kate: crecer en una familia militar es mucho más fácil con una amiga como tú. Gracias a la inigualable Emily Byer por llamar siempre.

Gracias a Lauren Plude, Lindsey Faber y el equipo de Montlake por hacer todo esto posible. ¡Es un sueño trabajar con vosotros! A mi sensacional agente, Louise Fury, que hace mi vida más fácil solo con estar a mi lado.

Gracias a las esposis, nuestra santísima trinidad, Gina L. Maxwell y Cindi Madsen, que siempre atienden mis llamadas. Gracias a Shelby y Cassie por soportar mi cerebro de unicornio y ser las mejores animadoras que se pueden tener. Gracias K. P. Simons por aparecer no solo para los negocios sino también por nuestra amistad. A todos los blogueros y lectores que me han dado una oportunidad a lo largo de los años: esta industria la creáis vosotros. Y a mi grupo de lectura, Las chicas voladoras, por darme un lugar seguro en el lejano oeste de internet.

Por último, porque eres mi principio y final, gracias de nuevo a mi Jason. Nada de esto hubiera sido posible sin tu amor y compañía. Sé que los pilotos de helicópteros en esta historia no tienen diálogos, pero hay algo de ti en cada héroe que escribo.

REBECCA YARROS (Washington D. C., 1981) es autora best seller de The New York Times y de USA Today. Sus más de quince novelas han sido aclamadas tanto por medios como Publishers Weekly y Kirkus Reviews como por los lectores. Su familia ha servido en el ejército durante dos generaciones, por lo que Rebecca admira a los héroes militares y tiene la fortuna de estar casada con uno desde hace más de veinte años. Es madre de seis niños y vive en Colorado en compañía de su terco bulldog inglés, sus dos feroces chinchillas y su gata Artemis, que reina sobre toda la familia.

En 2019 Yarros fundó, con su marido, la organización sin ánimo de lucro One October, dedicada a una de sus pasiones, ayudar a niños y niñas del sistema de acogida y adopciones familiares de Estados Unidos.

rebeccayarros.com

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Sobre Rebecca Yarros